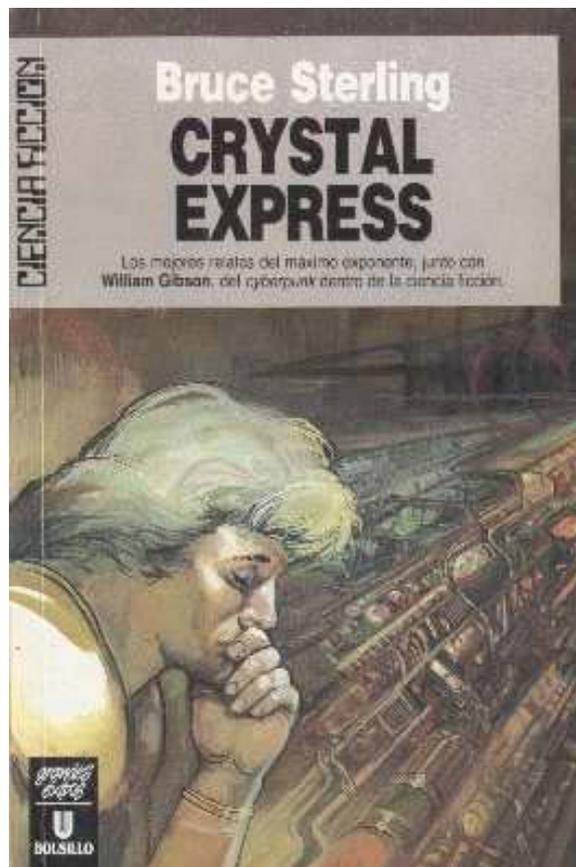


CRYSTAL EXPRESS



Bruce Sterling



Bruce Sterling

Titulo original: Crystal Express

Traducción: Rafael Trechera

© 1989 by Bruce Sterling

© 1990 Ultramar ediciones

Mallorca 49 - Barcelona

I.S.B.N.: 84-7386-676-2

Edición digital: Bizien

R6 10/02

*No podemos separar los accidentes históricos de la sociedad
en que nacimos de las bases axiomáticas del universo.*
J. D. Bernal, 1925

La mierda más terrible es inodora y transparente.
W.M. Gibson, 1988

ÍNDICE

Formador/mecanicista

Enjambre
Rosa Araña
Reina Cigarra
Jardines sumergidos
Veinte evocaciones

Ciencia ficción

Días verdes en Brunei
Fantasma
Lo hermoso y lo sublime

Fantasía

Telliamed
La tiendecita de magia
Flores de Edo
Cena en Audoghast

FORMADOR/MECANICISTA

ENJAMBRE

-Echaré de menos su conversación durante el resto del viaje -dijo el alienígena.

El doctor capitán Simón Afriel cruzó sus enjovadas manos sobre su chaleco repujado de oro.

-Yo también lo lamento, alférez -dijo en el siseante idioma del alienígena-. Nuestras charlas conjuntas me han sido muy útiles. Habría pagado por aprender tanto, pero usted me lo ha ofrecido gratis.

-Pero si no fue más que información -respondió el alienígena. Cubrió con gruesas membranas nictitantes sus ojos brillantes como canicas-. Los inversores tratamos con energía y con metales preciosos. Valorar y perseguir simple conocimiento es una tendencia racial inmadura. -El alienígena alzó la larga corona irregular tras sus orejas diminutas.

-Sin duda tiene razón -dijo Afriel, sin hacerle caso-. Sin embargo, los humanos somos como niños a las otras razas, así que cierta inmadurez parece natural en nosotros. -Se quitó las gafas de sol para frotarse el puente de la nariz. La cabina de la astronave estaba inundada de ardiente luz azul, densamente ultravioleta. Era la luz que preferían los inversores, y no estaban dispuestos a cambiarla por un simple pasajero humano.

-No lo han hecho mal -dijo el alienígena, magnánimo-. Son el tipo de raza con la que nos gusta hacer negocios: jóvenes, ansiosos, plásticos, dispuestos a una amplia gama de productos y experiencias. Podríamos haber contactado con ustedes mucho antes, pero su tecnología era aún demasiado débil para producirnos beneficios.

-Las cosas son diferentes ahora. Les haremos ricos.

-Ciertamente -dijo el inversor. La corona tras su cabeza escamosa se agitó rápidamente, un signo de regocijo-. Dentro de doscientos años serán lo suficientemente ricos como para comprarnos el secreto de nuestro vuelo espacial. O tal vez su facción mecanicista descubra el secreto a través de sus investigaciones.

Afriel se molestó. Como miembro de la facción reformada, no apreciaba la referencia a los rivales mecanicistas.

-No confíe demasiado en la mera pericia técnica -dijo-. Considere la aptitud para los lenguajes que tenemos los formadores, lo cual convierte a nuestra facción en un cliente mucho mejor. Para los mecanicistas, todos los inversores son iguales.

El alienígena vaciló. Afriel sonrió. Había apelado a la ambición personal del alienígena con su última afirmación, y la insinuación había sido recogida. Ahí era donde siempre fallaban los mecanicistas. Intentaban tratar a todos los inversores por igual, usando las mismas rutinas programadas cada vez. Carecían de imaginación.

Afriel pensó que habría que hacer algo con los mecanicistas. Algo más permanente que las pequeñas pero mortales confrontaciones entre naves aisladas en el Cinturón de Asteroides y los Anillos de Saturno ricos en hielo. Ambas facciones maniobraban constantemente, buscando un golpe decisivo, anulando los mejores talentos de cada uno, practicando emboscadas, asesinatos y espionaje industrial.

El doctor capitán Simón Afriel había sido todo un maestro en estas actividades. Por eso la facción reformada había pagado los millones de kilovatios necesarios para comprar su pasaje. Afriel tenía doctorados en bioquímica y lingüística alienígena, y un master en ingeniería de armas magnéticas. Tenía treinta y ocho años y había sido reformado según las tendencias de la moda en el momento de su concepción. Su equilibrio hormonal había sido alterado levemente para compensar los largos períodos pasados en caída libre. No tenía apéndice. La estructura de su corazón había sido rediseñada para conseguir mayor eficiencia, y su intestino grueso había sido alterado para producir las vitaminas elaboradas normalmente por las bacterias intestinales. La ingeniería genética y un riguroso entrenamiento en la infancia le habían dado un cociente intelectual de ciento ochenta. No era uno de los agentes más brillantes del Consejo Anillo, pero sí uno de los más estables mentalmente y el más digno de confianza.

-Me parece una lástima que un humano de sus cualidades tenga que pudrirse durante dos años en ese lugar miserable y sin beneficios -dijo el alienígena.

-Los años no serán en vano -respondió Afriel.

-Pero, ¿por qué ha elegido estudiar el Enjambre? No pueden enseñarle nada, pues no hablan. No tienen ningún deseo de comerciar, no tienen herramientas ni tecnología. Son la única raza que surca el espacio que carece esencialmente de inteligencia.

-Sólo eso los hace dignos de estudio.

-¿Pretenden imitarlos, entonces? Se convertirán en monstruos. -El alférez vaciló otra vez-. Tal vez puedan hacerlo. No obstante, será malo para los negocios.

Se produjo un estallido de música alienígena en los altavoces de la nave, y luego un chirriante fragmento de idioma inversor. La mayor parte del mensaje era demasiado agudo para que los oídos de Afriel lo captaran. El alienígena se incorporó, y su enjambada falda rozó las puntas de sus pies, similares a garras de pájaro.

-El simbiote del Enjambre ha llegado -dijo.

-Gracias -respondió Afriel. Cuando el alférez abrió la puerta de la cabina, Afriel pudo oler al representante del Enjambre: el cálido olor a levadura de la criatura se había esparcido rápidamente por todo el aire reciclado de la nave.

Afriel comprobó rápidamente su aspecto en un espejo de bolsillo. Se espolvoreó la cara y enderezó el sombrero de terciopelo redondo sobre los cabellos dorado-rojizos que le llegaban hasta los hombros. Los lóbulos de sus orejas resplandecían con rojos rubíes-impacto, gruesos como sus pulgares y extraídos del Cinturón de Asteroides. Su

chaquetón hasta la rodilla y su chaleco eran de brocado de oro; la camisa era deslumbrantemente fina, tejida con hilo de oro rojo. Se había vestido para impresionar a los inversores, que esperaban y apreciaban un aspecto próspero en sus clientes. ¿Cómo podía impresionar a este nuevo alienígena? El olor, tal vez. Volvió a aplicarse perfume.

El simbiote del Enjambre chirriaba junto a la cámara de presión secundaria de la nave con la comandante, una inversora vieja y adormilada que tenía el doble de tamaño que la mayoría de los miembros de su tripulación. Su enorme cabeza estaba incrustada en un casco enjoyado. Desde el interior del casco, sus ojos nublados resplandecían como cámaras.

El simbiote se alzó sobre sus seis patas posteriores e hizo débiles gestos con sus cuatro antebrazos rematados por garras. La gravedad artificial de la nave, un tercio de la de la Tierra, parecía molestarle. Sus rudimentarios ojos, que colgaban de tallos, estaban fuertemente cerrados contra el resplandor. Afriel pensó que debía estar habituado a la oscuridad.

La comandante respondió a la criatura en su propio idioma. Afriel hizo una mueca, pues esperaba que hablara inversor. Ahora tendría que aprender otro lenguaje, un lenguaje diseñado para un ser sin lengua.

Tras otro breve intercambio, la comandante se volvió hacia Afriel.

-El simbiote no está complacido con su llegada -le dijo en el idioma inversor-. Al parecer, ha habido algún problema con los humanos en el pasado reciente. Sin embargo, he conseguido que le admita al Nido. El episodio ha sido grabado. El pago por mis servicios diplomáticos se acordará con su facción cuando regrese a su sistema estelar nativo.

-Gracias, Su Autoridad -dijo Afriel-. Por favor, comuníqueme mis mejores deseos personales, y lo inofensivo y humilde de mis intenciones... -Se interrumpió bruscamente cuando el simbiote saltó hacia él y le mordió salvajemente en la pantorrilla izquierda. Afriel dio un salto hacia atrás en la pesada gravedad artificial y adoptó una postura defensiva. El simbiote le había arrancado un trozo de pantalón; ahora estaba agachado, comiéndoselo tranquilamente.

-Así transferiré su olor y composición a sus compañeros de nido -dijo la comandante-. Es necesario. De otro modo, sería clasificado como invasor y la casta de guerreros del Enjambre le mataría de inmediato.

Afriel se relajó rápidamente y se apretó la herida con la mano para detener la hemorragia. Esperaba que los inversores no hubieran advertido su gesto reflejo. No encajaría bien con su historia de ser un inofensivo investigador.

-Reabriremos pronto la escotilla -dijo flemáticamente la comandante, apoyándose en su gruesa cola reptilesca. El simbiote continuó masticando el trozo de tela. Afriel estudió la cabeza segmentada y sin cuello de la criatura. Tenía boca y orificios para respirar; tenía ojos bulbosos y atrofiados montados sobre tallos; había rendijas articuladas que podrían ser receptores de radio, y dos grupos paralelos de antenas retorcidas que brotaban entre tres placas quitinosas. Su función le resultó desconocida.

La cámara se abrió. Una bocanada de olor denso y humeante entró en la cabina. Pareció molestar a la media docena de inversores, pues se marcharon rápidamente.

-Regresaremos dentro de seiscientos doce de sus días, como acordamos -dijo la comandante.

-Gracias, Su Autoridad -contestó Afriel.

-Buena suerte -dijo la comandante en inglés. Afriel sonrió.

El simbiote, con un sinuoso movimiento de su cuerpo segmentado, se arrastró hasta la cámara de presión. Afriel le siguió. La puerta se cerró tras ellos. La criatura no le dijo nada, pero siguió masticando ruidosamente. La segunda puerta se abrió, y el simbiote la

atravesó para salir a un amplio y redondo túnel de piedra. Desapareció de inmediato en la penumbra.

Afriel se metió las gafas de sol en un bolsillo de su chaquetón y sacó un par de lentes infrarrojas. Las sujetó a su cabeza y salió de la cámara de presión. La gravedad artificial desapareció y fue reemplazada por la gravedad casi imperceptible del nido asteroidal del Enjambre. Afriel sonrió, cómodo por primera vez en semanas. Había pasado la mayor parte de su vida adulta en caída libre, en las colonias de los formadores en los Anillos de Saturno.

Agazapado en una oscura cavidad en el costado del túnel había un animal velludo, con la cabeza en forma de disco y del tamaño de un elefante. Era claramente visible a la luz infrarroja de su propio calor corporal. Afriel pudo oírlo respirar. Esperó pacientemente hasta que Afriel pasó a su lado, internándose más en el túnel. Entonces ocupó su lugar en el extremo del túnel, llenándose de aire hasta que su hinchada cabeza obturó la salida. Sus múltiples patas se hundieron firmemente en los huecos de las paredes.

La nave inversora se había marchado. Afriel se encontraba dentro de uno de los millones de planetoides que circundaban la estrella gigante Betelgeuse en un anillo casi cinco veces superior a la masa de Júpiter. Como fuente potencial de beneficios, hacía insignificante a todo el Sistema Solar, y pertenecía, más o menos, al Enjambre. Al menos, ninguna otra raza los había desafiado por su posesión desde que los inversores podían recordar.

Afriel contempló el pasadizo. Parecía desierto y, sin otros cuerpos que produjeran calor infrarrojo, no podía ver mucho. Se impulsó dando una patada a la pared y flotó vacilante pasillo abajo.

Oyó una voz humana:

-¡Doctor Afriel!

-¡Doctora Mirny! -exclamó-. ¡Por aquí!

Vio a un par de jóvenes simbioses que se dirigían hacia él, sin tocar apenas las paredes con las garras de sus patas. Tras ellos llegó una mujer que usaba unas gafas como las suyas. Era joven, y atractiva a la manera anónima y estilizada de los reformados genéticamente.

La mujer emitió un chirrido, comunicando algo a los simbioses en su propio lenguaje, y éstos se detuvieron, esperando. Avanzó, y Afriel la cogió del brazo, deteniendo expertamente su impulso.

-¿No ha traído equipaje? -preguntó ella ansiosamente.

Afriel negó con la cabeza.

-Recibimos su advertencia antes de que me enviaran. Sólo llevo lo puesto y unos cuantos artículos en los bolsillos.

Ella le miró críticamente.

-¿Así viste la gente en los Anillos últimamente? Las cosas han cambiado más de lo que pensaba.

Afriel miró su chaquetón de brocado y se echó a reír.

-Es cuestión de táctica. Los inversores están siempre dispuestos a hablar con los humanos que parecen preparados para hacer negocios a gran escala. Todos los representantes de los formadores visten así hoy día. Nos hemos adelantado a los mecanicistas, que aún usan esos horribles monos.

Vaciló, pues no quería ofenderla. El nivel de inteligencia de Galina Mirny se calculaba en casi doscientos. Las personas tan brillantes eran a veces veleidosas e inestables, dispuestas a retirarse a mundos fantásticos privados o sumergirse en extrañas e impenetrables telarañas de planes y racionalizaciones. La inteligencia superior era la estrategia que los formadores habían elegido en la lucha por el dominio cultural, y estaban obligados a ceñirse a ella, a pesar de sus desventajas ocasionales. Habían intentado

crear la raza de los Superbrillantes, gente con un cociente intelectual superior a doscientos, pero tantos habían desertado de las colinas de los formadores que la facción había dejado de producirlos.

-Le extrañan mis ropas -dijo Mimy.

-Desde luego, tienen el atractivo de la novedad -contestó Afriel con una sonrisa.

-Fueron tejidas con las fibras de la crisálida de una ninfa -dijo-. Mi vestuario original fue devorado por un simbiote carroñero durante los disturbios del año pasado. Normalmente voy desnuda, pero no quería ofenderle mostrando demasiada intimidad.

Afriel se encogió de hombros.

-Yo también suelo ir desnudo, la única ventaja que tiene la ropa son los bolsillos. Llevo unas cuantas herramientas encima, pero la mayoría carecen de importancia. Somos formadores, nuestras herramientas están aquí -se palpó la cabeza-. Si puede mostrarme un lugar seguro donde poner mis ropas...

Ella sacudió la cabeza. Era imposible ver sus ojos con las gafas, que dificultaban poder interpretar su expresión.

-Ha cometido su primer error, doctor. Aquí no hay lugares propios. Fue el mismo error que cometieron los agentes mecanicistas, el mismo que casi estuvo a punto de matarme. Aquí no hay concepto de privacidad o propiedad. Esto es el Nido. Si escoge cualquier parte de él para usted (para almacenar equipo, para dormir, lo que sea), entonces se convertirá en un intruso, un enemigo. Los dos mecanicistas, un hombre y una mujer, trataron de asegurar una cámara vacía para su laboratorio informático. Los guerreros derribaron la puerta y los devoraron. Los carroñeros se comieron su equipo, vidrio, metal, todo.

Afriel sonrió fríamente.

-Debió costarles una fortuna traer todo ese material.

Mirny se encogió de hombros.

-Son más ricos que nosotros. Sus máquinas, su minería... Creo que pretendían matarme. Subrepticamente, para que los guerreros no se alteraran por un estallido de violencia. Tenían un ordenador que aprendía el lenguaje de las colas elásticas mucho más rápidamente que yo.

-Pero usted sobrevivió -recalcó Aniel-. Y sus cintas e informes, especialmente los primeros, cuando aún tenía la mayor parte de su equipo, resultaron de tremendo interés. El Consejo la apoya en todo. Durante su ausencia, se ha convertido en toda una celebridad en los Anillos.

-Sí, eso esperaba.

Afriel se quedó perplejo.

-Si encontré alguna deficiencia en ellos -dijo cuidadosamente- fue en mi propio campo, la lingüística alienígena. -Señaló vagamente a los dos simbiontes que la acompañaban-. Supongo que ha hecho usted grandes progresos comunicándose con los simbiontes, ya que parecen los encargados de hablar en nombre del Nido.

Ella le miró con expresión ilegible y se encogió de hombros.

-Hay al menos quince clases diferentes de simbiontes. Los que me acompañan se llaman colas elásticas, y sólo hablan por sí mismos. Son salvajes, doctor, y recibieron atención de los inversores solamente porque aún pueden hablar. Descubrieron el Nido y fueron absorbidos, se convirtieron en parásitos -palmeó a uno de ellos en la cabeza-. Domé a estos dos porque aprendí a robar y mendigar comida mejor que ellos. Ahora me acompañan y me protegen de los más grandes. Son celosos. Sólo llevan con el Nido unos diez mil años y no están seguros de su posición. Aún piensan, y a veces reflexionan. Después de diez mil años, todavía les queda un poco de eso.

-Salvajes -dijo Afriel-. Ya lo creo. Uno de ellos me mordió mientras estaba a bordo de la nave. Como embajador, dejaba mucho que desear.

-Sí, le advertí de su llegada -dijo Mirny-. No le gustó la idea, pero pude sobornarle con comida... Espero que no le hiciera mucho daño.

-Un arañazo. Supongo que no hay riesgo de infección.

-Lo dudo mucho. A menos que haya traído usted sus propias bacterias consigo.

-Muy improbable -dijo Afriel, ofendido-. No tengo ninguna bacteria. Y, de todas formas, no habría traído microorganismos a una cultura alienígena.

Mirny apartó la mirada.

-Pensé que podría tener algunos de esos microorganismos especiales alterados genéticamente... Creo que ya podemos irnos. El cola elástica habrá esparcido su olor tocando la boca de los demás en la siguiente cámara. En unas cuantas horas se extenderá por todo el Nido. Cuando llegue a la Reina, se expandirá muy rápidamente.

Se impulsó con los pies sobre la dura concha de uno de los jóvenes colas elásticas y se lanzó pasillo abajo. Afriel la siguió. El aire era caliente y notó que empezaba a sudar bajo sus elaboradas ropas, pero su sudor antiséptico era inodoro.

Salieron a una enorme cámara excavada en la roca. Era abovedada y oblonga, de ochenta metros de largo por unos veinte de diámetro. Rebosaba de miembros del Nido.

Había cientos de ellos. La mayoría eran obreros, velludos y con ocho patas, del tamaño de grandes perros daneses. Acá y allá había miembros de la casta guerrera, monstruos peludos del tamaño de un caballo con colmillos como sillas.

A unos pocos metros más allá, dos obreros transportaban a un miembro de la casta sensora, un ser cuya inmensa cabeza aplastada estaba unida a un cuerpo atrofiado consistente principalmente de pulmones. El sensor tenía grandes ojos en forma de plato, y de su caparazón velludo brotaban antenas enroscadas que se retorcián débilmente mientras los obreros lo arrastraban. Los obreros se aferraban a la roca hueca de la cámara con patas ganchudas y ventosas.

Un monstruo de miembros aplanados y cabeza sin pelo y sin rasgos los adelantó, remando a través del aire cálido y hediondo. La parte frontal de su cabeza era una pesadilla de mandíbulas afiladas y picos acorazados.

-Un zapador -dijo Mirny-. Puede adentrarnos en las profundidades del Nido. Venga conmigo.

Se abalanzó hacia él y se agarró a su velluda y segmentada espalda. Afriel la siguió, junto con los dos inmaduros colas elásticas, que se aferraron con sus miembros delanteros a los cuartos traseros de la criatura. Afriel reprimió un escalofrío al contacto grasiento de la húmeda y apestosa piel. La criatura siguió recorriendo el aire, agitando sus ocho patas aplanadas como si fueran alas.

-Debe de haber miles -dijo Afriel.

-En mi último informe dije que cien mil, pero eso fue mucho antes de que explorara completamente el Nido. Incluso ahora, hay largos tramos que aún no he visto. Su número debe de acercarse al cuarto de millón. Este asteroide tiene aproximadamente el tamaño de la base mayor de los mecanicistas, Ceres. Aún contiene ricas vetas de material carbónico. Falta mucho para que se agote.

Afriel cerró los ojos. Si perdiera las gafas, tendría que abrirse camino a ciegas a través de estos miles de criaturas pululantes y retorcidas.

-¿La población todavía sigue en aumento?

-Definitivamente -dijo ella-. De hecho, la colonia producirá pronto un nuevo enjambre. Hay tres docenas de alados masculinos y femeninos en las cámaras cercanas a la Reina. Cuando sean liberados, se aparearán y crearán nuevos Nidos. Le llevaré a verlos ahora mismo. -Vaciló-. Ahora vamos a entrar en uno de los jardines de hongos.

Uno de los jóvenes colas elásticas se cambió silenciosamente de posición. Agarrándose a la piel del zapador con sus miembros delanteros, empezó a roer los pantalones de Afriel. El formador le dio una patada y el simbiote retrocedió, contrayendo

sus ojos.

Cuando Afriel volvió a mirar, vio que habían entrado en una segunda cámara, mucho más grande que la primera. Las paredes que los rodeaban por todas partes estaban enterradas bajo una explosiva profusión de hongos. Los tipos más comunes eran cúpulas hinchadas parecidas a barriles, matojos con muchas ramas entrelazadas y protuberancias parecidas a espaguetis que se movían levemente en la brisa tenue y olorosa. Algunos de los barriles estaban rodeados por brumas de esporas exhaladas.

-¿Ve esas protuberancias bajo los hongos, en el crecimiento medio? -dijo Mirny.

-Sí.

-No estoy segura de si es una planta o sólo una especie de complejo sedimento bioquímico. Crece a la luz del sol, fuera del asteroide. ¡Una fuente alimenticia que crece en el espacio desnudo! Imagine lo que valdría en los Anillos.

-No hay palabras para expresar su valor -admitió Afriel.

-Pero es incomedible -dijo ella-. Una vez traté de engullir un... trocito muy pequeño. Fue como intentar comer plástico.

-¿Ha comido bien, en líneas generales?

-Sí. Nuestra bioquímica es bastante similar a la del Enjambre. Los hongos son perfectamente comestibles. Sin embargo, lo regurgitado es más nutritivo. La fermentación interna en el intestino de los obreros se añade a su valor alimenticio.

Afriel puso mala cara.

-Se acostumbrará -dijo Mirny-. Más tarde le enseñaré cómo solicitar comida a los obreros. Es una simple cuestión de actos reflejos..., no es controlado por las feromonas, como la mayor parte de su conducta. -Se apartó un largo mechón de sucio pelo de la cara-. Espero que las muestras feromonales que envié merecieran el coste del transporte.

-Oh, sí. Su química fue fascinante. Conseguimos sintetizar la mayoría de los componentes. Yo mismo formé parte del equipo de investigación. -Vaciló. ¿Hasta qué punto podía fiarse de ella? No había sido informada del experimento que sus superiores y él planeaban. Por lo que Mirny sabía, Afriel era un simple y pacífico investigador, como ella misma. La comunidad científica formadora recelaba de la minoría dedicada al trabajo militar y al espionaje.

Como inversión de futuro, los formadores habían enviado investigadores a cada una de las diecinueve razas alienígenas que les habían sido descritas por los inversores. Esto había costado a la economía formadora muchos gigavatios de preciosa energía y toneladas de raros metales e isótopos. En la mayoría de los casos, sólo pudieron enviarse dos o tres investigadores; en siete de ellos, solamente uno. Para el Enjambre había sido elegida Galina Mirny.

Ella había ido pacíficamente, confiando en su inteligencia y sus buenas intenciones para conservar la vida y la cordura. Los que la habían enviado no sabían si sus hallazgos serían de alguna utilidad o importancia. Sólo sabían que era imperativo que la enviaran, incluso sola, incluso mal equipada, antes de que alguna otra facción enviara a su propia gente y posiblemente descubriera alguna técnica o hecho de abrumadora importancia. Y la doctora Mirny ya había descubierto una situación así. Su misión se había convertido en una cuestión de seguridad para el Anillo. Por eso había venido Afriel.

-¿Sintetizaron los compuestos? -dijo ella-. ¿Por qué?

Afriel sonrió tranquilamente.

-Sólo para demostrarnos a nosotros mismos que podíamos hacerlo, tal vez.

Ella agitó la cabeza.

-Nada de juegos mentales, doctor Afriel, por favor. Vine hasta tan lejos en parte para escapar de esas cosas. Dígame la verdad.

Afriel la miró, lamentando no poder ver sus ojos por culpa de las gafas.

-Muy bien -aceptó-. Entonces, debe de saber que he sido enviado por orden del Consejo Anillo para llevar a cabo un experimento que puede poner en peligro nuestras vidas.

Mirny guardó silencio un momento.

-¿Es usted miembro de Seguridad, entonces?

-Mi rango es el de capitán.

-Lo sabía..., lo supe cuando llegaron esos dos mecanicistas. Eran tan amables, y tan recelosos..., creo que me habrían matado de inmediato si no esperaran sobornarme o torturarme para arrancarme algún secreto. Me asustaron de muerte, capitán Afriel... Y usted también me asusta.

-Vivimos en un mundo aterrador, doctora. Es cuestión de seguridad en las facciones.

-Con ustedes, todo es cuestión de seguridad. No debería de llevarle más lejos ni enseñarle nada más. Este Nido, estas criaturas..., no son inteligentes, capitán. No pueden pensar, no pueden aprender. Son inocentes, primordialmente inocentes. No tienen ningún conocimiento del bien y del mal. Lo último que necesitan es convertirse en peones en una lucha por el poder dentro de otra raza a años luz de distancia.

El zapador se había dirigido a una salida y se internaba lentamente en la cálida oscuridad. Un grupo de criaturas parecidas a pelotas de baloncesto, grises y aplastadas, pasó flotando en la otra dirección. Una de ellas se posó sobre la manga de Afriel, agarrándose con frágiles tentáculos como látigos. Afriel la apartó amablemente, y la criatura se soltó, emitiendo hediondas gotitas de vapor rojo.

-Naturalmente, en principio estoy de acuerdo con usted, doctora -dijo Afriel suavemente-. Pero considere a esos mecanicistas. Algunas de sus facciones extremas son ya algo más que medio máquinas. ¿Espera de ellos motivos humanitarios? Son fríos, doctora..., criaturas frías y sin alma que pueden cortar a rodajas a un hombre o una mujer sin sentir el menor remordimiento. La mayoría de las otras facciones nos odian. Nos consideran superhombres racistas. ¿Preferiría que uno de esos cultos hiciera lo que nosotros debemos hacer, y usara los resultados contra nosotros?

-Eso es pura verborrea. -Ella apartó la mirada. A su alrededor, los obreros cargadas de hongos, con las mandíbulas llenas y las tripas repletas, se esparcían por todo el Nido, pasando junto a ellos o desapareciendo en los túneles que se extendían en todas direcciones, incluyendo arriba y abajo. Afriel vio a una criatura parecida a un obrero, pero con sólo seis patas, pasar en dirección opuesta, por encima. Era un parásito mímico. ¿Cuánto tiempo tardaba una criatura en evolucionar hasta tener aquel aspecto?

-No es extraño que tengamos tantos desertores en los Anillos -dijo ella tristemente-. Si la humanidad es tan estúpida como para arrinconarse de la forma en que lo describe usted, entonces es mejor no tener nada que ver con ella. Mejor vivir solo. Mejor no ayudar a que la locura se extienda.

-Ese tipo de charla sólo conseguirá que nos maten -dijo Afriel-. Debemos obediencia a la facción que nos produjo.

-Sea sincero conmigo, capitán. ¿No ha sentido nunca la tentación de dejarlo todo y a todos..., sus deberes y obligaciones, para marcharse a otro lugar? Se nos entrena con tanta dureza desde la infancia, y se exige tanto de nosotros... ¿No cree que de algún modo nos ha hecho perder de vista nuestro objetivo?

-Vivimos en el espacio -dijo Afriel llanamente-. El espacio es un entorno innatural, y hace falta un esfuerzo innatural por parte de gente innatural para prosperar en él. Nuestras mentes son nuestras herramientas, y la filosofía tiene que venir en segundo lugar. Naturalmente que he sentido esas tentaciones que menciona. Sólo son otra amenaza contra la que hay que protegerse. Creo en una sociedad ordenada. La tecnología ha liberado fuerzas tremendas que están destrozando la sociedad. Una facción debe alzarse por encima de la batalla e integrar las cosas. Los formadores tenemos la

sabiduría y la limitación necesarias para hacerlo de una forma humana. Por eso hago este trabajo. -Vaciló-. No espero ver el día de nuestro triunfo. Espero morir en alguna emboscada, o asesinado. Ya es suficiente con que pueda prever ese día.

-¿Y la arrogancia, capitán? -dijo ella súbitamente-. ¿La arrogancia de su pequeña vida y su pequeño sacrificio? Considere al Enjambre, si realmente quiere su orden perfecto y humano. ¡Aquí está! Donde siempre hace calor y está oscuro, y huele bien, y la comida es fácil de conseguir, y todo es reciclado interminable y perfectamente. Las únicas fuentes que se pierden son los cuerpos de los enjambres apareadores, y un poco de aire. Un Nido como éste podría durar sin ningún cambio cientos de miles de años. Cientos... de miles... de años. ¿Quién, o qué, nos recordará a nosotros y nuestra estúpida facción dentro de mil años siquiera?

Afriel sacudió la cabeza.

-Esa comparación no es válida. No hay visión a tan largo plazo para nosotros. Dentro de mil años seremos máquinas, o dioses. -Se palpó la cabeza; su gorra de terciopelo había desaparecido. Sin duda, algo se la estaría comiendo ahora.

El zapador les condujo a las profundidades del laberinto asteroidal. Vieron las cámaras de las crisálidas, donde las pálidas larvas se retorcían en sus capullos de seda; los jardines de hongos; los pozos cementerio donde los obreros alados trabajaban incesantemente en el aire cargado, febrilmente caliente por el calor de la descomposición. Negros hongos corrosivos devoraban los cuerpos de los muertos con su polvo negro, transportados por obreros también ennegrecidos y ya casi muertos.

Más tarde, abandonaron al zapador y flotaron por su cuenta. La mujer se movía con la facilidad de una larga práctica; Afriel la siguió, chocando de vez en cuando con los chirriantes obreros. Había miles de ellos, aferrados al techo, y al suelo, cubriendo cada ángulo imaginable.

Luego visitaron la cámara de los príncipes y princesas alados, una bóveda redonda y resonante donde las criaturas, de cuarenta metros de largo, colgaban en mitad del aire. Sus cuerpos eran segmentados y metálicos, con nodulos orgánicos para cohetes en el tórax, donde deberían haber estado sus alas. Plegadas a lo largo de sus bruñidas espaldas había antenas de radar sobre largas cadenas ondulantes. Parecían más sondas interplanetarias en construcción que seres biológicos. Los obreros los alimentaban incesantemente. Sus protuberantes abdómenes estaban llenos de oxígeno comprimido.

Mirny arrancó un gran puñado de hongos a un obrero que pasaba, tras golpear diestramente sus antenas y provocar un acto reflejo. Tendió la mayor parte del alimento a los dos colas elásticas, que lo devoraron ansiosamente y se quedaron esperando más.

Afriel asumió la posición del loto y empezó a masticar con determinación los hongos. El alimento era duro pero sabía bien, como a carne ahumada... una delicia que sólo había probado una vez. El olor a humo implicaba desastre en una colonia formadora.

Mirny mantuvo un silencio pétreo.

-La comida no es problema -dijo Afriel-. ¿Dónde dormimos?

Ella se encogió de hombros.

-En cualquier parte..., hay nichos sin usar y túneles acá y allá. Supongo que ahora querrá ver la cámara de la Reina.

-Por supuesto.

-Tendré que conseguir más hongos. Los soldados están de guardia y hay que sobornarlos con comida.

Cogió un puñado de hongos de otro obrero del interminable flujo, y siguieron avanzando. Afriel, totalmente perdido ya, se confundió aún más en el laberinto de cámaras y túneles. Por fin salieron a una inmensa caverna sin luz, brillante con el calor infrarrojo del monstruoso cuerpo de la Reina. Era la fábrica central de la colonia. El hecho de que estuviera hecha de cálida y pulposa carne no ocultaba su naturaleza esencialmente industrial. Toneladas de papilla predigerida entraban por un extremo en las

mandíbulas ciegas. Las redondas oleadas de suave carne la digerían y la procesaban, rebulléndose, sorbiendo y ondulando, con agudos chirridos y gorgoteos como de máquina. Por el otro lado brotaba un interminable burbujeo de huevos, cada uno cubierto por una densa pasta de lubricación hormonal. Los obreros limpiaban rápidamente los huevos y los llevaban a sus nidos. Cada huevo tenía el tamaño del torso de un hombre.

El proceso continuaba interminablemente. En el centro sin luz del asteroide no había ni día ni noche. No había ningún resto de ritmo diurno en los genes de estas criaturas. El flujo de producción era tan constante y regular como el funcionamiento de una mina automatizada.

-Por eso estoy aquí -murmuró Afriel, asombrado-. Eche un vistazo, doctora. Los mecanicistas tienen aparatos de minería cibernética varias generaciones por delante de nosotros. Pero aquí..., en las entrañas de este mundo remoto, hay una tecnología genética; que se alimenta a sí misma, se mantiene, se dirige, de una forma eficiente e interminable. Es la herramienta orgánica perfecta. La facción que use a estos trabajadores incansables podría convertirse en un titán industrial. Y nuestro conocimiento de bioquímica es insuperable. Somos los formadores los que lo conseguiremos.

-¿Cómo pretende hacerlo? -preguntó Mirny, con claro escepticismo-. Tendría que enviar una reina fertilizada al Sistema Solar. Apenas podríamos permitirnoslo, contando con que los inversores lo aceptaran, cosa que no harán.

-No necesito un Nido entero -dijo Afriel pacientemente-. Sólo me hace falta la información genética de un huevo. Nuestros laboratorios en los Anillos podrían clonar un número infinito de obreros.

-Pero los obreros son inútiles sin las feromonas del Nido. Necesitan estímulos químicos que impulsen sus pautas de conducta.

-Exacto -dijo Afriel-. Y da la casualidad de que dispongo de las feromonas, sintetizadas y concentradas. Lo que debo hacer ahora es probarlas. He de demostrar que puedo utilizarlas para que los obreros hagan lo que yo quiera. Cuando eso quede demostrado, estoy autorizado a contrabandear la información genética necesaria a los Anillos. Los inversores no lo aprobarán. Naturalmente, hay cuestiones morales implicadas, y los inversores no están avanzados genéticamente. Pero podemos conseguir su aprobación a través de los beneficios que conseguiremos. Mejor aún, podremos derrotar a los mecanicistas en su propio juego.

-¿Ha traído esas feromonas? -preguntó Mirny-. ¿No sospecharon nada los inversores cuando las encontraron?

-Ahora es usted quien comete el error -dijo Afriel tranquilamente-. Supone que los inversores son infalibles. Se equivoca. Una raza sin curiosidad nunca explora todas las posibilidades de la forma en que lo hacemos los formadores. -Afriel se arremangó el pantalón y extendió la pierna derecha-. Observe esta variz que corre por mi espinilla. Problemas circulatorios de este tipo son comunes entre los que pasamos mucho tiempo en caída libre. Sin embargo, esta vena ha sido bloqueada artificialmente y tratada para reducir la osmosis. Dentro de la vena hay diez colonias separadas de bacterias alteradas genéticamente, cada una creada especialmente para producir una feromona diferente del Enjambre.

Sonrió.

-Los inversores me registraron a conciencia, incluyendo rayos-X.

-Pero la vena aparece normal a los rayos-X, y las bacterias están atrapadas dentro de compartimentos. Son indetectables. Tengo un pequeño equipo médico conmigo. Incluye una jeringuilla. Podemos usarla para extraer las feromonas y probarlas. Cuando las pruebas estén finalizadas, y estoy seguro de que serán un éxito, pues de hecho he arriesgado mi carrera en ello, podremos vaciar la vena y todos sus compartimentos. Las bacterias morirán en contacto con el aire. Podremos rellenar la vena con la yema de un embrión en desarrollo. Puede que las células sobrevivan al viaje de regreso, pero, aunque

no sea así, no pueden pudrirse dentro de mi cuerpo. Nunca se pondrán en contacto con ningún agente deteriorante. De vuelta a los Anillos, podremos aprender a activar y suprimir genes diferentes para producir las castas diferentes, como hace la naturaleza. Tendremos millones de obreros, ejércitos de soldados si hace falta, quizás incluso naves-coñete orgánicas, todo ello crecido a partir de alados alterados. Si esto funciona, ¿quién cree que me recordará entonces? ¿A mí y a mi vida insignificante y a mi arrogante y pequeño sacrificio?

Ella se le quedó mirando. Ni siquiera las protuberantes gafas pudieron ocultar su nuevo respeto, su temor.

-Entonces, pretende hacerlo realmente.

-Sacrifiqué mi tiempo y mi energía. Espero resultados, doctora.

-Pero eso es secuestro. Está hablando de crear una raza de esclavos.

Afriel se encogió de hombros, con desdén.

-Está retorciendo las palabras, doctora. No causaré ningún daño a esta colonia. Puede que robe un poco de trabajo a sus obreros mientras obedecen mis órdenes químicas, pero ese pequeño hurto no será echado en falta. Admito el asesinato de un huevo, pero no será un crimen peor que un aborto humano. ¿Puede ser considerado «secuestro» el robo de una hebra de material genético? Creo que no. Y, en cuanto a la escandalosa idea de la raza de esclavos..., la rechazo de plano. Estas criaturas son robots genéticos. No serán más esclavos que una perforadora láser o un contenedor. Como mucho, serán nuestros animales domésticos.

Mirny consideró el tema. No tardó mucho.

-Es cierto. No será como si un trabajador común contemplara las estrellas, añorando su libertad. Sólo son seres neutros sin cerebro.

-Exactamente, doctora.

-No hacen más que trabajar. No habrá ninguna diferencia en que trabajen para nosotros o para el Enjambre.

-Veo que ha captado la belleza de la idea.

-Y, si funcionara... -dijo Mirny-, si funcionara, nuestra facción se beneficiaría astronómicamente.

Afriel sonrió de todo corazón, inconsciente del helado sarcasmo de su expresión.

-Y los beneficios personales, doctora..., la valiosa experiencia de ser los primeros en explotar la técnica. -Hablabam amablemente, en voz baja-. ¿Ha visto alguna vez una nevada de nitrógeno en Titán? Imagino una mansión allí: grande, mucho más grande que nada posible antes... Una verdadera ciudad, Galina, un lugar donde el hombre pueda arañar las reglas y la disciplina que le enloquecen...

-Ahora es usted quien habla de deserción, doctor capitán.

Afriel guardó silencio por un instante, luego sonrió con esfuerzo.

-Ya ha estropeado mi perfecto ensueño -dijo-. Además, lo que estaba describiendo era el retiro bien merecido de un hombre rico, no una reclusión autoindulgente..., hay una clara diferencia. -Vaciló-. En cualquier caso, ¿puedo concluir que está conmigo en este proyecto?

Ella se echó a reír y le tocó el brazo. Había algo increíble en el sonido de su risa, ahogado por el gran rumor orgánico de los monstruosos intestinos de la Reina.

-¿Espera que resista sus argumentos durante dos largos años? Será mejor que ceda ahora y nos ahorre fricciones.

-Sí.

-Después de todo, no hará ningún daño al Nido. Nunca sabrán lo que ha pasado. Y, si su línea genética es reproducida con éxito en casa, nunca habrá ningún motivo para que la humanidad vuelva a molestarlos.

-Cierto -dijo Afriel, aunque en el fondo de su mente pensó instantáneamente en la fabulosa riqueza del sistema asteroidal de Betelgeuse. Inevitablemente llegaría el día en

que la humanidad se trasladara a las estrellas en masa, de una vez por todas. Estaría bien conocer todas las particularidades de cada raza que pudiera convertirse en un rival.

-Le ayudaré lo mejor que pueda -dijo ella. Hubo un momento de silencio-. ¿Ha visto lo suficiente de esta zona?

-Sí.

Abandonaron la cámara de la Reina.

-Al principio no me cayó usted bien -dijo ella sinceramente-. Creo que ahora me agrada más. Parece tener un sentido del humor del que carecen la mayoría de los miembros de Seguridad.

-No es sentido del humor -dijo Afriel tristemente-. Es sentido de la ironía disfrazado como tal.

No hubo días en el interminable flujo de horas que siguieron. Sólo hubo períodos irregulares de sueño, separados primero, juntos después, mientras se sostenían mutuamente en caída libre. El ansia sexual de piel y cuerpo se convirtió en un ancla para su humanidad común, una humanidad dividida y enfrentada a tantos años luz de distancia que el concepto ya no tenía ningún significado. La vida en los cálidos y rebosantes túneles era el aquí y el ahora. Ellos dos eran cómo gérmenes en la corriente sanguínea, moviéndose incesantemente con el latente flujo y reflujo. Las horas se convirtieron en meses, y el tiempo careció de significado.

Los tests feromónicos eran complejos, pero no imposibles. La primera de las diez feromonas era un simple estímulo grupal, que causaba que gran número de obreros se congregaran cuando el producto químico se extendía de palpo en palpo. A continuación, los obreros esperaban nuevas instrucciones; si no se producía ninguna, se dispersaban. Para funcionar efectivamente, las feromonas tenían que darse en una mezcla, o en serie, como los mandatos informáticos. La número uno, por ejemplo, la agrupación, junto con la tercera feromona, una orden de traslado, hacía que los obreros vaciaran cualquier cámara y pasaran sus efectos a otra. La novena feromona tenía las mejores posibilidades industriales; era una orden de construcción, que hacía que los obreros congregaran a zapadores y rastreadores y los pusieran a trabajar. Otras eran molestas: la décima feromona producía una conducta nupcial, y los velludos palpos de los obreros arrancaron los restos de las ropas de Afriel. La octava feromona enviaba a los obreros a cosechar material en la superficie del asteroide, y en su ansiedad por observar sus efectos los dos exploradores casi fueron atrapados y lanzados al espacio.

Dejaron de temer a la casta de los soldados. Sabían que una dosis de la sexta feromona los enviaba a defender rápidamente a los huevos, igual que enviaba a los obreros a atenderlos. Mirny y Afriel se aprovecharon de esto y construyeron sus propias cámaras, que excavaron obreros secuestrados químicamente y defendidos por un guardián compresor también obligado. Tenían sus propios jardines de hongos para reciclar el aire, lleno de los hongos que más les gustaban, y digeridos por un obrero al que mantenían drogado para así usar la comida. Debido a la alimentación constante y la falta de ejercicio, el obrero se había hinchado del todo y colgaba de una pared como una uva monstruosa.

Afriel estaba cansado. Había pasado mucho tiempo sin dormir, aunque no sabía cuánto exactamente. Sus ritmos corporales no se habían ajustado tan bien como los de Mirny, y tendía a ataques de depresión e irritabilidad que tenía que reprimir con esfuerzo.

-Los inversores regresarán algún día -dijo-. Pronto.

Mirny mostró indiferencia.

-Los inversores -dijo, y siguió la observación con algo en el lenguaje de los colas elásticas que Afriel no entendió. A pesar de su formación lingüística, Afriel nunca había igualado su habilidad en el uso de la jerga de los colas elásticas. Su formación era casi una desventaja: el lenguaje de los colas elásticas se había corrompido tanto que era una jerigonza, sin leyes ni regularidad. Sabía lo suficiente para darles órdenes, y con su

control parcial de los soldados tenía el poder para mantenerlos a raya. Los colas elásticas le temían, y los dos retoños que Mirny había domado se habían convertido en tiranos gordos y crecidos que aterrorizaban libremente a sus mayores. Afriel se había visto demasiado ocupado para estudiar en serio a los colas elásticas o los otros simbioses. Había demasiados asuntos prácticos que atender.

-Si vienen demasiado pronto, no podré terminar mis últimos estudios -dijo ella en inglés.

Afriel se quitó las gafas infrarrojas y se las anudó en torno al cuello.

-Hay un límite, Galina -dijo, bostezando-. Sin equipo, sólo podrás memorizar un número limitado de datos. Tendremos que esperar hasta que podamos volver. Espero que los inversores no se sorprendan cuando me vean. He perdido una fortuna en ropas.

-Todo ha sido tan aburrido desde que se produjo la nueva generación... Si no fuera por el nuevo crecimiento en las cámaras de los alados, me habría muerto de hartazgo. -Se apartó el grasiento pelo de la cara con ambas manos-. ¿Vas a dormir?

-Sí, si puedo.

-¿No vendrás conmigo? Sigo diciéndote que ese nuevo desarrollo es importante. Creo que se trata de una casta nueva. Definitivamente, no es un alado. Tiene alas, pero se aferra a la pared.

-Entonces, probablemente no es un miembro del Enjambre -dijo Afriel, cansado, burlándose de ella-. Lo más seguro es que sea un parásito, un remedador alado. Ve a verlo, si quieres. Te esperaré aquí.

La oyó marcharse. Sin las gafas infrarrojas, la oscuridad no era total, pues había una leve luminosidad procedente de los hongos de la otra cámara. El repleto obrero se movió ligeramente por la pared, rebulléndose. Afriel se quedó dormido.

Cuando despertó, Mirny no había regresado todavía. No se alarmó. Visitó primero el túnel aislante, donde los inversores le habían dejado. Era irracional (los inversores siempre cumplían sus contratos), pero temía que llegaran algún día, se impacientaran y se marcharan sin él. Los inversores tendrían que esperar, naturalmente. Mirny podría mantenerlos ocupados en el corto espacio de tiempo necesario para que él corriera a robar las células de un huevo en desarrollo. Era mejor que el huevo fuera lo más fresco posible.

Más tarde comió. Masticaba hongos en una de las cámaras anteriores cuando los dos colas elásticas de Mirny le encontraron.

-¿Qué queréis? -les preguntó en su lenguaje.

-Da-comida no buena -chirrió el más grande, sacudiendo sus miembros delanteros con inconsciente agitación-. No trabajo, no sueño.

-No mueve -dijo el segundo. Y añadió, esperanzado-: ¿Comer, ahora?

Afriel le dio parte de su comida. Los colas elásticas la devoraron, al parecer más por hábito que por apetito, cosa que le alarmó.

-Llebadme con ella -les dijo.

Los dos colas elásticas se pusieron en marcha. Afriel les siguió con facilidad, esquivando habilidosamente las multitudes de obreros. Los colas elásticas le condujeron a través de varios kilómetros de túneles hasta las cámaras de los alados. Allí se detuvieron, confundidos.

-Ido -dijo el más grande.

La cámara estaba vacía. Afriel nunca la había visto así antes, y era muy extraño que el Enjambre malgastara tanto espacio. Sintió miedo.

-Seguid a la da-comida -dijo-. Seguid el olor.

Los colas elásticas se apretujaron contra una pared, sin mucho entusiasmo. Sabían que Afriel no tenía comida y no estaban dispuestos a hacer nada sin una recompensa inmediata. Por fin, uno de ellos localizó el olor, o fingió hacerlo, y lo siguió hasta el techo y la boca de un túnel.

A Afriel le costó trabajo ver algo en la cámara abandonada, pues no había suficiente calor infrarrojo. Saltó tras el cola elástica.

Oyó el rugido de un soldado y el ahogado chirrido del cola elástica. Éste salió de la boca del túnel, con un chorro de fluido grumoso manando de su rota cabeza. Giró sobre sí mismo hasta que chocó con un flaccido crunch con la pared opuesta. Ya estaba muerto.

El segundo cola elástica huyó de inmediato, chirriando de pena y terror. Afriel aterrizó en el borde del túnel, encogiéndose en una pelota mientras sus piernas acumulaban impulso. Pudo oler el hedor acre de la furia del soldado, una feromona tan densa que incluso un humano podía olerla. Docenas de otros soldados se congregarían allí en minutos, o segundos. Tras el airado soldado pudo oír a obreros y zapadores cambiando y cementando roca.

Afriel podía controlar a un soldado enfurecido, pero nunca a dos, ni a veinte. Se soltó de la pared de la cámara y se dirigió a la salida.

Buscó al otro cola elástica (estaba seguro de que podría reconocerlo, ya que era mucho más grande que los demás), pero no pudo hacerlo. Con su agudo sentido del olor, el animal podía evitarlo fácilmente si quería.

Mirny no regresó. Pasaron incontables horas. Afriel volvió a dormir. Regresó a la cámara de los alados; había soldados de guardia, soldados que no estaban interesados en la comida y mostraban sus inmensos colmillos serrados cuando se acercaba. Parecían dispuestos a despedazarlo; el leve hedor de las feromonas agresivas gravitaba en el lugar como una niebla. No vio a ningún simbiote de ningún tipo en los cuerpos de los soldados. Había una especie, una cosa parecida a una gruesa garrapata, que sólo se colgaba de los soldados, pero incluso las garrapatas habían desaparecido.

Regresó a sus cámaras para esperar y pensar. El cuerpo de Mirny no estaba en los pozos de basura. Naturalmente, era posible que alguna otra criatura la hubiera devorado. ¿Debería extraer las feromonas restantes de los espacios de su vena y tratar de irrumpir en la cámara de los alados? Sospechaba que Mirny, o lo que quedara de ella, estaba en algún lugar del túnel donde había muerto el cola elástica. Él nunca había explorado aquella zona. Había miles de túneles que nunca había explorado.

Se sintió paralizado por la indecisión y el miedo. Si permanecía quieto, si no hacía nada, los inversores podrían llegar en cualquier momento. Podría contar al Consejo Anillo lo que quisiera sobre la muerte de Mirny; si tenía consigo la información genética, nadie objetaría nada. Afriel no la amaba; la respetaba, pero no lo suficiente como para perder la vida ni la inversión de su facción.

No había pensado en el Consejo Anillo en mucho tiempo, y la idea le serenó. Tendría que explicar su decisión...

Aún estaba sumido en sus pensamientos cuando oyó una ráfaga de aire mientras la compuerta viviente se desinflaba. Tres soldados habían venido a por él. No había en ellos hedor a furia. Avanzaron lenta y cuidadosamente. Afriel sabía que no debía intentar resistirse.

Uno de los soldados lo agarró amablemente con sus enormes mandíbulas y se lo llevó.

Lo transportó a la cámara de los alados y al túnel guardado. Había sido excavada una cámara grande y nueva al final del túnel. Estaba casi totalmente llena por una masa de carne blanca y salpicada de negro. En el centro de la suave masa moteada había una boca con dos ojos húmedos y brillantes colocados sobre tallos. Largos tentáculos como conductos colgaban, rebulléndose, de un amasijo irregular sobre los ojos. Los tentáculos terminaban en racimos rosados y carnosos, parecidos a espitas.

Uno de los tentáculos había atravesado el cráneo de Mirny. Su cuerpo colgaba en el aire, flaccido como la cera. Tenía los ojos abiertos, pero ciegos.

Otro tentáculo estaba conectado al cráneo de un obrero mutado. El obrero aún tenía el pálido tinte de una larva; estaba encogido y deformado, y su boca tenía el aspecto

arrugado de una boca humana. Había un amasijo como una lengua en su boca, y placas blancas como dientes humanos. No tenía ojos.

Habló con la voz de Mirny.

-Doctor capitán Afriel...

-Galina...

-No me llamo así. Debes dirigirte a mí como Enjambre.

Afriel vomitó. La masa central era una inmensa cabeza. Su cerebro casi llenaba la sala.

Aquello esperó pacientemente hasta que Afriel terminó.

-Me hallo nuevamente despierto -dijo ensoñadoramente Enjambre-. Me complace ver que no hay ninguna emergencia importante que me preocupe. En cambio, ésta es una amenaza que se ha convertido casi en rutina. -Vaciló delicadamente. El cuerpo de Mirny se agitó un poco en el aire; su respiración era inhumanamente regular. Los ojos se abrieron y se cerraron-. Otra raza joven.

-¿Qué eres?

-Soy el Enjambre. Es decir, soy una de sus castas. Soy una herramienta, una adaptación; mi especialidad es la inteligencia. No se me necesita a menudo. Es bueno volver a ser necesario.

-¿Has estado aquí todo el tiempo? ¿Por qué no nos saludaste? Habríamos tratado contigo. No pretendíamos hacer ningún daño.

La boca húmeda al extremo de la espita emitió una risa.

-Como a ti mismo, me gusta la ironía -dijo-. Te has visto metido en una pequeña trampa, doctor capitán. Pretendías que el Enjambre trabajara para ti y tu raza. Pretendías criarnos y estudiamos y utilizarnos. Es un plan excelente, pero ya lo pensamos mucho antes de que tu raza evolucionara.

Asaltada por el pánico, la mente de Afriel se disparó frenéticamente.

-Eres un ser inteligente -dijo-. No hay motivo para que nos hagamos daño. Hablemos. Podemos ayudarte.

-Sí -accedió Enjambre-. Será una ayuda. Los recuerdos de tu compañera me dicen que éste es uno de esos incómodos períodos en que la inteligencia galáctica es abundante. La inteligencia es una gran molestia. Nos crea todo tipo de problemas.

-¿Qué quieres decir?

-Vosotros sois una raza joven y dais mucha importancia a vuestra astucia -dijo Enjambre-. Como siempre, no veis que la inteligencia no es un rasgo de supervivencia.

Afriel se secó el sudor de la frente.

-Lo hemos hecho bien -dijo-. Vinimos a vosotros, y pacíficamente. Vosotros no vinisteis a nosotros.

-A eso exactamente me refiero -dijo educadamente Enjambre-. Esa urgencia por expandiros, por explorar, por desarrollaros, es lo que os extinguirá. Suponéis ingenuamente que podéis continuar aumentando indefinidamente vuestra curiosidad. Es una larga historia, ejecutada por incontables razas antes que vosotros. Dentro de un millar de años, tal vez un poco más, vuestra especie desaparecerá.

-¿Intentáis destruirnos, entonces? Os advierto que no será tarea fácil...

-Sigues sin comprender. ¡El conocimiento es poder! ¿Supones que esa ridícula forma vuestra, esas primitivas piernas, esos ridículos brazos y manos, ese diminuto cerebro apenas estriado, puede contener todo ese poder? ¡Desde luego que no! Vuestra raza se hace ya pedazos bajo el impacto de su propia experiencia. La forma humana original se vuelve obsoleta. Vuestros propios genes han sido alterados, y tú, doctor capitán Afriel, eres un burdo experimento. Dentro de cien años serás una reliquia. Dentro de mil, ni siquiera serás un recuerdo. Tu raza seguirá el mismo camino que otro millar de razas.

-¿Y qué camino es ése?

-No lo sé. -La cosa al extremo del brazo de Enjambre emitió una risa-. Todas ellas están más allá de mi habilidad. Todas han descubierto algo, aprendido algo, que les ha

hecho trascender mi comprensión. Puede que incluso trasciendan el ser. En cualquier caso, no siento su presencia en ninguna parte. No parecen hacer nada, no parecen interferirse en nada; para todos los propósitos, parecen estar muertas. Desaparecidas. Puede que se hayan vuelto dioses, o fantasmas. De todos modos, no tengo ningún deseo de unirme a ellas.

-Entonces..., entonces tienen...

-La inteligencia es una espada de dos filos, doctor capitán. Sólo es útil hasta cierto punto. Interfiere con el asunto de vivir. La vida y la inteligencia no se mezclan bien. No están tan estrechamente relacionadas como vosotros suponéis infantilmente.

-Pero entonces tú, un ser racional...

-Soy una herramienta, como dije. -El dispositivo mutado al extremo de su brazo emitió un suspiro-. Cuando comenzaron vuestros experimentos feromónicos, el desequilibrio químico se hizo evidente a la Reina. Disparó ciertas pautas genéticas dentro de su cuerpo, y así renací. El sabotaje químico es un problema que puede tratarse mejor con inteligencia. Soy un cerebro completo, diseñado especialmente para ser mucho más inteligente que ninguna raza joven. A los tres días fui plenamente consciente. A los cinco días descifré las marcas en mi cuerpo. Son la historia de mi raza, codificada genéticamente..., a los cinco días y tres horas reconocí el problema en cuestión y supe qué hacer. Lo estoy haciendo ahora. Tengo seis días.

-¿Qué pretendes hacer?

-Tu raza es muy vigorosa. Espero que esté aquí, compitiendo con nosotros, dentro de quinientos años. Tal vez mucho antes. Será necesario hacer un estudio concienzudo de un rival semejante. Te invito a unirme a nuestra comunidad sobre una base permanente.

-¿Qué quieres decir?

-Te invito a convertirte en un simbiote. Tengo aquí un macho y una hembra cuyos genes han sido alterados y por tanto carecen de defectos. Componéis una pareja perfecta. Me ahorrará muchos problemas con la clonación.

-¿Crees que traicionaré a mi raza y entregaré una especie esclava en tus manos?

-Tu elección es simple, doctor capitán: continuar siendo un ser inteligente y vivo o convertirte en una marioneta sin cerebro, como tu compañera. Me he apoderado de todas las funciones de su sistema nervioso; puedo hacer lo mismo contigo.

-Puedo matarme.

-Eso sería problemático, porque me haría tener que recurrir al desarrollo de tecnología clónica. La tecnología, aunque estoy capacitado para ella, me resulta dolorosa. Soy un artefacto genético; hay salvaguardas en mí que me impiden apoderarme del Nido para mis propios fines. Eso significaría caer en la misma trampa de progreso que otras razas inteligentes. Por razones similares, mi lapso de vida es ilimitado. Sólo viviré mil años, hasta que el breve destello de energía de tu raza se extinga y la paz se reanude una vez más.

-¿Sólo mil años? -Ariel se rió amargamente-. ¿Y entonces qué? Matarás a mis descendientes, supongo, al no tener ningún uso para ellos.

-No. No hemos matado a ninguna de las otras quince razas que hemos tomado para estudios defensivos. No ha sido necesario. Considera ese pequeño carroñero que flota sobre tu cabeza, doctor capitán, y se alimenta de tu vómito. Hace quinientos millones de años, sus antepasados hicieron temblar a toda la galaxia. Cuando nos atacaron, liberamos su propia especie sobre ellos. Naturalmente, alteramos nuestro bando, para que fueran más listos, más duros, y desde luego totalmente leales a nosotros. Nuestros Nidos eran el único mundo que conocían, y lucharon con un valor y una inventiva que nosotros nunca podríamos haber igualado... Si su raza llegara a explotarnos, haríamos lo mismo.

-Los humanos somos diferentes.

-Naturalmente.

-Un millar de años no nos cambiarán. Vosotros moriréis y nuestros descendientes se harán con este Nido. Pese a todo, estaremos dirigiéndolo todo en unas pocas generaciones. La oscuridad no supondrá ninguna diferencia.

-Desde luego que no. No necesitáis ojos aquí. No necesitáis nada.

-¿Me permitirás seguir con vida? ¿Para enseñarles lo que quiera?

-Ciertamente, doctor capitán. En realidad, te estamos haciendo un favor. Dentro de mil años tus descendientes serán los únicos restos de la raza humana. Somos generosos con nuestra inmortalidad; la llevamos sobre nuestras espaldas para conservaros a vosotros.

-Te equivocas, Enjambre. Te equivocas en lo referente a la inteligencia, y en todo lo demás. Tal vez otras razas se reduzcan al parasitismo, pero los humanos somos diferentes.

-Ciertamente. ¿Lo harás, entonces?

-Sí. Acepto tu desafío. Y te derrotaré.

-Espléndido. Cuando regresen los inversores, los colas elásticas dirán que te han matado, y que no regresen nunca. No regresarán. Los humanos serán los siguientes en llegar.

-Sí yo no te derroto, ellos lo harán.

-Tal vez. -La cosa volvió a suspirar-. Me alegro de no tener que absorberte. Habría echado de menos tu conversación.

ROSA ARAÑA

Rosa Araña no sentía nada, o casi nada. Había experimentado algunos sentimientos, un nexo de emociones de doscientos años de antigüedad, y los había aplastado con una inyección craneal. Ahora lo que quedaba de sus sentimientos era como lo que queda de una cucaracha cuando se la golpea con un martillo.

Rosa Araña sabía de cucarachas; eran la única vida animal nativa en las colonias mecanicistas. Habían infestado las naves espaciales desde el principio, pues eran demasiado duras, prolíficas y preparadas para matar. Por necesidad, los mecanicistas habían usado técnicas genéticas robadas a sus rivales los formadores para convertir a las cucarachas en pintorescas mascotas. Una de las favoritas de Rosa Araña era una cucaracha de un palmo de largo con su brillante caparazón negro cubierto de manchas rojas y amarillas. Estaba agarrada a su cabeza. Bebía el sudor de su perfecto entrecejo, y ella no sabía nada, pues estaba en otra parte, esperando visita.

Observaba a través de ocho telescopios. Sus imágenes se fundían en su cerebro a través de una conexión de nerviocristal en la base de su cráneo. Ahora tenía ocho ojos, como su símbolo, la araña. Sus oídos eran el débil pulso firme del radar, gestaban atentos, a la escucha de la extraña distorsión que señalaría la presencia de la nave inversora.

Rosa era lista. Podría haber estado loca, pero sus técnicas de observación establecían la base química de su cordura y la mantenían artificialmente. Rosa Araña aceptaba esto como normal. Y era normal. No para los seres humanos, pero sí para una mecanicista de doscientos años de edad que vivía en una telaraña que orbitaba Urano, con el cuerpo rebullendo de hormonas jóvenes, la sabia cara vieja-joven como algo sacado de un molde de escayola, el pelo largo y blanco un ondulante despliegue de hilos de fibra óptica implantados con pequeñas gotas de luz que manaban como gemas microscópicas de sus sesgadas puntas... Era vieja, pero no pensaba en eso. Y estaba sola, pero había aplastado esos sentimientos con drogas. Y tenía algo que querían los inversores, algo por cuya posesión aquellos comerciantes reptilesos serían capaces de dar sus colmillos.

Atrapada en una telaraña de policarbono, la amplia red que le había dado su nombre, tenía una joya del tamaño de un autobús.

Y por eso esperaba, enlazada cerebralmente a sus instrumentos, incansable, sin estar particularmente interesada pero ciertamente no aburrida. El aburrimiento era peligroso. Conducía a la inquietud, y la inquietud podía ser fatal en un habitat espacial, donde la malicia o incluso el simple descuido podían matar. La conducta de supervivencia apropiada era ésta: agazaparse en el centro de la telaraña mental, con limpios hilos euclidianos de racionalidad radiando en todas direcciones, las piernas alerta al menor temblor de preocupantes emociones. Y, cuando sentía aquella sensación agitando los hilos, se abalanzaba allí, la atrapaba, la envolvía y la taladraba limpia y lentamente con una hipodérmica como el colmillo de una araña...

Allí estaba. Sus ojos óctuplos abarcaron medio millón de kilómetros en el espacio y divisaron el avance de una nave inversora. Las naves inversoras no tenían motores convencionales y no irradiaban ninguna energía detectable; el secreto de su impulso espacial estaba férreamente guardado. Todo lo que cualquiera de las facciones (llamadas en sentido amplio «humanidad», a falta de un término mejor) sabían con seguridad del sistema impulsor de los inversores era que las popas de sus naves enviaban largos chorros parabólicos de distorsión que causaban un efecto ondulante contra el fondo estrellado.

Rosa Araña salió parcialmente de su modo de observación estática y se sintió en su cuerpo una vez más. Las señales del ordenador eran ahora mudas, superpuestas sobre su visión normal como un reflejo de su propia cara en una ventana. Tras pulsar una tecla, divisó la nave inversora con un láser de comunicaciones y envió un pulso de datos: una oferta de negocios (la radio era demasiado insegura; podía atraer a piratas formadores, y ya había tenido que matar a tres).

Supo que la habían oído y comprendido cuando vio que la nave inversora se detenía en seco y ejecutaba un viraje que rompía todas las leyes conocidas de la dinámica orbital. Mientras esperaba, Rosa Araña cargó un programa traductor inversor. Tenía cincuenta años de antigüedad, pero los inversores eran persistentes, no tanto por conservadurismo sino por falta de interés en cambiar.

Cuando se acercó lo suficiente a la estación como para maniobrar, la nave inversora desplegó con una nube de gas una vela solar decorada. La vela era lo suficientemente grande como para envolver una pequeña luna, y más fina que un recuerdo de doscientos años. A pesar de su fantástica delgadez, había murales moleculares tallados en ella: escenas titánicas de navíos inversores en las que los astutos inversores habían defraudado a incautos bípedos y bolsas de gas capaces de devorar un planeta hinchadas de dinero e hidrógeno. Las grandes reinas enjoyadas de la raza inversora, rodeadas por sus harenes masculinos, desplegaban su chillona sofisticación a lo largo de kilómetros de jeroglíficos, colocados sobre un circuito musical para indicar la clave apropiada y la entonación de su lenguaje medio cantado.

Hubo un estallido de estática en la pantalla ante ella, y apareció una cara inversora. Rosa Araña se quitó la conexión del cuello. Estudió la cara: sus grandes ojos vidriosos medio ocultos tras las membranas nictitantes, la corona irisada tras las orejas del tamaño de un alfiler, la piel correosa, la sonrisa reptilesca con los dientes espigados. Emitió ruidos:

-Al habla el alférez de la nave -tradujo el ordenador-. ¿Lidia Martínez?

-Sí -dijo Rosa Araña, sin molestarse en explicar que su nombre había cambiado. Había tenido muchos nombres.

-Hicimos buenos negocios con su marido en el pasado -dijo el inversor interesadamente-. ¿Cómo se encuentra?

-Murió hace treinta años -respondió Rosa Araña. Había aplastado la pena-. Los asesinos formadores lo mataron.

El oficial inversor agitó su corona. No se arredró. La turbación no era una emoción nativa de los inversores.

-Malo para los negocios -opinó-. ¿Dónde está esa joya que mencionó?

-Prepárese para recibir datos -dijo Rosa Araña, y pulsó su teclado. Observó la pantalla mientras su discurso de venta, cuidadosamente preparado, se desenrollaba y su rayo de comunicaciones lo protegía para evitar oídos enemigos.

Había sido el hallazgo de toda una vida. Comenzó siendo parte de una luna helada del protoplaneta Urano que se había roto, fundido y recristalizado en los eones primordiales de implacables bombardeos. Se había roto al menos cuatro veces distintas, y cada vez los fluidos minerales habían forzado en su estructura zonas bajo tremenda presión: carbono, silicato de manganeso, berilio, óxido de aluminio. Cuando la luna fue finalmente atraída al famoso complejo Anillo, el enorme bloque de hielo flotó durante eones, envuelto en ondas de choque de radiación dura, acumulando y perdiendo carga en las extrañas fluctuaciones electromagnéticas típicas de todas las formaciones del Anillo.

Y entonces, en un momento crucial hacía varios millones de años, fue alcanzada por un titánico relámpago, uno de esos invisibles e inaudibles brotes de energía eléctrica que disipó las cargas acumuladas a lo largo de décadas enteras. La mayor parte del entorno exterior del bloque de hielo se convirtió instantáneamente en plasma. El resto resultó cambiado. Las obstrucciones minerales eran ahora cadenas y vetas de berilio que mostraban acá y allá bloques de esmeralda en bruto grandes como la cabeza de un inversor, surcadas por hilos de corindón rojo y granate púrpura. Había amasijos de diamante fundido de extraños colores encendidos que sólo procedían de los extraños estados cuánticos del carbono metálico. Incluso el hielo mismo había sido cambiado en algo rico y único, y por tanto precioso por definición.

-Nos intriga -dijo el inversor. Para ellos, esto era un entusiasmo profundo. Rosa Araña sonrió. El alférez continuó-: Es un artículo inusitado y su valor es difícil de establecer. Le ofrecemos un cuarto de millón de gigavatios.

-Tengo la energía que necesito para dirigir mi estación y defenderme -dijo Rosa Araña-. Es una oferta generosa, pero nunca podría almacenar tanto.

-También le daremos una celosía de plasma estabilizado. -Esta generosa e inesperada generosidad tenía la intención de abrumarla. La construcción de celosías de plasma estaba muy por encima de la tecnología humana, y poseer una sería el sueño de toda una vida. Era lo último que Rosa Araña quería.

-No me interesa -dijo.

-¿No le interesa la moneda básica del comercio galáctico?

-No cuando sólo puedo gastarla con ustedes.

-Comerciar con razas jóvenes es un asunto ingrato -observó el inversor-. Entonces, supongo que quiere información. Las razas jóvenes siempre quieren comerciar con tecnología. Tenemos algunas técnicas formadoras que negociamos con su facción..., ¿le interesan?

-¿Espionaje industrial? -dijo Rosa Araña-. Tendría que habérmelo ofrecido hace ochenta años. No, conozco demasiado bien a los inversores. Venderían técnicas mecanicistas para mantener el equilibrio del poder.

-Nos gusta un mercado competitivo -admitió el inversor-. Nos ayuda a evitar dolorosos monopolios como el que tenemos ahora al tratar con usted.

-No quiero poder de ninguna clase. Para mí el status no significa nada. Muéstreme algo nuevo.

-¿Nada de status? ¿Qué pensarán sus compañeros?

-Vivo sola.

El inversor ocultó sus ojos tras las membranas nictitantes.

-¿Aplastó sus instintos gregarios? Un desarrollo ominoso. Bien, intentaré una nueva táctica. ¿Le interesan las armas? Si accede a cumplir diversas condiciones en lo referente a su uso, podemos ofrecerle un armamento único y poderoso.

-Ya me las arreglo.

-Podría utilizar nuestras habilidades políticas. Podemos influir en los grupos formadores importantes y protegerla de ellos mediante un tratado. Tardaríamos diez o veinte años, pero podría conseguirse.

-Son ellos quienes tienen que temerme, no al revés.

-Un nuevo habitat, entonces. -El inversor era paciente-. Puede vivir dentro de oro sólido.

-Me gusta lo que tengo.

-Disponemos de algunos artefactos que podrían divertirle -dijo el inversor-. Prepárese para recibir datos.

Rosa Araña pasó ocho horas examinando las diversas mercancías. No había prisa. Era demasiado vieja para sentir impaciencia, y los inversores vivían para negociar.

Le ofrecieron pintorescos cultivos de algas que producían oxígeno y perfumes extraños. Había estructuras metaplegadas de átomos colapsados para protegerse de las radiaciones y como defensa. Raras técnicas que transmutaban fibras nerviosas en cristal. Un suave cetro negro que volvía el hierro tan maleable que se podía moldear con las manos y darle forma. Un pequeño submarino de lujo para la exploración de mares de amoníaco y metano, hecho de cristal metálico transparente. Globos autorreplicantes de sílice moldeado que, según crecían, ejecutaban un juego que simulaba el nacimiento, crecimiento y declinar de una cultura alienígena. Un aparato tierra-mar-y-aire tan pequeño que se abrochaba como un traje.

-No me interesan los planetas -dijo Rosa Araña-. No me gustan los pozos de gravedad.

-Bajo ciertas circunstancias, podríamos disponer de un generador de gravedad -contestó el inversor-. Tendría que ser a prueba de sobornos, como el cetro y las armas, y alquilado en vez de vendido. Debemos evitar la huida de ese tipo de tecnología.

Ella se encogió de hombros.

-Nuestras propias tecnologías nos han aplastado. No podemos asimilar lo que ya tenemos. No veo ninguna razón para lastrarme con más.

-Esto es todo lo que podemos ofrecerle que no esté en la lista prohibida -dijo el inversor-. Esta nave en concreto tiene muchos artículos disponibles sólo para razas que viven a temperatura muy baja y presión muy alta. Y tenemos artículos que probablemente le gustarían mucho, pero la matarían. O a su especie entera. La literatura de lo [intraducible], por ejemplo.

-Puedo leer la literatura de la Tierra si quiero un punto de vista extraño -dijo ella.

-Lo [intraducible] no es realmente literatura -dijo benignamente el inversor-. En realidad, es una especie de virus.

Una cucaracha voló hasta el hombro de ella.

-¡Mascotas! -dijo el oficial inversor-. ¡Mascotas! ¿Le gustan?

-Son mi solaz -respondió ella, dejando que la cucaracha mordiera la cutícula de su pulgar.

-Debí de haberlo pensado. Déme doce horas.

Rosa Araña se fue a dormir. Tras despertarse, mientras esperaba, estudió la nave alienígena a través de su telescopio. Todas las naves inversoras estaban cubiertas con fantásticos diseños en metal tallado: cabezas de animales, mosaicos de metal, escenas e inscripciones en bajorrelieve, así como zonas de carga e instrumentos. Pero los expertos habían señalado que la forma básica bajo la ornamentación era siempre la misma: un simple octaedro con seis largos lados rectangulares. Los inversores habían tenido problemas para disfrazar este hecho; y la actual teoría era que las naves habían sido compradas, encontradas o robadas a una raza más avanzada. Ciertamente, con su

extravagante actitud hacia la ciencia y la tecnología, los inversores parecían incapaces de haberlas construido ellos mismos.

El alférez restableció el contacto. Sus membranas nictitantes parecían más blancas que de costumbre. Sostenía un pequeño reptil alado con una larga cresta espinosa del color de la corona de los inversores.

-Es la mascota de nuestra comandante, la llamamos «Pequeña Nariz para los Negocios». ¡Todos la amamos! Nos cuesta muchísimo separarnos de ella. Tenemos que escoger entre pasar vergüenza en este asunto o perder su compañía. -Jugueteó con el animal, que agarró sus gruesos dedos con sus pequeñas manos escamosas.

-Es... bonito -dijo ella, hallando una palabra medio olvidada de su infancia y pronunciándola con una mueca de disgusto-. Pero no voy a cambiar mi hallazgo por un lagarto carnívoro.

-¡Piense en nosotros! -se lamentó el inversor-. Condenando a nuestra pequeña Nariz a un entorno extraño rebosante de bacterias y ratas gigantes... De todas formas, no puede evitarse. Aquí está nuestra propuesta. Tome nuestra mascota durante setecientos más menos cinco de sus días. Regresaremos cuando salgamos del sistema. Entonces puede elegir entre quedarse con ella o nombrar su precio. Mientras tanto, debe prometer no vender la joya ni informar a nadie más de su existencia.

-Quiere decir que me dejará su mascota como una especie de dinero en prenda por la transacción.

El inversor cubrió sus ojos con la membrana nictitante y apretó los labios. Era un signo de agudo pesar.

-Será el rehén de su cruel indecisión, Lidia Martínez. Francamente, dudamos de ser capaces de encontrar nada en este sistema que pueda satisfacerla mejor que nuestra mascota. Excepto, tal vez, una nueva forma de suicidio.

Rosa Araña se sorprendió. Nunca había visto a un inversor implicarse tanto emocionalmente. Por norma general, parecían ver la vida con cierto desapego, incluso mostrando en ocasiones pautas de conducta que recordaban al sentido del humor.

Estaba disfrutando. Había pasado el punto en el que cualquiera de las ofertas normales del inversor la habrían tentado. En esencia, comerciaba con su joya a cambio de un estado mental interior: no una emoción, porque las había aplastado, sino un sentimiento más pálido y más limpio: interés. Quería estar interesada, encontrar algo en que ocuparse además de las piedras muertas y el espacio. Y esto parecía intrigante.

-Muy bien -dijo-. Estoy de acuerdo. Setecientos días más o menos cinco. Y guardaré silencio. -Sonrió. No había hablado a otro ser humano en cinco años, y no iba a empezar ahora.

-Cuide bien a nuestra Pequeña Nariz para los Negocios -dijo el inversor, medio suplicando, medio advirtiendo, acentuando el tono para que el ordenador de Rosa Araña pudiera recogerlo-. Nosotros seguimos queriéndola, aunque, por alguna completa corrosión del espíritu, usted no la quiera. Es valiosa y rara. Le enviaremos instrucciones para su cuidado y alimentación. Prepárese para recibir datos.

Dispararon la cápsula que contenía a la criatura a la densa telaraña de policarbono de su habitat arácnido. La telaraña estaba construida sobre un armazón de ocho radios, y éstos quedaban tensos por la fuerza centrífuga de rotación de ocho cápsulas en forma de lágrima. Con el impacto de la cápsula de cargamento, la tela se inclinó graciosamente y las ocho enormes lágrimas de metal se acercaron al centro de la tela con cortos y graciosos arcos en caída libre. La tenue luz del sol resplandeció a lo largo de la tela cuando se extendió al retroceder, detenida un poco su rotación por la energía que había empleado para absorber la inercia. Era una técnica para atracar barata y efectiva, pues era mucho más fácil conseguir una velocidad de giro que una compleja maniobra.

Robots industriales de ganchudas piernas corrieron rápidamente sobre las fibras de policarbono y agarraron la cápsula de la mascota con tenazas y palpos magnéticos. La propia Rosa Araña dirigía al robot líder, palpando y viendo a través de sus tenazas y cámaras. Los robots arrastraron la cápsula a una compuerta, la abrieron, vaciaron su contenido, y le colocaron un pequeño cohete parásito para lanzarla de vuelta a la nave madre inversora. Después de que el cohete regresara a la nave y ésta se marchara, los robots regresaron a sus garajes en forma de lágrima y se encerraron, a la espera del siguiente temblor en la tela.

Rosa Araña se desconectó y abrió la compuerta. La mascota voló a la sala. Comparada con el alférez inversor parecía diminuta, pero los inversores eran grandes. La mascota le llegaba a la rodilla y parecía pesar unos ocho kilos. Silbando musicalmente ante el desconocido aire, revoloteó por la habitación esquivando y apresurándose de forma irregular.

Una cucaracha se despegó de la pared y voló hacia ella aleteando con estrépito. La mascota golpeó la cubierta con un chirrido de terror y se quedó allí, palpándose cómicamente brazos y piernas en busca de daño. Medio cerró los toscos párpados. Como los ojos de un bebé inversor, pensó bruscamente Rosa Araña, aunque nunca había visto un inversor joven y dudaba que ningún humano lo hubiera hecho. Tenía un vago recuerdo de algo que había oído mucho antes..., algo sobre mascotas y bebés, sus grandes cabezas, sus enormes ojos, su suavidad, su dependencia. Recordó haberse burlado ante la idea de que la desaliñada dependencia de, por ejemplo, un «perro» o un «gato» podía rivalizar con la limpia economía y eficiencia de una cucaracha.

La mascota inversora había recuperado su compostura y estaba arrodillada sobre la alfombra de algas, charlotteando consigo misma. Había una especie de mueca astuta en su cara de dragón en miniatura. Sus ojos medio cerrados eran alertas, y sus costillas, como cerillas, se movían arriba y abajo cada vez que respiraba. Las luces de las naves inversoras eran lámparas azules, empapadas de ultravioleta.

-Tenemos que encontrarte un nuevo nombre -dijo Rosa Araña-. No hablo inversor, así que no puedo utilizar el que te dieron.

La mascota le dirigió una mirada amistosa y arqueó sus pequeñas membranas semitransparentes sobre sus diminutas orejas. Los inversores reales no tenían esas membranas, y Rosa Araña se sintió encantada por esta nueva desviación de la norma. De hecho, a excepción de las alas, parecía un inversor pequeñito. El efecto era inquietante.

-Te llamaré Ricito -dijo ella. No tenía pelo. Se trataba de un chiste privado, pero todos sus chistes lo eran.

La mascota caminó por el suelo. La falsa gravedad centrífuga era también más leve que las 1,3 g que utilizaban los enormes inversores. El animalillo abrazó la pierna desnuda de Rosa Araña y lamió su rodilla con una lengua rasposa, como de papel de lija. Ella se echó a reír, un poco alarmada, pero sabía que los inversores eran estrictamente no agresivos. Una mascota suya no sería peligrosa.

Emitió una serie de gorjeos ansiosos y se subió a su cabeza, agarrando puñados de brillantes fibras ópticas. Rosa Araña se sentó ante su consola de datos y solicitó las instrucciones para el cuidado y alimentación de la criatura.

Estaba claro que los inversores no habían esperado comerciar con su mascota, porque las instrucciones eran casi indescifrables. Tenían el aire de ser una traducción de segunda o de tercera mano de un lenguaje alienígena aún más profundo. Sin embargo, fieles a la tradición inversora, los aspectos pragmáticos habían sido claramente enfatizados.

Rosa Araña se relajó. Al parecer, las mascotas comían casi de todo, aunque preferían proteínas dextróginas y requerían ciertos minerales fáciles de conseguir. Eran extremadamente resistentes a las toxinas y no tenían bacterias intestinales nativas (como

tampoco las tenían los inversores, que consideraban salvajes a las razas que sí las tenían).

Buscaba sus requerimientos respiratorios cuando la mascota saltó de su cabeza y cruzó el tablero de control, casi abortando el programa. Rosa Araña la dejó correr, a la caza de algo que pudiera comprender entre los densos amasijos de gráficos alienígenas y materia técnica. De repente, reconoció algo de sus viejos tiempos como espía industrial: una carta genética.

Frunció el ceño. Parecía como si hubiera pasado las secciones relevantes y se hubiera encontrado con otro tratado diferente. Hizo avanzar un poco los datos y descubrió una ilustración tridimensional de una especie de construcción genética fantásticamente compleja, con largas cadenas helicoidales envueltas en torno a largas espirales o espículas que emergían de forma radial de un denso nudo central, Otras cadenas de hélices densamente entretejidas conectaban una espira con otra. Al parecer, estas cadenas activaban diferentes secciones de material genético de sus conexiones en las espiras pues podía ver cadenas fantasmas de proteínas esclavas soltándose de algunos de los genes activados.

Rosa Araña sonrió. Sin duda un genetista formador habilidoso podría beneficiarse espectacularmente de estos planos. Le divirtió pensar que nunca lo harían. Obviamente, esto era una especie de complejo genético industrial alienígena, pues había más hardware genético del que ningún animal viviente podría necesitar jamás.

Sabía que los inversores nunca se dedicaban a la genética. Se preguntó cuál de las diecinueve razas inteligentes conocidas habría dado origen a esta cosa. Incluso podía haber surgido de más allá del reino económico de los inversores, o podía ser una reliquia de alguna de las razas extintas.

Se preguntó si debería borrar los datos. Si ella moría, podían caer en malas manos. Al pensar en su propia muerte, las primeras sombras de una profunda depresión la perturbaron. Dejó que la sensación aumentara un momento mientras pensaba. Los inversores habían sido descuidados al dejarla con esta información; o tal vez subestimaban las habilidades genéticas de los insidiosos y carismáticos formadores con sus CIs espectacularmente ampliados.

Notó una sensación tambaleante dentro de la cabeza. Durante un momento aturridor las emociones reprimidas químicamente empujaron con toda su fuerza. Sintió una agónica envidia hacia los inversores, hacia la estúpida arrogancia y confianza que les permitía surcar las estrellas molestando a sus inferiores. Quiso estar con ellos. Quiso subir a bordo de una nave mágica y sentir la luz de soles extraños quemar su piel en algún lugar a años luz de las debilidades humanas. Quiso gritar y sentir como había gritado y sentido una niña pequeña hacía ciento noventa y tres años en una montaña rusa en Los Ángeles, gritando con una intensidad de sentimiento pura y total, una sensación arrolladura como la que había sentido en los brazos de su marido, muerto hacía ya treinta años. Muerto... Treinta años...

Con las manos temblando, abrió un cajón debajo del tablero de control. Olió el leve aroma medicinal a ozono del esterilizador. A ciegas, apartó el brillante pelo del conducto de plástico que entraba en su cráneo, pulsó el inyector contra éste, inhaló una vez, cerró los ojos, inhaló dos veces, retiró la hipodérmica. Sus ojos se nublaron mientras rellenaba la hipodérmica y la volvía a guardar en su funda de velero en el cajón.

Alzó la botella y la miró sin expresión ninguna. Aún quedaba bastante. No tendría que sintetizar más durante meses. Sentía el cerebro como si alguien lo hubiera pisado. Siempre era igual después de una dosis. Cortó los datos inversores y los archivó, ausente, en un oscuro rincón de la memoria del ordenador. Desde su lugar en la interface del lásercom, la mascota canturreó y agitó las alas.

Rosa Araña se recuperó pronto. Sonrió. Esos súbitos ataques eran algo que daba por hecho. Tomó un tranquilizante oral para detener el temblor de sus manos y antiácido para el estrés de su estómago.

Luego jugó con la mascota hasta que se cansó y se fue a dormir. Durante cuatro días la alimentó cuidadosamente, poniendo especial atención en no darle demasiada comida, pues igual que sus modelos, los inversores, era una criatura ansiosa y tenía miedo de lastimarla. A pesar de su áspera piel y su sangre fría, Rosa Araña se estaba encariñando con ella. Cuando se cansaba de pedir comida, jugaba durante horas o se sentaba sobre su cabeza observando la pantalla mientras Rosa Araña seguía el trabajo de los robots mineros que tenía emplazados en los Anillos.

Al quinto día, cuando despertó, descubrió que la mascota había matado a sus cuatro cucarachas más grandes y rollizas y se las había comido. Llena de justa furia, no hizo nada por aplacarla y la buscó por toda la cápsula.

No la encontró. En cambio, tras horas de búsqueda, encontró una crisálida de su tamaño exacto tras el lavabo.

La mascota había asumido una especie de hibernación. Rosa Araña la perdonó por comerse las cucarachas. De todas formas, éstas eran siempre fáciles de reemplazar, y rivales en su afecto. En cierto modo, era adulador. Pero la brusca puñalada de preocupación que sintió fue más fuerte. Estudió de cerca la crisálida. Estaba hecha de láminas superpuestas de una sustancia translúcida y quebradiza (¿mucosidad reseca?) que podía romper fácilmente con una uña. La crisálida era perfectamente redonda; había pequeños bultitos vagos que podrían haber sido las rodillas y codos de la mascota. Rosa Araña tomó otra dosis.

La semana que la mascota pasó en hibernación fue un período de aguda intensidad para ella. Examinó las cintas inversoras, pero eran demasiado crípticas para su limitada experiencia. Al menos, sabía que no estaba muerta, pues la crisálida era cálida al tacto y los bultos a veces se movían dentro.

Estaba dormida cuando empezó a liberarse de la crisálida. Sin embargo, había dispuesto los monitores para que la alertaran, y se abalanzó hacia ella con la primera alarma.

La crisálida se estaba abriendo. Una grieta apareció en las quebradizas láminas, y un cálido aroma animal se extendió por el aire reciclado.

Entonces emergió una zarpa: una zarpa diminuta y con cinco dedos cubierta de brillante pelaje. Una segunda zarpa emergió a continuación, y las dos se agarraron a los bordes de la grieta y rasgaron la crisálida. La mascota salió a la luz, apartó los restos con un movimiento casi humano y sonrió.

Parecía un monito pequeño, suave y resplandeciente. Había diminutos dientes humanos bajo los labios humanos de su sonrisa. Tenía pies de bebé en los extremos de sus piernecitas redondas y flexibles, y había perdido las alas. Sus ojos eran del color de los ojos de Rosa Araña. La piel de su carita redonda tenía el leve tono sonrosado de la salud perfecta.

Saltó al aire, y Rosa Araña vio su lengua rosada mientras parloteaba silabas humanas.

Avanzó y se abrazó a su pierna. Rosa Araña estaba asustada, sorprendida y profundamente aliviada. Acarició la suave piel brillante de la dura cabecita.

-Ricito -dijo-. Estoy contenta. Muy contenta.

-Ta ta ta -dijo él, remedando su entonación con su vocecita infantil. Entonces regresó a su crisálida y empezó a comerla a puñados, sonriendo.

Rosa Araña comprendió ahora por qué los inversores habían mostrado tanta relucencia a ofrecer su mascota. Era un artículo comercial de valor increíble. Era un artefacto genético, capaz de juzgar los deseos y necesidades emocionales de cualquier especie alienígena y adaptarse a ella en cuestión de días.

Empezó a preguntarse por qué los inversores se lo habrían dado, y si comprendían completamente sus capacidades. Ciertamente, dudaba que hubieran comprendido los complejos datos que vinieron con él. Probablemente habían adquirido la mascota de otros inversores, en su forma reptilesca. Incluso era posible (la idea la dejó helada), que pudiera ser más viejo que toda la raza inversora.

Miró sus ojos claros, confiados, limpios de culpa. El animalito agarró sus dedos con sus manitas nerviosas. Incapaz de resistirse, ella lo abrazó, y el monito parloteó de placer. Sí, podía haber vivido fácilmente durante cientos o miles de años, esparciendo su amor (u otras emociones equivalentes) entre docenas de especies diferentes.

¿Y quién podría hacerle daño? Incluso los más depravados y endurecidos miembros de la propia especie de Rosa Araña tenían debilidades secretas. Recordó historias de guardias en campos de concentración que masacraban sin pestañear a hombres y mujeres, pero daban de comer meticulosamente a los pajarillos hambrientos en el invierno. El miedo alimentaba el miedo y el odio, pero, ¿cómo podría nadie sentir miedo u odio hacía esta criatura, o resistirse a sus brillantes poderes?

No era inteligente; no necesitaba inteligencia. Tampoco tenía sexo. La capacidad de reproducirse habría arruinado su valor como artículo comercial. Además, dudaba que algo tan complejo pudiera haber crecido en un vientre. Sus genes tenían que haber sido contruidos, espícula a espícula, en algún inimaginable laboratorio.

Pasaron días y semanas. La habilidad del monito para detectar sus estados de ánimo era milagrosa. Siempre estaba allí cuando ella lo necesitaba y, cuando no, desaparecía. A veces lo oía charlando para sí mismo mientras se entretenía haciendo extrañas acrobacias o cazaba y comía cucarachas. Nunca era traicionero, y en las extrañas ocasiones en que derramaba comida o ensuciaba algo, lo limpiaba después. Dejaba caer sus inofensivos mojoncillos fecales en el mismo reciclador que ella usaba.

Éstos eran los únicos signos que mostraba de pautas de pensamiento que fueran más que animalescas. Una vez, y sólo una, la imitó y repitió una frase al pie de la letra. Ella se quedó anonadada, y el monito captó de inmediato su reacción. Nunca volvió a tratar de imitarla.

Dormían en la misma cama. A veces, mientras dormía, ella sentía su cálida respiración sobre su piel, como si pudiera oler sus estados de ánimo y sentimientos reprimidos a través de los poros. A veces frotaba sus firmes manecitas contra su cuello o su espalda, y siempre había un músculo tenso que se relajaba agradecido. Ella nunca lo permitía durante el día, pero de noche, cuando su disciplina medio se había disuelto en el sueño, había complicidad entre ellos.

Los inversores se habían marchado hacía más de seiscientos días. Ella se rió cuando pensó en la ganga que se llevaba.

El sonido de su propia risa ya no la molestaba. Incluso había cortado las dosis de supresores e inhibidores. Su mascota parecía mucho más feliz cuando ella era feliz, y cuando estaba cerca su antigua tristeza parecía más fácil de soportar. Uno a uno, ella empezó a enfrentarse a viejos dolores y traumas, abrazando con fuerza a su mascota y dejando caer lágrimas sanadoras sobre su piel brillante. Una a una, el monito lamió sus lágrimas, saboreando los componentes químicos emocionales que contenían, oliendo su aliento y su piel, abrazado a ella mientras la sacudían los sollozos. Había demasiados recuerdos. Se sentía vieja, terriblemente vieja, pero al mismo tiempo notaba una nueva sensación de plenitud que le permitía soportarlo. Había hecho cosas en el pasado, cosas crueles, y nunca se había enfrentado con la inconveniencia de la culpa. En vez de ello, la había aplastado.

Ahora, por primera vez en décadas, sentía el vago despertar de una sensación de propósito. Quería ver de nuevo a gente: docenas de personas, cientos de personas, y todas la admirarían, la protegerían, la encontrarían preciosa, y podría preocuparse por ellas y la harían sentirse más segura que con sólo un acompañante...

Su estación araña entró en la parte más peligrosa de su órbita, donde cruzaba el plano de los Anillos. Rosa Araña estaba aquí más ocupada, aceptando los trozos a la deriva de materiales en bruto (hielo, condriilas carboníferas, yacimientos de metal) que sus robots mineros teledirigidos habían descubierto y le habían enviado. Había asesinos en estos Anillos: piratas rapaces, colonos paranoicos ansiosos por atacar.

En su órbita normal, lejos del plano de la eclíptica, estaba a salvo. Pero aquí había órdenes que emitir, energías que gastar, los rastros informadores de poderosos impulsores de masas enganchados a los asteroides cautivos que ella reclamaba y explotaba. Era un riesgo inevitable. Incluso el habitat mejor diseñado no era un sistema completamente cerrado, y el suyo era grande y viejo.

La encontraron.

Tres naves. Al principio trató de esquivarlas, enviándoles una señal de advertencia estándar a través de un faro teledirigido. Ellos encontraron el faro y lo destruyeron, pero eso le dio su localización y algunos datos confusos a través de los limitados sensores del faro.

Tres naves bruñidas, cápsulas iridiscentes medio metálicas, medio orgánicas, con largas alas solares como de insecto más delgadas que una película de aceite sobre el agua. Naves formadoras, cargadas con la geodésica de sensores, las flechas de sistemas de armamento magnéticos y ópticos, largos manipuladores de carga plegados como los brazos de una mantis.

Rosa Araña estaba enganchada a sus propios sensores, estudiándolos, recibiendo un intenso flujo de datos: estimación de alcance, probabilidades de blanco, status de armas. El radar era demasiado arriesgado; los escrutó ópticamente. Era un buen trabajo para los láseres, pero éstos no era su mejor arma. Podría alcanzar a una nave, pero las otras la detectarían. Sería mejor permanecer inmóvil mientras ellos surcaban los Anillos hasta perderse silenciosamente fuera de la eclíptica.

Pero ellos la habían encontrado. Los vio plegar sus velas y activar sus motores iónicos.

Enviaron señales de radio. Conectó su pantalla, pues no quería que la distracción llenara su cabeza. Apareció la cabeza de un formador, una de las líneas genéticas orientales, con el suave pelo negro recogido hacia atrás con pinzas enjoradas, finas cejas arqueadas sobre ojos oscuros con el pliegue epicántico, labios pálidos levemente curvados en una sonrisa carismática. Una cara de actor suave y despejada con los ojos brillantes y sin edad de un fanático.

-Jade Prime -dijo ella.

-Coronel-doctor Jade Prime -corrigió el formador, acariciando una insignia dorada de rango en el cuello de su negra túnica militar-. ¿Aún te haces llamar Rosa Araña, Lidia? ¿O lo has borrado de tu cerebro?

-¿Por qué eres un soldado en vez de un cadáver?

-Los tiempos cambian, Araña. Las luces jóvenes y brillantes son apagadas por tus viejos amigos, y los que tenemos planes a largo plazo nos quedamos para saldar viejas deudas. ¿Recuerdas las viejas deudas, Araña?

-Piensas que vas a sobrevivir a este encuentro, ¿no, Prime? -Sintió que los músculos de su cara se retorcían con un odio feroz que no tuvo tiempo de aquietar-. Tres naves dirigidas por tus propios clones. ¿Cuánto tiempo has pasado en esa roca tuya, como un gusano en una manzana? Clonándote y clonándote. ¿Cuándo fue la última vez que una mujer te dejó tocarla?

La eterna sonrisa de Jade Prime se convirtió en una mueca de brillantes dientes.

-No sirve de nada, Araña. Ya me has matado treinta y siete veces, y sigo regresando, ¿no? Patética zorra vieja, ¿y qué es un gusano, de todas formas? ¿Algo como el mutante que llevas al hombro?

Ella ni siquiera se había dado cuenta de que el animalito estaba allí, y su corazón se llenó de temor por él.

-¡Os habéis acercado demasiado!

-¡Fuego, entonces! ¡Dispárame, vieja cretina! ¡Fuego!

-¡No eres él! -dijo Rosa Araña súbitamente-. ¡No eres el Primer Jade! ¡Ja! Está muerto, ¿verdad?

La cara del clon se retorció de furia. Los láseres restallaron, y tres de los habitats de Rosa Araña se fundieron en un amasijo de escoria y nubes de plasma metálico. Un último latido ardiente de brillo intolerable destelló en su cerebro desde tres telescopios fundidos.

Disparó una andanada de postas de hierro aceleradas magnéticamente. A seiscientos kilómetros por segundo, alcanzaron la primera nave y la dejaron expulsando aire y nubes de agua helada.

Dos naves dispararon. Usaban armas que ella no había visto antes, y aplastaron dos habitats como un par de puños gigantes. La telaraña se agitó con el impacto, perdido el equilibrio. Rosa Araña supo instantáneamente qué sistemas de armas quedaban, y devolvió el fuego con balas reforzadas de hielo de amoníaco que taladraron los costados semiorgánicos de una segunda nave formadora. Los agujeritos se sellaron al instante, pero la tripulación había muerto: el amoníaco se vaporizó dentro, liberando toxinas nerviosas letales.

La última nave tenía una oportunidad entre tres de alcanzar su centro de mandos. Doscientos años de suerte corrían a favor de Rosa Araña. La estática le hizo apartar las manos de los controles. Todas las luces del habitat se apagaron, y su ordenador experimentó un colapso total. Rosa Araña gritó y esperó la muerte.

La muerte no vino.

Tenía la boca amarga por la bilis de la náusea. Abrió el cajón en la oscuridad y llenó su cerebro de tranquilidad líquida. Respirando con dificultad, se sentó en su silla ante la consola, aplastado ya el pánico.

-Pulso electromagnético -dijo-. Acabó con todo lo que tenía.

La mascota farfulló unas pocas sílabas.

-Nos habría matado ya si hubiera podido. Las defensas deben haber surgido de los otros habitats cuando el almacén principal se desplomó.

Sintió un golpe cuando la mascota saltó a su regazo, temblando de terror. La abrazó ausente, frotando su esbelto cuello.

-Veamos -dijo en la oscuridad-. Las toxinas heladas han caído, los vencí desde aquí. - Se quitó la inútil conexión del cuello y se apartó la túnica de las costillas mojadas-. Entonces fue el spray. Una gruesa nube de cobre caliente ionizado. Voló todos los sensores que tenía. Va a ciegas en un ataúd metálico. Como nosotros.

Se rió.

-Pero la vieja Rosa Araña todavía tiene un truquito. Los inversores. Me estarán buscando. No queda nadie para buscarle a él. Y yo aún tengo mi roca.

Permaneció sentada en silencio, y su calma artificial le permitió pensar lo impensable. El animalito se movió incómodo, olisqueando su piel. Se había tranquilizado un poco con sus caricias, y ella no quería que sufriera.

Cubrió su boca con la mano libre y le retorció el cuello hasta que se rompió. La fuerza centrífuga la había hecho fuerte, y el animalito no tuvo tiempo de debatirse. Un temblor final sacudió sus miembros mientras ella lo cogía en la oscuridad, buscando los latidos de su corazón. Las yemas de sus dedos sintieron el último pulso tras sus frágiles costillas.

-No hay suficiente oxígeno -dijo. Las emociones aplastadas intentaron agitarse y fracasaron. Aún le quedaba bastante supresor-. La alfombra de algas mantendrá el aire limpio durante unas pocas semanas, pero se muere sin luz. Y no puedo comerla. No hay comida suficiente. Los jardines han desaparecido y, aunque no hubieran sido destruidos, no puedo conseguir comida. No puedo dirigir a los robots. Ni siquiera puedo abrir las compuertas. Si vivo lo suficiente, ellos vendrán y me rescatarán. Tengo que aumentar mis probabilidades. Es lo más sensato. En esta situación, sólo puedo hacer lo más sensato.

Cuando las cucarachas (o al menos aquellas que pudo atrapar en la oscuridad) se acabaron, ayunó durante mucho tiempo. Luego se comió la piel incorrupta de su mascota, medio esperando en su aturdimiento que la envenenara.

Cuando vio la ardiente luz azul de los inversores asomando a través de la compuerta aplastada, se arrastró a cuatro patas, cubriéndose los ojos.

El inversor llevaba un traje espacial para protegerse de las bacterias. Ella se alegró de que no pudiera oler el hedor de su negra cripta. Le habló en el lenguaje musical de los inversores, pero su traductor no funcionaba.

Entonces pensó por un momento que la abandonarían, que la dejarían aquí hambrienta, ciega y medio calva con sus telas de pelo-fibra caídas. Pero se la llevaron a bordo, la llenaron de picoteantes antisépticos y quemaron su piel con rayos ultravioletas bactericidas.

Ellos tenían la joya, pero eso ya lo sabía. Lo que querían (esto era difícil), lo que querían saber era qué había sucedido con su mascota. Era difícil comprender sus gestos y sus fragmentos de lenguaje humano. Rosa Araña supo que había hecho algo malo para sí misma. Sobredosis en la oscuridad. Se debatió en la penumbra con un gran escarabajo negro de miedo que rompió los frágiles hilos de su tela de araña. Se sintió muy mal. Había algo raro en su interior. Su vientre mal nutrido estaba tenso como un tambor, y sentía los pulmones aplastados. Algo le sucedía a sus huesos. Las lágrimas no acudían.

Ellos la atendieron. Rosa Araña quería morir. Quería su amor y comprensión. Quería...

Tenía la garganta llena. No podía hablar. Echó la cabeza hacia atrás, y sus ojos se encogieron en el brillo cegador de las luces del techo. Oyó ruidos de rotura mientras sus mandíbulas se abrían.

Su respiración se detuvo. Fue una especie de alivio. La antiperistalsis latió en su esófago y su boca se llenó de fluido.

Una blancura viviente manó de sus labios y nariz. La piel le cosquilleó ante su contacto, y fluyó sobre sus ojos, sellándolos y suavizándolos. Una gran frialdad y lasitud la empapó mientras ola tras ola de líquido translúcido la cubrían, extendiéndose sobre su piel, envolviendo su cuerpo. Se relajó, llena de una gratitud sensual, ensoñadora. No tenía hambre. Disponía de cantidad de exceso de masa.

A los ocho días surgió de las láminas quebradizas de su crisálida y revoloteó con sus alas escamosas, dispuesta para la trailla.

REINA CIGARRA

Comenzó la noche en que la Reina retiró a sus perros. Durante dos años, desde mi desertión, yo había estado sometido a ellos.

Mi iniciación, y mi liberación de los perros, fueron celebradas en la casa de Arvin Kulagin. Éste, un rico mecanicista, tenía un gran complejo doméstico-industrial en el perímetro exterior de un suburbio cilíndrico de tamaño medio.

Kulagin me recibió en la puerta y me tendió un inhalador dorado. La fiesta estaba ya en su apogeo. El Círculo Policarbono siempre estaba dispuesto a cualquier iniciación.

Como de costumbre, mi entrada fue señalada con un sutil enfriamiento. Era culpa de los perros. Las voces se alzaron hasta adquirir cierto tono histriónico, la gente tendió sus inhaladores y bebidas con elegancia un poco más estudiada, y cada sonrisa dirigida hacia mí fue lo bastante brillante para un equipo de expertos de seguridad.

Kulagin sonrió cristalinamente.

-Landau, es un placer. Bienvenido. Veo que has traído el Porcentaje de la Reina - señaló la caja que llevaba en la cadera.

-Sí -dije. Un hombre sometido a los perros no tenía secretos.

Yo había estado trabajando intermitentemente en el regalo de la Reina, y los perros lo habían grabado todo. Todavía lo hacían. La Seguridad del Grupo Zarina los había diseñado para eso. Durante dos años habían grabado cada instante de mi vida y a todo y cuantos me rodeaban.

-Tal vez el Círculo pueda echar un vistazo -dijo Kulagin-. Cuando nos hayamos librado de esos perros. -Hizo un guiño a la cara acorazada de la cámara del perro guardián, y luego miró su reloj-. Sólo una hora hasta que te liberes. Entonces nos divertiremos un poco. -Me hizo pasar a la sala-. Si necesitas algo, usa los servos.

La casa de Kulagin era espaciosa y elegante, decorada al estilo clásico y acentuada por gigantescas caléndulas suspendidas. Su suburbio se llamaba la Espuma y era el barrio favorito del Círculo. Kulagin, que vivía en el perímetro del suburbio, se aprovechaba de la lenta órbita de la Espuma y tenía un décimo de gravedad simulada. Sus paredes estaban desnudas para proporcionar un referente vertical, y tenía espacio suficiente para afectar lujos tales como «sofás», «mesas», «sillas» y otras formas de muebles orientados para la gravedad. El cielo estaba repleto de ganchos, de los que había suspendidas una docena de sus caléndulas favoritas, grandes explosiones redondas de apestosos vegetales con capullos del tamaño de mi cabeza.

Entré en la sala y me coloqué tras un sofá, que ocultaba parcialmente a los dos ofensivos perros. Hice señas a uno de los servos arácnidos de Kulagin y tomé una ampolla de licor para cortar la acelerada intensidad de la fenetilamina del inhalador.

Observé la fiesta, que se había dispersado en subgrupos. Kulagin estaba cerca de la puerta con sus simpatizantes más cercanos, oficiales mecanicistas de los bancos del Grupo Zarina y silenciosos tipos de Seguridad. Cerca, el personal del campus de la facultad de Metasistema-Kosmosidad charlaba con un par de ingenieros orbitales. En el techo, diseñadores formadores hablaban de moda, agarrados a los garfios en la débil gravedad. Bajo ellos, un grupo maníaco de gente de G-Z, «cigarras», giraban como relojes dando pasos de baile.

Al fondo de la sala se alzaba Wellspring, entre un puñado de sillas de finas patas. Salté por encima del sofá y me deslicé hacia él. Los perros corrieron tras de mí, con un zumbido de propulsores.

Wellspring era mi amigo más íntimo en G-Z. Me había animado a desertar cuando estaba en el Consejo Anillo, comprando hielo para el proyecto de terraformación de Marte. Los perros nunca molestaban a Wellspring. Su antigua amistad con la Reina era bien conocida. En G-Z, Wellspring era una leyenda.

Esta noche iba vestido para una audiencia con la Reina. Una cinta de oro y platino rodeaba su pelo oscuro y rizado. Llevaba una blusa suelta de brocado metálico con mangas abiertas que mostraban debajo una camisa negra moteada de puntitos de luz. Su atuendo quedaba complementado por una falda enjorada estilo inversor y botas escamosas hasta la altura de la rodilla. Los cables enjorados de la falda mostraban las enormes piernas de Wellspring, entrenadas para soportar la pesada gravedad favorecida por la Reina reptil. Era un hombre poderoso, y sus debilidades, si tenía alguna, estaban ocultas en su pasado.

Wellspring hablaba de filosofía. Su público, matemáticos y biólogos de la facultad de M-K G-Z, me hicieron sitio con sonrisas forzadas.

-Me piden que defina mis términos -dijo educadamente-. Por el termino nosotros no me refiero a ustedes, los cigarras. Ni a la masa de la humanidad. Después de todo, ustedes los formadores son construidos a partir de genes patentados por firmas genéticas reformadas. Podrían ser definidos adecuadamente como artefactos industriales.

Su público rugió. Wellspring sonrió.

-Y, recíprocamente, los mecanicistas están abandonando lentamente la carne humana en favor de modos de existencia cibernéticos. Bien. De ello se desprende que mi término,

nosotros, puede ser atribuido a cualquier metasistema cognitivo del Cuarto Nivel Prigogínico de Complejidad.

Un profesor formador se llevó el inhalador a la aleta teñida de su nariz.

-Tengo que discutir eso, Wellspring -dijo-. Esta tontería oculta sobre niveles de complejidad está echando a perder la habilidad de C-G para ejercer ciencia decente.

-Esa es una declaración de causa lineal -replicó Wellspring-. Ustedes los conservadores están buscando siempre certezas fuera del nivel del sistema cognitivo. Claramente, cada ser inteligente está separado de cada nivel inferior por un horizonte prigogínico. Es hora de que aprendamos a dejar de buscar terreno sólido donde asentarnos. Coloquémonos nosotros en el centro de las cosas. Si necesitamos algo, haremos que orbite en torno a nosotros.

Le aplaudieron.

-Admítalo, Yevgueny. G-Z florece con un nuevo clima intelectual y moral. Es incuantificable e impredecible y, como científico, eso le asusta. El posthumanismo ofrece fluidez y libertad, y el suficiente arrojo metafísico como para pensar en dar vida a todo un mundo. Eso nos permite emprender proyectos económicamente absurdos como la terraformación de Marte, que su actitud pseudopragmática nunca se atrevería a intentar. Y, sin embargo, piense en las ganancias implicadas.

-Trucos semánticos -replicó el profesor. Yo nunca le había visto antes. Sospeché que Wellspring le había traído para el expreso propósito de sacudirle.

Yo mismo había dudado anteriormente de algunos aspectos del Posthumanismo de G-Z. Pero su abierto abandono de la búsqueda de certezas morales nos había liberado. Cuando miré a las caras ansiosas y pintadas del público de Wellspring y los comparé con la torva tensión y la velada habilidad que antiguamente me habían rodeado, me sentí a punto de estallar. Después de veinticuatro años de disciplina paranoide bajo el Consejo Anillo, y luego dos años más bajo la vigilancia de los perros, esta noche sería liberado explosivamente de la presión.

Esnifé la fenetilamina, la anfetamina «natural» del cuerpo. Me sentí súbitamente mareado, como si el espacio interior de mi cabeza estuviera lleno del espacio-Ur al rojo vivo del cosmos primordial de Sitter, dispuesto en cualquier momento a hacer el salto prigogínico al continuo espaciotiempo «normal», el Segundo Nivel Prigogínico de Complejidad... El Posthumanismo nos enseñaba a pensar en términos de encajes y comienzos, de estructuras aumentando a lo largo de nuevas pautas, siguiendo las líneas sugeridas por primera vez por el antiguo filósofo terrestre Ilya Prigogine. Yo comprendía esto directamente, ya que mi propia atracción hacia la deslumbrante Valery Korstad se había fundido en un nudo de deseo que los supresores podían aturdir pero no destruir.

Ella cruzaba bailando la sala, y los hilos enojados de su falda inversora se retorcían como serpientes. Tenía la belleza anónima de los reformados, superpuesta con el ingenioso y seductor tinte de G-Z. Yo nunca había visto nada que quisiera más, y por nuestros breves y esforzados flirteos sabía que sólo los perros se interponían entre nosotros.

Wellspring me cogió por el brazo. Su público se había disuelto mientras yo miraba embelesado a Valery.

-¿Cuánto tiempo queda, hijo?

Sorprendido, miré el reloj en mi antebrazo.

-Sólo veinte minutos, Wellspring.

-Eso está muy bien, hijo. -Wellspring era famoso por su uso de términos arcaicos como hijo-. Cuando los perros se hayan ido, la fiesta será tuya, Hans. No me quedaré aquí para eclipsarte. Además, la Reina me espera. ¿Tienes el Porcentaje de la Reina?

-Sí, como dijiste. -Saqué la caja de la bolsa hermética que llevaba a la cadera y se la tendí.

Wellspring alzó la tapa con sus poderosos dedos y miró en su interior. Entonces se rió en voz alta.

-¡Jesús! ¡Es hermosa!

De repente abrió la caja y el regalo de la Reina quedó flotando en el aire, resplandeciendo sobre nuestras cabezas. Era una gema artificial del tamaño del puño de un niño, y sus caras talladas brillaban con el verde y el dorado del liquen endolítico. Mientras giraba, arrojaba diminutos reflejos de luz fracturada sobre nuestros rostros.

Mientras caía, apareció Kulagin y la cogió con la punta de los dedos. Su ojo izquierdo, un implante artificial, resplandeció oscuramente mientras la examinaba.

-¿Eisho Zabatsu? -preguntó.

-Sí -dije-. Entregaron el trabajo sintetizador; el liquen es una variedad especial mía.-Vi que un círculo de curiosos se congregaba y añadí en voz alta-: Nuestro anfitrión es un experto.

-Sólo en las finanzas -dijo Kulagin en voz baja, pero con igual énfasis-. Ahora comprendo por qué patentaste el sistema con tu propio nombre. Es un cumplido deslumbrante. ¿Cómo podría ningún inversor resistir la atracción de una joya viva, amigos? Un día no muy lejano nuestro iniciado será un hombre rico.

Miré rápidamente a Wellspring, pero éste se llevó un dedo a los labios.

-Y necesitará esa riqueza para sacar fruto a Marte -dijo Wellspring en voz alta-. No podemos depender eternamente de los fondos de la Kosmosidad. Amigos, alegrémonos de que pronto cosecharemos los beneficios de la ingeniosa genética de Landau. -Cogió la joya y la guardó en la caja-. Y esta noche tengo el honor de presentar su regalo a la Reina. Un doble honor, ya que yo mismo recluté a su creador.

Saltó de pronto hacia la salida; sus poderosas piernas le alzaron rápidamente sobre nuestras cabezas.

-¡Adiós, hijo! -gritó mientras volaba-. ¡Que ningún otro perro ensombrezca tus pasos!

Con la marcha de Wellspring, los invitados que no pertenecían al Círculo Policarbono empezaron a marcharse, formando un nudo de servos que recogían sombreros y cotillees de despedida. Cuando el último se marchó, el Círculo guardó súbitamente silencio.

Kulagin me hizo permanecer de pie en un rincón de su estudio mientras el Círculo formaba un largo pasillo para los perros, armándose con lazos y pintura. Un cierto tonillo oscuro de venganza no hacía más que añadir emoción a su diversión. Cogí un par de globos de pintura de uno de los servos de Kulagin.

Mi tiempo casi se había cumplido. Durante dos largos años había planeado unirme al Círculo Policarbono. Los necesitaba. Sentía que ellos me necesitaban a mí. Estaba cansado de celos, de amabilidad forzada, de las paredes de cristal de la vigilancia de los perros. Los agudos filos de mi larga disciplina, de pronto, dolorosamente, se derrumbaron. Empecé a temblar incontrolablemente, incapaz de contenerme.

Los perros estaban quietos, grabando firmemente hasta el último instante. La multitud empezó a contar hacia atrás. Exactamente a la cuenta de cero, los dos perros se volvieron para irse.

Fueron rociados con pintura y serpentinas. Un momento antes se habrían vuelto salvajemente contra sus atormentadores, pero ahora habían alcanzado los límites de su programación y por fin estaban indefensos. La puntería del Círculo era mortal, y con cada blanco soltaban carcajadas al aire. No conocían la piedad, y los humillados perros tardaron un minuto completo antes de poder saltar y avanzar tambaleándose hasta la puerta, ciegos.

La histeria de la multitud me abrumó. Dejé escapar gritos por entre mis apretados dientes. Tuvieron que contenerme para que no persiguiera a los perros pasillo abajo. Mientras manos firmes me hacían regresar a la habitación, me volví hacia mis amigos, y me quedé helado ante la cruda emoción de sus caras. Era como si se hubieran despojado de la piel y me observaran con ojos insertados en trozos de carne.

Me cogieron en volandas y me pasaron de mano en mano por toda la habitación. Incluso aquellos a los que conocía bien me parecieron ahora extraños. Las manos tiraron de mis ropas hasta que me desnudaron; incluso me quitaron mi guantelete ordenador, y luego me pusieron de pie en mitad de la habitación.

Mientras temblaba dentro del círculo, Kulagin se me acercó, los brazos rígidos, la cara tensa, hierática. Tenía las manos llenas de ropa negra. Me la pasó por encima de la cabeza y vi que se trataba de una capucha negra. Acercó los labios a mi oído y dijo en voz baja:

-Amigo, recorre la distancia.

Entonces me cubrió la cabeza con la capucha y la anudó.

La capucha había sido empapada en algo; noté que apestaba. Mis manos y pies empezaron a temblar, luego a aturdirse. Lentamente, el calor ascendió como brazaletes por mis brazos y piernas. No pude oír nada, y mis pies ya no sentían el suelo. Perdí todo sentido del equilibrio y de repente caí hacia atrás, hacia el infinito.

Abrí los ojos, o los cerré, no puedo decirlo. Pero en los límites de la visión, de detrás de alguna niebla inédita, surgieron puntos de fría y taladrante luz. Era la Gran Noche Galáctica, el vasto e implacable vacío que acecha tras el cálido borde de cada habitat humano, más vacío aún que la muerte.

Yo estaba desnudo en el espacio, y el frío era tan amargo que podía saborearlo en todas mis células como si fuera veneno. Podía sentir el pálido calor de mi propia vida brotar de mí como plasma, escapándose de mis dedos en láminas rosadas. Continué cayendo y, cuando los últimos harapos de calor se perdieron en el abismo devorador del espacio y mi cuerpo se quedó rígido y blanco y cada poro cubierto de escarcha, me enfrenté al horror final: si no moría, caería hacia atrás eternamente, a lo desconocido, con la mente convertida en una única espora congelada de aislamiento y terror.

El tiempo se dilató. Eones de silencioso miedo se dispararon en unos pocos latidos y vi ante mí una masa de luz blanca, como una rendija que abriera este cosmos a un reino vecino lleno de brillo extraño. Esta vez me volví hacia allí mientras caía, y la atravesé, y luego, finalmente temblando, volví a estar tras mis propios ojos, dentro de mi propia cabeza, sobre el suave suelo del estudio de Kulagin.

La capucha había desaparecido. Llevaba una túnica negra suelta, cerrada con un cinturón repujado. Kulagin y Valery Korstad me ayudaron a ponerme en pie. Me tambaleé, apartando las lágrimas, pero conseguí incorporarme, y el Círculo aplaudió.

Kulagin me abrazó y susurró:

-Hermano, recuerda el frío. Cuando tus amigos necesitemos calor, sé cálido, y recuerda el frío. Cuando la amistad te duela, perdónanos, y recuerda el frío. Cuando el egoísmo te tienta, renuncia a él, y recuerda el frío. Pues has recorrido la distancia, y has vuelto a nosotros renovado. Recuerda, recuerda el frío.

Y entonces me dio mi nombre secreto, y apretó sus labios pintados contra los míos.

Me aferré a él, ahogado por los sollozos. Valery me abrazó y Kulagin se apartó amablemente, sonriendo.

Uno a uno, los miembros del Círculo cogieron mis manos y me besaron rápidamente en la cara, murmurando felicitaciones. Todavía incapaz de hablar, sólo pude asentir. Mientras tanto, agarrada a mi brazo, Valery Korstad me susurró cálidamente al oído:

-Hans, Hans, Hans Landau, todavía queda cierto ritual que he reservado para mí. Esta noche la mejor habitación de la Espuma nos pertenece, un lugar sagrado que ningún perro de ojos vidriosos ha traspasado jamás. Hans Landau, esta noche ese lugar te pertenece, y yo también.

La miré a la cara, con los ojos empañados en lágrimas. Los de ella estaban dilatados, y un tinte rosado se había extendido bajo sus orejas y a lo largo de su cara. Se había drogado con afrodisíacos hormonales. Olí la dulzura antiséptica de su sudor perfumado y cerré los ojos, temblando.

Valery me guió al pasillo. Tras nosotros, la puerta de Kulagin se cerró, reduciendo las risas a un murmullo. Valery me ayudó a ponerme mis aletas aéreas, susurrando tranquilizadamente.

Los perros se habían ido. Dos fragmentos de mi realidad habían sido borrados como una película. Aún me sentía aturdido. Valery me cogió la mano y ascendimos por un pasillo hacia el centro del habitat, impulsándonos con nuestras aletas aéreas. Sonreí mecánicamente a los cigarras que encontrábamos en los pasillos, miembros de otro grupo. Se dirigían a su trabajo diario mientras el Círculo Policarbono se dedicaba a practicar bacanales.

Era fácil perderse dentro de la Espuma. Había sido construida en rebelión contra la arquitectura regimentada de otros habitats, con el típico desafío de la norma de G-Z. El cilindro vacío original había sido relleno de plástico presurizado, el cual había sido convertido en espuma y se le había permitido asentarse. Dejaba burbujas angulares cuyas paredes ladeadas eran definidas por las claras topologías de la tensión superficial y la unión. Los pasillos habían sido incluidos más tarde al complejo, y las puertas y compuertas habían sido cortadas a mano. La Espuma era famosa por su espontaneidad delirante y bienvenida.

Y sus reservados eran notorios. G-Z mostraba su espíritu cívico en los profusos empeños de estas ciudadelas contra la vigilancia. Yo nunca había estado en uno antes. A la gente sometida a los perros no se le permitía cruzar los límites. Pero había oído rumores, el oscuro y lascivo escándalo de bares y corredores, fragmentos de licenciosa especulación que siempre se silenciaban cuando los perros se acercaban. Cualquier cosa podía suceder en un reservado, cualquiera, y nadie lo sabría más que los amantes o los supervivientes que regresaran, horas más tarde, a la vida pública...

A medida que la gravedad centrífuga disminuía empezamos a flotar. Valery casi tiraba de mí. Las burbujas de la Espuma se habían hinchado cerca del eje de rotación, y entramos en la zona de los silenciosos domicilios industriales de los ricos. Pronto flotamos hasta la misma puerta del infame Reservado Topacio, el local de las innumerables diversiones de la élite. Era el mejor de la Espuma.

Valery miró su reloj, apartando una fina película de sudor que se había formado sobre las líneas sonrosadas y perfectas de su cara y cuello. No tuvimos que esperar mucho. Oímos el suave tañido repetido de la alarma del reservado, advirtiendo al ocupante actual que su tiempo se había acabado. Las cerraduras de la puerta se abrieron. Me pregunté qué miembro del círculo interno de H-Z saldría. Ahora que estaba libre de los perros, ansiaba mirarle atrevidamente a los ojos.

Sin embargo, esperamos. Ahora el reservado era nuestro por derecho y cada momento perdido nos lastimaba. Retrasarse en un reservado era el colmo de la rudeza. Valery se enfadó, y abrió la puerta.

El aire estaba lleno de sangre. En caída libre, flotaba en un millar de burbujas rojas.

El suicida flotaba cerca del centro de la habitación, su cuerpo flaccido girando aún lentamente en torno al tajo de su garganta cortada. Un escalpelo brillaba en sus dedos agarrotados. Vestía el sobrio mono negro de los mecanicistas conservadores.

El cuerpo giró, y vi la insignia de los Consejeros de la Reina bordada en su pecho. Su cráneo parcialmente metálico estaba pegajoso por efecto de su propia sangre: su cara era oscura. Largos hilos de sangre espesa colgaban de su garganta como velos rojos.

Nos habíamos topado con algo que nos superaba.

-Llamaré a Seguridad -dije.

Ella dijo dos palabras:

-Todavía no.

La miré a la cara. Sus ojos estaban ensombrecidos por un ansia fascinada. La atracción de lo prohibido le había clavado sus garfios en un momento. Pateó

lánguidamente una pared teselada, y un largo hilo de sangre salpicó y corrió por su cadera.

En los reservados se encontraba lo definitivo. En una habitación con tantos significados ocultos, las líneas se habían borrado. A través de la proximidad constante, el placer se había soldado con la muerte. Para la mujer que yo adoraba, los ritos privados que transpiraban allí se habían convertido en algo inenarrable.

-Rápido -dijo. Sus labios estaban amargos por la suave grasa de los afrodisíacos. Entrelazamos nuestras piernas para copular en caída libre mientras observábamos al cadáver retorcerse.

Eso fue la noche en que la Reina retiró a sus perros.

Aquello me excitó de un modo que me puso enfermo. Los cigarras vivíamos en el equivalente moral del espacio de Sitter, donde ninguna ética tenía validez a menos que fuera generada por libre voluntad no causativa. Cada nivel de la Complejidad Prigogínica se basaba en un catalizador generativo autodependiente: el espacio existía porque existía, la vida porque había llegado a ser, la inteligencia porque sí. De este modo era posible para todo un sistema moral adherirse en torno a un solo movimiento de profundo disgusto..., o así pensaba el Posthumanismo. Después de mi agostada consumación con Valery, me retiré a trabajar y pensar.

Yo vivía en la Espuma, en un estudio doméstico-industrial que apestaba a líquen y era mucho menos chic que el de Kulagin.

Al segundo turno-día de mi meditación me visitó Arkadya Sorienti, una amiga policarbono y una de las íntimas de Valery. Incluso sin los perros existía una profunda tensión entre nosotros. Me parecía que Arkadya era todo lo que no era Valery: rubia, mientras que Valery era morena; cubierta de artilugios mecánicos, mientras que Valery tenía la fría elegancia de los reformados genéticamente, llena de alegría falsa y frágil, mientras que Valery era presa de suaves y melancólicos estados de ánimo. Le ofrecí una ampolla de licor; mi apartamento estaba demasiado cerca del eje para usar copas.

-No había visto tu apartamento antes -dijo ella-. Me encantan tus armazones aéreos, Hans, ¿Qué tipo de alga es?

-Es líquen.

-Son preciosos. ¿Uno de tus tipos especiales?

-Todos son especiales -dije-. Éstos tienen las variedades III y IV para el proyecto terraformador. Los otros tienen varias tensiones delicadas que elaboraba para los monitores de contaminación. Los líquenes son muy sensibles a todo tipo de polución. - Conecté el ionizador de aire. Los intestinos de los mecanicistas estaban llenos de bacterias, y sus efectos podían ser desastrosos.

-¿Cuál es el líquen de la joya de la Reina?

-Está guardado -dije-. Fuera de los entornos de una joya, su crecimiento se distorsiona. Y huele. -Sonreí, incómodo. Era voz común entre los formadores que los mecanicistas apestaban. Casi me parecía que podía oler el hedor de sus sobacos.

Arkadya sonrió y se frotó nerviosamente la interface de pielmetal de un amasijo plateado de maquinaria que llevaba en el brazo.

-Valery está en uno de sus ataques -dijo-. Pensé que lo mejor era venir a ver cómo te encontrabas.

En el ojo de mi mente fluctuó la imagen de pesadilla de nuestras pieles desnudas cubiertas de sangre.

-Fue... una desgracia -dije.

-En G-Z no se habla más que de la muerte del interventor.

-¿Era el interventor? No he visto ninguna noticia.

La astucia asomó a sus ojos.

-Lo viste allí -dijo.

Me sorprendió que esperara que discutiera sobre mi estancia en un reservado.

-Tengo trabajo -dije. Pateé mis aletas para así descomponer nuestra vertical mutua. Encarnarnos de lado aumentaba la distancia social entre nosotros.

Ella se rió tranquilamente.

-No seas remilgado, Hans. Actúas como si aún estuvieras sometido a los perros. Tienes que contármelo si quieres que os ayude.

Detuve mi trayectoria.

-Y quiero ayudaros -dijo-. Valery es mi amiga. Me gusta que estéis juntos. Atrae mi sentido de la estética.

-Gracias por tu preocupación.

-Estoy preocupada. Estoy cansada de verla del brazo de un viejo libertino como Wellspring.

-¿Me estás diciendo que son amantes?

Ella agitó sus dedos envueltos en metal.

-¿Me estás preguntando qué hacen los dos en su reservado favorito? Tal vez jueguen al ajedrez. -Puso los ojos en blanco bajo los párpados cargados de oro en polvo-. No pongas esa cara, Hans. Conoces su poder tan bien como el que más. Es viejo y rico; las mujeres policarbono somos jóvenes y no tenemos demasiados principios. -Alzó rápidamente la mirada y agitó sus largas pestañas-. Nunca he oído que haya tomado nada de nosotras que no estuviéramos dispuestas a darle. -Se acercó flotando-. Dime lo que viste, Hans. G-Z está loca por la noticia, y Valery no hace más que abatirse.

Abrí el refrigerador y rebusqué más licor entre los platos de Petri.

-Me parece que eres tú quien debería hablar, Arkadya.

Ella vaciló, luego se encogió de hombros y sonrió.

-Ahora muestras algo de sentido, amigo mío. Tener los ojos y los oídos bien abiertos puede llevarte muy lejos en Grupo-Z. -Sacó un estilizado inhalador de una funda en su liga esmaltada-. Y hablando de ojos y oídos, ¿has hecho que limpien tu casa de micros?

-¿Quién querría espíarme?

-¿Quién no? -Parecía aburrida-. Entonces me ceñiré a lo que es de dominio público. Alquila un reservado para nosotros y te diré todo el resto. -Disparó un chorro de licor ámbar a altura del brazo y lo sorbió cuando chocó contra sus dientes-. Algo grande se cuece en G-Z. No ha alcanzado a la tropa todavía, pero la muerte del interventor es una señal. Los otros Consejeros lo están tratando como un asunto personal, pero está claro que no se encontraba cansado de la vida sin más. Dejó todos sus asuntos desordenados. No, esto es algo que llega hasta la misma Reina. Estoy segura.

-¿Crees que la Reina le ordenó que se quitara la vida?

-Tal vez. Se vuelve caprichosa con la edad. ¿No lo harías tú si tuvieras que pasarte la vida rodeado de alienígenas? Me agrada la Reina, de verdad que sí. Si necesita matar a unos cuantos ricos bastardos cebados para estabilizar su paz mental, por mí perfecto. De hecho, si sólo fuera eso, dormiría más tranquila.

Reflexioné sobre aquello, pero no lo hice notar en mi rostro. Toda la estructura del Grupo Zarina se basaba en el exilio de la Reina. Durante setenta años, desertores, descontentos, piratas y pacifistas se habían congregado en torno al refugio de nuestra Reina alienígena. El poderoso prestigio de sus compañeros inversores nos protegía de las maquinaciones depredadoras de los fascistas formadores y las deshumanizadas sectas mecanicistas. G-Z era un oasis de cordura entre la viciosa amoralidad de las facciones guerreras de la humanidad. Nuestros suburbios giraban en telarañas alrededor de la oscura masa del entorno brillante y enjoyado de la Reina.

Ella era todo lo que teníamos. Bajo todo nuestro éxito, había una vertiginosa inseguridad. Los famosos bancos de G-Z estaban apoyados por la tremenda riqueza de la Reina Cigarra. La libertad académica de los centros de enseñanza de G-Z florecía solamente bajo su sombra.

Y ni siquiera sabíamos por qué había caído en desgracia.

Abundaban los rumores, pero sólo los propios inversores conocían la verdad. Si alguna vez nos dejara, el Grupo Zarina se desintegraría de la mañana a la noche.

-He oído que no es feliz -dije casualmente-. Parece que esos rumores se extienden, y ellos aumentan el Porcentaje y recubren una nueva habitación con joyas, y entonces los rumores se desvanecen.

-Eso es cierto... Ella y nuestra dulce Valery son iguales en lo que se refiere a estados de ánimo. Sin embargo, está claro que al Interventor no le quedó otra opción más que suicidarse. Y eso significa que el desastre se agita en el corazón de G-Z.

-Son sólo rumores -dije-. La Reina es el corazón de G-Z y, ¿quién sabe qué sucede en su enorme cabeza?

-Wellspring debe saberlo -dijo Arkadya con toda intención.

-Pero no es un Consejero. Y, en lo que respecta al círculo interior de la Reina, es poco más que un pirata.

-Dime lo que viste en el Reservado Topacio.

-Tendrás que concederme algún tiempo. Es bastante doloroso. -Me pregunté qué debía decirle, y lo que ella estaba dispuesta a creer. El silencio empezó a tensarse.

Puse una cinta con sonidos marinos terrestres. La habitación empezó a agitarse ominosamente con el rumor de una marea extraña.

-No estaba preparado para eso -dije-. En mi guardería se nos enseñaba a proteger nuestros sentimientos desde la infancia. Sé lo que siente el Círculo sobre la distancia. Pero ese tipo de intimidación cruda, por parte de una mujer a la que realmente apenas conocía, y especialmente bajo las circunstancias de esa noche, me hirió. -Busqué la cara de Arkadya, ansiando alcanzar a Valery a través de ella-. Cuando se acabó, estuvimos más separados que nunca.

Arkadya ladeó la cabeza y dio un respingo.

-¿Quién compuso esto?

-¿Qué? ¿Te refieres a la música? Es una cinta de fondo..., sonidos marinos de la Tierra. Tiene un par de siglos de antigüedad.

Ella me miró con extrañeza.

-Estás realmente absorto con ese asunto planetario, ¿verdad? «Sonidos marinos».

-Marte tendrá mares algún día. De eso trata todo nuestro Proyecto, ¿no?

Ella parecía perturbada.

-Claro... Estamos trabajando en ello, Hans, pero eso no significa que tengamos que vivir allí. Quiero decir que será dentro de siglos, ¿no? Aunque aún estuviéramos vivos, seríamos gente distinta entonces. Piensa en estar atrapado en un pozo de gravedad. Me asfixiaría.

-No creo que el propósito sea la colonización -dije tranquilamente-. Es una actividad más clara, más ideal. La instigación por parte de agentes del Cuarto Nivel cognitivo de un Salto Prigogínico del Tercer Nivel. Dar la vida misma al lecho desnudo del espaciotiempo...

Pero ella sacudió la cabeza y retrocedió hacia la puerta.

-Lo siento, Hans, pero esos sonidos están... entrándome en la sangre. -Se estremeció, y las perlas de filigrana tejidas en su pelo rubio castañetearon ruidosamente-. No puedo soportarlo.

-Lo apagaré.

Pero ella ya se marchaba.

-Adiós, adiós... Volveremos a vernos pronto.

Se fue. Me quedé hurgando en mi propia soledad, mientras la rugiente marea murmuraba y mordisqueaba su costa.

Uno de los servos de Kulagin me recibió en la puerta y recogió mi sombrero. Kulagin estaba sentado en un rincón apartado de su domicilio rebosante de caléndulas, observando las cotizaciones de bolsa que aparecían en una pantalla. Dictaba órdenes a

un micrófono que tenía en el guantelete del antebrazo. Cuando el servo anunció mi llegada, lo desenchufó y se levantó.

-Bienvenido, amigo, bienvenido -dijo, estrechándome la mano con las dos suyas.

-Espero no haber venido en un mal momento.

-No, no, en absoluto. ¿Juegas a la bolsa?

-En serio no -dije-. Tal vez más tarde, cuando los royalties de Eisho Zaibatsu se acumulen.

-Entonces debes dejarme que te guíe. Un buen posthumanista debe tener una amplia gama de intereses. Toma asiento, si quieres.

Me senté junto a Kulagin mientras él lo hacía ante la consola y volvía a conectar. Kulagin era un mecánico, pero se mantenía gloriosamente antiséptico. Me caía bien.

-Es extraño cómo estas instituciones financieras tienden a alejarse de su propósito original -dijo-. En cierto modo, la bolsa misma ha hecho una especie de Salto Prigogínico. En la superficie es una herramienta comercial, pero se ha convertido en un juego de convenciones y confidencias. Los cigarras comemos, respiramos y dormimos con rumores, así que la bolsa es la expresión perfecta de nuestra zeitgeist.

-Sí -dije-. Frágil, amañada, y basada en prácticamente nada tangible.

Kulagin alzó sus depiladas cejas.

-Sí, mi joven amigo, exactamente igual que el lecho del cosmos. Cada nivel de complejidad flota libremente sobre el último, sostenido sólo por abstracciones. Incluso las leyes naturales son sólo nuestros intentos de esforzar nuestra visión a través del horizonte prigogínico... Si prefieres una metáfora más simple, podemos comparar la bolsa con el mar. Un mar de información, con unas cuantas islas azules acá y allá para el nadador exhausto. Mira esto.

Pulsó los botones, y un entramado tridimensional cobró vida.

-Es la actividad de la bolsa en las últimas cuarenta y ocho horas. Parecen las olas del mar, ¿verdad? Observa esas subidas de transacción. -Tocó la pantalla con el lápiz óptico implantado en su índice, y las áreas marcadas pasaron del frío verde al rojo-. Aquí fue donde comenzaron los primeros rumores sobre el hielosteroide...

-¿Qué?

-El asteroide, la masa de hielo del Consejo Anillo. Alguien lo ha comprado y lo está sacando ahora mismo de la órbita de Saturno, para que impacte en Marte. Alguien muy listo, pues pasará a unos pocos miles de kilómetros de G-Z. Lo bastante cerca como para poder verlo directamente.

-¿Quieres decir que realmente lo han hecho? -pregunté, atrapado entre la alegría y la sorpresa.

-Lo he oído de tercera, cuarta o tal vez décima mano, pero encaja bien con los parámetros que los ingenieros policarbono han emplazado. Una masa de hielo y gases, de más de tres kilómetros de diámetro, en rumbo hacia la Depresión Helias al sur del ecuador a sesenta y cinco kilómetros por segundo. El impacto se espera a TU 20:14:53, 14-4-54... Al amanecer, tiempo local. Tiempo local marciano, quiero decir.

-Pero eso será dentro de meses.

Kulagin hizo una mueca.

-Mira, Hajis, no se empuja un bloque de hielo de tres kilómetros con los pulgares. Además, es sólo el primero entre docenas. Es más un gesto simbólico.

-¡Pero eso significa que nos desplazaremos! ¡A la órbita marciana!

Kulagin parecía escéptico.

-Eso es un trabajo para robots y monitores, Hans. O tal vez para unos cuantos pioneros rudos y duros. De hecho, no hay ningún motivo para que tú y yo dejemos las comodidades de G-Z.

Me levanté, retorciéndome las manos.

-¿Quieres quedarte! ¿Y perderte el catalizador prigogínico?

Kulagin alzó la cabeza, con el ceño levemente fruncido.

-Tranquilo, Hans, siéntate, buscarán voluntarios muy pronto, y si realmente pretendes ir, estoy seguro de que lo conseguirás de algún modo... El tema es que el efecto sobre la bolsa ha sido espectacular... Se ha tambaleado bastante desde la muerte del interventor, y ahora algún pez gordo intenta hacer de las suyas. He estado siguiendo sus movimientos durante tres turnos-día seguidos, esperando aprovecharme de sus migajas, por así decirlo... ¿Te apetece inhalar algo?

-No, gracias.

Kulagin se sirvió una larga dosis de estimulante. Parecía abatido. Nunca le había visto sin la cara pintada antes.

-No tengo la habilidad para la psicología de masas que tenéis los formadores, así que tengo que arreglármelas con una memoria muy, muy buena... La última vez que vi algo parecido a esto fue hace trece años. Alguien extendió el rumor de que la Reina había intentado abandonar G-Z y que los Consejeros la habían retenido a la fuerza. El resultado de aquello fue el Crack del Cuarenta y uno, pero la auténtica matanza vino con el Alza que siguió. He estado revisando las cintas del Crack, y reconozco las aletas y los grandes dientes afilados de un viejo amigo. Puedo leer su estilo en sus maniobras. No usa las estratagemas de un formador. Ni tampoco la fría persistencia de un mecanicista.

Reflexioné.

-Entonces debes referirte a Wellspring.

La edad de Wellspring era desconocida. Tenía más de dos siglos. Sostenía haber nacido en la Tierra en el amanecer de la Era Espacial, y haber vivido durante la primera generación de colonias espaciales independientes, la llamada Concatenación. Había estado entre los fundadores de Grupo Zarina, construyendo el habitat de la Reina cuando ésta huyó en desgracia de sus compañeros inversores.

Kulagin sonrió.

-Muy bien, Hans. Puedes vivir rodeado de moho, pero no lo tienes dentro. Creo que Wellspring arregló el Crack del Cuarenta y uno para su propio beneficio.

-Pero vive muy modestamente.

-Siendo como es el amigo más antiguo de la Reina, estuvo ciertamente en una posición perfecta para iniciar los rumores. Incluso creó los parámetros de la bolsa hace setenta años. Y fue después del Alza cuando se formó el Departamento de Terraformación Kosmosidad-Metasistemas. A través de donaciones anónimas, por supuesto.

-Pero las donaciones llegaron de todo el Sistema -objeté-. Casi todas las sectas y facciones piensan que la terraformación es el esfuerzo más sublime de la humanidad.

-Cierto. Aunque me pregunto cómo se extendió tanto esa idea. Y a beneficio de quién. Escucha, Hans. Quiero a Wellspring. Es un amigo, y recuerdo el frío. Pero tienes que advertir la anomalía que es. No es uno de nosotros. Ni siquiera ha nacido en el espacio. - Me miró penetrantemente, pero no me ofendí por su uso del término nacido. Era un insulto mortal contra los formadores, pero yo me consideraba primero un policarbono, cigarra en segundo lugar, y formador en distante tercer puesto.

Él sonrió brevemente.

-Es verdad que Wellspring tiene unos cuantos implantes mecánicos, para extender su lapso de vida, pero carece del estilo meca. De hecho, es anterior a él. Yo sería el último en negar el genio que tenéis los formadores, pero en cierto modo es un genio artificial. Funciona bastante bien con los tests de inteligencia, pero carece, bueno, de esa cualidad primordial que tiene Wellspring, del mismo modo que los mecanicistas podemos usar modos cibernéticos de pensamiento, pero nunca somos máquinas auténticas... Wellspring es simplemente una de esas personas en los extremos de la curva de la campana, uno de esos titanes que emergen una vez por generación. Piensa en lo que ha sido de sus contemporáneos humanos.

Asentí.

-La mayoría de ellos se han convertido en mecas.

Kulagin agitó la cabeza, mirando a la pantalla.

-Yo nací aquí en G-Z. No sé mucho de los mecas al viejo estilo, pero sí que la mayoría de los primeros están muertos. Pasados de moda, eliminados. Precipitados por el shock del futuro. Muchos de los primeros extensores de vida fracasaron también, en formas muy feas... Wellspring sobrevivió también a eso, por alguna habilidad especial que tiene. Piénsalo, Hans. Estamos aquí sentados, productos de tecnologías tan avanzadas que han reducido la sociedad a fragmentos. Comerciamos con alienígenas. Incluso podemos viajar a las estrellas, si pagamos la tarifa de los inversores. Y Wellspring no sólo se mantiene, sino que nos dirige. Ni siquiera conocemos su verdadero nombre.

Consideré lo que Kulagin había dicho mientras él conectaba con un nuevo informe bursátil. Me sentí mal. Pude ocultar mis sentimientos, pero no desprenderme de ellos.

-Tienes razón -dije-. Pero confío en él.

-Yo también, pero sé que estamos en sus manos. De hecho, ahora mismo nos está protegiendo. Este proyecto terraformador ha costado megavatio tras megavatio. Todas esas contribuciones fueron anónimas, supuestamente para impedir que las facciones las utilizaran como propaganda. Pero creo que fue para ocultar el hecho de que la mayoría de ellas fueron hechas por Wellspring. Un día de estos habrá un crack bursátil extendido. Wellspring hará su movimiento, y ese día comenzará el alza. Y cada kilovatio de sus beneficios será para nosotros.

Me incliné hacia delante en mi silla, entrelazando los dedos. Kulagin dictó una serie de órdenes de venta a su micrófono. De repente, me eché a reír.

Kulagin alzó la cabeza.

-Es la primera vez que te veo reírte de veras, Hans.

-Estaba pensando... Me has contado todo esto, pero yo venía a hablar de Valery.

Kulagin pareció entristecerse.

-Escucha, Hans. Lo que sé sobre las mujeres podría esconderse bajo un microchip, pero, como decía, mi memoria es excelente. Los formadores metieron la pata cuando forzaron las cosas hasta los límites. El Consejo Anillo trató de romper la llamada Barrera Doscientos el siglo pasado. La mayoría de los Superbrillantes se volvieron locos, desertaron, se enfrentaron a sus semejantes, o las tres cosas a la vez. Los piratas y los mercenarios llevan décadas cazándolos.

»Un grupo descubrió de algún modo que había una Reina Inversora viviendo en el exilio, y se las arreglaron para ponerse bajo su protección. Y alguien (puedes imaginar quién), habló a la Reina para que permitiera que se quedaran, si pagaban cierto impuesto. Ese impuesto se convirtió en el Porcentaje de la Reina, y el asentamiento se convirtió en G-Z. Los padres de Valery... sí, padres, fue un nacimiento natural..., los padres de Valery estaban entre esos Superbrillantes. Ella no tuvo la escolarización que usan los formadores, así que sólo alcanza ciento cincuenta o así.

»El problema son esos ciclos depresivos que tiene. Sus padres también los tenían, y ella los sufre desde que era niña. Es una mujer peligrosa, Hans. Peligrosa para sí misma, para todos nosotros. En realidad, los perros deberían vigilarla. Lo he sugerido a mis amigos en Seguridad, pero alguien se interpone en mi camino. Tengo mis ideas sobre quién es.

-La amo. No quiere hablar conmigo.

-Ya veo. Bien, tengo entendido que se ha pasado con los supresores depresivos últimamente; eso explica probablemente su reticencia... Hablaré con franqueza. Un viejo dicho, Hans, aclara que nunca se debe entrar en un reservado con alguien más loco que tú. Y es un buen consejo. No se puede confiar en Valery.

Alzó la mano.

-Escúchame. Eres joven. Acabas de liberarte de los perros. Esta mujer te ha encantado, y admito que tiene el famoso encanto formador a tope. Pero una relación con

Valery es como una relación con cinco mujeres, tres de las cuales estén locas. G-Z rebosa de las mujeres más hermosas de la historia humana. Es cierto que eres un poco raro, un poco obsesivo tal vez, pero tienes cierto encanto idealista. Y esa intensidad formadora, incluso fanatismo, si no te importa que lo diga. Relájate un poco, Hans. Encuentra alguna mujer que lime tus bordes. Sigue el juego. Es una buena forma de reclutar nuevos amigos para el Círculo.

-Tendré en cuenta lo que dices.

-Bien. Sabía que era un esfuerzo en vano -sonrió irónicamente-. ¿Por qué debería estropear la pureza de tus emociones? Un primer amor trágico puede convertirse en una ventaja para ti, dentro de cincuenta o cien años. -Volvió su atención hacia la pantalla-. Me alegro de haber tenido esta charla, Hans. Espero que vuelvas a ponerte en contacto conmigo cuando llegue el dinero de Eisho Zaibatsu. Nos divertiremos con él.

-Me gustaría -dije, aunque ya sabía que cada kilovatio no gastado en mi propia investigación iría (anónimamente) a la fundación terraformadora-. Y no rechazo tu consejo. Es simplemente que no me sirve.

-Ah, la juventud -dijo Kulagin. Me marché.

Regresé a la simple belleza de los líquenes. Durante años me habían entrenado para especializarme en ellos, pero sólo adquirieron belleza y significado para mí después de mi iluminación posthumanista. Vistos a través de la filosofía de G-Z, se encontraban cerca del punto catalizador del Salto Prigogínico que daba ser a la propia vida.

Alternativamente, un líquen podía ser visto como una metáfora extendida del Círculo Policarbono: hongo y alga, rivales potenciales, unidos en simbiosis para conseguir lo que ninguno de los dos podía hacer solo, igual que el Círculo unía a formadores y mecanicistas para dar vida a Marte.

Sabía que muchos consideraban extraña, incluso insana, mi dedicación. No me ofendía su ceguera. Sólo los nombres de mis stocks genéticos tenían ya una sonora majestad: Alctoria nigricans, Mastodia tessellata, Ochorlechia frígida, Stereocaulon alpinum. Eran humildes pero poderosos: criaturas del frío desierto cuyas raíces y ácidos podían desmoronar la roca desnuda y gélida.

Mis estructuras reticulares rebosaban de vitalidad primaria. Los líquenes cubrirían Marte con una oleada de vida verde y dorada. Se arrastrarían irresistiblemente de los cráteres producidos por los impactos de los hielosteroides, proliferando implacablemente entre las tormentas y terremotos de la terraformación, sobreviviendo a las riadas mientras el hielo se fundía. Liberando oxígeno, fijando nitrógeno.

Eran los mejores. No por orgullo o vanidad. No porque anunciaran sus motivos o amenazaran el frío antes de romperlo. Sino porque eran silenciosos, y los primeros.

Mis años sometido a los perros me habían enseñado el valor del silencio. Ahora estaba hastiado de vigilancia. Cuando llegó el primer pago de royalties de Eisho Zaibatsu, contacté con una de las firmas privadas de seguridad de G-Z e hice que limpiaran mis apartamentos de micros. Encontraron cuatro.

Contraté a una segunda firma para que retirara los micros dejados por la primera.

Me até a un banco de trabajo flotante, enfocando los ojos espías sobre mis manos. Eran videoplacas planas, pintadas con camuflaje polimérico de un solo sentido que cambiaba de color. En el mercado no oficial tendrían un buen precio.

Llamé a una oficina de correos y contraté a un servomensajero para que le llevara los micros a Kulagin. Mientras esperaba su llegada, desconecté los micros y los sellé en una caja bioazar. Dicté una nota, pidiéndole a Kulagin que los vendiera e invirtiera por mí el dinero en la tambaleante bolsa de G-Z. Parecía que a la bolsa le vendrían bien unos cuantos compradores.

Cuando oí la fuerte llamada del correo, abrí la puerta con un guantelete remoto. Pero no fue el correo quien entró. Era un perro guardián.

-Cogeré esa caja, si no le importa -dijo el perro.

Lo miré como si nunca hubiera visto a un perro antes. Éste iba acorazado de plata. Finos y poderosos miembros brotaban de su torso de plástico negro vetado de plata, y su hinchada cabeza brillaba con dardos láser cargados y los chatos morros de las redes constrictoras. Su ondulante cola antena mostraba que funcionaba por control remoto.

Giré mi banco de trabajo para que así se interpusiera entre el perro y yo.

-Veo que tienes grabadas mis líneas de comunicación -dije-. ¿Me dirás dónde están las cintas, o tendré que desarmar mi ordenador?

-Entrometido formador llorón -comentó el perro-, ¿crees que tus royalties pueden librarte de todo el mundo? Podría venderte en el mercado abierto antes de que tuvieras tiempo de parpadear.

Consideré aquello. En ciertas ocasiones, los entrometidos particularmente molestos de G-Z habían sido arrestados y ofrecidos en venta en el mercado abierto por parte de los Consejeros de la Reina. Siempre había facciones fuera de G-Z dispuestas a pagar buenos precios por los agentes enemigos. Yo sabía que el Consejo Anillo se alegraría muchísimo de dar un ejemplo conmigo.

-Entonces, ¿proclamas ser uno de los Consejeros de la Reina?

-¡Por supuesto que soy un Consejero! Tus traiciones no nos han hecho dormir. ¡Tu amistad con Wellspring es notoria! -El perro se acercó, con sus ojos cámara chasqueando débilmente-. ¿Qué hay dentro del refrigerador?

-Hileras de líquenes -dije impasiblemente-. Deberías saberlo bien.

-Ábrelo.

No me moví.

-Estás yendo más allá de los límites de las operaciones normales -dije, sabiendo que esto preocuparía a cualquier mecánico-. Mi Círculo tiene amigos entre los Consejeros. No he hecho nada malo.

-Ábrelo o te envolveré con mi tela y la abriré yo mismo, con este perro.

-Mentiras -dije-. No eres ningún Consejero. Eres un espía industrial que trata de robar mi liquen gema. ¿Por qué querría un Consejero mirar en mi refrigerador?

-¡Ábrelo! No te impliques más en cosas que no comprendes.

-Has entrado en mi domicilio con falsas pretensiones y me has amenazado. Voy a llamar a Seguridad.

Las mandíbulas cromadas del perro se abrieron. Me retorcí para liberarme del banco de trabajo, pero un chorro pegajoso de seda blanca surgido de uno de los nodulos faciales del perro me capturó mientras lo esquivaba. Los filamentos prendieron y se endurecieron al instante, inmovilizando mis brazos, que había alzado por instinto para bloquear el chorro. Una segunda andanada capturó mis piernas mientras me debatía indefenso contra una pared ladeada.

-Alborotador -murmuró el perro-. Todo habría salido bien si los formadores no os hubierais entrometido. Teníamos los bancos más saneados, teníamos a la Reina, la bolsa, todo... Vosotros, parásitos, no dais a G-Z más que vuestras fantasías. Ahora el sistema se está desmoronando. Todo se colapsará. Todo. Debería matarte.

Jadeé en busca de aire mientras el chorro se solidificaba en mi pecho.

-La vida no son bancos -susurré.

Los motores gimieron cuando el perro flexionó sus miembros articulados.

-Si encuentro lo que espero en ese refrigerador, morirás.

De repente, el perro se detuvo en el aire. Sus rotores zumbaron mientras giraba hacia la puerta. Ésta chasqueó convulsivamente y empezó a abrirse. Un enorme antebrazo asomó a través de la abertura.

El perro guardián cubrió la puerta de telarañas. De pronto, ésta chirrió y se abultó, y su metal cayó como chapa. La cabeza de ojos saltones y las patas puntiagudas de un tigre la aplastaron y se abrieron paso a través del destrozo.

-¡Traición! -rugió el tigre.

El perro retrocedió mientras el tigre terminaba de entrar en la habitación. La puerta destrozada ni siquiera lo arañó. Acorazado en negro y oro, su tamaño era el doble que el del perro guardián.

-Espera -dijo el perro.

-El Consejo te advirtió contra acciones de este tipo -dijo el tigre pastosamente-. Yo mismo te advertí.

-Tuve que hacer una elección, coordinador. Es culpa de él. Nos volvió a unos contra otros, tienes que verlo.

-Sólo te queda una opción -dijo el tigre-. Escoge tu reservado, consejero.

El perro flexionó sus miembros, indeciso.

-Así que voy a ser el segundo -dijo-. Primero el interventor, ahora yo. Muy bien, entonces. Muy bien. Él me tiene. No puedo desquitarme. -El perro pareció prepararse para saltar-. ¡Pero puedo destruir a su favorito!

Las patas del perro se abrieron como telescopios y saltó hacia mi garganta. Hubo un destello terrible con hedor a ozono, y el perro chocó contra mi pecho. Estaba muerto, sus circuitos rotos. Las luces fluctuaron y se apagaron mientras mi ordenador particular fallaba y se estropeaba, su programación dispersa por la radiación incidental del pulso electromagnético del tigre.

En la abultada cabeza del tigre se abrieron unas pestañas y surgieron dos proyectores.

-¿Tienes algún implante? -dijo.

-No -respondí-. Ninguna parte cibernética. Estoy bien. Me has salvado la vida.

-Cierra los ojos -ordenó el tigre. Me cubrió con una fina bruma de disolvente brotado de su nariz.

La telaraña se adhirió a sus espolones, junto con mi ropa.

Mi guantelete estaba arruinado.

-No he cometido ningún crimen contra el estado, coordinador -dije-. Amo a G-Z.

-Éstos son días extraños -rugió el tigre-. Nuestras rutinas están en decadencia. Nadie está por encima de la sospecha. Escogiste un mal momento para hacer que tu casa imitara un reservado, joven.

-Lo hice abiertamente.

-Aquí no hay derechos, cigarra. Sólo las gracias de la Reina. Vístete y cabalga el tigre. Tenemos que hablar. Voy a llevarte al Palacio.

El Palacio era como un reservado gigantesco. Me pregunté si podría salir con vida de sus misterios.

No tenía elección.

Me vestí cuidadosamente ante los ojos saltones del tigre, y monté en él. Olía a lubricación vieja. Debía haber estado almacenado durante décadas. Hacía años que no se veían tigres con regularidad en G-Z.

Los pasillos estaban repletos de cigarras que iban y venían de sus turnos. Al ver acercarse al tigre, se dispersaron llenos de horror y asombro.

Salimos de la Espuma y su extremo cilíndrico, y entramos en el amasijo de las carreteras tubulares interurbanas.

Las carreteras eran conductos transparentes de policarbono que enlazaban los suburbios cilíndricos en una desordenada telaraña. La visión de aquellos brillantes hábitats contra el paisaje helado de las estrellas me produjo una brusca sensación de vértigo. Recordé el frío.

Atravesamos un grueso nudo a lo largo de la tela, una hinchada intersección de carreteras tubulares donde se encontraba uno de los famosos bares de autopista de G-Z. La animada conversación de sus resplandecientes clientes se convirtió en un silencio sorprendido cuando pasamos, y se volvió un coro de alarma después. La noticia inundaría G-Z en cuestión de minutos.

El Palacio imitaba una nave inversora: un octaedro con seis largas caras rectangulares. Las naves inversoras genuinas estaban cubiertas de diseños fantásticos en metal, pero la de la Reina era de un negro oscuro e irregular que reflejaba su propia vergüenza. Con el paso del tiempo había ido creciendo poco a poco, y ahora estaba flanqueada con las oficinas gubernamentales y los escondrijos cubiertos de la Reina. El enorme casco giraba con deslumbrante velocidad.

Entrarnos a lo largo de un eje en un baño ardiente de luz blanquiazul. Mis ojos se encogieron dolorosamente y empezaron a llorar.

Los Consejeros de la Reina eran mecanicistas, y los pasillos rebosaban de servos. Ejecutaban pasivamente sus rutinas, ignorando al tigre, cuya superficie cromada y plateada brillaba sañudamente en la luz implacable.

La fuerza centrífuga nos agarró cerca del eje, y el tigre se hundió chirriando sobre sus enormes patas. Las paredes se volvieron barrocas, con mosaicos y filigranas tallados en metales preciosos filamentosos. El tigre bajó un tramo de escaleras. Mi espalda chasqueó audiblemente con la gravedad aumentada, y permanecí erguido con esfuerzo.

La mayoría de los salones estaban vacíos. Pasamos ocasionales amasijos de joyas en las paredes que brillaban como rayos. Me apoyé contra la espalda del tigre y me agarré los codos, con el corazón redoblando. Más escaleras. Las lágrimas me caían por la cara y me entraban en la boca, una sensación novedosa y repugnante. Mis brazos temblaban de fatiga.

La oficina del Coordinador estaba en el perímetro. Le mantenía en forma para las audiencias con la Reina. El tigre cruzó un par de enormes puertas, construidas a escala inversora.

Todo en la oficina estaba hecho a escala inversora. Los techos tenían más de dos veces la altura de un hombre. Una lámpara arrojaba un brillo hiriente sobre dos enormes sillas con altos respaldos hendidos con agujeros para las colas. Una fuente brotaba y salpicaba débilmente, exhausta por el esfuerzo.

El Coordinador estaba sentado tras un escritorio de negocios. La superficie le llegaba casi a los sobacos, y sus escamosas botas colgaban muy por encima del suelo. Junto a él, un monitor mostraba los últimos informes de la bolsa.

Con un gruñido, desmonté del tigre y me senté en un sillón inversor. Construido para las nalgas escamosas de un inversor, taladró mis pantalones como si fuera alambre.

-Toma unas gafas de sol -dijo el Coordinador. Abrió un cavernoso cajón, metió la mano hasta el codo en busca de un par de gafas y me las lanzó. Alcé las manos, y me golpearon en el pecho.

Me froté los ojos y me las puse, gimiendo de alivio. El tigre se agazapó al pie de mi sillón, ronroneando para sí.

-¿Es la primera vez que entras en el Palacio? -preguntó el Coordinador.

Asentí con un esfuerzo.

-Es horrible, lo sé. Y, sin embargo, es todo lo que tenemos. Tienes que comprender eso, Landau. Éste es el catalizador prigogínico de G-Z.

-¿Conoces la filosofía?

-Claro. No todos estamos fosilizados. Los Consejeros tienen sus facciones. Es conocimiento común, -el Coordinador retiró su silla. Entonces se alzó en ella, subió a la superficie de la mesa y se sentó en el borde, frente a mí, haciendo balancear sus escamosas botas.

Era un hombre bajo, ancho y musculoso que se movía con facilidad en la fuerza que a mí me aplastaba. Su cara estaba profunda y ferozmente surcada por dos siglos de arrugas. Su piel negra brillaba oscura en la luz abrasadora. Sus ojos tenían el aspecto quebradizo del plástico.

-He visto las cintas de los perros, y creo que te comprendo, Landau. Tu pecado es la distancia.

Suspiró.

-Y, sin embargo, eres menos corrupto que otros... Hay un cierto umbral, una intensidad de pecado y cinismo, más allá del cual ninguna sociedad puede sobrevivir... Escucha. Sé de vosotros, los formadores. El Consejo Anillo. Unidos por negro miedo y roja codicia, acumulando poder desde el momento de su propio derrumbe. Pero G-Z tenía esperanza. Has vivido aquí, debes de haberla visto, si no puedes sentirla directamente. Debes de saber lo precioso que es este lugar. Bajo la Reina Cigarra, hemos logrado la supervivencia de un estado mental. La creencia cuenta, la confianza es central. -El Coordinador me miró, con la oscura cara macilenta-. Te diré la verdad. Y dependeré de tu buena voluntad. Para la respuesta adecuada.

-Gracias.

-G-Z está en crisis. Los rumores del descontento de la Reina han llevado a la bolsa al borde del colapso. Esta vez son más que rumores, Landau. La Reina está a punto de desertar de G-Z.

Aturdido, me hundí súbitamente en mi sillón. Abrí la boca. La cerré de golpe.

-Cuando la bolsa se hunda -dijo el Coordinador-, significará el final de todo lo que teníamos. La noticia se está extendiendo ya. Pronto habrá una carrera contra el sistema bancario del Grupo Zarina. El sistema se hundirá, y G-Z morirá.

-Pero... -dije-. Si es por causa de la Reina... -Tenía problemas para respirar.

-Siempre ha sido por causa de los inversores, Landau. Ha sido así desde que intervinieron por primera vez e hicieron de nuestras guerras una institución... Los mecanicistas os teníamos a nuestra merced. Gobernábamos todo el sistema mientras los formadores os escondíais aterrorizados en los Anillos. Fue vuestro comercio con los inversores lo que os hizo volver a poneros en pie. De hecho, os construyeron deliberadamente, para poder mantener un mercado competitivo, lanzar a la raza humana contra sí misma, para su propio beneficio... Mira a G-Z. Aquí vivimos en armonía. Ése podría ser el caso en todas partes. Es cosa de ellos.

-¿Estás diciendo que la historia de G-Z es un plan inversor? -dije-. ¿Que la Reina nunca cayó realmente en desgracia?

-No son infalibles -dijo el Coordinador-. Puedo salvar la bolsa, y a G-Z, si puedo explotar su propia codicia. Son tus joyas, Landau. Tus joyas. Vi la reacción de la Reina cuando su... maldito lacayo Wellspring le presentó tu regalo. Uno aprende a conocer los estados de ánimo de esos inversores. Se puso lívida de codicia. Tu patente podría catalizar una industria importante.

-Te equivocas sobre Wellspring -dije-. La joya fue idea suya. Yo estaba trabajando con líquenes endolíticos. «Si pueden vivir dentro de piedras, pueden vivir dentro de joyas», dijo él. Yo sólo hice el trabajo.

-Pero la patente está a tu nombre. -El Coordinador miró las punteras de sus escamosas botas-. Con un catalizador, podría salvar la bolsa. Quiero que me transfieras la patente de Eisho Zaibatsu. A la República Corporada del Pueblo de Grupo Zarina.

Traté de actuar con tacto.

-La situación parece desesperada -dije-, pero nadie dentro de la bolsa quiere verla realmente destruida. Hay otras fuerzas poderosas preparándose para reflotarla. Por favor, comprende..., no debo conservar mi patente por ninguna ganancia personal. Los beneficios están ya comprometidos. Con la terraformación.

Una amarga mueca aumentó las arrugas de la cara del Coordinador. Se inclinó hacia delante, y sus hombros se tensaron con un ahogado chasquido de plástico.

-¡La terraformación! Oh, sí, estoy familiarizado con esos argumentos supuestamente morales. Las frías abstracciones de ideólogos sin valor. ¿Qué hay del respeto? ¿La obligación? ¿La lealtad? ¿Son términos extraños para ti?

-No es tan simple -respondí-, Wellspring dice...

-¡Wellspring! -gritó él-. No es terrestre, idiota, sólo es un renegado, un traidor que apenas tiene cien años, que se vendió completamente a los alienígenas. Nos temen, ¿no lo ves? Temen nuestra energía. Nuestro potencial para invadir sus mercados cuando tengamos en nuestras manos el impulsor estelar. ¡Debería ser obvio, Landau! Quieren diversificar las energías humanas en este enorme timo marciano. ¡Podríamos competir con ellos, expandirnos a las estrellas en una fantástica oleada! -Tendió los brazos ante él, rígidos, las muñecas hacia arriba, y miró las puntas de sus dedos extendidos.

Sus brazos empezaron a temblar. Entonces se sacudió y se agarró la cabeza con las manos.

-G-Z podría haber sido grande. Un corazón de unidad, una isla de seguridad en el caos. Los inversores pretenden destruirla. Cuando la bolsa se hunda, cuando la Reina deserte, será el fin.

-¿Se marchará realmente?

-¿Quién sabe lo que pretende hacer? -El Coordinador parecía exhausto-. Durante setenta años he sufrido sus caprichos y humillaciones. Ya no sé lo que merece la pena. ¿Porqué debo romperme el corazón tratando de unir las cosas con tus estúpidos inventos? ¡Después de todo, siempre está el reservado!

Alzó ferozmente la cabeza.

-Es ahí donde tu entrometimiento envió al consejero. ¡Cuando lo hayamos perdido todo, habrá tanta sangre que se podrá nadar en ella!

Saltó de lo alto de la mesa, rebotó en la alfombra y me arrancó de la silla. Así débilmente sus muñecas. Mis brazos y piernas perdieron fuerza mientras él me sacudía. El tigre se acercó, chasqueando.

-Te odio -rugió-. ¡Odio todo lo que representas! Estoy harto de tu Círculo y sus filosofías y sus sonrisas falsas. Has matado a un buen amigo con tu entrometimiento.

»¡Fuera! Fuera de G-Z. Tienes cuarenta y ocho horas. Después de eso, haré que te arresten y te vendan al mejor postor. -Me empujó desdeñosamente hacia atrás. Me derrumbé en la pesada gravedad, y mi cabeza rebotó contra el suelo.

El tigre me puso en pie mientras el Coordinador regresaba a su enorme silla. Miró la pantalla de la bolsa mientras yo subía tembloroso a lomos del tigre.

-Oh, no -dijo en voz baja-. Traición.

El tigre me condujo a la salida.

Encontré a Wellspring, por fin, en Ciudad Perro, un caótico subgrupo que giraba lentamente sobre el eje de rotación de G-Z. Era puerto y aduana, una maraña de puntos de atraque, almacenes, cuarentenas y casas sociales, que se ocupaban de los vicios de los indolentes, los aislados y los desterrados.

Ciudad Perro era la ciudad a la que había que acudir cuando no podías ir a otro lugar. Estaba llena de gente de paso: prospectores, armadores, criminales, expulsados de sectas cuyas innovaciones se habían hundido, gente en bancarrota, desertores, buscadores de placeres peligrosos. Por tanto, toda la zona rebosaba de perros y de monitores más sutiles. Ciudad Perro era un lugar verdaderamente peligroso, lleno de vitalidad depredadora y desbarajustada. La vigilancia constante había perdido todo sentido de la vergüenza.

Encontré a Wellspring en la burbuja hinchada de un bar tubular, discutiendo de negocios con un hombre al que presentó como «el Modem». Se trataba de un miembro de una secta mecanicista pequeña pero vigorosa conocida en G-Z como los Langostas. Estos langostas vivían exclusivamente dentro de sistemas vitales ceñidos a la piel, rematados acá y allá con motores y enchufes. Los trajes carecían de cara y eran negro oscuro. Los langostas parecían trozos de sombra.

Estreché el áspero guantelete a temperatura ambiente del Modem y me até a la mesa.

Arranqué una ampolla de la superficie adhesiva de la mesa y tomé un trago.

-Tengo problemas -dijo-. ¿Podemos hablar delante de este hombre?

Wellspring se echó a reír.

-¿Estás bromeando? ¡Esto es Ciudad Perro! Todo lo que decimos va a parar a más cintas que dientes tienes, joven Landau. Además, el Modem es un viejo amigo. Su visión oblicua debería sernos útil.

-Muy bien.

Empecé a explicarme. Wellspring quiso saber más detalles. No omití nada.

-Oh, cielos -dijo cuando terminé-. Bien, agárrate a tus monitores, Modem, porque estás a punto de ver cómo el rumor rompe la velocidad de la luz. Es extraño que este café oscuro vaya a lanzar la noticia que destruirá con toda seguridad a G-Z.

Lo dijo en voz alta, y miré rápidamente alrededor. Las mandíbulas de la clientela estaban abiertas de sorpresa. Pequeños amasijos de saliva oscilaban en sus bocas.

-Así que la Reina se ha ido -dijo Wellspring-. Probablemente hará semanas. Bueno, supongo que no pudo evitarse. Incluso la codicia de un inversor tiene sus límites. Los Consejeros no podían tirar de su nariz eternamente. Tal vez aparezca en otro lugar, algún habitat más adecuado a sus necesidades emocionales. Creo que lo mejor es que vaya a mis monitores y corte mis pérdidas mientras la bolsa tenga aún algún significado.

Wellspring separó los lazos de su manga partida y miró casualmente el ordenador de su antebrazo. El bar se vació, súbita y catastróficamente, y los clientes fueron seguidos por sus perros personales. Cerca de la salida estalló una sañuda pelea a puñetazos entre dos formadores renegados. Giraban con gritos taladrantes a través de los apiñados tirones y empujones del jiu-jitsu en caída libre. Sus perros observaban impasiblemente.

Pronto nos quedamos los tres solos con los servos del bar y media docena de perros fascinados.

-Sabía por mi última audiencia que la Reina iba a marcharse -dijo Wellspring tranquilamente-. De todas formas, G-Z ya no es útil. Fue importante sólo como catalizador motivacional para la elevación de Marte al Tercer Nivel Prigogínico de Complejidad. Se estaba fosilizando bajo el peso de los programas de los Consejeros. Típica miopía meca. Materialismo pseudopragmático. Se lo han buscado.

Wellspring mostró unos centímetros de manga repujada mientras hacía señas al servo para otra ronda.

-El consejero que mencionaste se ha retirado a un reservado. No será el último que saquen con los pies por delante.

-¿Y qué voy a hacer? -dije-. Lo perderé todo. ¿Qué será del Círculo?

Wellspring frunció el ceño.

-¡Vamos, Landau! Muestra algo de fluidez posthumanista. Lo primero que hay que hacer, naturalmente, es exiliarte antes de que te arresten y te vendan. Imagino que nuestro amigo el Modem podrá ayudarte en eso.

-Desde luego -anunció el Modem. Tenía una unidad vocalizadora conectada a su garganta, y proyectaba una voz sintetizada inhumanamente hermosa-. Nuestra nave, el Peón Coronado, va a transportar un cargamento de conductores de masa para hielosteroides al Consejo Anillo. Para el Proyecto Terraformador. Los amigos de Wellspring son bienvenidos a nuestras filas.

Me reí, incrédulo.

-Para mí, eso es un suicidio. ¿Volver al Consejo? Lo mismo daría que me abriera la garganta.

-Tranquilo -dijo el Modem-. Haré que los medimecas trabajen contigo y te injerten en una de nuestras conchas. Un langosta es muy parecido a otro. Estarás perfectamente a salvo bajo la piel.

Me sorprendí.

-¿Convertirme en un meca?

-No tendrá que ser permanente -dijo Wellspring-. Es un procedimiento simple. Unos cuantos injertos nerviosos, un poco de cirugía anal, una traqueotomía... Perderás el gusto y el tacto, pero los demás sentidos se expanden ampliamente.

-Sí -dijo el Modem- Y puedes salir al espacio desnudo y reírte.

-¡Cierto! Los formadores deberían usar técnicas mecánicas. Es como tus líquenes, Hans. Conviértete en una simbiosis durante una temporada. Ensanchará tus horizontes.

-No haréis... nada craneal, ¿verdad?

-No -contestó el Modem indiferentemente-. O, al menos, no tenemos por qué hacerlo. Tu cerebro es tuyo.

Lo pensé.

-¿Podéis hacerlo en... -miré el antebrazo de Wellspring- treinta y ocho horas?

-Si nos damos prisa -contestó el Modem. Se soltó de la mesa.

Le seguí.

El Peón Coronado iba de camino. Mi piel se aferró magnéticamente a una viga de la nave mientras aceleramos. Dispuse mi visión para las longitudes de onda normales mientras contemplaba alejarse .

Grupo Zarina.

Las lágrimas picotearon los frescos rastros de los cables finos como cabellos que corrían junto a mis ojos muertos. G-Z giraba lentamente, como una galaxia en una tela enojada. Aquí y allá, a lo largo de la cadena, destellaban bengalas mientras los suburbios comenzaban el tedioso y trágico trabajo de soltarse. G-Z estaba atenazado por el terror.

Añoré la cálida vitalidad de mi Círculo. Yo no era un langosta. Estos eran alienígenas. Eran puntos solipsísticos en la noche galáctica, y su humanidad no era más que una pulpa olvidada bajo una armadura negra.

El Peón Coronado era como una nave vuelta de dentro a fuera. Giraba en torno a un núcleo de enormes motores magnéticos, alimentado de una pieza de masa reactiva. Fuera de aquellos motores había un almacén de metal donde los langostas se aferraban como lapas o avanzaban a lo largo de campos magnéticos inducidos. Había cúpulas acá y allá sobre el almacén donde los langostas se conectaban a ordenadores fluídicos o se protegían de las tormentas solares y los electroflujos de los sistemas anillados.

Nunca comían. Nunca bebían. El sexo implicaba una astuta estimulación cibernética a través de enchufes craneales. Aproximadamente cada cinco años «mudaban» y hacían que limpiaran sus pieles de la apesposa acumulación de bacterias mutadas que los cubrían con el calor estancado.

No conocían el miedo. La agorafobia era una condición que se suprimía fácilmente con drogas. Eran autárquicos y anárquicos. Su mayor placer era sentarse en una viga y abrir sus sentidos amplificadas a las profundidades del espacio, observando las estrellas pasar los límites del ultravioleta y el infrarrojo, o contemplar la placa floculada del sol, o sentarse simplemente y empaparse de vatios de energía solar a través de sus pieles mientras escuchaban el trino de los cinturones de Van Alien y el tic musical de los pulsares.

No había nada maligno en ellos, pero no eran humanos. Distantes y helados como cometas, eran criaturas del vacío, aburridos con los paradigmas superados de la carne y el hueso. Vi en ellos las primeras sacudidas del Quinto Salto Prigogínico, que postulaba el Quinto Nivel de Complejidad como algo tan lejano a la inteligencia como la inteligencia lo está a la vida amélica o a la vida de la materia inerte.

Me asustaban. Su blanda indiferencia hacia las limitaciones humanas les daba el siniestro carisma de los santos.

El Modem vino flotando a lo largo de una viga y se acopló silenciosamente a mi lado. Conecté mis oídos y oí su voz por encima del siseo radial de los motores.

-Tienes una llamada, Landau. De G-Z. Sigúeme.

Flexioné los pies y floté tras él a lo largo del raíl. Entramos en la compuerta antirradiación de una cúpula de hierro y la dejamos abierta, pues a los langostas no les gustaban los espacios cerrados.

Ante mí, en una pantalla, apareció la cara cubierta de lágrimas de Valery Korstad.

-¡Valery! -exclamé.

-¿Eres tú, Hans?

-Sí. Sí, querida. Me alegro de verte.

-¿No puedes quitarte esa máscara, Hans? Quiero ver tu cara.

-No es una máscara, querida. Y mi cara, bueno, no es una visión agradable. Todos estos cables...

-Hablas de forma diferente, Hans. Tu voz suena distinta.

-Es porque esta voz es un análogo de radio. Es sintetizada.

-Entonces, ¿cómo sé que eres realmente tú? Dios, Hans..., estoy tan asustada. Todo... se está evaporando. La Espuma es..., hay miedo bioazar, algo aplastó las estructuras reticulares en tu domicilio, supongo que fueron los perros, y ahora el liquen, el maldito liquen, se está extendiendo por todas partes. ¡Crece tan rápido!

-Lo diseñé para que creciera rápido, Valery, ése era el tema. Diles que usen un aerosol metálico o partículas de sulfates; los matará en unas horas. No hay por qué dejarse llevar por el pánico.

-¿No? Hans, los reservados son fábricas de suicidas. ¡G-Z se ha acabado! ¡Hemos perdido a la Reina!

-Todavía queda el Proyecto -dije-. La Reina era sólo una excusa, un catalizador. El Proyecto puede atraer tanto respeto como la maldita Reina. El campo de trabajo lleva años establecido. Éste es el momento. Dile al Círculo que liquiden todo lo que tienen. La Espuma debe dirigirse a la órbita marciana.

Valery empezó a flotar hacia el lado.

-Eso es todo lo que te preocupa, ¿no? ¡El Proyecto! ¡Me rebajé y tú, con su fría distancia formadora, me dejaste desesperada!

-¡Valery! -grité, asombrado-. Te llamé una docena de veces, fuiste tú quien te apartaste, era yo quien necesitaba calor después de esos años sometido a los perros...

-¡Podrías haberlo hecho! -gritó ella, con la cara blanca de pasión-. ¡Si te importaba, podrías haber roto mi encierro para demostrarlo! ¿Esperabas que fuera arrastrándome, humillada? Armadura negra o los ojos de cristal de los perros, Hans, ¿cuál es la diferencia? ¡Sigues sin estar conmigo!

Sentí el calor de la furia cruda tocar mi entumecida piel.

-¡Échame la culpa, entonces! ¿Cómo iba yo a conocer tus rituales, tus pequeños secretos enfermizos? ¡Pensaba que me habías dado de lado mientras te burlabas y te acostabas con Wellspring! ¿Crees que iba a competir con el hombre que me mostró mi salvación? ¡Me habría abierto las venas por verte sonreír, y no me diste nada, nada más que desastre!

Una expresión de fría sorpresa se extendió por su cara pintada. Abrió la boca, pero no pronunció ninguna palabra. Finalmente, con una sonrisita de total desesperación, rompió la conexión. La pantalla se volvió negra.

Me volví hacia el Modem.

-Quiero regresar -dije.

-Lo siento -respondió-. Primero, te matarían. Y segundo, no disponemos del vatiage para volver. Llevamos una carga enorme. -Se encogió de hombros-. Además, G-Z se está disolviendo. Hacía tiempo que sabíamos que acabaría así. De hecho, algunos colegas nuestros llegarán dentro de una semana con un segundo cargamento de impulsores de masas. Conseguirán los mejores precios mientras el Grupo se disuelve.

-¿Lo sabíais?

-Tenemos nuestras fuentes.

-¿Wellspring?

-¿Quién, él? También se marcha. Quiere estar en la órbita marciana cuando eso la alcance. -El Modem gravitó fuera de la cúpula y señaló el plano de la eclíptica. Seguí su mirada, cambiando torpemente las longitudes de onda visuales.

Vi la llama pálida y fantasmal de los poderosos motores del asteroide marciano.

-El hielosteroide -dije.

-Sí, naturalmente. El cometa de tu desastre, por así decirlo. Un símbolo útil para la decadencia de G-Z.

-Sí -admití. Me pareció reconocer la mano de Wellspring en aquello. Mientras el cargamento de hielo pasara G-Z, los ojos aterrados de sus habitantes lo seguirían. De repente, sentí una rugiente esperanza.

-¿Qué hay de eso? -dije-. ¿Podrías dejarme allí?

-¿En el asteroide?

-¡Sí! Van a parar los motores, ¿no? ¡En órbita! ¡Puedo unirte a mis amigos allí, y no me perderé el catalizador prigogínico!

-Lo comprobaré. -El Modem intruyó una serie de parámetros en uno de los fluídicos-. Sí..., podría venderte un motor parásito al que podrías engancharte. Con suficiente vatiaje y un cbersistema para guiarte, podrías igualar su trayectoria en, digamos, setenta y dos horas.

-¡Bien! ¡Muy bien! Hagámoslo, entonces.

-Muy bien -aceptó-. Sólo queda la cuestión del precio.

Tuve tiempo para pensar en el precio mientras ardía a través del penetrante vacío. Pensé que había hecho bien. Tras el hundimiento de la bolsa de G-Z, necesitaría nuevos agentes comerciales para las joyas Eisho. A pesar de su rareza, sentía que podía confiar en los langostas.

El cbersistema me condujo a una suave caída sobre la zona iluminada del asteroide. Éste se derretía lentamente con el calor del distante sol, e hilillos infrarrojos de gases brotaban en las grietas del hielo azulado.

El hielosteroide era una barra rota sacada de la rotura de una de las antiguas lunas glaciales de Saturno. Era un risco hendido con las cicatrices fosilizadas de la violencia primordial que se mostraban en acantilados picudos y gastados. Tenía una ligera forma ovalada, de cinco kilómetros por tres. Su superficie tenía el tono azulado del hielo expuesto durante miles de años a poderosos campos eléctricos.

Tensé los asideros de mis guanteletes y me dirigí con el motor parásito a la sombra, mano sobre mano. La carga del motor estaba exhausta, pero no quería que se perdiera en el deshielo.

Desplegué la antena de radio que el Modem me había vendido y la anclé en una hendidura, alineándola con G-Z. Entonces conecté.

La magnitud del desastre era total. G-Z siempre se había enorgullecido de sus emisiones abiertas, una parte de toda la atmósfera de libertad que le había dado vida. Ahora el pánico declarado se convertía en veladas amenazas y, peor aún, en estallidos traicioneros. De todo el sistema llegaban las presiones largo tiempo refrenadas.

Las ofertas y amenazas aumentaban cada vez más, hasta que los círculos de G-Z llegaron al borde de la guerra civil. Perros secuestrados surcaban los tubos y corredores, herramientas de las élites del poder a quienes el miedo había vuelto crueles. Viciosas cortes canguro despojaban a los disidentes de su status y propiedades. Muchos elegían los reservados.

Las cooperativas nido se rompían. Niños de cara inexpresiva deambulaban sin rumbo a través de los salones suburbanos, drogados con supresores de conducta. Sudorosos agentes bursátiles se desmoronaban sobre sus consolas, las narices sangrando a causa de los inhaladores. Las mujeres atravesaban desnudas las compuertas y morían en

chispeantes borbotones de aire congelado. Los cigarras se esforzaban por llorar a través de sus ojos alterados, o flotaban en los bares a oscuras, aturdidos de desastre y drogas.

Siglos de competencia comercial no habían hecho más que afilar los dientes de los cárteles. Golpearon con la precisión cibernética de los mecanicistas, con la inquieta brillantez de los reformados. Con el hundimiento de la bolsa, las industrias de G-Z quedaron a la deriva. Agentes comerciales y arrogantes diplomáticos se anexionaron más complejos. Grupos de nuevos empleados suyos saquearon el desierto Palacio de la Reina, destrozando todo lo que no pudieron vender de inmediato.

Las asustadas subfacciones de G-Z fueron atrapadas en el clásico doble lazo que alternativamente había formado y separado los destinos de la humanidad en el espacio. Por un lado, sus modos de vida y sus estados mentales alterados técnicamente les conducían irresistiblemente a la desconfianza y la fragmentación; por otro, el aislamiento los convertía en presas de los cárteles unidos. Incluso podían ser atacados por los piratas y corsarios que los cárteles condenaban abiertamente y apoyaban en secreto.

Y, en vez de ayudar a mi Círculo, yo era un punto negro colgado como una espora del gélido flanco de una montaña helada.

Fue durante esos tristes días que empecé a apreciar mi piel. Si los planes de Wellspring hubieran funcionado, entonces vendría un ascenso. Yo sobreviviría a este hielo en mi claustro de espora, del mismo modo que un trozo de líquen arrastrado por el viento durará décadas para convertirse por fin en vida devoradora. Wellspring había sido sabio al ponerme allí. Yo confiaba en él. No le fallaría.

Mientras el aburrimiento me corroía, me hundí suavemente en un sopor contemplativo. Abrí mis ojos y mis oídos más allá del punto de sobrecarga. La consciencia se devoró a sí misma y se desvaneció en la rugiente semiexistencia de un evento horizontal.

El espaciotiempo, el Segundo Nivel de Complejidad, proclamó su noúmeno en el gemir de las estrellas, el rumor de los planetas, el trascendente batir del sol desencadenado.

Vino el momento en que por fin fui despertado por las tristes y vacías sinfonías de Marte.

Desconecté los amplificadores del traje. Ya no los necesitaba. El catalizador, después de todo, siempre es enterrado por el proceso.

Me moví hacia el sur a lo largo del eje del asteroide, donde estaba seguro de ser descubierto por el equipo enviado a recoger el impulsor de masas. El ciberistema del impulsor había reorientado el asteroide para una deceleración parcial, y el extremo sur tenía la mejor panorámica del planeta.

Sólo momentos después del incendio final, la masa de hielo fue alcanzada por un pirata. Era una hermosa y esbelta nave formadora, con largas alas solares de tejido iridiscente tan finas como el aceite sobre el agua. Su brillante casco organometálico escondía motores magnéticos de octava generación de maravillosa velocidad y poder. Los chatos nodulos de sus sistemas armamentísticos salpicaban su superficie bruñida.

Me escondí en una grieta para evitar el radar. Esperé hasta que la curiosidad y el temor pudieron conmigo. Entonces salí y me arrastré hasta un punto de observación en un risco de hielo fracturado.

La nave se había posado sobre sus brazos manipuladores, anclando en el hielo sus puntas de ataque, parecidas a las patas de una mantis. Un grupo de robots mineros mecánicos había desembarcado y cavaba en el hielo de una llanura despejada.

Ningún pirata formador tendría robots mineros a bordo. La nave misma tenía sistemas de desactivación internos y permanecía inerte y hermosa como un insecto en ámbar, con sus vastas alas solares plegadas. No había signo de tripulación alguna.

Yo no temía a los robots. Me alcé atrevidamente en el hielo para observar sus operaciones. Ninguno me desafió.

Observé cómo los robots raspaban y cortaban el hielo. A diez metros de profundidad descubrieron un destello de metal.

Era una compuerta.

Esperaron allí. Pasó el tiempo. No recibieron nuevas órdenes. Se desconectaron y se acurrucaron inertes sobre el hielo, tan muertos como las rocas que nos rodeaban.

Por bien de la seguridad, decidí entrar primero en la nave.

Mientras su compuerta se abría, la nave empezó a conectarse de nuevo. Entré en la cabina. El asiento del piloto estaba vacío.

No había nadie a bordo.

Tardé casi dos horas en llegar al cibernsistema de la nave. Entonces supe con seguridad lo que ya sospechaba. Era la nave de Wellspring.

La abandoné y me arrastré sobre el hielo hasta la compuerta. Ésta se abrió con facilidad. Wellspring nunca complicaba las cosas innecesariamente.

Tras la segunda puerta de la cámara hermética, una recámara ardía con luz blanquiazulada. Ajusté mis sistemas oculares y entré.

En el fondo, en la leve gravedad del hielosteroide, había un lecho de joyas. No era un lecho convencional. Era simplemente un enorme y suelto montón de gemas preciosas.

La Reina estaba dormida en lo alto.

Volví a emplear mis ojos. De ella no irradiaba ningún calor infrarrojo. Yacía inmóvil, con sus ancianos brazos agarrando algo sobre su pecho, sus patas de tres dedos extendidas, su enorme cola recogida bajo sus nalgas y entre las patas. Su enorme cabeza., del tamaño del torso de un hombre, estaba insertada en un gigantesco casco coronado repujado de brillantes diamantes. No respiraba. Tenía los ojos cerrados. Sus gruesos labios escamosos estaban levemente abiertos, mostrando dos hileras de dientes amarillentos.

Estaba fría como el hielo, sumergida en una especie de criosueño alienígena. El intento de Wellspring quedó revelado. La Reina se había unido voluntariamente a su propio secuestro. Wellspring la había robado en un acto de heroico arrojo, adelantándose a sus rivales para comenzar de nuevo en la órbita marciana. Era un sorprendente fait accompli que le habría dado, junto a sus discípulos, un poder indiscutible.

Me sentí abrumado de admiración hacia su plan. Sin embargo, me pregunté por qué no había acompañado a su nave. Sin duda a bordo había medicinas para despertar a la Reina y animar el naciente Grupo.

Me acerqué. Nunca había visto a un inversor cara a cara. Sin embargo, después de un instante, me di cuenta de que había algo extraño en su piel. Al principio pensé que era un truco de la luz. Pero entonces vi lo que tenía en las manos.

Era la joya líquen. La rapacidad de su tenaza había roto uno de los planos, debilitado ya por los ácidos del líquen. Liberados de su prisión cristalina, y agitados hasta el frenesí por la poderosa luz, los líquenes habían reptado por sus escamosos dedos, y luego por sus muñecas, y después, en un explosivo paroxismo de vida, por todo su cuerpo. Brillaba en verde y oro formando un revestimiento devorador. Incluso sus ojos, sus encías.

Regresé a la nave. Siempre se ha dicho que los formadores somos brillantes bajo presión. Reactivé los robots y los hice rellenar el hueco. Colocaron chips helados y los fundieron hasta hacerlos sólidos con el cohete parásito.

Trabajé intuitivamente, pero todo mi entrenamiento me decía que confiara en ello. Por eso había despojado a la Reina muerta y cargado todas las joyas en la nave. Sentía certeza más allá de ninguna cadena lógica. El futuro se extendía ante mí como una mujer adormilada que espera el abrazo de su amante.

Las cintas de Wellspring eran mías. La nave era su santuario final, programada por adelantado. Comprendí entonces el sufrimiento y la ambición que le habían impulsado, y que ahora eran míos.

Su mano muerta había atraído a representantes de cada facción para ser testigos del impacto prigogínico. El protoGrupo en órbita ya estaba compuesto exclusivamente de

robots y monitores. Era natural que los observadores se volvieran hacia mí. Mi nave controlaba a los robots.

Los primeros refugiados me contaron el destino de Wellspring. Lo habían sacado con los pies por delante de un reservado, seguido de cerca por el cadáver sin sangre de la triste Valery Korstad. Ella nunca jamás volvería a crear deleite. El carisma de él nunca jamás asombraría al Círculo. Podría haber sido un doble suicidio. O, más probable, ella le asesinó y luego se mató. Wellspring nunca pudo creer que había algo que no pudieran curar sus habilidades. Una loca y un mundo yermo eran parte y parcela del mismo desafío. Finalmente encontró su límite, y éste le mató. Los detalles apenas importaban. En cualquier caso, un reservado se los había tragado.

Cuando oí la noticia, el hielo de mi corazón se cerró, sin grietas y puro.

Hice emitir el testamento de Wellspring mientras el hielosteroide comenzaba su zambullida final hacia la atmósfera. Las cintas sorbieron la emisión mientras los gases se extendían por el fino y débil aire de Marte.

Mentí sobre el testamento. Lo inventé. Tenía a mano las memorias grabadas de Wellspring; fue simple cambiar mi voz artificial para falsificar la suya, para disponer el escenario de mi crucial ascensión. Era necesario para el futuro de G-T, Grupo Terraforma, que yo me proclamara su heredero.

El poder se congregó a mi alrededor, como los rumores. Se decía que bajo mi armadura yo era Wellspring, que el Landau real había muerto con Valery en G-Z. Animé los rumores. Las confusiones unirían al Grupo. Sabía que G-T sería una ciudad sin rival. Aquí las abstracciones tomarían carne, los fantasmas nos alimentarían. Cuando nuestros ideales hubieran cobrado ser, G-T reuniría fuerza, imparable. Mis joyas solas le daban una base de poder que pocos cárteles podían igualar.

Con la comprensión vino el perdón. Perdoné a Wellspring. Sus mentiras, sus engaños, me habían servido mejor que la quimérica «verdad». ¿Qué importaba? Si necesitábamos un lecho sólido, lo haríamos orbitar en torno a nosotros.

¡Y la temible belleza de aquel impacto! ¡La ardiente línea recta de su descenso! Fue sólo uno entre muchos, pero el más querido para mí. Cuando vi la salpicadura lechosa de su colisión en Marte, el brote orgásmico de vapor del refugio de la Reina y su tumba congelada, supe de inmediato lo que había sabido mi mentor. Un hombre impulsado por algo más grande que sí mismo se atreve a todo y no teme a nada. A nada en absoluto.

Desde detrás de mi armadura negra gobiernan el Círculo Policarbono. Su élite son mis Consejeros. Recuerdo el frío, pero ya no lo temo. Lo he enterrado para siempre, como el frío de Marte está enterrado bajo su agitada alfombra verde. Nosotros dos, ahora uno, hemos robado a todo un planeta del reino de la Muerte. Y no temo al frío. No, en absoluto.

JARDINES SUMERGIDOS

El rondador de Mirasol galopaba a través de las malas tierras del Mare Hadriacum, bajo el tormentoso cielo marciano. En los límites de la troposfera se retorcián corrientes en chorro, tiras sucias a lo largo del lila pálido. Mirasol observó los vientos a través del gastado cristal de su sala de control. Su cerebro alterado sugería una pauta tras otra: nidos de serpientes, nidos de oscuras anguilas, mapas de arterias negras.

Desde el amanecer, el rondador había estado descendiendo lentamente hacia la Cuenca Helias, y la presión del aire aumentaba. Marte se extendía como un paciente febril bajo esta gruesa capa de aire, sudando hielo quemado.

Las nubes tempestuosas se alzaban en el horizonte con velocidad explosiva bajo el garabato constante de las corrientes en chorro.

Para Mirasol, la llanura era extraña. Su facción, los pautistas, había sido asignada a un campamento de redención en la zona norte de Syrtis Mayor. Allí eran comunes vientos de superficie de trescientos kilómetros por hora, y su campamento presurizado se había visto enterrado tres veces por el avance de las dunas.

Había tardado ocho días de viaje constante en llegar al ecuador.

Desde las alturas, la facción regia la había ayudado a navegar. Su ciudad-estado orbital, Grupo Terraforma, era un nexo de satélites monitores. Los regios mostraban con su ayuda que la tenían estrechamente vigilada.

El rondador se sacudió cuando sus seis patas en forma de pico arañaron las pendientes de un cráter. Mirasol vio de repente su propio rostro reflejado en el cristal, pálido y tenso, los ojos oscuros ensoñadoramente absortos. Era una cara desnuda, con la belleza anónima de los reformados genéticamente. Se frotó los ojos con los dedos.

Al oeste, muy lejos, un brote de tierra se agitaba y revelaba la Escalera, el poderoso cable de anclaje del Grupo Terraforma.

El cable se perdía de vista sobre los vientos, desvaneciéndose bajo el resplandor metálico del Grupo, balanceándose lejano en órbita.

Mirasol contempló la ciudad orbital con una incómoda mezcla de envidia, temor y reverencia. Nunca había estado tan cerca del Grupo antes, o de la importantísima Escalera que lo enlazaba con la superficie marciana. Como la mayor parte de la generación más joven de su facción, nunca había estado en el espacio. Los regios habían mantenido a su facción cuidadosamente en cuarentena en el campo de redención de Syrtis.

La vida no había llegado a Marte fácilmente. Durante un centenar de años los regios del Grupo Terraforma habían bombardeado la superficie marciana con gigantescos bloques de hielo. Este acto de ingeniería planetaria fue el más ambicioso, arrogante y exitoso de todos los trabajos del hombre en el espacio.

Los terribles impactos habían abierto enormes cráteres en la corteza marciana, lanzando toneladas de polvo y vapor a la fina capa de aire de Marte. Mientras la temperatura aumentaba, los océanos enterrados de escarcha avanzaron, dejando redes de malas tierras retorcidas y vastas expansiones de fango, suaves y lisas como una televisión. En estas grandes playas y en las paredes heladas de canales, acantilados y calderas, se había aferrado el liquen trasplantado para convertirse en vida devoradora. En las llanuras de Eridania, en los retorcidos megacañones de la Cuenca Coprates, en las regiones húmedas y heladas de los menguados polos, se extendían por el terreno enormes matorros de su siniestro crecimiento..., masivas zonas de desastre para lo inorgánico.

Mientras el proyecto terraformador crecía, también lo había hecho el poder del Grupo Terraforma.

Como punto neutral en las guerras de facciones de la humanidad, G-T era crucial para los financieros y banqueros de cada secta. Incluso los inversores alienígenas, aquellos reptiles de enorme fortuna que surcaban las estrellas, encontraban útil a G-T, y lo favorecían con su protección.

Y, a medida que los ciudadanos de G-T, los regios, aumentaban su poder, facciones más pequeñas se tambaleaban y caían bajo su avance. Marte estaba salpicado de facciones en bancarota, capturadas financieramente y transportadas a la superficie por los plutócratas de G-T.

Tras haber fracasado en el espacio, los refugiados aceptaban la caridad regia como ecologistas de los jardines sumergidos. Docenas de facciones guardaban cuarentena en tristes campos de redención, aisladas unas de otras, viviendo sombría y fugazmente.

Y los visionarios regios hacían buen uso de su poder. Las facciones se encontraban atrapadas en la antigua bioestética de la filosofía posthumanista, subvertidos constantemente por emisiones regias, enseñanzas regias, cultura regia. Con el tiempo,

incluso las facciones más tercas serían destruidas y digeridas en el flujo sanguíneo cultural de G-T. Se permitiría que los miembros de las facciones dejaran sus campos de redención y subieran la Escalera.

Pero, primero, tendrían que demostrárselo a sí mismos. Los payoutistas habían esperado su oportunidad durante años. Ésta había llegado por fin en la competición del Cráter Ibis, una lucha ecológica de las facciones que demostraría el derecho de los victoriosos al status regio. Seis facciones habían enviado sus campeones al antiguo Cráter Ibis, cada uno armado con las biotecnologías más fuertes de su grupo. Sería una guerra en los jardines, con la Escalera como premio.

El rondador de Mirasol siguió una hondonada a través de un terreno caótico de escarcha helada que se había llenado de grietas y pozos. Después de dos horas, la hondonada terminó bruscamente. Ante Mirasol se alzaba una montaña de enormes rocas y peñascos, algunas con el verde cristalino del impacto, otras cubiertas de líquen.

Cuando el rondador empezaba a subir la pendiente salió el sol, y Mirasol vio el irregular borde exterior del cráter en medio del verdor del líquen y el deslumbrante blanco de la nieve.

Las lecturas de oxígeno aumentaban firmemente. Aire cálido y húmedo brotaba del borde del cráter, dejando un chorrito de hielo.

Un asteroide de medio millón de toneladas de los Anillos de Saturno había caído aquí a quince kilómetros por segundo. Pero, durante dos siglos, la lluvia, los glaciares y el líquen habían roído el borde del cráter, y los crudos filos de la herida se habían ajado y desmoronado.

El rondador se abrió paso por el canal estriado de un lecho glaciar vacío. Un frío viento alpino surcaba el canal, donde los florecientes parches de líquen se aferraban a las vetas de hielo descubiertas.

Algunas rocas estaban manchadas con sedimentos de los antiguos mares marcianos, y el impacto las había pelado y las había vuelto de espaldas.

Era invierno, la estación para podar los jardines sumergidos. El traicionero amasijo del borde del cráter estaba cementado con lodo congelado. El rondador encontró la raíz del glaciar y subió por su cara helada. La brusca pendiente estaba surcada de nieve invernal y polvo de las tormentas de verano, con cientos de capas rojas y blancas. Con los años, las franjas se habían revuelto y rizado en el flujo del glaciar.

Mirasol llegó a la cima. El rondador corrió como una araña por el borde nevado del cráter. Debajo, en un cráter en forma de cuenco de ocho kilómetros de profundidad, se extendía un agitado océano de aire.

Mirasol observó. Dentro de aquel gigantesco sumidero de aire, con veinte kilómetros de diámetro, un anillo roto de majestuosas nubes de lluvia surcaba sus oscuras faldas, como duquesas en cuadrilla recorriendo el salón de baile de un mar en forma de lente.

Grosos bosques y mangles verdes y amarillos bordeaban el agua poco profunda y habían sobrepasado las islas dispersas de su centro. Puntitos de brillantes ibis escarlata salpicaban los árboles. Una bandada extendió de repente sus alas como cometas y saltó al aire, surcando el cráter en incontables millones. Mirasol se quedó sorprendida por la crudeza y el arrojo de este concepto ecológico, su ruda y primigenia vitalidad.

Esto era lo que había venido a destruir. La idea la llenó de tristeza.

Entonces recordó los años que había pasado adulando a sus maestros regios, colaborando con ellos en la destrucción de su propia cultura. Cuando llegó la oportunidad de la Escalera, había sido escogida. Apartó su tristeza, recordando sus ambiciones y sus rivales.

La historia de la humanidad en el espacio había sido una larga gesta de ambiciones y rivalidades. Desde el principio, las colonias espaciales habían luchado por ser autosuficientes, y pronto habían roto sus lazos con la agotada Tierra. Los sistemas de apoyo de vida independientes les habían dado la mentalidad de ciudades-estado.

Extrañas ideologías habían florecido en la atmósfera de invernadero de los o'neills, y los grupos diferentes fueron comunes.

El espacio era demasiado grande para tener una policía. Las élites pioneras avanzaron, desafiando a todos a detener su búsqueda de tecnologías aberrantes. De repente la marcha de la ciencia se convirtió en un rompecabezas insano. Nuevas ciencias y tecnologías habían aplastado sociedades enteras en oleadas de shock del futuro.

Las culturas destruidas se unieron en facciones, tan completamente dissociadas unas de otras que se llamaban humanidad sólo por falta de un término mejor. Los formadores, por ejemplo, habían conseguido controlar su propia genética, abandonando la humanidad en un estallido de evolución artificial. Sus rivales, los mecanicistas, habían reemplazado la carne por prótesis avanzadas.

El propio grupo de Mirasol, los pautistas, eran una facción segregada de los formadores.

Los pautistas se especializaban en asimetría cerebral. Con sus hemisferios derechos enormemente expandidos, eran altamente intuitivos, dados a metáforas, paralelismos y súbitos saltos cognitivos. Sus mentes inventivas y su genio rápido e impredecible había hecho de ellos al principio un grupo competitivo. Pero con estas ventajas habían llegado también graves debilidades: autismo, estados de fuga, paranoia. Las pautas escaparon del control y se convirtieron en grotescas telarañas de fantasía.

Con estos handicaps, su colonia se había venido abajo. Las industrias pautistas habían declinado, vencidas por las industrias rivales. La competencia se había vuelto mucho más feroz. Los cárteles formadores y mecanicistas habían convertido las acciones comerciales en una especie de guerra endémica. El juego de los pautistas había fracasado, y llegó el día en que todo su habitat les fue arrancado por los plutócratas regios. En cierto modo, fue una amabilidad por su parte. Los regios eran suaves y orgullosos de su habilidad para asimilar refugiados y fracasados.

Los propios regios habían comenzado siendo disidentes y desertores. Su filosofía posthumanista les había dado el poder moral y la blanda seguridad para dominar y absorber facciones de los márgenes de la humanidad. Y tenían el apoyo de los inversores, que tenían vastas riquezas y las técnicas secretas del viaje estelar.

El radar del rondador alertó a Mirasol de la presencia de un aparato de una facción rival. Se inclinó hacia delante en su asiento de piloto, hizo aparecer en pantalla la imagen de la nave. Era una gruesa esfera, equilibrada incómodamente sobre cuatro largas patas de araña. Recortada contra el horizonte, se movía con una extraña velocidad tambaleante por el borde opuesto del cráter. Luego desapareció por la pendiente exterior.

Mirasol se preguntó si habrían hecho trampas. Estuvo tentada de hacerlas ella misma (lanzar unos cuantos paquetes congelados de bacterias aeróbicas o unas docenas de cápsulas de huevos de insectos por la pendiente), pero temía los monitores en órbita de los supervisores de G-T. Había demasiado en juego: no sólo su propia carrera, sino la de toda su facción, arruinada y desesperada en su frío campo de redención. Se decía que el mismísimo gobernador de G-T, el ser posthumano llamado Rey Langosta, contemplaría la competición. Fracasas ante su negra mirada abstracta sería un horror.

En la pendiente exterior del cráter, bajo ella, apareció una segunda nave rival, saltando y deslizándose con gracia insana y agresiva. El largo cuerpo articulado de la nave se movía como una serpiente, estirando una enorme cabeza brillante, como una bola de espejo multifacetada.

Ambos rivales convergían sobre el punto de encuentro, donde los seis competidores recibirían sus instrucciones finales por parte del Consejero Regio. Mirasol se apresuró.

Mirasol se sorprendió cuando el campamento apareció en su pantalla. El lugar era enorme y absurdamente elaborado: un sueño drogado de paneles geodésicos y minaretes de colores que se extendía en el desierto cubierto de líquenes como un candelabro abandonado. Esto era un campamento para los regios.

Aquí se alojarían los árbitros y sofistas de las BioArtes para juzgar el cráter mientras los ecosistemas recién plantados luchaban entre sí por la supremacía.

Las compuertas del campamento estaban rodeadas de brillantes matorrales verdes de liquen que se cebaban con la humedad escapada. Mirasol condujo su rondador a través de la compuerta, a un garaje. Dentro, robots mecánicos frotaban y pulían los cien metros de longitud de la nave serpentina y el brillante abdomen negro de un rondador de ocho patas. Éste se hallaba agazapado, con el periscopio de su cabeza hundido, como dispuesto a dar un brinco. Su vientre hinchado estaba marcado por un reloj de arena rojo y los logotipos corporados de su facción.

El garaje olía a polvo y grasa suprimidos con perfumes florales. Mirasol dejó a los mecánicos con su trabajo y recorrió envaradamente un pasillo, agitando el cuello y los hombros para sacudirse de la tortícolis. Una puerta entramada apartó sus filamentos y se liberó ante ella.

Se encontró en un comedor que chasqueaba y resonaba con el agudo sonido repetitivo de la música regia. Sus paredes estaban cubiertas de altas pantallas que mostraban panoramas ajardinados de belleza sorprendente. Un servo de aspecto pulposo, cuyo casco organomecánico y cabeza sonriente y aplastada tenían un aspecto hinchado y casi enfermo, le indicó su asiento.

Mirasol se sentó, rozando con las rodillas el pesado mantel blanco. Había siete lugares junto a la mesa. La alta silla del Consejero Real estaba en la cabecera. La posición designada a Mirasol le dio una leve idea de su propio status. La habían hecho sentarse al extremo de la mesa, a la izquierda del Consejero.

Dos de sus rivales habían ocupado ya sus puestos. Uno era un formador alto y pelirrojo de brazos largos y delgados, cara afilada y brillante y ojos preocupados que le daban un trémulo aspecto de pájaro. El otro era un mecánico hosco y fiero con manos protésicas y una túnica paramilitar que mostraba en los hombros un reloj de arena rojo.

Mirasol estudió a sus dos rivales con silenciosas miradas de reojo. Como ella, ambos eran jóvenes. Los regios favorecían a los jóvenes y animaban a las facciones cautivas a extender ampliamente sus poblaciones.

Esta estrategia subvertía astutamente la vieja vigilancia de cada facción en una oleada de hijos propios, adoctrinados por los regios desde el nacimiento.

El hombre con aspecto de pájaro, obviamente incómodo con su puesto directamente a la derecha del Consejero, parecía querer hablar, aunque no se atrevía a hacerlo. El pirata meca se miraba las manos artificiales, con las orejas cubiertas por auriculares.

Cada puesto tenía una ampolla de licor. Los regios, que estaban acostumbrados a la falta de peso en órbita, usaban estas burbujas por costumbre, y su presencia aquí era a la vez un privilegio y una humillación.

La puerta volvió a abrirse e irrumpieron dos rivales más, casi como si hubieran corrido. El primero era un delgado meca, aún no acostumbrado a la gravedad, cuyos miembros eran sostenidos por un exoesqueleto. El segundo era una formadora severamente mutada cuyas piernas terminaban en manos. Éstas se hallaban cubiertas de pesados anillos que chasqueaban unos contra otros mientras recorría el suelo de parquet.

La mujer de las piernas extrañas ocupó su puesto frente al hombre con aspecto de pájaro. Empezaron a conversar entrecortadamente en un idioma que ninguno de los otros pudo entender. El hombre del exoesqueleto, jadeando audiblemente, se tendió dolorido en la silla frente a Mirasol. Sus ojos de plástico parecían tan vacíos como trozos de cristal. Sus sufrimientos bajo la atracción de la gravedad demostraban que era nuevo en Marte, y su lugar en la competición indicaba que su facción era poderosa. Mirasol le despreció.

Sentía una asfixiante sensación de estar atrapada. Todo lo que rodeaba a sus competidores parecía proclamar su falta de adecuación a la supervivencia. Tenían un aspecto ansioso y asustado, como hombres hambrientos en un bote salvavidas que esperan con secreta ansia a que muera el primero.

Se vio a sí misma reflejada en la concavidad de una cuchara, y un destello de intuición le mostró cómo debía parecer a los demás, su intuitivo cerebro derecho estaba hinchado más allá de los límites humanos, distorsionando su cráneo. Su cara tenía la vacua hermosura de su herencia genética, pero podía sentir la tensión en su expresión. Su cuerpo parecía carecer de forma bajo el chaleco de piloto y la blusa y los pantalones anchos. Tenía las uñas roídas. Vio en sí misma el aura derrotada de la generación más antigua de su facción, los que habían fracasado en el gran mundo del espacio, y se odió por ello.

Aún estaban esperando al sexto competidor cuando la ruidosa música alcanzó un súbito crescendo y llegó el Consejero Regio. Se llamaba Arkadya Sorienti, Incorporada. Era miembro de la oligarquía gobernante de G-T, y atravesó balanceándose la puerta con los cuidadosos pasos de una mujer no acostumbrada a la gravedad.

Llevaba el estilo de ropa de los inversores de alto rango diplomático. Los regios estaban orgullosos de sus lazos diplomáticos con los alienígenas inversores, ya que la protección de éstos demostraba su enorme fortuna. Las botas hasta las rodillas de la Sorienti tenían falsos dedos de pájaro, y eran escamosas como los pies de los inversores. Llevaba una pesada falda de cordones dorados entrelazados con joyas y una gruesa chaqueta formal con mangas bordadas hasta las muñecas. Un pesado collar formaba una corona arqueada y multicolor tras su cabeza. Sus cabellos rubios estaban dispuestos en un estilo entrelazado tan complejo como las soldaduras de un ordenador. La piel de sus piernas desnudas tenía un aspecto brillante y vitreo, como si hubiera sido esmaltada recientemente. Sus párpados brillaban con suaves tonos pastel reptilesco.

Uno de sus servocuerpos la ayudó a ocupar su asiento. La Sorienti se inclinó animadamente hacia delante, entrelazando sus pequeñas y hermosas manos tan repletas de anillos y brazaletes que parecían brillantes guanteletes.

-Espero que los cinco hayan disfrutado de esta oportunidad para una charla informal -dijo dulcemente, como si tal cosa fuera posible-. Lamento haberme retrasado. Nuestro sexto participante no se reunirá con nosotros.

No hubo ninguna explicación. Los regios nunca hacían pública ninguna actuación que pudiera ser considerada un castigo. Las expresiones de los competidores, alternativamente sorprendidas y calculadoras, mostraron que imaginaban lo peor.

Los dos servos chatos circulaban en torno a la mesa, sirviendo platos de comida de las bandejas que llevaban en equilibrio sobre sus flaccidas cabezas. Los competidores picotearon incómodamente sus platos.

La pantalla situada detrás de la Consejera mostró un esquema del Cráter Ibis.

-Por favor, adviertan las líneas fronterizas revisadas -dijo la Sorienti-. Espero que eviten traspasarlas..., no sólo físicamente, sino también biológicamente. -Los miró con seriedad-. Algunos de ustedes pueden haber planeado el uso de herbicidas. Eso es permisible, pero la extensión del spray más allá de los límites de su sector será considerado una torpeza. El establecimiento bacteriológico es un arte sutil. La extensión de organismos enfermos creados es una distorsión estética. Por favor, recuerden que sus actividades aquí son una interrupción de lo que deberían ser idealmente procesos naturales. Por tanto, el período de siembra biótica sólo durará doce horas. Así pues, se permitirá estabilizarse al nuevo nivel de complejidad sin ninguna otra interferencia. Eviten la autoexaltación, y confínense a un rol primario, como catalizadores.

El discurso de la Sorienti fue formal y ceremonioso. Mirasol estudió la pantalla, notando con satisfacción que su territorio había sido aumentado.

Vista desde arriba, la redondez del cráter parecía profundamente desfigurada.

El sector de Mirasol, el meridional, mostraba la larga cicatriz aplastada de un corrimiento de tierras, donde la pared del cráter se había derrumbado y caído al pozo. El simple ecosistema se había recuperado rápidamente, y los mangles salpicaban las

pendientes inferiores de los cascotes. Sus pendientes superiores estaban roídas por líquenes y glaciares.

El sexto sector había sido borrado, y la porción de Mirasol era casi de veinte kilómetros cuadrados de nueva tierra.

Aquello daría al ecosistema de su facción más espacio para arraigar antes de que comenzara la terrible contienda.

Esta no era la primera de las competiciones. Los regios las habían celebrado durante décadas como una prueba objetiva de la habilidad de las facciones rivales. Lanzar a unas facciones contra otras ayudaba a su política de divide-y-vencerás.

Y, en los siglos por venir, mientras Marte se hacía más hospitalario para la vida, los jardines surgirían de sus cráteres y se extenderían por toda la superficie. Marte se convertiría en una jungla en guerra de creaciones separadas. Para los regios, las competiciones eran simulaciones del futuro estudiadas muy de cerca.

Y las competiciones daban a las facciones motivos para su trabajo. Con las guerras de los jardines como acicate, las ciencias ecológicas habían avanzado enormemente. Con el progreso de la ciencia y el gusto, muchos de los cráteres más antiguos se habían convertido en compromisos ecoestéticos.

El Cráter Ibis había sido un burdo primer experimento. La facción que lo había creado había desaparecido hacía mucho tiempo, y su primitiva creación se consideraba ahora falta de gusto.

Cada facción jardinera acampaba junto a su propio cráter, esforzándose por darle vida. Pero las competiciones eran un atajo hacia la Escalera. Las filosofías y talentos de los competidores, hechas carne, llevaban a cabo una pugna por la supremacía. Las curvas de crecimiento, las altas y bajas de expansión y extinción, aparecerían en los monitores de los jueces regios como informes bursátiles. Esta compleja estructura sería sopesada en cada uno de sus aspectos: tecnológico, filosófico, biológico y estético. Los vencedores abandonarían sus campamentos para adquirir riqueza y poder regios. Recorrerían los pasillos enjoyados de G-T y gozarían de sus gratificaciones: lapsos de vida aumentados, títulos corporados, tolerancia cosmopolita, y la protección interestelar de los inversores.

Cuando el rojo amanecer asomó a la superficie, los cinco competidores rodeaban ya el Cráter Ibis, esperando la señal. El día era tranquilo, con sólo un distante nexo de corrientes en chorro desfigurando el cielo. Mirasol contempló la luz rosada del sol arrastrarse por la pendiente interior de la pared occidental del cráter. En los arbustos, los pájaros empezaban a desperezarse.

Mirasol esperó, tensa. Había ocupado su posición en las pendientes superiores de los restos del corrimiento de tierras. El radar mostraba a sus rivales esparcidos a lo largo de las pendientes interiores: a su izquierda, el rondador con el reloj de arena y la serpiente de cabeza enjoyada; a su derecha, un rondador en forma de mantis y el globo zancudo.

Llegó la señal, súbita como un relámpago: un meteoro de hielo fue disparado desde la órbita y dejó una columna de vapor. Mirasol cargó hacia delante.

La estrategia de los pautistas era concentrarse en las pendientes superiores y el amasijo del corrimiento de tierras, un nicho marginal donde esperaban sobresalir. Su frío cráter en Syrtis Mayor les había dado cierta experiencia en especies alpinas, y esperaba explotar esta fuerza. La larga pendiente del corrimiento de tierras, muy por encima del nivel del mar, sería su base. El rondador empezó a bajar la pendiente, lanzando un fino chorro de bacterias liquenófagas.

De repente, el aire se llenó de pájaros. Al otro lado del cráter, el globo zancudo se había abalanzado sobre el agua y destrozaba los mangles. Finas virutas de humo mostraban el rayo cortador de un pesado láser.

Los pájaros echaron a volar unos tras otros, escapando de sus nidos para girar y revolotear, aterrorizados. Al principio, sus frenéticos gritos sonaron como un agudo susurro. Luego, a medida que el temor se extendía, los chirridos se repitieron y volvieron

a repetirse, convirtiéndose en una superficie de dolor. En el caldeado aire del cráter, las motas escarlatas gravitaban a millones, girando y uniéndose como gotas de sangre en caída libre.

Mirasol esparció las semillas de mieses rocosas alpinas. El rondador se abrió paso a través del talud, rociando las grietas y rendijas con fertilizador. Dio la vuelta a los peñascos y esparció un puñado de invertebrados: nematodos, ácaros, cochinillas de tierra y ciempiés alterados. Cubrió las rocas de gelatina para alimentarlos hasta que los mohos y helechos se asentaran.

Los gritos de los pájaros eran espantosos. Pendiente abajo, las otras facciones se removían en el lodo a nivel del mar, destruyendo los mangles para que sus propias creaciones pudieran asentarse. La gran serpiente se curvaba y se retorció, arrancando los árboles de raíz. Mientras Mirasol observaba, la parte superior de su cabeza facetada se abrió y liberó una nube de murciélagos.

El rondador mantis avanzaba metódicamente a lo largo de las fronteras de su sector, reduciendo con sus brazos aserrados todo lo que había por delante. El rondador en forma de reloj de sol había recorrido todo su territorio, dejando una cadena de zonas incendiadas. Tras él se alzaba una columna de humo.

Era un plan atrevido. Esterilizar el sector por medio del fuego le daría una leve ventaja. Incluso un pequeño adelanto podía ser crucial mientras se aseguraban los exponenciales de crecimiento. Pero el Cráter Ibis era un sistema cerrado. El empleo del fuego requería gran cuidado. El aire dentro de la concavidad era limitado.

Mirasol trabajó sombríamente. Los insectos eran los siguientes. A menudo eran pasados por alto en favor de enormes bestias marinas o rápidos depredadores, pero en términos de biomasa, gramo a gramo, los insectos podían vencer. Disparó contra la costa, liberando termitas acuáticas. Aplastó placas de roca, plantando huevos bajo sus cálidas superficies. Liberó una nube de jejenes comedores de hojas cuyos diminutos cuerpos estaban repletos de bacterias. En el interior del vientre del rondador, automáticamente, cada bloque fue fundido y disparado a través de las bocas o plantado en los agujeros abiertos por las puntiagudas patas.

Cada facción liberaba un mundo potencial. Al borde del agua, la mantis había liberado un par de cosas como gigantescos aviones de vela negros. Giraban a través de las nubes de ibis, abriendo grandes bocas tamizadas. En las islas del centro del lago del cráter, morsas escamosas se aferraban a las rojas, desprendiendo vapor. El globo zancudo plantaba un huerto en el lugar de los mangles. La serpiente se había dirigido al agua, y su facetada cabeza creaba una onda en forma de uve.

En el sector del reloj de arena, el humo seguía aumentando. Los fuegos se extendían, y la araña corría frenéticamente por su cadena de zonas. Mirasol observó el movimiento del humo mientras liberaba una horda de marmotas y ardillas de roca.

Se había cometido un error. A medida que el humo ascendía en la débil gravedad marciana, una fiera ráfaga de aire helado de las alturas se apresuraba a llenar el vacío. Los mangles ardían furiosamente. Manojos arrasados de ardientes ramas volaron al aire.

La araña cargó contra las llamas, aplastando y reduciendo. Mirasol se echó a reír, imaginando las faltas acumulándose en los bancos de datos de los jueces. Sus pendientes estaban a salvo del fuego. No había nada que pudiera arder.

La bandada de ibis había formado un gran anillo giratorio sobre la costa. En sus menguadas filas revoloteaban las formas oscuras de los depredadores aéreos. La larga columna de vapor del meteoro había empezado a retorcerse y romperse. Empezaba a levantarse el viento.

El fuego se había esparcido al sector de la serpiente. Ésta se retorció en las aguas pantanosas, rodeada de piras de algas verde brillante. Antes de que su piloto se diera cuenta, el fuego devoraba ya un gran montón apilado que había dejado en la costa. No

quedaba ningún rompiente. El aire recorrió la pendiente desnuda. La columna de humo creció y se retorció, con sus negras nubes chispeando. Una bandada de ibis se zambulló en la nube. Sólo un puñado emergieron; algunos ardían visiblemente. Mirasol empezó a conocer lo que era el miedo. Mientras el humo se alzaba hasta el borde del cráter, éste se enfrió y empezó a desmoronarse. Se estaba formando un remolino vertical, un toro de aire caliente y frío viento. El rondador esparció heno empaquetado para cabras montesas enanas. Justo ante ella, un ibis cayó del cielo con una forma oscura y agitada, todo zarpas y dientes, agarrándose a su cuello. Mirasol se adelantó y aplastó al depredador, y luego se detuvo y contempló el cráter.

Los fuegos se extendían con velocidad innatural. Pequeñas bocanadas de humo se alzaban en una docena de sitios, alcanzando montones de madera con sorprendente precisión. El cerebro alterado de Mirasol buscó una pauta. Los fuegos que brotaban en el sector de la mantis estaban más allá del alcance de cualquier escombros que cayera.

En la zona de la araña, las llamas habían arrasado los rompientes sin dejar una sola marca. La pauta le pareció rara a Mirasol, extrañamente equivocada, como si la destrucción tuviera una fuerza propia, una furiosa sinergia que se alimentara de sí misma.

La pauta se convirtió en una devoradora media luna. Mirasol sintió el temor de la pérdida de control, el miedo sudoroso que siente alguien en órbita con el siseo del aire que escapa o la forma en que se siente un suicida con el primer brillante borbotón de sangre.

En cuestión de una hora, el jardín se extendía bajo un huracán de caliente destrucción. Las densas columnas de humo se habían aplastado como nubes de tormenta en los límites de la troposfera del jardín hundido. Lentamente, una neblina grisácea, que goteaba cenizas como si fuera lluvia, empezó a rodear el cráter. Los pájaros revoloteaban en círculos bajo el falso toro, cayendo a docenas y centenares. Sus cuerpos cubrían el mar del jardín, con su brillante plumaje cubierto de ceniza en un sumidero gris acerado.

Los demás continuaban combatiendo las llamas, ilesos, devastando a través de las fronteras calcinadas del incendio. Sus esfuerzos eran inútiles, un ritual patético antes del desastre.

Incluso la maliciosa pureza del fuego se había cansado. Faltaba oxígeno. Las llamas eran más tenues y se extendían con más lentitud, liberando una oscura molestia de humo a media combustión.

Allá donde se extendía, nada que respirara podía vivir. Incluso las llamas morían mientras el humo se arremolinaba a lo largo de las pendientes aplastadas y ardientes del cráter.

Mirasol observó a un grupo de gacelas trepar las yermas pendientes en busca de aire. Sus ojos oscuros, recién surgidos del laboratorio, giraban con el eterno temor animal. Sus pieles estaban ennegrecidas, sus flancos agitados, sus bocas babeaban. Se desplomaron una a una, entre convulsiones, pateando la roca marciana sin vida mientras resbalaban y caían. Era una visión vil, la imagen de una primavera destruida.

Un oblicuo destello de rojo a su izquierda atrajo su atención. Un enorme animal rojo avanzaba entre las rocas. Mirasol hizo girar al rondador y se dirigió hacia él, y retrocedió cuando la oscura superficie del humo envenenado cubría el gastado cristal.

Divisó al animal cuando salió de su escondite. Era una criatura quemada y jadeante, parecida a un gran simio rojo. Mirasol se abalanzó y la cogió con los brazos del rondador. El animal arañó y pateó, golpeando los brazos del rondador con una rama humeante. Llena de repulsión y piedad, Mirasol lo aplastó. Su cobertura de plumas de ibis tensamente cosidas se rompió, revelando carne humana cubierta de sangre.

Usando las pinzas del rondador, Mirasol descubrió el pesado penacho de plumas que tenía en la cabeza. La tensa máscara se soltó, revelando la cabeza del hombre muerto. Mirasol le dio la vuelta, y descubrió una cara tatuada con estrellas.

El ornitóptero revoloteó sobre el jardín calcinado, agitando sus largas alas rojas con ensoñadora fluidez. Mirasol observó la cara pintada de la Sorienti mientras su señoría corporada aparecía en la brillante pantalla.

Las poderosas cámaras del ornitóptero mostraron una imagen tras otra en la pantalla de la mesa, iluminando la cara de la regia. La mesa estaba cubierta de las elegantes baratijas de la Sorienti: una funda de inhalador, una ampolla enjoyada y medio vacía, impertinentes, un puñado de cintas de cásete.

-Un dato sin precedentes -murmuró su señoría- No fue una destrucción total después de todo, sino simplemente la extinción de todo lo que tenía pulmones. Debe de haber fuertes supervivientes entre los órdenes inferiores: peces, insectos, anélidos. Ahora que la lluvia ha aposentado las cenizas, se puede ver que la vegetación regresa con fuerza. Su sección parece no haber sufrido casi ningún daño.

-Sí -dijo Mirasol-. Los nativos fueron incapaces de alcanzarla con las antorchas antes de que la tormenta de fuego se aplacara.

La Sorienti se apoyó en los brazos adornados de su sillón.

-Desearía que no los mencionara en voz alta, ni siquiera entre nosotros.

-Nadie me creería.

-Los otros no llegaron a verlos -dijo la regia-. Estaban demasiado ocupados combatiendo las llamas. -Vaciló un poco-. Fue usted inteligente al confiar en mí primero.

Mirasol miró a los ojos a su nueva patrona, luego retiró la mirada.

-No había nadie más a quien contárselo. Habrían dicho que construí una pauta a partir de mis propios miedos.

-Tiene que pensar en su facción -dijo la Sorienti con aire de simpatía-. Con un futuro tan brillante por delante, no necesitan una reputación renovada de fantasías paranoides.

Estudió la pantalla.

-Los pautistas son vencedores por negligencia. Desde luego, es un caso interesante. Si el nuevo jardín no es agradable, podemos hacer que esterilicen todo el cráter desde la órbita. Alguna otra facción puede empezar de nuevo desde cero.

-No les dejen construir demasiado cerca del borde -dijo Mirasol.

Su señoría corporada la miró con atención, ladeando la cabeza.

-No tengo ninguna prueba, pero puedo ver la pauta detrás de todo esto -dijo Mirasol-. Los nativos tuvieron que venir de alguna parte. La colonia que pobló el cráter debió ser destruida en el corrimiento de tierras. ¿Cuál fue su función? ¿Los mató su gente?

La Sorienti sonrió.

-Es muy inteligente, querida. Le irá bien, en la Escalera. Y sabe guardar secretos. Su empleo como secretaria mía le va muy bien.

-Fueron destruidos desde la órbita -dijo Mirasol-. ¿Por qué, si no, se esconderían de nosotros? Trataron de aniquilarlos.

-Fue hace mucho tiempo -repuso la regia-. En los primeros días, cuando las cosas eran más inestables. Estaban buscando el secreto del vuelo estelar, técnicas que sólo conocen los inversores. Los rumores dicen que por fin tuvieron éxito en sus campos de redención. Después de aquello, no hubo otra elección.

-Entonces los mataron para beneficio de los inversores -dijo Mirasol. Se levantó rápidamente y recorrió la cabina; su nueva falda enjoyada sonaba en torno a sus rodillas-. Para que los alienígenas pudieran seguir jugando con nosotros, escondiendo sus secretos, vendiéndonos baratijas.

La regia cruzó las manos con un soniquete de anillos y brazaletes.

-Nuestro Rey Langosta es sabio -dijo-. Si los esfuerzos de la humanidad se volvieran hacia las estrellas, ¿qué sería de la terraformación? ¿Por qué deberíamos cambiar el poder de la misma creación para ser iguales que los inversores?

-Pero piense en la gente -dijo Mirasol-. Piense en cómo perdieron sus tecnologías, degenerando a seres humanos. Un puñado de salvajes, comiendo carne de pájaro. Piense en el miedo que sintieron durante generaciones, la forma en que quemaron su propio hogar y se mataron cuando nos vieron llegar para aplastar y destruir su mundo. ¿No siente horror?

-¿Por los humanos? -dijo la Sorienti-. ¡No!

-¿Pero es que no lo ve? Han dado vida a este planeta como una forma de arte, como un juego enorme. ¡Nos obligan a jugar a él, y esa gente murió por ello! ¿No puede ver cómo eso lo arruina todo?

-Nuestro juego es la realidad -dijo la regia. Hizo un gesto hacia la pantalla-. No puede negar la belleza salvaje de la destrucción.

-¿Defiende esta catástrofe?

La regia se encogió de hombros.

-Si la vida funcionara a la perfección, ¿cómo podrían evolucionar las cosas? ¿No somos posthumanos? Las cosas crecen; las cosas mueren. Con el tiempo, el cosmos nos matará a todos. El cosmos no tiene significado, y su vacío es absoluto. Es puro terror, pero también pura libertad. Sólo nuestras ambiciones y nuestras creaciones pueden llenarlo.

-¿Y eso justifica sus acciones?

-Actuamos por la vida -dijo la regia-. Nuestras ambiciones se han convertido en las leyes naturales de este mundo. Fallamos porque la vida falla. Continuamos porque la vida debe continuar. Cuando haya visto desde lejos, desde la órbita, cuando el poder que ostentamos esté en sus manos, entonces podrá juzgarnos. -Sonrió.- Se estará juzgando a sí misma. Será regia.

-Pero, ¿qué hay de sus facciones cautivas? ¿Los agentes que hacen su voluntad? Antes teníamos nuestras propias ambiciones. Fracasamos, y ahora nos aíslan, nos adoctrinan, nos convierten en rumores. Debemos tener algo propio. Ahora no tenemos nada.

-No es cierto. Tienen lo que les hemos dado. Tienen la Escalera.

La visión golpeó a Mirasol: poder, luz, el atisbo de la justicia, este mundo con sus pecados y su tristeza encogido en el brillante coso de debajo.

-Sí -dijo por fin-. Sí, la tenemos.

VEINTE EVOCACIONES

1. Sistemas expertos

Cuando Nikolai Leng era niño, su maestro fue un sistema cibernético con una interface holográfica. El holo tomó la forma de una joven formadora. Su «personalidad» era un sistema experto interactivo compuesto, manufacturado por psicotécnicos formadores. Nikolai lo amaba.

2. Nunca nacen

-¿Quieres decir que todos venimos de la Tierra? -dijo Nikolai, incrédulo.

-Sí -respondió amablemente el holo-. Los primeros colonos auténticos del espacio nacieron en la Tierra..., producidos por medios sexuales. Naturalmente, desde entonces han pasado cientos de años. Eres un formador. Los formadores nunca nacen.

-¿Quién vive ahora en la Tierra?

-Seres humanos.

-Ohhh -dijo Nikolai, y su tono traicionó una rápida pérdida de interés.

3. Una pierna estropeada

Llegó el día en que Nikolai vio a su primer mecanicista. El hombre era diplomático y agente comercial, estacionado por su facción en el habitat de Nikolai. Nikolai y algunos niños de su nido jugaban en el corredor cuando pasó el diplomático. Una de sus piernas estaba estropeada y hacía clíc-whírr, clíc-whírr. Alex, un amigo de Nikolai, imitó la cojera del hombre. De repente éste se volvió y dilató sus ojos de plástico.

-Líneas genéticas -replicó el mecanicista-. Puedo compraros, cultivaros, venderos, cortaros en trocitos. Vuestros gritos: mi música.

4. Pátina de moho

El sudor se colaba por el cuello bordado de la túnica militar de Nikolai. El aire de la estación abandonada era aún respirable, pero insufriblemente caliente. Nikolai ayudó a su sargento a despojar de sus posesiones a un minero muerto. El cuerpo antiséptico del formador asesinado estaba reseco, pero perfecto. Entraron en otra sección. El cuerpo de un pirata mecanicista estaba tendido en la débil gravedad. Muerto durante el ataque, su cuerpo se había podrido durante semanas dentro de su traje. Una pátina de moho grisáceo de un par de centímetros de grosor había devorado su cara.

5. No tiene mérito

Nikolai estaba de permiso en el Consejo Anillo con dos hombres de su unidad. Bebían en un bar de caída libre llamado el ECLÉCTICO EPILÉPTICO. El primer hombre era Simón Afriel, un joven formador de la vieja escuela, ambicioso y encantador. El otro tenía un implante ocular mecánico. Su lealtad era sospechosa. Los tres discutían de semántica.

-El mapa no es el territorio -dijo Afriel.

De repente, el segundo hombre recogió un aparato de escucha casi invisible del borde de la mesa.

-Y la cinta no tiene mérito -se mofó. Nunca volvieron a verlo.

...Un pirata mecanicista, estropeado, traicionando líneas genéticas. Invisibles aparatos de escucha te compran, te cultivan, te venden. El joven formador ambicioso de la estación abandonada, muerto durante el ataque. Psicotécnicos decadentes producían por medios sexuales el cuerpo reseco de un agente comercial. La lealtad de la interface holográfica era sospechosa. El sistema cibernético le ayudó a despojar las posesiones de sus ojos de plástico...

6. Piedad especulativa

La mujer mecanicista le miró con aire de piedad especulativa.

-Tengo aquí una posición comercial establecida -le dijo a Nikolai-, pero mi dinero en metálico está restringido temporalmente. Tú, por el contrario, acabas de desertar del Consejo con una pequeña fortuna. Yo necesito dinero; tú necesitas estabilidad. Te propongo matrimonio.

Nikolai lo consideró. Era nuevo en la sociedad meca.

-¿Implica eso una relación sexual? -preguntó.

La mujer le miró, inexpresiva.

-¿Quieres decir entre nosotros dos?

7. Pautas de flujo

-Estás preocupado por algo -le dijo su esposa.

Nikolai sacudió la cabeza.

-Sí, lo estás -insistió ella-. Estás preocupado por el trato que hice con el contrabando pirata. Eres infeliz porque nuestra corporación se está beneficiando de ataques hechos a tu propia gente.

Nikolai sonrió tristemente.

-Supongo que tienes razón. Nunca he conocido a nadie que comprendiera mis sentimientos más íntimos como tú lo haces. -La miró afectuosamente-. ¿Cómo lo haces?

-Tengo escáners infrarrojos -dijo ella-, Leo las pautas del flujo sanguíneo en tu cara.

8. Televisión óptica

Cuando te parabas a pensarlo, era sorprendente cuánto espacio había en la cuenca de un ojo. Los mecanismos visuales concretos habían sido concienzudamente miniaturizados por técnicos protésicos mecanicistas. Nikolai había hecho instalar otros aparatos: un reloj, un monitor de biorrealimentación, una pantalla de televisión, todo ello conectado directamente con su nervio óptico. Eran convenientes, pero difíciles de controlar al principio. Su esposa tuvo que ayudarlo a salir del hospital y regresar a su apartamento, porque los sutiles gatillos visuales seguían mostrando emisiones de informes bursátiles. Nikolai sonrió a su esposa desde detrás de sus ojos de plástico.

-Pasa esta noche conmigo -dijo.

Su esposa se encogió de hombros.

-Muy bien -dijo. Colocó la mano en la puerta del apartamento de Nikolai y murió casi instantáneamente. Un asesino había cubierto el pomo de veneno táctil.

9. Blancos formadores

-Mire -dijo el asesino, con la cara abotagada llena de cansancio-, no me moleste con ninguna ideología... Sólo haga la transferencia y dígame a quién quiere muerto.

-Es un trabajo en el Consejo Anillo -dijo Nikolai. Estaba desintoxicándose de un régimen de drogas emocionales que había tomado para combatir la pena, y tenía que luchar contra las olas recurrentes de extraña alegría-. El doctor-capitán Martin Leng de la Seguridad del Consejo Anillo. Es de mi propia línea genética. Mi desertión hizo que su lealtad quedara en entredicho. Mató a mi esposa.

-Los formadores son buenos blancos -dijo el asesino. Su cuerpo sin brazos y sin piernas flotaba en un tanque nutriente transparente, donde plasmas coloreados suavizaban los extremos púrpura de sus conexiones nerviosas abiertas. Un servocuerpo entró en el tanque y empezó a colocar los brazos del asesino.

10. Inversión infantil

-Reconocemos su inversión en esta niña, accionista Leng -dijo la psicotécnica-. Puede que la haya creado, o contratado a los técnicos que lo han hecho, pero no es propiedad suya. Según nuestras reglas, debe ser tratada como cualquier otro niño. Es propiedad de nuestra república popular corporada.

Nikolai miró a la mujer, desesperado.

-Yo no la he creado. Es el clon postumo de mi difunta esposa. Y es propiedad de las corporaciones de mi esposa, o más bien de su fundación, que yo dirijo como albacea... No, lo que pretendo decir es que ella posee, o al menos tiene parte, en la propiedad corporada semiautónoma de mi difunta esposa, que será suya cuando alcance la mayoría de edad... ¿Me entiende?

-No. Soy educadora, no financiera. ¿Cuál es exactamente el sentido de esto, accionista.? ¿Está tratando de recrear a su esposa muerta?

Nikolai la miró, con la cara cuidadosamente neutra.

-Lo hice para desgravar impuestos.

...Dejar el clon postumo beneficiándose de los ataques. Propiedad semiautónoma tiene una posición comercial establecida. Olas recurrentes de contrabando pirata. Su cara abotagada te molesta con ideologías. Sentimientos más íntimos muertos casi instantáneamente. Cubrir la puerta de veneno táctil...

11. Alianzas lamentadas

-Me gusta estar al margen -le dijo Nikolai al asesino-. ¿Ha considerado usted alguna vez desligarse?

El asesino se echó a reír.

-Antes era pirata. Tardé cuarenta años en unirme a este cártel. Cuando estás solo, no vales nada, Leng. Debería saberlo.

-Pero debe de lamentar esas alianzas. Son inconvenientes. ¿No preferiría tener su propio Grupo y hacer sus propias leyes?

-Está hablando como un ideólogo -dijo el asesino. Los aparatos de biorrealimentación parpadearon suavemente en sus antebrazos protésicos-. Mi lealtad se debe a Kyotid Zaibatsu. Poseen todo este suburbio. Incluso poseen mis brazos y mis piernas.

-Yo soy dueño de Kyotid Zaibatsu -dijo Nikolai.

-Oh -contestó el asesino-. Bueno, eso le da un cariz distinto al asunto.

12. Deserción en masa

-Queremos unirnos a su Grupo -dijo el Superbrillante-. Tenemos que hacerlo. Nadie más nos aceptaría.

Nikolai garabateó ausente con su lápiz óptico sobre una conveniente videopantalla.

-¿Cuántos son?

-Había cincuenta en nuestra línea genética. Trabajábamos en física cuántica antes de nuestra deserción en masa. Conseguimos algunos logros menores. Creo que podrían ser de cierta utilidad comercial.

-Espléndido -dijo Nikolai. Asumió un aire de piedad especulativa-. Supongo que el Consejo Anillo los persiguió del modo habitual..., proclamó que eran mentalmente inestables, ideológicamente insanos y todo lo demás.

-Sí. Sus agentes han matado a treinta y ocho de nosotros. -El Superbrillante se secó incómodo el sudor que perlaba su hinchada frente-. No somos mentalmente insanos, Presidente de Grupo. No causaremos ningún problema. Sólo queremos un lugar tranquilo para terminar nuestro trabajo mientras Dios se come nuestros sesos.

13. Datos rehenes

Del Consejo Anillo llegó una llamada de alto nivel. Nikplai, sorprendido e intrigado, la atendió en persona. La cara de un hombre joven apareció en la pantalla.

-Tengo a su maestra como rehén -dijo.

Nikolai frunció el ceño.

-¿Qué?

-La persona que le enseñó cuando era niño en el nido. Usted la amaba. Se lo dijo. Lo tengo grabado.

-Debe de estar bromeando -dijo Nikolai-. Mi maestra fue sólo una interface cibernética. No puede tener como rehén a un sistema de datos.

-Sí que puedo -dijo truculentamente el joven-. El viejo sistema de experiencia ha sido sustituido por uno nuevo con una ideología más sana. Mire.

Una segunda cara apareció en la pantalla; era la imagen suprahumanamente lisa y débilmente brillante de su maestra cibernética.

-Por favor, sálvame, Nikolai -dijo la imagen, envarada-. Es implacable.

La cara del joven volvió a aparecer. Nikolai se rió, incrédulo.

-¿Así que ha conservado las viejas cintas? No sé cuál es su juego, pero supongo que los datos tienen cierto valor. Estoy dispuesto a ser generoso.

Señaló un precio. El joven negó con la cabeza. Nikolai se impacientó.

-Mire -dijo-. ¿Qué le hace pensar que un simple sistema experto tiene valor objetivo?

-Lo sé -respondió el joven-. Yo mismo soy uno.

14. Cuestión central

Nikolai subió a bordo de la nave alienígena. Se sentía incómodo en su traje bordado de embajador. Ajustó las pesadas gafas de sol sobre sus ojos de plástico.

-Apreciamos su visita a nuestro Grupo -le dijo el alférez reptil-. Es un gran honor.

-Me interesan las filosofías alienígenas -dijo Nikolai-. Las respuestas de otras especies a las grandes cuestiones de la existencia.

-Pero si sólo hay una cuestión central -dijo el alienígena-. Hemos perseguido su respuesta de estrella en estrella. Esperábamos que ustedes nos ayudaran a contestarla.

Nikolai fue cauto.

-¿Cuál es la cuestión?

-¿Qué tienen ustedes que nosotros queramos?

15. Dones heredados

Nikolai miró a la muchacha de los ojos pasados de moda.

-Mi jefe de seguridad me ha proporcionado un informe de tus actos criminales -dijo-. Infracción de copyright, extorsión organizada, conspiración para impedir el comercio. ¿Qué edad tienes?

-Cuarenta y cuatro -respondió la muchacha-. ¿Y tú?

-Ciento diez o así. Tendría que comprobar mis archivos. -Algo en el aspecto de la muchacha le molestaba-. ¿De dónde has sacado esos ojos tan antiguos?

-Eran de mi madre. Los heredé. Pero eres un formador, claro. No puedes saber lo que es una madre.

-Al contrario -dijo Nikolai-. Creo que conocí a la tuya. Estuvimos casados. Tras su muerte, hice que te clonaran. Supongo que eso me convierte en tu..., he olvidado el término.

-Padre.

-Eso es. Está claro que has heredado sus dones para las finanzas. -Reexaminó su archivo personal-. ¿Te interesaría añadir la bigamia a tu lista de crímenes?

...Los mentalmente inestables tienen cierto valor. Impedir el comercio pone una cara distinta en la conveniente videopantalla. Algunos logros menores en las cuestiones de la existencia. Tu archivo personal le perseguía. Su cabeza hinchada no puede contener un sistema de datos...

16. Rugido de placer

-Tienes que evitar enfrascarte en tus problemas -dijo su esposa-. Es la única forma de permanecer joven. -Sacó un inhalador dorado de su liguero-. Prueba un poco de esto.

-No necesito drogas -sonrió Nikolai-. Tengo mis fantasías de poder. -Empezó a quitarse la ropa.

Su esposa le observó, impaciente.

-No seas terco, Nikolai. -Se llevó el inhalador a la nariz y aspiró. El sudor empezó a cubrir su cara, y un lento sonrojo sexual se extendió sobre sus orejas y cuello.

Nikolai la miró, luego se encogió de hombros y esnifó levemente el tubo dorado. Inmediatamente, una arrebatadora sensación de éxtasis paralizó su sistema nervioso. Su cuerpo se arqueó hacia atrás, estremeciéndose incontrolablemente.

Torpemente, su esposa empezó a acariciarle. El rugido del placer químico hacía el sexo irrelevante.

-¿Por qué..., por qué te molestas? -jadeó él.

Su esposa pareció sorprendida.

-Es tradicional.

17. Pared fluctuante

Nikolai se dirigió a la pared fluctuante de sus pantallas monitoras.

-Me estoy haciendo viejo -dijo-. Mi salud es buena (tuve mucha suerte en mi elección de programas de longevidad), pero ya no tengo el arrojo de antes. He perdido mi flexibilidad, mi astucia. Y el Grupo ha superado mi habilidad para manejarlo. No tengo otra opción. Debo retirarme.

Con cuidado, observó las caras en las pantallas en busca de cada reacción. Doscientos años le habían enseñado el arte de leer los rostros. Aún conservaba sus habilidades, era sólo la voluntad tras ellas lo que había decaído. Las caras del Consejo Gobernante, rota su reserva por la sorpresa, parecieron arder de ambición y codicia.

18. Blancos legales

Los mecanicistas habían soltado sus robots en los suburbios. Armados con órdenes de arresto, los robots sin rostro recoman las multitudes, buscando blancos legales.

De repente, el antiguo Jefe de Seguridad de Nikolai se apartó de la multitud y empezó a correr buscando refugio. En caída libre, nadaba de asidero en asidero como un gibón acorazado. De pronto, una de sus prótesis cedió y los robots cargaron contra él, casi en la puerta de Nikolai. El plástico chasqueó mientras las pinzas electromagnéticas paralizaban sus miembros.

-Cortes canguro -jadeó. Las profundas arrugas de su viejo rostro brillaban con arroyos de sudor-. ¡Me descuartizarán! ¡Ayúdeme, Leng!

Tristemente, Nikolai sacudió la cabeza.

-¡Usted me metió en esto! -chilló el viejo-. ¡Usted fue el ideólogo! ¡Yo sólo soy un pobre asesino!

Nikolai no dijo nada. Las máquinas agarraron los brazos y piernas del viejo y se las llevaron.

19. Antiguas contiendas

-Lo travesaste toditintero, ¿dad? ¡Todo quel sunto bel ico! -Los jóvenes hablaban una jerga extraña que Nikolai apenas podía comprender. Cuando le miraban, sus rostros mostraban una mezcla de agresión, piedad y asombro.

-Me siento superado -murmuró.

-¡Estás superado, viejo Nikolai! Este bar es tu museo, ¿vale? ¡Tu mausoleo! ¡Dadnos oídos, viejos fronterizos, os escuchamos! Esas idiotas videologías, esas antiguas contiendas espirituales. Mecas y formadores, ¿no? ¡Las guerras de las dos mitades de la moneda!

-Me siento cansado -dijo Nikolai-. He bebido demasiado. Que uno de vosotros me lleve a casa.

Ellos intercambiaron miradas preocupadas.

-¡Ésta es tu casa! ¿No?

20. Ojos cerrados

-Habéis sido muy amables -les dijo Nikolai a los dos jóvenes.

Eran arqueólogos de Kosmosidad, vestidos con sus ropas académicas, las batas cuajadas de premios y medallas de los Grupos Terraforma. Nikolai advirtió de pronto que no podía recordar sus nombres.

-No tiene importancia, señor -le consolaron-. Ahora nuestro deber es recordarle a usted, no viceversa.

Nikolai se sintió avergonzado. No se había dado cuenta de que había hablado en voz alta.

-He tomado veneno -se disculpó.

-Lo sabemos -asintieron ellos-. Esperamos que no sienta ningún dolor.

-No, para nada. He hecho lo correcto. Lo sé. Soy muy viejo. Más viejo de lo que puedo soportar.

Sintió de repente un alarmante colapso en su interior. Piezas de su consciencia empezaron a romperse mientras se deslizaba hacia el vacío. Advirtió de pronto que había olvidado sus últimas palabras. Con enorme esfuerzo, las recordó y las gritó en voz alta:

-¡La futilidad es libertad!

Murió lleno de triunfo, y ellos le cerraron los ojos.

CIENCIA FICCIÓN

DÍAS VERDES EN BRUNEI

Dos hombres pescaban en el corroído borde de una plataforma petrolífera. Después de años de decrepitud, los pilares de hormigón de la plataforma estaban cubiertos de lapas y ondulantes manojos de algas. El aire olía a óxido y sal.

-Lamento perturbar sus planes -dijo el ministro-. Pero no podemos recurrir a los yanquis cada vez que se encuentre con un pequeño contratiempo. -El ministro rebobinó su carrete y reveló un anzuelo desnudo. Maldijo suavemente en su malayo nativo-. Déme otro cebo, hay una buena pieza.

Turner Choi extendió la mano hacia el cubo de madera con los cebos y le dio al ministro una gran gamba muerta.

-Pero necesito ese enlace telefónico -dijo Turner-. Sólo durante unas horas. El tiempo suficiente para acceder a la red norteamericana y cargar documentación un poco mejor.

-Qué lata de jerga -dijo el ministro, que era conocido formalmente como el Yang Teramat Pehin Orang Kaya Amar Diraja Dato Seri Paduka Abdul Kahar. Era ministro de política industrial del Sultanato de Brunei Darussalam, una diminuta nación en la costa norte de la isla de Borneo. Los títulos de la aristocracia de Brunei eran inversamente proporcionales al tamaño del país.

-Nos ahorraría un montón de tiempo, tuan ministro -dijo Turner-. Esos robots están programados en un lenguaje obsoleto, cuarenta años de antigüedad. Estrictamente neanderthal.

El ministro enganchó diestramente su anzuelo y lo lanzó.

-Ya sabía usted antes de venir aquí lo que siente el sultanato sobre el orden del mundo de la información. Tendrá que resolver esta situación por su cuenta.

-¡Pero tardaremos semanas, meses tal vez, con un trabajo de tres horas! -dijo Turner.

-Mi querido amigo, esto es Borneo -replicó benignamente el ministro-. Deje de mirar su reloj y preste un poco de atención a conseguírnos la cena.

Turner suspiró y rebobinó su caña. Tras él, la población de pescadores dayaks se acuclillaba sobre la vieja pista para helicópteros, arreglando redes y masticando nueces de bonga.

Era otro lento viernes en Brunei Darussalam. Al otro lado de la pequeña bahía, Brunei Town se alzaba a la luz tropical, con sus deslumbrantes techos adornados con tejados solares de fabricación casera, molinos de viento y abultados balcones invernadero. La mezquita de dorada cúpula del muelle quedaba rodeada por el alto legado de los edificios correspondientes al boom del petróleo del siglo xx; cuadrados bloques de oficinas, ahora extrañamente transmutados en granjas urbanas.

Brunei Town, la capital del sultanato, tenía cien mil ciudadanos: malayos, chinos, ibanos, dayaks, y un goteo de europeos. Pero era una ciudad silenciosa. No había coches. Ni aeropuerto. Ni televisión. Desde la distancia recordaba a Turner un viejo cuento de hadas occidental: la Bella Durmiente, y sus paredes irregulares con las

cascadas de vegetales parecían un centenar de castillos envueltos de espinos. Los bruneianos parecían sonámbulos, aislados del mundo, envueltos en el encantamiento de su propia ideología.

Turner volvió a colocar un cebo en su anzuelo, impaciente por estar apartado de la línea de producción. El ministro parecía más interesado en convertirle que en dejarle trabajar. Para los bruneianos, los robots eran sólo otro inútil recuerdo de su romance ya muerto con Occidente. La vieja línea de montaje de robots hacía veinte años que no se utilizaba, desde principios de siglo.

Y, sin embargo, el gobierno real había decidido reconvertir la línea de robots para un nuevo proyecto. Habían recurrido a Kyocera, una multinacional japonesa, en busca de ayuda técnica. Kyocera había enviado a Turner Choi, uno de sus nuevos reclutas, un chino-canadiense de veintiséis años, ingeniero por Vancouver.

No era un gran trabajo (una especie de arqueología industrial cuyas herramientas principales eran cables y un martillo de punta), pero era el primero de Turner, y pretendía tener éxito. Los bruneianos eran relajados hasta el punto del coma, pero Turner Choi tenía todo un futuro por delante con Kyocera. A la larga, sería Kyocera quien juzgaría su trabajo aquí. Y a Turner se le estaba acabando el tiempo.

El ministro, aullando triunfalmente, tiró con fuerza de su caña. Un pez grueso y moteado rompió la superficie, coleando. Turner decidió romper las reglas y al infierno con todo.

La asociación de vecinos local, el kampong, exhibía una película gratis en el pequeño parque catorce pisos por debajo de la ventana de Turner. Brillantes imágenes se arrastraban contra el muro de una fábrica cercana.

Turner echó un vistazo a través de las persianas. Había estado observando el parpadeo toda la noche mientras terminaba su chapuza ilegal.

Los bruneianos, como todos los malayos, adoraban las historias de fantasmas. El protagonista de la película, o el monstruo principal (Turner no estaba seguro), era un acrobático mono-demonio de afilados antebrazos que había irrumpido en una depravada taberna y estaba masacrando a los borrachos con un tremendo agitar de puñetazos, patadas y chirridos. Enormes sonidos carnosos de combate, como trenes de carga repletos de chuletas que colisionaran, se elevaban tenuemente en el aire.

Turner se sentó ante su consola trucada y suspiró. Sabía que acabaría así desde que los bruneianos le confiscaron su teléfono en la aduana. Durante cinco meses había tratado de conseguir sus objetivos educadamente. Ahora sólo le quedaban tres meses. Se le habían agotado el tiempo y la paciencia.

Los robots estaban bien, bajo capas de grasa amarillenta. Llevaban años guardados bajo toldos. Pero los manuales de software eran una ruina.

Sólo pensar en aquello producía a Turner una fría sensación de hundimiento. Era un terror especial y privado que le había atormentado desde su infancia. Era el mismo miedo que sentía cuando tenía que enfrentarse a su abuelo.

Pensó en los helados e implacables ojos de su abuelo, fijos en él con aquella expresión de «Poli Malo de Hong Kong». En la década de 1970, el abuelo de Turner fue uno de los infames «sargentos millonarios» de la policía de Hong Kong que sacaba su tajada del tráfico de heroína birmano. Había emigrado durante los escándalos por soborno de la Tríada en 1973.

Después de cuarenta y siete años de trajes de seda y vuelos en primera clase entre sus mansiones en Taipei y Vancouver, el abuelo Choi aún tenía aquellos ojos fríos y aquella torva expresión aterradora. Para Turner, era un mal recuerdo de ser evaluado y calificado como insuficiente.

La documentación estaba hecha una pena, destrozada y mohosa, cubierta de bichos. Los inocentes bruneianos no se habían dado cuenta de que la información que contenía

era la clave de toda la empresa. El sultanato había comprado la fábrica hacía mucho tiempo, con las últimas bocanadas del dinero del petróleo, como un gesto condenado y con clase a la moda industrial occidental. De algún modo, los robots nunca llegaron a imponerse en Borneo.

Pero Turner tenía que aprovechar esta oportunidad. Tenía que demostrar que podía lograrlo por su cuenta, sin el abuelo Choi y el sofocante peso de su dinero.

Durante días, Turaer había merodeado por el muelle y sus abigarradas filas de tiendecitas chinas. Era la parte que más le gustaba de Brunei Town, una tumba de elefantes blancos llena de tecnología muerta. Las tiendas de madera y bambú estaban repletas de televisores muertos y ennegrecidos, como dientes podridos.

Allí se había dedicado a montar un teléfono modem trucado. Había rescatado un teclado oxidado y una pantalla de una de las tiendas. El modem y el grabador le costaron trabajo. En el muelle encontró un carguero panameño cuyo capitán estaba dispuesto a compartir ilegalmente su antena parabólica de navegación.

Brunei Town estaba llena de cabinas telefónicas que nadie parecía usar nunca, torvas unidades de cristal y plástico con rótulos en malayo, inglés y mandarín. Había una en la calle ante la casa de Turner. Era una cabina del siglo xx, con ranura para las monedas y dial rotatorio, sin videopantalla.

En el silencio de la noche se había arrastrado hasta allí para instalar un enlace de radio con su apartamento en la planta catorce.

Alguien podría localizar su llamada ilegal hasta la cabina, pero nada más. Con el enlace de radio, su apartamento estaña a salvo.

Pero, cuando abrió la consola de la cabina, descubrió que ya tenía un enlace trucado. Y funcionaba bien. Entonces vio que no estaba solo, y que Brunei, a pesar de toda su retórica sobre el Orden de Información Neo-Colonial Mundial, no estaba enteramente libre de la cadena de comunicaciones globales. Brunei estaba conectada también, igual que Occidente, pero la cadena era subterránea.

Desde ese descubrimiento, todas aquellas cabinas abandonadas adquirieron para él un significado nuevo y levemente siniestro, pero no iba a echarse atrás. Todos sus planes se basaban en su oportunidad de ponerse en contacto.

Ahora estaba ya preparado. Volvió a comprobar la guía del satélite en la contraportada de su manual ASME. Arabsat 7 estaba arriba, recorriendo su órbita baja sobre el trópico. Turner marcó desde su apartamento a través de la cabina de fuera, y luego enlazó con la parabólica panameña. A través de Arabsat conectó con un satélite geosincrónico americano y luego con la cadena terrestre. Desde allí, marcó directamente el número de la casa de su hermano.

Georgie Choi estaba desayunando en Vancouver, vestido con un traje de mil rayas francés y un jersey de universidad. Tras él, la esbelta cuñada de Turner, Marjorie, presidía una mesa cubierta de limpias servilletas de lino y cubertería de plata. Las dos sobrinitas de Turner untaban decorosamente mermelada sobre triángulos de tostada.

-¿Eres tú, Turner? -preguntó Georgie-. No recibo ningún vídeo.

-No pude conseguir una cámara. Estoy en Brunei..., cuarentena telefónica, ¿recuerdas? Tuve que trucar uno para conseguir sonido.

Una brisa monzónica sopló ante la ventana de Turner. Los generadores eólicos unidos a las paredes zumbaron cobrando vida, y lanzaron anchas barras de cruda estática por toda la pantalla. El suave entrecejo de Georgie se frunció graciosamente.

-¡La recepción es terrible! Ni siquiera llegas en estéreo. -Sonrió, inseguro-. No importa, nos arreglaremos. Hace siglos que no sabemos nada de ti. ¿Van bien las cosas?

-Lo irán. ¿Cómo está el abuelo?

-Acaba de venir de Taipei para someterse a diálisis y al cambio de sangre -dijo Georgie-. Odia los hospitales, pero tengo buenas noticias para él -vaciló-. Tenemos una nueva bisnieta de camino.

Marjorie alzó la cabeza y dirigió una de sus deslumbrantes sonrisas de esposa a la cámara.

-Qué bien -dijo Turner por reflejo. Los niños eran un tema delicado con él. Todavía no se había casado, a pesar de las interminables presiones de su familia.

Pensó con cierta sensación de culpabilidad que debería haber pasado más tiempo con las hijas de Georgie. Su hermano estaba ya en una tierra de nunca jamás inaccesible, todo leyes encuadradas en cuero y política municipal, pero no era culpa de sus hijas. Las niñas eran inocentes.

-Hola, nenas -dijo en mandarín-. ¿Qué queréis que os traiga?

La niña más pequeña alzó la cabeza, con su elegante boquita infantil cubierta de mermelada de fresa.

-Quiero una cabeza reducida -dijo en inglés.

-¿Ves? -repuso Georgie con falsa jovialidad-. Esto es lo que pasa por largarte a Borneo.

-Necesito software de modem -dijo Turner, eludiendo el tema. El abuelo no había aprobado lo de Borneo-. ¿Podrías conseguirlo del viejo Hayes de mi habitación?

-Si no tienes protocolo de modem, ¿cómo voy a enviarte el programa? -dijo Georgie.

-Imprímelo y colócalo ante la pantalla -explicó Turner pacientemente-. Lo grabaré y lo teclearé a mano más tarde.

-Muy astuto -dijo Georgie-. Ingenieros.

Se levantó para atender la petición. Turner habló con Marjorie con cierto recelo. Nunca había podido encuadrar a la mujer. Le habría gustado saber lo que sentía realmente Marjorie sobre el abuelo Poli Malo y sus ocho millones de dólares del contrabando de heroína.

Pero Marjorie era tan fríamente elegante, tan brillantemente diseñada, que Turner nunca había podido sondear sus auténticos sentimientos. Había sido como abrir un periférico sellado de fábrica que aún estuviera bajo garantía, sólo para poder echar un vistazo a los circuitos.

Georgie y él ni siquiera hablaban ya con franqueza. No desde que la salud del abuelo se había vuelto irregular. La perspectiva de heredar finalmente el dinero había abierto un silencio blanco sobre su familia, como cinco metros de nieve canadiense.

El horrible anciano se aprovechaba de la competición. Insistía en ella. El abuelo tenía una segunda casa en Taipei, el tío y los primos de Turner. Si los elegía por encima de su prole canadiense, la perfecta vida de Georgie se haría pedazos.

Un recuerdo infantil le asaltó: los juguetes de Georgie, brillantes artilugios mecánicos de Hong Kong unidos por aletas de latón doblado. De niño, Turner había pasado muchas horas felices destrozando habilidosamente los juguetes de Georgie.

Marjorie charló sobre la madre de Turner, una viuda neurótica que regentaba una tienda de antigüedades en Atlanta. Tras ella, una criada china empezó a limpiar la mesa, mirando a la cámara con los ojos asustados del inmigrante recién salido del barco.

Turner estaba acostumbrado a las fonocámaras, y aunque no disponía de una mantenía por hábito una sonrisa fija. Pero se notaba agitado, con la cara retorcida en aquella expresión heredada de Poli Malo. Turner tenía la cara de su abuelo, con las mejillas chupadas y los ojos hundidos bajo densas cejas.

Pero Canadá, donde había nacido, había dejado su marca en él. Años de filetes y pan de centeno le habían dado un metro ochenta de altura y la constitución de un defensa de rugby.

Georgie regresó con la copia en papel. Turner se despidió y cortó el enlace.

Subió las persianas para ver el climax de la película de abajo. El mono-demonio masacró a un pequeño ejército de extremistas musulmanes en los restos corroídos de una refinería Shell. Los fanáticos musulmanes eran los villanos de turno en Brunei desde el fracaso de su golpe de estado en el 98.

El último rollo se soltó. Turner abrió un envoltorio de hojas de plátano y clavó sus palillos en un puñado de arroz frito con piñas verdes. Se asomó a la ventana abierta, apoyando una bota sobre el enorme alféizar con sus densas filas de plantas de cebolla y pimientos.

La llamada a Vancouver le había hecho experimentar un escalofrío de shock cultural. Vio su apartamento con nuevos ojos. Estaba decorado con regalos de otros miembros de su kampong. Una plana marioneta de cuero para hacer teatro de sombras, toda perforaciones y enroscaduras. Una foto con marco dorado del sultán estrechando la mano al rey de Inglaterra. Un hormiguero de cristal pintado a mano lleno de hormigas de Borneo de un dedo de longitud y pesados molares. Y una joven higuera de Bengala bonsai del presidente del kampong.

El jefe, un viejo malayo, era miembro del partido que gobernaba en Brunei, los verdes o «Partai Ekolojasi». En Occidente hacía mucho tiempo que los verdes habían sido absorbidos por los partidos más grandes. Pero el Partai Ekolojasi de Brunei tenía veinte años de profundas raíces.

La higuera de Bengala vino con cinco páginas de meticulosas instrucciones sobre su cuidado y alimentación, pero a pesar de los mejores esfuerzos de Turner el árbol enano se estaba agostando y perdía las hojas. El árbol no era sólo un regalo; era una prueba, y Turner lo sabía. En el kampong sonreían, pero tenían sus formas de evaluar, y observaban.

Turner miró por reflejo el cerrojo de su puerta. Las cerraduras no estaban exactamente prohibidas, pero sí mal vistas. Los verdes habían convertido los antiguos edificios de oficinas de Brunei en grandes aldeas-casa de muchas capas. Las nociones occidentales de intimidad no eran populares.

Pero Turner necesitaba el cerrojo para su trabajo. Tenía que ser discreto. Brunei podía parecer relajada e informal, pero seguía siendo un estado con un solo partido bajo un régimen autocrático.

Veinte años antes, cuando se produjo el crack del petróleo, la monarquía pareció condenada. Los insurgentes musulmanes trataron de acabar con la familia real. Incluso los verdes tenían entonces sueños mayores. Turner había visto sus pósters ajados y olvidados, su logotipo global de la Tierra Entera medio enterrada bajo años de capas de anuncios de se busca y ligas de fútbol.

La Familia Real había sobrevivido, un símbolo de tradición y estabilidad. Habían capeado el temporal de la insurgencia musulmana y reprimido las primeras ambiciones desbocadas de los verdes. Después de cinco meses en Brunei, Turner, como la realeza, había captado su dinámica oculta. Era el adat, la costumbre malaya, lo que regía. Y la primera ley del adat era que no avergonzaras a tus vecinos.

Turner desclavó su póster cinematográfico favorito, un gran cartel promocional de una epopeya histórica de Brunei. En chillona cuatricromía, un barco cargado de heroicos piratas malayos abordaba galantemente a un siniestro galeón portugués. Turner había cavado un escondite en la pared detrás del póster. Guardó allí su teléfono.

Alguien intentó abrir la puerta, se encontró con el cerrojo echado y llamó con los nudillos. Turner alisó rápidamente el póster y volvió a colgarlo.

Abrió la puerta. Era McGinty, su vecino australiano, un presentador de noticias de Melbourne, ya retirado. McGinty amaba Brunei por su completa falta de televisores. Era uno de los últimos lugares del planeta donde uno podía escapar de ellos.

McGinty miró el pasillo arriba y abajo, entró en el apartamento y rebuscó en su ancha blusa de algodón. Sacó una fría lata de cerveza Foster's de un tercio de litro.

-¿Te apetece una cerveza, amigo?

-¡Fantástico! -dijo Turner-. ¿De dónde la has sacado?

McGinty sonrió evasivamente.

-El maldito frigorífico está a punto de estropearse, y pensé que te apetecería una mientras aún estuviera fría.

-Bien -dijo Turner, abriéndola-. Echaré un vistazo a tu frigorífico en cuanto destruya esta prueba.

El kampong se basaba en un entramado de regateos y obligaciones mutuas. Las habilidades de Turner eran parte de ello. Era agotador, pero una cerveza Foster's era buena paga. Era una gran mejora sobre los líquidos inmundos de la destilería ilegal de la Planta 4.

Fueron al apartamento de McGinty, que vivía en la puerta de al lado con sus ancianos padres. Cuatro, pues ambos se habían divorciado y vuelto a casar. Los viejos australianos iban tirando en la soñolienta atmósfera de Brunei, atendiendo los jardines del kampong con sus salacofs, sus pantalones cortos de gurka y sus chalecos caqui. McGinty, como muchos de su generación, no había tenido hijos. Ahora, jubilado, parecía contento atendiendo a estos ancianos, atiborrándolos de megavitaminas y ejercicios matutinos de Tai Chi.

Turner abrió la parte de atrás del frigorífico.

-Es el compresor -dijo-. Te buscaré uno en el muelle. Podré hacer algo. Ya me conoces. Siempre remendando.

McGinty pareció incómodo, ya que ahora estaba en deuda con Turner. De repente, sonrió.

-Hay una fiesta en casa del consejero privado mañana por la noche. Jimmy Brooke. ¿Le conoces?

-He oído hablar de él -dijo Turner. Había oído rumores sobre Brooke: atisbos de corrupción, algún escándalo largamente enterrado-. Fue importante cuando empezó el Partai, ¿no? Ministro de algo.

-Comunicaciones.

Turner se echó a reír.

-No es un gran trabajo aquí.

-Bueno, aún conoce a un montón de gente del cine. -McGinty bajó la voz-. Y tiene un bar privado. Es amigo de la Familia Real. Le permiten dispensas.

-¿Sí? -a Turner no le apetecía mezclarse con el círculo social de jubilados ricos de McGinty, pero podía ser un movimiento inteligente desde el punto de vista político. Una charla con el antiguo ministro de comunicaciones podía resolverle un montón de problemas-. Muy bien -dijo-. Parece divertido.

El consejero privado, Yang Amat Mulia Pengiran Indera Negara Pengiran Jimmy Brooke, era una de las reliquias más extrañas de Brunei. Británico exiliado por cuestión de impuestos, nacionalizado bruneiano, había aparecido a finales de los noventa, después del crack del petróleo. Su riqueza había ayudado a amortiguar el golpe y le había ganado un puesto en el gobierno.

Gobiernos más grandes y mejor organizados se lo habrían acosado dos veces antes de aliarse con este excéntrico canoso, un ídolo pop acabado con un séquito parásito de bohemios calvos. Pero la vieja estrella del rock, con su decadente glamour, encajó fácilmente con el relumbrón de ópera bufa de la pequeña aristocracia bruneiana. Poseía el bloque de oficinas del antiguo Banco de Singapur, un kampong de notable relajación donde los pecadillos florecían bajo la noblesse oblige de Brooke.

Las lluvias monzónicas sacudían la ciudad. Los servidores de Brooke, guardaespaldas tripones con ropas abultadas, habían cerrado las puertas de cristal del ático y conectado el aire acondicionado.

La fiesta reunía a casi un centenar de personas, la mayoría occidentales retirados de Europa y Australia. Tenían la asfixiante camaradería de los exiliados que se conocen

demasiado mutuamente. Un puñado de refugiados americanos, aún cubiertos con su habitual maquillaje vídeo, comía nueces importadas junto a la larga barra de caoba.

La actriz bruneiana Dewi Serrudin reunía a su alrededor una corte de admiradores en un sofá de bejuco. El cine era un arte perdido en Occidente, finalmente muerto y enterrado por el vídeo; pero la extraña política de Brunei le había dado un último asidero. Turner, que sentía cierta atracción lejana hacia la actriz, se abrió camino entre dos esperanzados emigrados: un grueso productor de Madras ataviado de dhoti y jubbah, y un enjuto director de Hong Kong vestido con una chaqueta negra de algodón.

Miss Serrudin, con una blusa de lame dorada y una falda de antigua ultragamuza, representaba su papel a la perfección, charlando animadamente y fumando Rothmans importados en una boquilla de jade. Tenía la concentración ritual de una bailarina balinesa evocando posturas transmitidas a lo largo de siglos. Y era más vieja de lo que Turner pensaba.

Turner acabó su whisky solo y lo tendió a uno de los empleados de Brooke. Se sentía deprimido y solitario. Se apartó de la multitud y recorrió un pasillo al azar. Las paredes estaban adornadas con discos de oro y viejas fotos amarillentas de Brooke y su banda, todo lentejuelas y tacones de plataforma, los cabellos largos iluminados desde atrás por las luces del escenario.

Turner pasó una biblioteca y una sala de billar donde jugaban dos arrugados sijs. Pasillo abajo encontró un reservado privado lujosamente alfombrado con antigua felpa sintética e indestructible. En la habitación estaba sentada sola una delgada joven malaya con vaqueros negros y chaqueta de seda, leyendo un ejemplar del mes pasado de New Musical Express. El titular decía: «¡El Pop se suelta el pelo en Leningrado!». Tenía los pies apoyados en una mesita de café situada junto a una bandeja de plata con una jarra y un cubo de hielo. Su pelo rojo brillante mostraba cinco centímetros de raíces negras.

Le miró con neutra sorpresa. Turner vaciló en la puerta, luego entró en la habitación.

-Hola -dijo.

-Hola. ¿Cuál es tu kampong?

-El Edificio del Citybank -dijo Turner. Ya estaba acostumbrado a la pregunta-. Estoy en el ministerio de Industria, ingeniero consultor. Soy canadiense. Turner Choi.

Ella dobló el periódico y sonrió.

-Ah, eres el tipo que está trabajando con los robots.

-Cómo corre la voz -dijo Turner, complacido.

Ella le observó con atención.

-Seria Bolkiah Mu'izzaddin Waddaulah.

-Lo siento, no hablo malayo.

-Es mi nombre.

Turner se echó a reír.

-Oh, Dios. Sólo soy un canadiense pueblerino con paja en el pelo. Disculpa, ¿quieres?

-Eres un técnico occidental -dijo ella-. Qué exótico. ¿Cómo progresa tu trabajo?

-Es un encargo extraño -dijo Turner. Se sentó en el sofá, manteniendo una distancia cortés, maravillado por el extraño acento de la muchacha-. ¿Has vivido en Inglaterra?

-Fui al colegio allí. -Ella estudió su cara-. Pareces un Keith Richards chino.

-Lo siento, no le conozco.

-El guitarrista de los Rolling Stones.

-No sigo los conjuntos nuevos -dijo Turner-. Un poco de pop ruso, tal vez. -Sentía una tensión peculiar en la situación. Miró rápidamente las manos de la mujer. No llevaba anillo de casada, así que no lo estaba.

-¿Te apetece un trago? Es zumo de uva.

-Claro -respondió Turner-. Gracias.

Ella sirvió graciosamente: inocente zumo de uva sobre hielo. Turner pensó que era musulmana, a pesar de su pelo teñido. Tal vez por eso era tan extrañamente retraída.

Tendría que sortear las reglas de nuevo. No era bonita al estilo convencional, pero tenía el tipo de intensidad neurótica que Turner había encontrado siempre fatalmente atractivo. Y su vida amorosa había sufrido en Brunei; los kampongs, con sus ojos fisgones y el chismorreo pueblerino, habían lastrado su estilo.

Se preguntó cómo se las podría arreglar para verla. No era una cuestión de invitarla simplemente a cenar, todo dependía de su kampong. Algunos eran más estrictos que otros. Podía terminar con media docena de veladas carabinas musulmanas, o tal vez con un grupo de musculosos primos y hermanos con mala actitud hacia los libertinos occidentales.

-¿Cuándo piensas comenzar la producción?

-Ya hemos construido unos cuantos barcos de pesca, pero sólo son cosas menores. Tenemos planes mejores cuando los robots estén dispuestos.

-Una auténtica fábrica. Como en los viejos tiempos.

Turner sonrió, viendo allí su oportunidad.

-¿Te gustaría hacer un recorrido por la planta?

-Parece romántico -dijo ella-. Esos robots son trabajo libre. Se supone que iban a ocupar el lugar de nuestro petróleo cuando se acabó. Brunei era rica, ya sabes. El petróleo lo pagaba todo. El estado de Shell, solían llamarnos. -Sonrió tristemente.

-¿Qué tal el lunes? -preguntó Turner.

Ella le miró, sorprendida, y de pronto se ruborizó.

Turner la miró a los ojos. No soy yo, pensó. Hay algo de por medio..., adat u otra cosa.

-Está bien -dijo amablemente-. Me gustaría verte, ¿tan malo es? Trae a todo tu kampong si quieres.

-Mi kampong es el Palacio -dijo ella.

-Oh. -De pronto, volvió a experimentar aquella fría sensación.

-No lo sabías -dijo ella, triunfante-. Pensabas que era sólo una rockera groupie.

-¿Quién eres, entonces?

-Soy la Duli Yang Maha Mulia Diranee... Bueno, soy la princesa. La princesa Seria. -Sonrió.

-Santo Dios. -Había estado flirteando con la princesa real de Brunei. Era extraño. Medio esperó que una troupe de eunucos bronceados se abalanzara sobre él, armados con cimitarras-. ¿Eres la hija del sultán?

-No debes pensar mucho en eso. Nuestro país sólo tiene cinco mil kilómetros cuadrados. Es tan pequeño que es un asunto de familia, nada más. El alcalde de Vancouver gobierna a más gente que mi familia.

Turner sorbió su zumo de uva para ocultar su confusión. Brunei era, después de todo, un país de la Commonwealth, con una aristocracia que había recibido educación británica. El sultán tenía caballos para jugar al polo y pistas de criquet. Pero, con todo, una princesa...

-No he dicho que fuera de Vancouver. Sabías quién era desde un principio.

-Brunei no tiene muchos chinos altos con camisa de leñador -sonrió picaramente ella-. Y esas botas.

Turner se miró los pies. Llevaba las piernas acorazadas con botas de ingeniero que le llegaban hasta las rodillas, una masa de brillante cuero y hebillas. Su madre se las había comprado, convencida de que le salvarían de las mordeduras de las serpientes del salvaje Borneo.

-Prometí llevarlas -dijo-. Obligación de familia.

Ella pareció entristecerse.

-¿También tú? Eso me suena a demasiado familiar. -Ahora que el hechizo del anonimato se había roto, parecía confusa. Su rápida camaradería empezaba a frenarse. Recogió el periódico musical, con un rumor de hojas. Turner vio que sus uñas estaban mordidas hasta la raíz.

Por alguna perversa razón, esto puso su libido en marcha. Ella tenía el aspecto nervioso y distante que anunciaba problemas con P mayúscula. Irónicamente, era su tipo.

-Conozco a la hija del alcalde en Vancouver -dijo deliberadamente-. Me gusta mucho más la versión local.

El consejero privado apareció de pronto en la puerta. La marchita estrella del rock llevaba un traje color crema con gemelos de rubí. Era un viejo buitre cadavérico con ojos irritados y barba de gallo.

Una masa revuelta de pelo blanco como la nieve brotaba de su cabeza como algodón en un frasco de aspirinas.

-Alteza -dijo en voz alta-. Necesitamos un cuarto jugador para el bridge.

La princesa Seria se levantó con aire de mártir.

-Ahora mismo estoy con vosotros -exclamó.

-¿Y quién es este joven? -dijo Brooke, revelando sus dientes en una sonrisa incómoda. Turner se acercó.

-Turner Choi, tu consejero privado -dijo en voz alta-. Es un honor conocerle, señor.

-¿Cuál es su kampong, señor Chong?

-¡El señor Choi trabaja en el astillero de robots! -dijo la princesa.

-¿El qué? ¿El astillero? ¡Oh, espléndido! -Brooke pareció aliviado.

-Me gustaría hablar con usted, señor -dijo Turner-. Sobre las comunicaciones.

-¿Sobre qué? -Brooke se llevó una mano a la oreja.

-¡La red telefónica, señor! ¡Una línea externa!

La princesa pareció sorprendida. Pero Brooke, aún sin comprender, asintió neutramente.

-Ah, sí. Muy interesante... ¡Mi séquito y yo nos pasaremos algún día, cuando tengan instalada la línea! ¡Me encanta el sonido de las buenas máquinas trabajando!

-Claro -dijo Turner, reconociendo la derrota-. Eso será, hum, colosal.

-Brunei cuenta con usted, señor Chong -dijo Brooke, con sus ojos arrugados brillando con falsa sinceridad-. Me alegro de verle aquí. Que lo pase bien. -Estrechó la mano de Turner, y depositó algo en su palma. Le hizo un guiño y escoltó a la princesa al pasillo.

Turner se miró la mano. El viejo le había dado un cigarrillo de marihuana. Turner se estremeció, se echó a reír y lo tiró.

Otro lento lunes en Brunei Town. El equipo de trabajo de Turner descansaba a media mañana. Eran chinos bruneianos, y llevaban cestas de mimbre llenas de verduras frescas y pequeñas cestas lacadas para el almuerzo con kebabs de satay y pasta de gambas. Iniciaron el intercambio de comida de la mañana, charlando lánguidamente en mandarín con acento malayo.

Turner tenía muy poco poder sobre ellos. Los contrataba el ministerio de Industria, y les pagaba poco o nada. Su labor era parte de la invisible economía casera de los kampongs. Trabajaban a cambio de cosas para el kampong, como pollos o entradas para el cine.

El astillero era una nave cavernosa llena de vigas con un suelo de hormigón manchado de aceite. La sección principal, con sus rampas correderas y anguilas deslizándose hasta el agua, había sido una vez un kampong dayak. Los dayaks habían cubierto las paredes con gigantescos murales de brillante neón con banshees muertos al dar a luz y saltarines espíritus-grillo con diabólicos ojos fosforescentes.

La parte trasera tenía dos pisos, el taller de los robots en la planta baja y una oficina que daba al patio en la planta de arriba.

La oficina estaba decorada al estilo de la alta tecnología moderna de los años ochenta, con mesas de ordenador de esquinas redondeadas entre bruñidas particiones modulares, todo cromo tubular y plástico beige granuloso. El plástico había envejecido espantosamente en ochenta años, absorbiendo una miasma gris de huellas de dedos y hollín.

Turner trabajaba solo en el estrecho laberinto de particiones curvadas, donde una conspiración de empleados y programadores foráneos había sorbido eficientemente los últimos restos del dinero del petróleo de Brunei. Escribía el programa de modem trucado en el IBM, decidido a llamar a los Estados Unidos y sacar la línea de producción de la Edad de Piedra.

El patio apestaba a especias calientes cuando el equipo se puso a trabajar. Los robots eran artulugios hidráulicos de un solo brazo, esencialmente carritos de té glorificados con manipuladores de articulación única. Turner se las había arreglado para conseguir que alcanzaran cierto nivel burdo de trabajo: cortar madera, esparcir pegamento, arrastrar pesados troncos.

Pero, hasta ahora, el equipo de hombres se encargaba de todo el trabajo artesanal. Laminaban las largas tiras de los troncos para convertirlas en paneles de madera prensada. Curvaban los paneles mojados para convertirlos en el casco y la cubierta, y los sellaban al vapor sobre moldes curvos. Luego calafateaban las grietas y pintaban símbolos de buena suerte en las quillas.

Hasta ahora, la planta no había construido nada más que un esquife de seis metros. Pero en las mesas de dibujo había una serie de kampongs flotantes tamaño carguero, enormes trimaranes a vela para el océano, con cubiertas de cristal que servirían también de invernadero.

Turner suponía que las naves serían baratas y lentas, como la mayor parte de las cosas en Brunei, pero suficientemente agradables. Montones de lentas tardes doradas en los mares tropicales, con abundancia de fruta fresca. Todo el esfuerzo parecía bastante insensato, pero al menos rompería el aislamiento de Brunei con respecto al mundo y le daría una ruda flota mercante.

El capataz, un viejo chino vivaracho llamado Leng, llamó a gritos a Turner desde el patio. Turner salvó su programa, se levantó y miró a través del cristal. El ministro de política industrial había llegado, y atracaba un antiguo yate de fibra de vidrio equipado con velas latinas.

Turner bajó rápidamente, gruñendo para sí, esperando ser invitado a otro sermón de hombre a hombre. Pero la languidez típica zen del ministro se rompió. Fue casi directamente al grano, deteniéndose sólo para aceptar amistosamente un poco de leche de coco que le ofreció el capataz.

-Es Su Alteza el Sultán -dijo el ministro-. Alguien ha puesto una abeja en su gorro con respecto a esos robots. Ahora quiere visitar la planta.

-¿Cuándo? -dijo Turner.

-Dos semanas -dijo el ministro-. O tal vez tres.

Turner reflexionó y sonrió. Notó la mano de la princesa en ello, y se sintió profundamente adulado.

-Creo que parece usted horriblemente complacido, para ser un hombre que predecía un desastre tan sólo el viernes pasado -dijo el ministro.

-He encontrado otra sección del manual -mintió Turner-. Espero tener auténticas mejoras en poco tiempo.

-Espléndido. ¿Recuerda el prototipo que estábamos discutiendo?

-¿El modelo a cuarta escala? -dijo Turner-. Tu ministro, incluso en miniatura, se trata de un trimarán de quince metros.

-Eso es. ¿Qué hay de ello? ¿Cree que podría esparcir por aquí los planos, hacer que los robots zumben con aspecto ocupado, con gran cantidad de serrín y mucho pegamento?

Política, pensó Turner. Le dirigió al ministro su mirada de Poli Malo.

-Se refiere a una especie de chanchullo. ¿No quiere que se construya el barco?

-No veo qué tiene que ver el orgullo con esto -dijo el ministro, herido-. Es una ocasión importante para el estado. Vendrán los noticiarios. Naturalmente que construiremos el barco. Simplemente quiero que sea impresionante, es todo.

Impresionante, pensó Turner. Claro. Si Seria iba a estar observando, ¿por qué no?

Afortunadamente, el carguero panameño estaba aún en el puerto, ya que no zarpaba hasta el miércoles. Armado con su nuevo software, Turner intentó hacer otra incursión pirata a las diez de la noche. Encontró un satélite brasileño y enlazó con Detroit.

La recepción era mala, y Doris ya se había mudado dos veces. Pero finalmente la encontró en un condominio en el distrito histórico de Centro Renacimiento.

-¿Dónde está tu vídeo, tío?

-No funciona -mintió Turner, pues no quería aburrir a su antigua novia con dos años de historia pasada. Doris y él habían vivido juntos en Toronto durante dos semestres mientras él estudiaba en CAD-CAM. Doris era diseñadora de automóviles, una refugiada del Cinturón del Óxido tras el colapso de Detroit.

Para Turner, la universidad fue una magnífica oportunidad de vivir con el mismo par de vaqueros durante días y días, pero a veces los tiempos eran duros en el Cinturón, y Doris vivía en condiciones precarias. Turner acabó pagando las facturas, cosa que no le había molestado (dinero del Poli Malo), pero causó mala conciencia a Doris. Pasaron los meses, y ella empezó a gastar más cada semana. Él pagaba sus facturas sin decir palabra, y ella se fue deslizándose lentamente por la pendiente. Terminó vomitando, borracha, en las sábanas nuevas de seda, incapaz de bajar las escaleras para recoger el correo sin una raya de coca.

Pero entonces llegó la noticia de la muerte del padre de Turner. Su viejo Maserati se había estrellado de frente contra una plataforma semitrailer automática. Turner y su hermano asistieron en Vancouver a la cremación, en medio del chisporroteo de la lluvia. Pusieron las cenizas en el altar de la familia y se arrodillaron ante los arabescos grises del humo de incienso. Nadie dijo gran cosa. No hablaron de lo mucho que bebía papá. Al abuelo no le habría gustado.

Cuando regresó a Toronto, descubrió que Doris había hecho las maletas y se había marchado.

-Ahora estoy con Kyocera -le dijo él-. Los ingenieros asesores.

-¿Encontraste un trabajo, Turner? -dijo ella, apartando a un lado un mechón de pelo rubio-. No me extraña. Los pobres hacen cola para poder fregar platos. -Frunció el ceño-. ¿Qué clase de horario llevas, tío? Son las siete de la mañana. Me has cogido sin maquillaje.

Apartó la cámara y se apartó de la vista. Turner estudió su apartamento: bloques de hormigón y cajas de embalaje, sillas de vinilo, paredes desnudas festoneadas de papeles impresos. Aún estaba en la Red, sí. Los auténticos cabezas-de-Red lamentaban cada céntimo que no gastaban en información.

-Necesito ayuda, Doris. Necesito que me encuentres a alguien que pueda descifrar un viejo lenguaje robótico IBM llamado AML.

-¿Sí? -exclamó ella-. ¿Con tarifa de agente del diez por ciento?

-Claro. Corre prisa, ¿vale? No es asunto de Kyocera, sólo mío.

La oyó gritar desde el cuarto de baño del apartamento.

-¡Hace dos años que no sé nada de ti! No te cabreaste porque me largara, ¿no?

-No.

-No fue porque fueras chino, ¿vale? Quiero decir que eres tan chino como el jarabe de arce, ¿eh? Es que la buena vida me hacía sangrar la nariz.

Turner hizo una mueca.

-Mira, no pasa nada. Fue una cosa temporal.

-Entonces estaba loca. Pero me he enrolado con un buen programa psiquiátrico, y ha hecho maravillas por mí, de veras. -Regresó a la pantalla; se había puesto carmín y maquillaje. Sonrió y se tocó la mejilla-. Buen material, ¿eh? Del que usa el presidente.

-Estás muy bien.

-Mi psiquiatra me hace correr todos los días. Pero, ¿cómo te va, tío? ¿Te ves con alguien?

-La verdad es que no -sonrió-. Excepto con una princesa de Borneo.

Ella se echó a reír.

-Creía que habrías sentado ya la cabeza, tío. Con una niña de papá de por ahí, ¿no? Como tu hermano y como-se-llame.

-No soy así.

-Te gustan las mujeres locas, Turner, ése es tu problema. ¿Recuerdas la vez que tu madre se pasó a verte? Está como una cabra, por eso.

-Ah, Doris, Jesucristo -dijo Turner-. Si necesitara un psiquiatra, podría buscarme uno.

-Vale -dijo ella, herida. Tocó un control remoto. Un televisor al fondo de la habitación cobró vida con un chisporroteo de videomúsica. Doris no se molestó en mirarlo. Lo había conectado por reflejo, sumergiéndose en la transmisión como en un baño caliente-. Mira, veré qué puedo encontrar en la Red. Lenguaje AML, ¿no? Creo que conozco a...

BREAK

La pantalla se puso en blanco. Los alfanuméricos destellaron: ENTRANDO MODO (C)HAT.

La línea surcó la pantalla. Las palabras aparecieron a ochenta columnas, con un brillante tono verde. ¿¿QUÉ ESTÁ HACIENDO EN ESTA LÍNEA??

LO SIENTO, tecló Turner.

INTRODUZCA SU CLAVE DE ACCESO:

Turner pensó con rapidez. Se había topado con la cadena subterránea de Brunei. Sabía que era posible, ya que estaba usando la cabina trucada de abajo. JARABE DE ARCE, tecló al azar.

COMPROBANDO... ESA CLAVE NO ES VÁLIDA.

RENUNCIO, escribió Turner.

ESPERE, dijo la pantalla. AQUÍ NO NOS TOMAMOS A LOS INTRUSOS A LA LIGERA. LE HEMOS ESTADO OBSERVANDO. ÉSTA ES LA SEGUNDA VEZ QUE ACCEDA A UN SATÉLITE. ¿QUÉ ESTÁ HACIENDO EN NUESTRA RED?

Turner apoyó un dedo en la tecla de desconexión.

Aparecieron más palabras: SABEMOS QUIÉN ES, «JARABE DE ARCE»; ES TURNER CHONG.

-Turner Chai -dijo Turner en voz alta. Entonces recordó al hombre que había cometido aquel error. Sintió un súbito arrebató de alegría. Tecló: ¡VALE, ME TIENE, TUAN CONSEJERO JIMMY BROOKE!

Hubo un largo espacio en blanco. Luego: MUY LISTO, tecló Brooke. SERIA LO DIJO. SERIA, ¿ESTÁS EN ESTA LÍNEA?

¡¡QUIERO SU NÚMERO!!, tecló Turner de inmediato.

ENTONCES DEJE UN (M)ENSAJE PARA «ROCKERA JUGUETONA», respondió Brooke. YO SOY «EL CORTACABEZAS DE LA RED».

GRACIAS, tecló Turner.

LE ANOTARÉ, JARABE DE ARCE. YA QUE ESTÁ DENTRO, SERÁ MEJOR QUE LO HAGA EN NUESTROS TÉRMINOS. PERO RECUERDE: ÉSTE ES NUESTRO KAMPONG ELÉCTRICO, ASÍ QUE JUEGUE SEGÚN NUESTRAS REGLAS. NUESTRO «ADAT», ¿DE ACUERDO?

LO RECORDARÉ, SEÑOR.

Y NADA DE ENLACES SATÉLITE PIRATAS, ESTÁ JODIENDO NUESTRAS LÍNEAS DE TIERRA.

VALE, tecléo Turner.

PUEDE ALQUILAR TIEMPO EN NUESTRAS PARABÓLICAS. LA PRÓXIMA VEZ LLAME DIRECTAMENTE AL 85-1515. POR CIERTO, A NUESTRA SECCIÓN DE JUEGOS LE VENDRÍA BIEN UN POCO DE PUESTA AL DÍA.

Las palabras se apagaron y fueron sustituidas por los comandos en ordenadas filas de un servicio de teletexto. Turner accedió a la sección de mensajes, pero entonces vaciló, sudoroso. En su mente, su rápido mensaje a Seria se ramificaba velozmente en una carta de amor particularmente enternecedora y tentativa.

Eso estaba bien, pero no era como lo había planeado. Se le escapaba de las manos. Tendría que pensarlo.

Desconectó. La cara de Doris apareció de inmediato.

-¿Dónde demonios has estado, tío?

-Lo siento -dijo Turner.

-He encontrado un viejo chalado en Yorktown Heights -dijo ella-. Dice que solía trabajar con los Big Blue allá en la prehistoria.

-Siempre se trata de algún viejo chalado -suspiró Turner, resignado.

Doris se encogió de hombros.

-¿Qué esperabas, tío? El control de natalidad acabó con todo lo demás.

En el patio, el sultán de Brunei charlaba con su ministro mientras los técnicos, ataviados con sarongs y sandalias de goma, luchaban con sus enormes y antiguas cámaras. El sultán llevaba toda su parafemalia, una chaqueta militar roja de cuello alto con entorchados dorados, repleta de medallas e insignias. Era un malayo maduro con un bigotito blanco recortado y ojos sabios y tristes.

Su hijo, el príncipe heredero, llevaba una corbata de seda y una chaqueta de piloto de las fuerzas aéreas. Turner había oído decir que al príncipe le chiflaban los helicópteros. El atuendo formal de Seria parecía un uniforme de Girl Scout revuelto, con una falda plisada y un ceñidor al hombro cuajado de medallas.

Turner estaba solo en la sala de ordenadores, comprobando una de las rutinas que había cargado en las líneas americanas. Ya habían hecho maravillas por la fábrica; los robots habían completado un casco del trimarán. El equipo humano se encargaba del trabajo delicado: el invernadero. Secciones de cristal colgaban ahora de las grúas del techo, brillando fotogénicamente en marcos geodésicos de madera.

Turner estudió su pantalla.

```
IF QMONITOR (FMONS(2)) EQ O THEN RETURN («DEMASIADO PEQUEÑO»)
```

```
TOGO = ASIDERO-APERTURA+MIN-OFS-QPOSITION(ASIDERO)
```

```
DMO VE(XYZ#(ASIDERO), (-TO GO/2*ARMAZON) (2,2) #(TOGO), FMONS(2));
```

¡Esto estaba ya mejor! A pesar de su rudeza, el AML se estaba convirtiendo en algo obsesivo para él, y sus ritmos resonaban como poesía. Recogió su taza de café, pensando: EXTIENDE-AGARRA-TOGO = (BOCA)+SORBER; RETURN.

La pereza de Brunei había desaparecido de la mañana a la noche cuando conectó con la Red. La pantalla se había comido su vida. Había pasado un mes desde su primera incursión pirata. Trabajaba todo el día con el AML; de noche, se iba a casa a intercambiar correspondencia electrónica con Seria.

Su romance había crecido a través de la Red; no a través del vídeo moderno, sino del anónimo brillo verde del antiguo teletexto. Día a día se había hecho más intenso, pues todo se conservaba en una sección privada de memoria y nada podía retirarse. Había más de un centenar de mensajes en sus discos secretos, al principio fríos y dubitativos, convirtiéndose lentamente a través de una pasión real hasta una especie de pánico mutuo.

No habían planeado que sucediera así. Era parte de la dinámica de la Red. Para Seria, había sido una rara oportunidad de escapar a su rol y hablar con un extranjero

interesante. Turner sólo buscaba el tipo de solaz femenino casual que nunca le había costado encontrar. La Red los había engañado.

Porque no podían verse mutuamente. Turner advertía ahora que ninguna mujer le había conocido y comprendido como lo hacía Seria, por la sencilla razón de que nunca había hablado tanto con ninguna. Pensaba que, si las cosas hubieran salido como eran típicas en Occidente, habrían trasladado su atracción a la cama y todo habría muerto allí. Sus dos mundos habrían colisionado con fuerza, y habrían sonreído por encima del zumo de naranja a la mañana siguiente para murmurarse tácitamente adiós.

Pero no había sucedido de esa forma. Había fluido entre ellos a lo largo de las semanas: la familia de él, la de ella, su resentimiento común, la soledad de él, las pequeñas represiones de ella, todas aquellas cosas irritantes que ulceran a una sola persona pero son suavizadas por dos. Extrañamente, tenían más cosas en común de lo que Turner podría haber esperado. Cosas reales, cosas que importaban.

La dolorosamente simple Red local filtraba las emociones humanas para convertirlas en un simple canal de palabras impresas, dejando sólo una elevada esencia platónica. Su relación se había convertido en un romance clásico, desapasionado, espiritual en su sentido más intenso y peligroso. Los seres humanos no estaban hechos para vivir tales roles. Era el material de los grandes dramas porque aquello podía volverte loco fácilmente.

Turner había esperado con ansia la visita de Seria al muelle. Había tardado un mes en vez de dos semanas, pero ya contaba con ello. Así eran las cosas en Brunei.

-Hola, Jarabe de Arce.

Turner dio un respingo y se levantó.

-¡Seria!

Ella se arrojó en sus brazos con un duro golpe. Turner se tambaleó y la abrazó.

-Nada de besos -dijo ella rápidamente-. Uf, es desagradable.

Turner miró al muelle y la apartó rápidamente de la ventana.

-¿Cómo has llegado aquí?

-Subí las escaleras cuando no miraba nadie. Tenía que verte. Al tú real, no a las simples palabras en la pantalla.

-Esto es una locura. -La levantó del suelo y la abrazó con fuerza-. Dios, tienes un aspecto magnífico.

-Tú también. Ouch, mis medallas, ten cuidado.

Turner la volvió a posar en el suelo.

-Tenemos que acabar con esto. Mira, ¿cuándo puedo verte?

Ella agarró febrilmente sus manos.

-Termina el barco, Turner. Brooke lo quiere, es su nuevo juguete. Tal vez entonces podamos conseguir algo. -Alisó su falda y se pasó las manos por la cintura. Turner sintió una oleada de excitación tan intensa que le zumbaron los oídos. Extendió la mano y la pasó por el muslo de ella-, ¡No me arrugues la falda! -dijo Seria, temblando-. ¡Tengo que aparecer ante las cámaras!

-Este lugar no es para ti -dijo Turner-. Necesitas coches veloces, y daiquiris, y televisión, y viajes en reactor a las malditas Bahamas.

-Qué romántico -susurró ella apasionadamente-. Como las estrellas del rock, Turner. Montones de focos y fans en el aeropuerto. Turner, si pudieras ver lo que llevo debajo, te volverías loco.

Apartó la cara.

-¡Deja de intentar besarme! Los occidentales sois extraños. Las bocas son para comer.

-Tienes que acostumbrarte a las cosas de Occidente, preciosa.

-No puedes llevarme contigo, Turner. Mi gente no te lo permitiría.

-Ya pensaremos en algo. Tal vez Brooke pueda ayudar.

-Ni siquiera Brooke puede marcharse -dijo ella-. Todo su dinero está aquí. Si lo intentara, congelarían sus cuentas. Se quedaría sin un céntimo.

-Entonces me quedaré aquí -respondió él, implacable-. Tarde o temprano tendremos nuestra oportunidad.

-¿Y renunciarás a todo tu dinero, Turner?

Él se encogió de hombros.

-Sabes que no lo quiero.

Ella sonrió tristemente.

-Eso dices ahora, pero espera a que vuelvas a ver tu mundo real.

-No, escucha...

Las luces destellaron en el patio.

-Tengo que irme. Me echarán de menos. Déjame ir, déjame.

Se zafó de él, reluciente, se dio la vuelta y echó a correr.

En los días que siguieron, Turner trabajó obsesivamente, enlazando subrutinas como remiendos de datos, aprendiendo mientras avanzaba, añadiendo los progresos de cada día al programa maestro. Cuando todo estuviera terminado y hubiera sorteado las redundancias, sería autosustentador. Los robots se harían cargo, transformando la información en barcos. Él acabaría con su labor. Y sus días lentos en Brunei serían historia.

Después de su trabajo, planeaba vagamente ir a Tokio, para una visita sentimental a la sede central de Kyocera. Lo habían reclutado a través de la Red; nunca había visto en persona a nadie de Kyocera.

Esa era la práctica estándar. La verdadera existencia de Kyocera era como datos, no como inmuebles. Una compañía multinacional moderna no era sus edificios o su stock. Su verdadera esencia era su habilidad para aparecer en una pantalla, y canalizar esa información especial conocida como dinero a través del limbo global de las transacciones bancarias electrónicas.

Él nunca le había puesto peros a esto. Era cosa vieja. Pero filtrar tanto la vida amorosa como el trabajo por la pantalla le había hecho sentirse quemado. Se acostumbró a dar largos paseos matutinos por Brunei Town después de las sesiones maratónicas ante la pantalla, estirando los músculos agarrotados y colocando los pies con aturdida deliberación AML: TOGO = DMOVE(RODILLA)+QPOSITION(PIE).

Se sentía como un fantasma en las calles abandonadas; Brunei no tenía vida nocturna, y una falta similar de atracadores y depredadores. Todo el mundo estaba en la cama, lavando la ropa de alguien, despierto al amanecer con el canto de los gallos de los kampongs. La gente murmuraba de ti si eras un bocazas. Pronto tendrías que trabajar de noche y tendrías que comer mangos hervidos.

Cuando la lluvia le alcanzaba, como hacía a menudo a primeras horas de la mañana, se refugiaba en las paradas de autobús de las esquinas. Éstas estaban llenas de altos tubos de cristal, cilindros de acuacultura, sopas verdosas llenas de algas y gruesas carpas resbaladizas.

Entonces pensaba en quedarse, protegido en Brunei para siempre, como una carpa tras el cálido cristal. Como uno de aquellos bonsais en su maceta diminuta y cómoda, con la gente siempre cuidándote, tratando de que encajaras. Eso era Brunei para ti, todo Oriente, en realidad: una comunidad maravillosa, pero la gente siempre te pisoteaba, y en la cara...

Pero, ¿era mejor Occidente? Ancianos encerrados en asilos... Un paro atroz, y nadie sabía cuándo un robot o un sistema experto lo volvería a uno obsoleto... La gente hablaba a través de televisores y nadie conocía la cara del vecino de al lado...

¿Podría realmente renunciar a Occidente, abandonar a su familia, arruinar su carrera? Era una gesta romántica de lo más descabellado, porque, aunque fuera lo suficientemente

valiente o estúpido como para romper todas las reglas, ella no lo haría. Sería nunca escaparía de su adat. Pertenecer a la realeza era peor que pertenecer a la Tríada.

Un laberinto de planes giraba en su cabeza como un bucle infinito, siempre vacío. Turner se sentaba aturdido y contemplaba los peces avanzar en círculos en las aguas oscuras, sintiéndose un objeto abandonado y preguntándose si estaba perdiendo la razón.

El consejero privado Brooke compró el barco. Apareció por sorpresa en el astillero una tarde, con su grupo de seguidores. Trajeron un camión lleno de renuevos en tubos de tierra. Empezaron de inmediato a cargarlos en el invernadero, subiendo y bajando las rampas de la pulida cubierta.

Brooke supervisó el trabajo durante un rato, siguiendo un plano de la cubierta que sacó del bolsillo de su chaqueta blanca de seda. Entonces señaló con el pulgar la oficina del centro de datos.

-Subamos a charlar, Turner.

Afortunadamente, Brooke había traído su audífono. Se sentaron en dos de las chirriantes sillas giratorias.

-Es un buen barco -dijo Brooke.

-Gracias.

-Sabía que lo sería. Ya sabes que fue idea mía.

Turner sirvió café.

-Me lo figuraba.

Brooke se echó a reír.

-Crees que es una locura, ¿no? Usar robots para construir barcos con madera de balsa y pegamento barato. Pero tu cabeza está atrasada, muchacho. Los ingenieros son todos unos místicos. Siempre desafiando a Dios con una nueva Torre de Babel. Dueños de la naturaleza, dueños del espacio y el tiempo. Apuntan a las estrellas y alcanzan Londres.

Turner frunció el ceño.

-Mire, tu consejero, yo he hecho mi trabajo. No hay nada en el contrato que diga que tengo que compartir su política.

-No -dijo Brooke-. Pero el sultanato puede utilizar a un hombre como tú. Eres un bricoleur, Chong. Puedes apañártelas. Puedes aprovechar. Eso es el bricolage..., usar los recortes para hacer algo que merezca la pena. Brunei es ahora demasiado pobre para empezar con planes nuevos. No tenemos nada más que la basura que Occidente nos hizo comprar, botellas de coca cola y garajes para dos coches. Y ahora tenemos que vivir entre los desechos, y convertirlos en una comunidad. Es un trabajo duro, el bricolage. Hace falta un tipo especial de hombre, un ojo especial, para que las ruinas florezcan.

-Yo no -dijo Turner. Estaba en uno de sus momentos duros. Algo en Brooke le volvía receloso. Brooke tenía una suavidad encubierta. Probablemente se debía a toda una vida de eludir las leyes antidroga.

Y Turner se esperaba este empujón final; la gente de su kampong había estado dejando caer indicios desde hacía semanas. No querían que se marchara; siempre aparecían con regalitos patéticos.

-Este lugar es un gran invernadero -dijo-. Sus pequeños kampongs son como orquídeas, que sólo crecen lentamente bajo el cristal. Brunei ya está conectada a la Red. Algún día romperá su burbuja de cristal, y dejará entrar al resto del mundo. Entonces lloverá a cántaros.

Brooke se sorprendió.

-¿Te gusta Bob Dylan?

-¿Quién? -dijo Turner, aturdido.

Brooke, confundido, sorbió el café e hizo una mueca.

-¿Has estado bebiendo este brebaje? Jesús, no me extraña que no duermas nunca.

Turner le sonrió. Nadie en Brunei se encargaba de sus propios asuntos. Había ojos por todas partes, y lenguas a juego.

-Ya conoce mi problema.

-Claro. -Brooke sonrió con sus dientes amarillos-. Tengo la idea de navegar río arriba, muchacho. Un pequeño crucero de un par de días. Podría emplear a un consejero técnico, si sabe guardar las formas delante de la realeza.

El corazón de Turner dio un brinco. Sonrió como un tiburón.

-Entonces soy su hombre, consejero.

Estamparon una botella de mosto sin alcohol contra el casco central y bautizaron el barco como Mambo Sun. Los trabajadores de Turner lo hicieron bajar por los railes y fijaron los mástiles. La tripulación la componía una familia de dayaks de una de las plataformas petrolíferas, una vieja con cuatro hijos. Eran los oscuros y hermosos descendientes de los piratas cortadores de cabezas, vestidos con sarongs teñidos a mano y viejas gorras de béisbol de plástico. Su lenguaje era completamente incomprendible.

El Mambo Sun bajó al agua, asentándose en su nuevo elemento con extraños crujidos como de tambor, producto de los cascos huecos. Salieron al mar aprovechando la brisa.

Brooke se situó con feliz despreocupación bajo la vela mayor, frunciendo la nariz ante el aire marino.

-Hará doce nudos -dijo con satisfacción-. Dios, Turner, qué bueno es salir del ático y perderse de ese hatajo de latosos.

-¿Por qué los soporta?

-Es algo que viene con el dinero, muchacho. Deberías de saberlo.

Turner no dijo nada. Brooke le sonrió.

-El dinero es poder, chico. El poder no se gasta. Si tú no lo usas, otro te usará a ti para conseguirlo.

-He oído decir que lo tienen atrapado aquí con ese dinero -dijo Turner-. Congelarán sus fondos si trata de marcharse.

-Los dejé atraparme -contestó Brooke-. Así me gané su confianza. -Cogió a Turner del brazo-. Pero házmelo saber si tienes problemas de dinero. No dejes que el Banco Islámico local te enrede en nada. Ven a verme primero.

Turner se zafó.

-¿De qué le ha servido? Está rodeado de aduladores.

-Están conmigo desde hace cuarenta años. -Brooke suspiró con nostalgia-. Además, deberías de haberlos visto en el 98, cuando las calles estaban llenas de fanáticos musulmanes en busca de sangre. Los cócteles molotov ardían por todas partes, había batallas con los benditos chinos, el sultán fue hecho rehén... Mi gente no pestañeó. Contuvieron a la muchedumbre como si fueran un grupo de fans cuando trataron de asaltar mi edificio. Tenían agallas, los chicos.

Un viejo helicóptero americano zumbó en el cielo, y sus flotadores naranja casi rozaron el mástil. Brooke le gritó a la tripulación en su extraño lenguaje; éstos recogieron las velas y lanzaron el ancla, a media milla de la costa. El helicóptero viró expertamente y se posó en un tembloroso círculo de agua alisada por el viento. Uno de los dayaks les lanzó un cabo. Abarloaron.

-¡Permiso para subir a bordo, señor! -dijo el príncipe heredero.

Seria y él vestían blanca ropa náutica. Pasaron de los flotadores a una escalerilla de cuerda y subieron a la cubierta. El tercer pasajero, un piloto, tomó los controles del helicóptero. La tripulación recogió el ancla e izó velas de nuevo; el helicóptero se marchó.

El príncipe estrechó la mano de Turner.

-Creo que conoce a mi hermana.

-Nos conocimos en la filmación -dijo Turner. -Ah, sí. Buen rodaje, aquél.

Brooke, con milagroso tacto, se llevó al príncipe al invernadero. Seria se lanzó inmediatamente a los brazos de Turner.

-Hace dos días que no me escribes -siseó.

-Lo sé -dijo Turner. Miró rápidamente a su alrededor para asegurarse de que los dayaks estaban ocupados-. No dejo de pensar en Vancouver. En cómo me sentiré cuando esté allí.

-¿En cómo dejarás a tu Bella Durmiente en el castillo de espinos? Eres un romántico, Turner.

-No hables así. Duele.

Ella sonrió.

-No puedo dejar de alegrarme. Tenemos dos días para estar juntos, y Ornar se marea.

El río corría bajo sus quillas como fina grasa gris. La jungla se asomaba en las orillas; marañas verdes de follaje sobre delgados troncos hambrientos de luz, cubiertos de enredaderas. Era el país de las serpientes, el país de las sanguijuelas, con un hedor primigenio cociéndose en la mortal humedad, el aire tan denso que los gritos de los pájaros parecían cortarlo como seguetas. Los insectos zumbaban en densos enjambres sobre balsas de limo. Troncos hinchados y sospechosos flotaban en el barro gris. Algunos troncos tenían escamas y ojos.

El valle era curvado como una arteria, y serpenteaba entre altas colinas cubiertas de verde venenoso. Viscosos hilillos de niebla se enroscaban en la copa de los árboles. Donde no los había, los acantilados aparecían cubiertos de gruesos manojos de yedra. El cielo era gris, el sol un brillo pantanoso bajo toneladas de bruma.

El viento murió, y Brooke puso en marcha el pequeño motor de alcohol del barco. Turner se colocó en la proa central mientras avanzaban comente arriba. Se sentía mareado. El shock cultural se había apoderado de él; nada de todo esto parecía real. Era como la televisión. Por reflejo, no dejaba de pensar en Vancouver, en viajes en barco a las islas cubiertas de pinos.

Seria y el príncipe se reunieron con él.

-Encantador, ¿verdad? -dijo el príncipe-. Lo hemos convertido en un coto de caza. Algún día volverá a haber tigres.

-Buena idea, Alteza -dijo Turner.

-La ciudad se autoabastece, ya sabe. Un montón de viejos arrozales y terrazas han vuelto a la jungla. -El príncipe sonrió con profunda satisfacción.

Al anoecer, atracaron en un muelle junto a las ruinas de una ciudad ribereña. Décadas atrás, una riada había destruido la ciudad, dejando paredes demolidas donde las enredaderas cubrían los arriates de las oxidadas vigas de refuerzo. Un antiguo hotel de turistas era ahora una estación de rangers.

Desembarcaron para pasar revista a las tropas: Rangers Reales de Malasia con uniformes para la jungla, y un grupo de ecologistas suecos de visita, miembros de la Fundación Mundial Vida Salvaje. Los dos aristócratas se apuntaron a dar un paseo por la jungla. Charlaron amistosamente con los suecos y se embadurnaron con repelente para los insectos y las sanguijuelas. Brooke alegó su edad, y Turner consiguió poner una excusa.

Tras la ciudad se alzaba una antena de radio y las cúpulas blancas manchadas por la lluvia de las parabólicas.

-Equipo interceptor -dijo Brooke con un guiño-. El sultanato lo instaló hace años. Islámicos, malayos, japoneses..., te sorprendería saber la violencia con que la gente insiste en ser escuchada.

-Libertad de expresión -dijo Turner.

-¿Qué libertad hay cuando sólo las naciones ricas pueden permitirse hablar? La Red es cara, Turner. Para ti es un modo de vida, pero para nosotros es sólo un megáfono para la

Coca Cola. Construimos esto para bloquear los gritos del mundo exterior. Pareció mejor instalar el equipo aquí, en las ruinas, donde no haría daño. Es un buen lugar para esconder secretos. -Brooke suspiró-. Ya sabes cómo se extiende la corrupción. Todo el que la toca es tentado. Usamos esas parabólicas como nervio central de nuestra propia Red. Se puede conseguir una línea de salida..., una real, con vídeo. Ven, Turner. Jarabe de Arce puede hacer una llamada gratis a la civilización.

Recorrieron las calles cubiertas de hojas, donde los cerdos y los flacos pollos con ojos de lagarto escapaban a sus pasos. Turner vio una cara tatuada, con auriculares, en la ventana demolida de un primer piso.

-La tribu murut local -dijo Brooke, alzando la cabeza-. Son un poco tímidos.

La sala de control central era un pequeño bloque de hormigón blanco rodeado por fuertes hileras de paneles solares. Brooke abrió un candado con una llave de bolsillo y descorrió el cerrojo. Dentro, la habitación sin ventanas quedaba levemente iluminada por las diminutas luces verdes y amarillas de antiguas disqueteras y ordenadores personales. Brooke encendió una lámpara de mesa y se sentó en una silla acolchada de gomaespuma.

-Todo automático, ¿ves? El gobierno no ha tenido que hacer ninguna visita oficial desde hace años. Eso ahorra problemas a todo el mundo.

-Excepto a ustedes -dijo Turner.

-Nosotros somos el problema -dijo Brooke-. Además, esto fue idea mía. -Abrió un cofre de mimbre y desenvolvió una cámara de vídeo guardada en un paño de algodón. La abrió, roció su interior con lubricante de silicona y la montó sobre un trípode-. Todas las comodidades del hogar. -Salió de la habitación.

Turner vaciló. Por fin se había dado cuenta de lo que le molestaba de Brooke. Era sofisticado. Tenía la clásica actitud sofisticada de estar a la moda de cosas negadas a quienes no fueran modernos. Era sorprendente lo extraño que eso parecía en alguien que era realmente viejo.

Turner marcó el número de la casa de su hermano. La pantalla continuó oscura.

-¿Quién es? -dijo Georgie.

-Turner.

-Oh. -Un largo momento de pausa; la pantalla destelló al fin para mostrar a Georgie con una bata de seda marrón, el pelo aún revuelto-. Qué alivio. Hemos tenido problemas con las llamadas obscenas.

-¿Cómo van las cosas?

-Se está muriendo, Turner.

-Santo Dios.

-Me alegra que llamas. -Georgie se alisó el pelo, temblando-. ¿Cuándo podrás estar aquí?

-Tengo trabajo, Georgie.

Georgie frunció el ceño.

-Mira, no te reprocho que hayas huido. Querías vivir tu propia vida; muy bien, perfecto. Pero esto es asunto de familia, no un trabajo de poca monta en mitad de ninguna parte.

-Maldición -gimió Turner-. Me gusta estar aquí, Georgie.

-Sé lo mucho que odias al viejo bastardo. Pero ahora se está muriendo. Mira, le hemos sostenido la mano durante un par de semanas, y es todo nuestro, ¿comprendes? La Riviera, tío.

-No funcionará, Georgie -dijo Turner, agarrándose a la última esperanza-. Va a jodernos.

-Por eso te necesito aquí. Tenemos que trabajarle a dos bandas, ¿comprendes? -Georgie apartó la mirada de la pantalla-. Piensa en mis hijas, Turner. Somos tu familia, nos lo debes.

Turner se desesperó.

-Georgie, hay una mujer aquí...
-Cristo, Turner...
-No es como las otras. De verdad.
-Magnífico. Así que vas a casarte con ella y tener hijos, ¿eh?
-Bueno...
-Entonces, ¿por qué me haces perder el tiempo?
-Está bien -dijo Turner, hundiendo los hombros-. Tengo que arreglar unas cuantas cosas. Te volveré a llamar.

Los dayaks habían desembarcado. El príncipe invitó a bordo a los ecologistas suecos. Pasaron la noche sorbiendo púdicamente zumo de naranja y discutiendo sobre el Krakatoa y el rinoceronte de los pantanos.

Después de la fiesta, Turner esperó una dolorosa hora y se arrastró hasta el desierto invernadero.

Seria esperaba en el sudoroso calor verde, sentada con las piernas cruzadas a la acuosa luz de la luna, cepillándose el pelo. Turner se reunió con ella en el jergón. Ella llevaba un erótico camisón rojo (heredado de alguna groupie de la legión de mujeres de Brooke) ajado por la edad. Estaba empapada en perfume.

Turner la hizo tocar el bultito que tenía en el antebrazo, allá donde el implante anticonceptivo se notaba bajo la piel. Se quitó los pantalones.

Empezaron con cautela y en silencio, y terminaron, dos horas después, en la intimidad primigenia del olor y el sudor mutuos. Turner se tendió de espaldas, con la cabeza apoyada en el brazo, sintiendo una cosquilleante efervescencia de profundo placer celular.

Había sido místico. Sentía como si alguna energía primaria femenina hubiera brotado del cuerpo de Seria y le hubiera barrido, hasta el hueso. Todo parecía diferente ahora. Había descubierto un nuevo mundo, el tipo de mundo en el que un hombre podía pasarse toda la vida. Merecía la pena emplear diez años de vida sólo por poder estar aquí tendido y oler su piel.

La idea de tenerla lejos del alcance de la mano, aunque sólo fuera por un momento, le llenó de una ansiedad primaria cercana al dolor. Debía de haber un millón de formas de hacer el amor, pensó lánguidamente. Tantas como de hablar o de pensar. Con pasión. Con devoción. Juguetona, tierna, frenética, suavemente. Porque lo querías, porque lo necesitabas.

Sintió una instintiva urgencia de retirarse a algún rincón oculto (cualquier sitio con cama y techo) y pasar la semana siguiente explorando las primeras veinte o treinta formas de ese millón.

Pero entonces la insistente presión de la realidad le envió un hilillo de razón. Salió de su ensimismamiento con una dolorosa convicción de la perversidad de la vida. Aquí estaba todo lo que quería..., todo lo que pedía era cubrirse con Seria como una sábana y cerrarse a las absurdas complicaciones de la vida. Y eso no iba a suceder.

Escuchó la pacífica respiración de ella y se hundió en una negra depresión. Ésta era la clase de situación que exigía descabellados gestos románticos, el tipo que ninguno de ellos iba a hacer. No se les permitía hacerlos. No estaban en su programa, no estaban en el adat de ella, no estaban en los planes.

Cuando regresara a Vancouver, nada de todo esto parecería real. La luz de la luna en la jungla y el sudor erótico no se mezclaban con las frías brumas sobre las montañas y la mansión familiar en Churchill Street. El shock cultural borraría sus recuerdos, rompiendo el millón de lazos invisibles que atan a los amantes.

Mientras se quedaba dormido, tuvo un súbito flash lúcido de precognición: él mismo, sentado en el asiento trasero del Mercedes de su hermano, dejando que la máquina le

condujera al azar por la ciudad. Miraba más allá de su reflejo en la ventanilla a la nieve sucia del Queen Elizabeth Park, y pensaba: Nunca volveré a verla.

Pareció que había pasado sólo un instante, pero ella le estaba sacudiendo para despertarle.

-¡Shh!

-¿Qué? -murmuró él.

-Estabas hablando en sueños. -Ella le mordisqueó la oreja, susurrando-. ¿Qué significa «Set-position Q-move»?

-Jesús, estaba soñando en AML. -Entonces sintió los últimos restos de la pesadilla, un horror inenarrable de frío hierro e indefensa repetición-. Mi familia -dijo-. Todos eran robots.

Ella se echó a reír.

-Estaba intentando reparar a mi abuelo.

-Vuelve a dormir, querido.

-No. -Ahora estaba completamente despierto-. Será mejor que regresemos.

-Odio esa cabina. Iré a tu tienda en cubierta.

-No, te descubrirán. Resultarás lastimada, Seria. -Se puso los vaqueros.

-No me importa. Ésta es la única oportunidad que tenemos. -Se ajustó con esfuerzo el tejido rojo de su camisón.

-Quiero estar contigo -dijo él-. Si pudieras ser mía, mandarí a al infierno mi trabajo y mi familia.

Ella sonrió amargamente.

-Ya lo pensarás mejor más tarde. No puedes tirar tu vida por una relación. Encontrarás otra mujer en Vancouver. Ojalá pudiera matarla.

Sus palabras parecían sinceras, pero aun así él se sintió herido. No debería de haber dudado de su disposición a destruir por completo su vida.

-Tú también te casarás algún día. Por razones de estado.

-Nunca me casaré -dijo ella, distante-. Algún día me escaparé de aquí. Mi gran gesto romántico.

Turner pensó dolorosamente que nunca lo haría. Se haría vieja bajo el cristal en este lugar.

-Un gran gesto fue suficiente -dijo él-. Al menos tenemos esto.

Ella le miró, sombría.

-No lamentes tener que marcharte, querido. No estaría bien que yo te hiciera quedarte. No sabes toda la verdad sobre este lugar. Ni sobre mi familia.

-Todas las familias tienen secretos. Los tuyos no pueden ser peores que los míos.

-Mi familia es distinta. -Ella apartó la mirada-. La realeza malaya es sagrada, Turner. Sagrada y sucia. Somos aristócratas, escudos para los inocentes... La suciedad y la fealdad golpean el escudo, no a nuestro pueblo. Cargamos la corrupción sobre nosotros. Todos los crímenes que comete el estado son crímenes nuestros, ¿comprendes? Pertenecen a nuestra familia.

Turner parpadeó.

-¿Y qué? Dímelo entonces. No dejes que se inmiscuya entre nosotros.

-Será mejor que no sepas nada. Vinimos aquí por un motivo, Turner. Es un plan de Brooke.

-¿Ese viejo tramposo? -dijo Turner, sonriendo-. Eres demasiado romántica con respecto a los occidentales, Seria. Te parece muy interesante, pero no es más que un chalado quemado.

Ella sacudió la cabeza.

-No comprendes. En vuestro Occidente es distinto. -Rodeó con los brazos sus esbeltas piernas y apoyó la barbilla sobre sus rodillas-. Algún día me iré.

-No -dijo Turner-, esto es lo distinto. En Occidente las familias se desintegran, el dinero se mete en todo. La gente no se pertenece mutuamente, pertenece al dinero y a sus instituciones... Aquí al menos la gente puede preocuparse y vigilar a los demás...

Ella rechinó los dientes.

-Vigilar. Sí, siempre. Tienes razón, debo marcharme.

Turner regresó a la mosquitera de su tienda en cubierta, y permaneció sentado en la oscuridad durante horas, saboreando su miseria. Mañana llegaría el helicóptero para llevar al príncipe y a su hermana de regreso a la ciudad. Pronto Turner tendría que regresar también, para acabar los últimos detalles y luego marcharse. Fantaseó: volvería de Vancouver con un cheque enorme. Té con el sultán. Esto, mire, Alteza, mi abuelo ganó pasta con la heroína, aquí tiene una parte. Envuélvame a la chica, le encantará ser la esposa de un ingeniero, créame...

Oyó el débil roce de unos pasos contra la cubierta. Se asomó a través de la puerta de lona de la tienda y vio el destello de una linterna. Era Brooke. Llevaba una maleta.

El viejo miró receloso a su alrededor y bajó al muelle. Debilitado por horas de reflexión, Turner se sintió instantáneamente inflamado por los movimientos ocultos de Brooke. Permaneció inmóvil durante un momento, mientras la curiosidad y la furia devoraban rápidamente su sentido común. El sentido común decía que los secretos de Brunei no eran asunto suyo, pero también estaban convirtiendo su vida en un infierno. Cualquier cosa era mejor que estar de pie toda la noche dándole vueltas a la cabeza. Se puso rápidamente la camisa y las botas.

Se deslizó por el costado del barco, divisó la camisa blanca de Brooke a la luz de la luna y le siguió. Brooke sorteó la periferia de las ruinas y se encaminó por un sendero de la jungla, lleno de ominosas enredaderas y la promesa de serpientes. Bajo un esponjoso rastro de hojas y moho, el sendero era de asfalto. Antes había sido una carretera.

Turner le siguió de cerca, advirtiendo agradecido que el viejo sordo no podía oír el sonido de sus botas. El sendero ascendía, hacia el interior. Brooke maldijo cuando un grupo de cerdos apareció en la espesura. Medio kilómetro más adelante, descansó durante diez largos minutos en la carcasa oxidada de un Land-Rover, mientras los mosquitos se cebaban en el cuello y las manos descubiertas de Turner.

Rodearon una colina y llegaron a un campamento. La luz de la luna iluminaba débilmente tres metros de alambrada de espinos y cuatro oscuras torres de vigilancia. El terreno había sido quemado en varios metros a la redonda. Dentro de la alambrada había barracones.

Brooke se acercó tranquilamente a la verja. El lugar parecía muerto. Turner se acercó a rastras, oculto por la oscuridad.

La verja se abrió. Turner avanzó entre dos matorrales y tendió el cuello.

El reflector de una de las torres se encendió y le cubrió de luz desde cuarenta metros de distancia. Alguien le gritó a través de un altavoz, en malayo. Turner se puso en pie de un salto, cegado, y levantó los brazos.

-¡No disparen! -chilló, con voz rota-. ¡Alto el fuego!

La luz se apagó. Turner se quedó parpadeando en la oscuridad, y luego contempló las cuatro motitas rojas que revoloteaban sobre su pecho. Advirtió lo que eran y alzó aún más los brazos, con la espalda helada. Aquellas luciérnagas rojas eran rastreadores láser de rifles automáticos.

Los guardias le alcanzaron antes de que su visión se despejara. Sombras oscuras en uniformes de camuflaje. Vio los angulosos cargadores de sus rifles apuntando a su pecho. Sus cabezas eran gruesas: llevaban gafas infrarrojas.

Le esposaron y le condujeron al campamento.

-¿Hablan ustedes inglés? -preguntó Turner. No hubo respuesta-. Soy canadiense, ¿vale?

Brooke esperaba, sorprendido, más allá de la verja.

-Oh -dijo-. Eres tú. ¿Qué clase de idea de mierda es ésta, Turner?

-Una muy mala -dijo Turner sinceramente.

Brooke habló en malayo con los guardias. Éstos bajaron sus armas; uno le liberó las manos. Regresaron a la oscuridad.

-¿Qué es este lugar? -preguntó Turner.

Brooke enfocó con su linterna la cara del muchacho.

-¿Qué es lo que parece, capullo? Es una prisión política. -Su voz era tan fría que Turner vio, con el ojo de su mente, el repentino flash de un telegrama. QUERIDA SEÑORA CHOI, LAMENTAMOS INFORMARLE QUE SU HIJO PISÓ UNA VÍBORA EN LA JUNGLA DE BORNEO Y SUS BOTAS NO LE SALVARON...

Brooke habló tranquilamente.

-¿Creías que Brunei era todo luz y dulzura? Es una nación, maldita sea, no un tren de juguete. Muy bien, pégate a mí y manten la boca cerrada.

Brooke agitó su linterna. Un guardia emergió de la oscuridad y les guió a la esquina de los barracones de madera, que estaban colocados por encima del suelo mojado sobre bloques de hormigón. Subieron un corto tramo de escaleras. El guardia conectó un interruptor interior, y la celda se iluminó. Se asomó a través de los barrotes de la pesada puerta de hierro y luego descorrió el cerrojo, produciendo un fuerte chirrido de los goznes.

Brooke murmuró las gracias y estrechó cuidadosamente la mano del guardia. Éste sonrió bajo las feas gafas y se metió la mano en la chaqueta de camuflaje.

-Vamos -dijo Brooke. Entraron en la celda. La puerta se cerró tras ellos.

Un viejo de piel oscura parpadeó cansinamente bajo la súbita luz. Se sentó en su jergón de hierro, apartó una mosquitera amarillenta y buscó un par de gafas con montura de alambre que había en el suelo. Llevaba un traje de preso de rayas grises, pantalones gastados y una burda camisa. Se colocó con cuidado las gafas y alzó la cabeza.

-Ah -dijo-. Jimmy.

Era una celda desnuda: suelo de madera, un orinal, una vieja jarra de aluminio y un lavabo. Dos estanterías de metal sobre la cama contenían libros en inglés y en un alfabeto enroscado que Turner no reconoció.

-Éste es el doctor Vikram Moratuwa -dijo Brooke-. El fundador del Partai Ekolojasi. Te presento a Turner Choi, un joven idiota.

-Ah -dijo Moratuwa-. ¿Vamos a ser compañeros de celda, joven?

-No está arrestado -dijo Brooke-. Todavía. -Abrió su maleta-. Te traje los libros.

-Excelente -bostezó Moratuwa. Había perdido la mayor parte de sus dientes-, Ah, Mumford, Florman y Lévi-Strauss. Gracias, Jimmy.

-No hay de qué -dijo Brooke, advirtiendo la expresión sorprendida de Turner-. El sultán hace la vista gorda a estas pequeñas visitas de caridad, si soy discreto. Creo que podré salvarte de los problemas, aunque caigas de cabeza en ellos.

-Jimmy es mi amigo más antiguo en Brunei -dijo Moratuwa-. No hay nada malo en dos viejos hablando.

-No le creas -repuso Brooke-. Este hombre es un radical peligroso. Quería disolver la monarquía. Y también era consejero privado.

-Jimmy, no vinimos aquí para ser aristócratas. Ésa no es una Acción Justa.

Turner reconoció el término.

-¿Es usted budista?

-Sí. Estuve con el Sardovaya Shramadana, el movimiento tecnológico budista. Jimmy y yo nos conocimos en Sri Lanka, donde nació el Sardovaya.

-Sri Lanka es un buen lugar para rodar vídeos -dijo Brooke-. Yo estaba aún en el negocio del rock, haciendo producciones. Finanzas. Pero me estaba quedando seco. Entonces me encontré con un mitin del Sardovaya y le escuché hablar. ¡Fue terriblemente

excitante! -Brooke sonrió al recordar-. También allí tenía problemas. Incluso hace treinta años, sus prédicas eran demasiado puras para que nadie se sintiera cómodo con ellas.

-No hemos venido a esta tierra a hacer las cosas cómodas para nosotros -citó Moratuwa. Miró a Turner-. Brunei florece ahora, joven. Tenemos las técnicas, la habilidad, la experiencia. ¡Es hora de abrir las puertas de par en par y hacer que la Acción Justa se extienda por toda la Tierra! Brunei fue nuestro invernadero, pero los campos son el ancho mundo exterior.

Brooke sonrió.

-Choi está construyendo los barcos.

-¿Nuestras Arcas Oceánicas? -dijo Moratuwa-. Ah, espléndido.

-He venido con el primer modelo.

-Qué alegre noticia. Nos ha hecho un gran servicio, señor Choi.

-No comprendo -dijo Turner-. No son más que barcos de vela.

Brooke sonrió.

-Para ti, tal vez. Pero imagina que eres un estibador malayo que vive a base de pescado y proteínas. ¿Qué pensarías de un barco que no cuesta nada construir, nada de dirigir, y da comida gratis?

-Oh -dijo Turner lentamente.

-Sus veleros llevarán nuestro mensaje verde por todo el globo -dijo Moratuwa-. Los maestros tenemos un dicho: «Oigo y olvido; veo y recuerdo; hago y comprendo». Predicar simplemente son sólo palabras. Cuando la gente vea nuestros kampongs flotantes atracados en los muelles del mundo, entonces podrán tocar, oler y vivir nuestra vida en esos barcos, entonces comprenderán verdaderamente nuestra Forma.

-¿De verdad cree que funcionará? -dijo Turner.

-Es así como empezó aquí -dijo Moratuwa-. Teníamos libros de texto sobre la granja urbana, textos desarrollados en su Occidente, simples tecnologías que cualquiera puede usar. El edificio de Jimmy fue nuestro primer kampong verde, nuestro modelo de demostración. Encontramos a muchos que nos ayudaron. El paro era grave, como lo es aún por todo el mundo. Pero las manos ociosas pueden colocar claraboyas, cargar abono, construir molinos de viento. No es elegante, pero es comida, comunidad y orgullo.

-Nuestro Partido y los extremistas musulmanes estaban cerca -dijo Brooke-. Ellos querían quemar todo rastro de Occidente..., nosotros queríamos aprovechar lo que se pudiera. Ganamos. La gente pudo ver y tocar el futuro que ofrecíamos. La comida sabe mejor que los sermones.

-Sí, esos pobres musulmanes -dijo Moratuwa-. Aun aquí, después de tantos años. Debes de hablar con el sultán para que dé una amnistía, Jimmy.

-Fusilaron a su hermano delante de su familia -dijo Brooke-. Sería lo vio. Sólo era una niña.

Turner sintió un espasmo de dolor por ella. Nunca se lo había contado.

Pero Moratuwa sacudió la cabeza.

-Los monárquicos fueron demasiado lejos para proteger su poder. Intentaron poner freno a nuestra Forma, controlarla con su adat real. Pero no pueden mantener al mundo eternamente fuera, ni encerrar a aquellos que quieren aire fresco. Sólo se aprisionan a sí mismos. Pregúntele a Seria. -Sonrió-. Buda fue también príncipe, pero dejó su palabra cuando el mundo lo llamó.

Brooke se rió amargamente.

-Los viejos soliviantadores son testarudos. -Miró a Turner-. Este hombre es aún leal a nuestro viejo sueño, toda aquella historia descabellada que está enterrada bajo veinte años. Podría estar fuera de aquí con una sola palabra, si prometiera tranquilizarse y seguir el adat. Es un crimen mantenerle aquí. Pero la familia real no son santos, sino políticos. No pueden permitirse el lujo de la inocencia.

Turner reflexionó tristemente sobre aquello. Advirtió que había encontrado al fantasma bajo los grandes posters del Partido Verde, aquellos ajados sermones de la Tierra Toda enterrados bajo anuncios deportivos y estrellas cinematográficas malayas. Éste era el hombre que había salvado a la familia de Seria, y era aquí donde lo habían metido.

-El sultán no es muy agradecido -dijo.

-No es ése el problema. Verás, a mi amigo no le importa en realidad un comino Brunei. Quiere romper las puertas del invernadero, y no le importan los problemas que cree a los del lugar. No está satisfecho con salvar un país de sello de correos. Tiene el mundo en su conciencia.

Moratuwa sonrió, indulgente.

-Y mi amigo Jimmy tiene al mundo en el terminal de su ordenador. Es un occidental perverso. Ha conservado puros a los nativos, pero él está empapado en whisky y la Red.

Brooke dio un respingo.

-Sí. Ninguno de los dos pertenece realmente aquí. Los dos somos malditos agitadores extranjeros, es cierto. Vinimos juntos. Sus palabras, mi dinero..., pensamos que podíamos cambiar las cosas en todas partes. Brunei iba a ser nuestro laboratorio. Era lo suficientemente pequeño, y desesperado, como para escuchar a un par de chiflados. -Tocó su audífono y miró a Turner, que sonreía-. Tú tampoco eres gran cosa, Choi, ¿sabes? Me equivoqué contigo. Me alegro de que te marches.

-¿Por qué? -preguntó Turner, herido.

-Eres demasiado recto y demasiado problemático. Te analicé a través de la Red hace mucho tiempo..., sé lo de tu abuelo, las drogas y todo el rollo de la Tríada. Pensaba que serías un tipo frío. En cambio, tenías que ser el caballero de brillante armadura..., un maldito robot, eso es lo que eres.

Turner crispó los puños.

-Lamento no haber seguido su programa, viejo bastardo.

-Ella es como una hija para mí -dijo Brooke-. Un rápido revolcón, de acuerdo, todos lo necesitamos, pero tenías que venir como el Príncipe Azul. Bueno, cogerás ese helicóptero mañana, y de vuelta a Babilonia, chico.

-¿Sí? -dijo Turner, desafiante-. ¿Y si no, qué? ¿Me meterá en este sitio?

Brooke sacudió la cabeza.

-No tendré que hacerlo. Piénsalo, mister Choi. Sabes demasiado bien a qué lugar perteneces.

Fue un triste viaje de regreso. Seria se dio cuenta inmediatamente de cuál era su estado de ánimo. Cuando vio su mueca de Poli Malo, su sonrisa desapareció como una polilla en una llama. Sabía que se había acabado. No hablaron mucho. El rugido de las aspas del helicóptero se habría tragado de todas formas las palabras.

El astillero estaba cubierto con el armazón de una enorme Arca Oceánica. Había sido fácil aumentar el proceso con los programas que había cargado. Los trabajadores estaban eufóricos, pero el triunfo que tanto tiempo había esperado se había convertido en cenizas para Turner. Imprimió una carta de dimisión y se la llevó al ministro de industria.

El kampong del ministro estaba aún expandiéndose. Habían cubierto toda una manzana de la ciudad con grandes toldos de plástico transparente que colgaban de las paredes de los edificios como gigantescas telas de araña empapadas de rocío. Las mujeres y los niños rastrillaban casualmente las calles con picos y azadas, levantando el suelo. Las alcantarillas habían sido retiradas y convertidas en largos conductos repletos de berros.

El ministro vivía en una larga tienda de batik de algodón. Echaba la siesta en una hamaca anclada a una pared y atada a un viejo poste.

Turner le despertó.

-Ya veo -bostezó el ministro, calzándose las sandalias-. Enfermedad en la familia, ¿no? Le comprendo. ¿Cuándo regresará?

Turner sacudió la cabeza.

-El trabajo está hecho. Los robots estarán montando barcos desde ahora hasta el día del juicio final.

-Pero aún tiene dos meses por delante. Podría supervisar la línea hasta que estemos seguro de que tenemos todos los problemas solucionados.

-No hay ninguno -dijo Turner. Sabía que era cierto. Construir barcos tan simples era trabajo de monos. Los humanos podrían haberlo hecho.

-Hay mucho trabajo aquí para un hombre de su talento.

-Contraten a otro.

El ministro frunció el ceño.

-Tendré que quejarme a Kyocera.

-Voy a dimitir también con ellos.

-¿Renunciar a su multinacional? ¿Tan pronto en su carrera? ¿Es aconsejable?

Turner cerró los ojos y acopió sus últimos fragmentos de paciencia.

-¿Por qué debería importarme? Tuan ministro, nunca los he visto.

Turner hizo un último trato con los chicos de la Planta 4 y entró en su habitación con una vieja lata llena de cerveza de arroz. La pequeña rejilla en la boquilla era muy conveniente para filtrar los grumos más gruesos. Se sirvió un largo trago y contempló la habitación. Tenía que empezar a empaquetar.

Empezó a despejar las paredes y a arrojar souvenirs sobre la cama, deteniéndose para dar largos tragos de cerveza de arroz caliente. Hacer la maleta resultó dolorosamente simple. No había traído gran cosa. La habitación parecía patética. Tomó más cerveza.

Su bonsai se estaba muriendo. Ahora no había duda. La presión de la diminuta maceta era asesina.

-Pobre hija de puta -le dijo Turner, la voz cargada de autoconmiseración. Movidado por un impulso, rompió la maceta con la bota. Transportó con cuidado el árbol y enterró sus retorcidas raíces en la rica tierra negra de la ventana-. Ya está -dijo, limpiándose las manos en los vaqueros-. ¡Y ahora crece, maldita sea!

Era nuevamente viernes por la noche. Daban otra película gratis en el parque. Turner la ignoró y llamó a Vancouver.

-¿Otra vez sin vídeo? -dijo Georgie.

-Otra vez.

-Me alegro de que hayas llamado. La cosa está mal, Turner. Los primos de Taipei están aquí. Revolotean sobre el viejo como un hatajo de buitres.

-Entonces están en buena compañía.

-¡Jesús, Turner! ¡No digas esas cosas! Mira, el honorable abuelo pregunta por ti todos los días. ¿Cuándo estarás aquí?

Turner miró su agenda.

-He reservado pasaje en un carguero hasta la isla de Labuán. Eso está en territorio malayo. Allí puedo conseguir un avión y llegar hasta Manila. Luego cogeré un reactor de la Japan Air hasta Midway y otro a Vancouver. Eso me hará llegar a las, hum, ocho de la noche del lunes.

-¿Tres días?

-Aquí no hay aviones, Georgie.

-Muy bien, si eso es lo mejor que puedes conseguir. Es una lástima lo de tu vídeo. Mira, quiero que le llames al hospital, ¿vale? Dile que vienes de camino.

-¿Ahora? -dijo Turner, horrorizado.

Georgie explotó.

-¡Estoy harto de poner excusas por ti, tío! ¡Enfréntate a tus malditas obligaciones por una vez! ¡Lo menos que puedes hacer es llamarle y hacer de nieto bueno! Te conectaré desde aquí.

-Sí, tienes razón -admitió Turner-. Lo siento, Georgie, sé que ha sido duro.

Georgie bajó la mirada y pulsó una tecla. Mientras la estática zumbaba, sonó un teléfono, y Turner fue catapultado a la cabecera de su abuelo.

El viejo estaba moribundo. Sus pómulos sobresalían como cuñas, y tenía los labios hinchados y azules. Hileras de monitores parpadeaban junto a su cama. Turner habló en mandarín entrecortado.

-Hola, abuelo. Soy tu nieto, Turner. ¿Cómo estás?

El viejo fijó sus horribles ojos en la pantalla.

-¿Dónde está tu imagen, chico?

-Estoy en Borneo, abuelo. No tienen teléfonos modernos.

-¿Qué clase de sitio es ése? ¿No tienen ningún respeto?

-Es la política, abuelo.

El abuelo Choi frunció el ceño. Un escalofrío de terror recorrió a Turner. Santo Dios, pensó, voy a tener ese aspecto cuando sea viejo.

-No recuerdo haber dado mi permiso para esto -dijo su abuelo.

-Fue hace ocho meses, abuelo.

-Prefieres esos bárbaros a tu propia familia, ¿no es eso?

Turner no dijo nada. El silencio se extendió dolorosamente.

-No son bárbaros -estalló por fin.

-¿Qué dices, chico?

Turner pasó al inglés.

-Son miembros de la Commonwealth británica, como lo era Hong Kong. La mitad son chinos.

El abuelo hizo una mueca y le siguió en inglés.

-¿Por qué te necesitan, entonces?

-Me necesitan porque soy un ingeniero cualificado -dijo Turner, tenso.

Su abuelo miró la pantalla en blanco. De pronto pareció débil, confundido. Habló en chino.

-¿Es algún tipo de truco? El hijo de mi hijo no habla así. ¿Qué son esos aullidos que oigo?

Debajo, la película alcanzaba su climax. Gritos y desgarros viscerales. Entonces todo ardió dentro de Turner.

-¿A qué se parece, viejo? ¿A una guerra de bandas de la Tríada?

Su abuelo se puso pálido.

-Eso es, chico. He acabado contigo.

-Magnífico -dijo Turner, con el corazón desbocado-. Tal vez podamos ser sinceros, sólo por esta vez.

-Mi dinero compró tus pañales, chico.

-Fang-pa -dijo Turner-. Pedo de perro. Has convertido nuestras vidas en un infierno con ese dinero.

Convertiste a mi padre en un borracho y a mi hermano en un lameculos. ¡Es dinero ensangrentado, y no lo aceptaría ni aunque me lo suplicas!

-Hablas mucho chico, pero no das la cara -dijo el viejo. Alzó un arrugado puño, con su vendado brazo conectado a los tubos-. Si estuvieras aquí, te daría una buena paliza.

Turner se rió, aturdido. Se sentía como un héroe.

-¡Viejo fraude! Vamos, dale el dinero a los chicos del tío. Se mearán en tu altar cada día, estúpido viejo bastardo.

-Son buenos chicos, no como tú.

-Te odian a muerte, viejo. Espabila.

-Sí, me odian -admitió el anciano, sombrío. La verdad pareció llenarle de torva satisfacción. Apoyó la cabeza en la almohada como una tortuga en su concha-. Todos quieren más dinero, más, más, más. Tú también lo quieres, chico, no me mientas.

-No lo necesito -dijo Turner vanidosamente-. Aquí no usan dinero.

-Bárbaros. Pero lo necesitarás cuando vuelvas a casa.

-Voy a quedarme aquí -dijo Turner-. Me gusta este sitio. Aquí soy libre, ¿comprendes? ¡Libre del dinero, libre de la familia y libre de ti!

-Muchacho perverso -dijo su abuelo-. Una vez fui como tú. Hice cosas malas para ser libre. -Se sentó en la cama, sonriendo-. Pero al menos ayudé a mi familia.

-Yo nunca podría ser como tú.

-Espera a que acudan a ti con las manos vacías -dijo su abuelo, extendiendo una arrugada palma-. El fin del mundo no podría esconderte de ellos.

-¿Qué quieres decir?

Su abuelo se rió con horrible satisfacción.

-Te dejo todo el dinero, señor Gran Libertad. Veremos qué haces cuando estés en mis zapatos.

-¡No lo quiero! -gritó Turner-. ¡Lo daré todo a caridad!

-No, no lo harás. Pensarás en tu deber para con tu familia, como yo hice. De ahora en adelante, tú te encargarás de ellos, señor Fugitivo, señor Alto y Poderoso.

-¡No lo haré! ¡No puedes!

-Ahora moriré feliz -dijo su abuelo, cerrando los ojos. Se recostó en la almohada y sonrió débilmente-. Vale la pena sólo por ver qué cara ponen.

-¡No puedes obligarme! -chilló Turner-. Nunca volveré, ¿comprendes? Voy a quedarme...

La línea se cortó.

Turner desconectó su teléfono y lo guardó.

Tenía que hablar con Brooke. Él sabría qué hacer. De algún modo, Turner confrontaría a un viejo con otro.

Aún se sentía sorprendido por el giro de los acontecimientos, pero, bajo su confusión, sentía una ardiente confianza. Al menos se había enfrentado a su abuelo. Después de aquello, Brooke sería fácil. Brooke encontraría algún subterfugio en el gobierno bruneiano que le protegería del legado del viejo. Turner se quedaría a salvo en Brooke, Era el mejor lugar del mundo para frustrar a los bancos de la Red Global.

Pero Brooke estaba aún en el río, en su barco.

Turner decidió esperarlo en el muelle. Ardía en deseos de contarle su decisión de quedarse en Brunei definitivamente. Se sentía febril de excitación. Ahora había sacado su vida del programa; todo era diferente. Lo veía todo desde un ángulo nuevo, con los ojos de un bricoleur. Toda su vida esperaba ser aprovechada.

Cogió el chirriante ascensor. En el parque, la gente que había acudido al cine empezaba a marcharse. Turner subió al peditaxi de unos quinceañeros de un kampong del muelle. Se ocupó del primer turno para pedalear, y se bajó a una manzana del muelle que Brooke utilizaba.

Los agrietados embarcaderos de hormigón estaban resguardados bajo un largo tejado de bambú y hojalata. Media docena de barcos de pesca flotaban en los muelles, junto a una vieja draga. El primer barco de Brooke, un decrepito yate de placer, estaba en permanente dique seco, con su motor de gasoil desmontado.

La jefa del kampong del muelle era una regordeta abuela malaya. Sus amigas y ella reparaban velas bajo la luz amarilla de una lámpara de alcohol.

No esperaban a Brooke hasta la mañana. Turner estaba decidido a esperarlo. No había pedido permiso para dormir fuera de su kampong, pero después de una larga serie de

traducciones enmarañadas estableció que los lugareños responderían por él más tarde. Se apartó de la charla de chismorreos malayos y encontró un rincón oscuro.

Se tendió sobre un montón de sacos de arroz, contemplando la oscuridad, incapaz de dormir. Cada vez que cerraba los ojos, su cerebro ejecutaba un intenso monólogo interior, reviviendo su charla con Brooke.

Las mujeres siguieron trabajando, envueltas en el tenue brillo de la lámpara. Se divertían inocentemente, seguras en su utilidad. Sin embargo, Turner sabía que con máquinas el trabajo sería más rápido y más fácil. Ya por reflejo, mientras observaba, un rinconcito de su mente encargaba la tarea a piezas especializadas, pensando: simplificar, analizar, reducir.

Pero, ¿con qué fin? ¿Para qué servía toda la tecnología que había aprendido? Se había hecho ingeniero por razones propias. Porque le ofrecía una escapada, porque el don para ello siempre había estado en su cerebro, sus manos y sus ojos... Por las recompensas que le ofrecía. Libertad, independencia, dinero, las recompensas de Occidente.

Pero, ¿qué control tenía? Las recompensas podían perderse sin aviso. Había visto sucumbir a otros cuando sus especialidades se agotaban. La educación y la formación no eran ninguna defensa. No hoy, cuando el conocimiento de un especialista podía ser programado en un sistema experto computerizado.

¿Estaba realmente más a salvo que estos bruneianos? Una llamada telefónica de treinta minutos volvería obsoletas a estas mujeres..., pero una sociedad que pudiera hacer su trabajo con robots no tendría ninguna utilidad para sus velas. Dentro de su pequeño invernadero, su mundo en miniatura de amables tecnologías, tenían más control que él.

La gente hablaba en occidente de la «élite técnica», y Turner sabía que era una maldita mentira. La tecnología avanzaba a toda marcha con los últimos estertores del petróleo mundial, pero nadie iba realmente al volante. Enormes instituciones, gobiernos y corporaciones por igual, luchaban por el control, pero no podían comprender. No estaban preparados para la tecnología y lo que significaba, para la sólida confianza en un buen diseño.

La «élite técnica» eran niños errantes. No decidían cómo estudiar, en qué trabajar, dónde podían ser más útiles o con qué fin. Lo decidía el dinero. Los técnicos eran poseídos por los abstractos unos y ceros de los microchips de los banqueros, pagados por rufianes con trajes de seda que nunca habían tocado un tornillo. El conocimiento no era poder, no realmente, no para los ingenieros. Había demasiadas abstracciones en el camino.

Pero el don era real. Así se lo había dicho Brooke, y ahora Turner advertía que era cierto. Ésa era la razón de la ingeniería. No por el dinero, porque había más dinero en reciclar papel. No por el poder; ése estaba en la dirección. Por el don en sí mismo.

Se apoyó en la oscuridad, oliendo a alquitrán y polvo de arroz. Por primera vez sentía que comprendía verdaderamente lo que hacía. Ahora que había desafiado a su familia y su pasado, veía su trabajo con una nueva luz. Era algo más grande que su escotilla de escape privada. Era una digna búsqueda por sus propios méritos: una cuestión de dignidad.

Entonces todo empezó a hacerse pedazos, trayendo consigo una sensación de absoluta rectitud. Bostezó, y apoyó la cabeza en el fardo.

Viviría aquí y les ayudaría. Brunei era un mundo nuevo, un mundo construido a escala humana, donde la gente importaba. No, no tenía el relumbrón de un establishment CAD-CAM de moda, con sus toneladas de productos y sus resmas de papel impreso; no tenía aquella dulzura técnica ni su escala heroica.

Pero seguía siendo un buen trabajo. Un hombre no era un ludita porque trabajara para gente en vez de para abstracciones. Las tecnologías verdes demandaban más

inteligencia, más razón, más del auténtico don de los ingenieros. Porque iban en contra de la ciega aceleración de un siglo muerto, con todos sus oxidados monumentos de arrogancia y desperdicios...

Turner se agitó adormilado en la chimante comodidad de los sacos de arroz, en la tenaza debilitada de su epifanía. Dentro de él, un nudo inédito de división y tensión se aflojó, propiciando un alivio nuevo y profundo. Como siempre antes de dormir, sus pensamientos se volvieron hacia Seria. De algún modo, también arreglaría aquello. Todavía no estaba seguro de cómo, pero podía esperar. Era diferente ahora que iba a quedarse. Todo saldría bien. Estaba lanzado.

Ya se quedaba dormido cuando medio oyó los sonidos de la refriega. Un gato del kampong había capturado una rata tras los sacos, y la estaba descuartizando.

Un estibador le despertó por la mañana. Necesitaban el arroz. Turner se sentó, con la boca pastosa por la resaca. Su camiseta y sus vaqueros estaban cubiertos de polvo.

Brooke había llegado. Cargaban su barco de provisiones, sacos de arroz, fruta seca, fertilizantes. Turner, sonriendo, se cargó un saco al hombro y subió la rampa.

Brooke supervisaba la carga desde una silla de lona en la cubierta. No se había afeitado, y tañía nerviosamente una chillona guitarra acústica. Dio un violento respingo cuando Turner soltó el saco a sus pies.

-¡Gracias a Dios que estás aquí! -dijo-. ¡Apártate de la vista! -Agarró a Turner por el brazo y lo llevó al invernadero.

Turner se dejó arrastrar, desconcertado.

-¿Qué demonios? ¿Cómo sabía que iba a venir?

Brooke cerró la puerta del invernadero. Señaló el muelle a través de un cristal empañado.

-¿Ves a ese hombrecillo con el songkak negro?

-¿Sí?

-Es del Ministerio de Bancos Islámicos. Acaba de venir de tu kampong, buscándote. Gran noticia de los gnomos de Zurich. Ahora eres una propiedad importante, muchacho.

Turner cruzó los brazos, desafiante.

-He tomado mi decisión, tu consejero. Renuncié. A todo. Mi familia, Occidente..., no quiero ese dinero. ¡Lo rechazo! Me quedo.

Brooke le ignoró y frotó el cristal con la manga.

-Si meten las garras en tu dinero, nunca saldrás de aquí. -Brooke le miró, sorprendido-. Supongo que no has firmado nada.

Turner hizo una mueca.

-No ha escuchado una palabra de lo que he dicho, ¿verdad?

Brooke se llevó al mano al audífono.

-¿Qué? Estas malditas pilas... Mira, tengo repuestos en mi camarote. Los cogeremos y charlaremos. -Hizo retroceder a Turner, abrió ligeramente la puerta del invernadero y gritó a la tripulación una serie de órdenes en su dialecto dayak-. Vamos -le dijo a Turner.

Salieron por una segunda puerta, recorrieron la cubierta sin ser vistos y bajaron un tramo de escaleras de madera prensada hasta llegar al casco central.

Brooke alzó el cobertor de su cama y sacó un viejo cofre de debajo del colchón. Lo abrió con un tintineante manojito de llaves que guardaba en el bolsillo. Bajo un montón de camisas arrugadas, útiles de afeitado y latas de laca en spray, el cofre estaba lleno hasta arriba de material electrónico de contrabando: cables coaxiales, multiplexores, buffers y conversores, brillantes tarjetas en sus bolsitas selladas, represores multienchufes envueltos en tentáculos de cables negros.

-Cristo -dijo Turner. Oyó un suave golpe cuando el barco se soltó de sus amarras, seguido por un chirrido de poleas mientras la tripulación izaba velas.

Después de una larga búsqueda, Brooke encontró las pilas en una caja esmaltada. Las colocó en su sitio.

-Admítalo -dijo Turner-. Se ha sorprendido de verme, ¿no? ¿Aún piensa que se equivocó conmigo?

Brooke parecía aturdido.

-¿Sorprenderme? ¿No recibiste el mensaje de Seria a través de la Red?

-¿Qué? No. Dormí en el muelle anoche.

-¿Te perdiste el mensaje? -dijo Turner. Se lo pensó mejor-. ¿Por qué estás aquí, entonces?

-Dijo que podría ayudarme si alguna vez tenía problemas de dinero. Bien, ahora los tengo. Tiene que idear algún medio para librarme de esa herencia bancaria. Sé que no lo parece, pero he roto con mi familia definitivamente. Voy a quedarme aquí, para intentar arreglar las cosas con Seria.

Brooke frunció el ceño.

-No comprendo. ¿Quieres quedarte con Seria?

-¡Sí, aquí en Brunei, con ella! -Turner se sentó en la cama y agitó apasionadamente los brazos-. Mire, sé que le dije que Brunei no era más que una burbuja de cristal aislada del mundo y todo eso.

¡Pero ahora he cambiado! Me lo he pensado mejor, y comprendo. ¡Brunei es importante! Es pequeña, pero son las ideas las que cuentan, no el tamaño. Puedo conseguir adaptarme, encajaré y..., lo dijo usted mismo.

-¿Qué hay de Seria?

-Oh, es una parte -admitió Turner-. Sé que nunca dejaré este lugar. Yo puedo desafiar a mi familia y eso no es gran cosa, pero ella pertenece a la realeza. No dejaré este lugar, igual que usted no abandonará su dinero. Los dos están atrapados aquí. Muy bien. Puedo aceptarlo. -Turner alzó la cabeza, la cara brillante de determinación-. Sé que las cosas no serán fáciles para Seria y para mí, pero soy yo quien tiene que hacer el sacrificio. Alguien tiene que hacer el gran gesto. Bueno, pues lo mismo da que sea yo.

Brooke guardó silencio por un momento, luego le dio una palmada en el hombro.

-Éste que veo es un Turner nuevo. Así que te enfrentaste al viejo traficante de drogas, ¿eh? ¡Eres todo un héroe!

Turner se sintió avergonzado.

-Vamos, Brooke.

-Y renunciaste a todo ese dinero, también.

Turner se frotó las manos, rechazando la idea.

-Estoy harto de que me manipulen viejos chalados.

Brooke se frotó la barbilla sin afeitarse y sonrió.

-Chico, tienes mucho que aprender. -Se dirigió a la puerta-. Pero no hay problema, no has hecho daño a nadie. Todo saldrá bien. Subamos a cubierta y asegurémonos de que no hay moros en la costa.

Turner siguió al viejo a su silla de lona junto a la barandilla de bambú. El barco recorría rápidamente un canal entre orillas fangosas. Ya habían dejado el muelle y avanzaban paralelamente a una costa cubierta de mangles. Brooke se sentó y sacó unos prismáticos. Observó la ciudad con ellos.

Turner se sintió eufórico al ver cómo las triples quillas cortaban el agua. Sonrió mientras dejaban atrás la primera plataforma petrolífera. Parecía un buen lugar para pescar.

-Sobre ese banco -dijo-. Tenemos que enfrentarnos a ellos tarde o temprano..., ¿de qué nos sirve?

Brooke sonrió sin soltar sus prismáticos.

-Chico, llevo planeando este día desde hace mucho tiempo. He puesto una vela a Dios y otra al diablo. Pero, eh, no soy orgulloso, puedo adaptarme. Me has causado un montón

de problemas metiéndote con esas malditas botas tuyas en sitios donde los ángeles no se atreverían a pisar. Pero por fin he encontrado una forma de tratar contigo. Turner, voy a hacerte reaprovechar tu vida.

-¿Eso cree? -dijo Turner. Se acercó-. ¿Qué está buscando, por cierto?

Brooke suspiró.

-Helicópteros. Patrulleras.

Turner tuvo un súbito destello aterrador.

-Se marcha de Brunei. ¡Deserta! -Miró a Brooke-. ¡Hijo de puta! ¡Y me ha dejado a bordo! -Se agarró a la barandilla, y luego empezó a quitarse las botas, dispuesto a saltar por la borda.

-¡No seas estúpido! -dijo Brooke-. ¡La meterás en un montón de problemas! -Bajó los prismáticos-. Oh, Cristo, ahí viene Omar.

Turner siguió su mirada y divisó el helicóptero que se alzaba como un insecto sobre las distantes olas.

-¿Dónde está Seria?

-Mira a proa.

-¿Quiere decir que está aquí? ¿También se marcha? -Corrió por la resonante cubierta.

Seria llevaba pantalones de marinero y una manchada camisa de nilón. Estaba instalando en la cubierta, con la ayuda de dos miembros de la tripulación, una antena parabólica en una placa de hierro. Se había cortado el pelo teñido; le miró, y por un momento Turner vio a una desconocida. Entonces su cara cambió y adquirió un aspecto familiar.

-Pensaba que nunca volvería a verte, Turner. Por eso tuve que hacerlo.

Turner le sonrió cariñosamente, demasiado abrumado al principio por la alegría para darse cuenta de lo que ella había dicho.

-¿Hacer qué, ángel?

-Intervenir tu teléfono, naturalmente. Lo hice porque estaba celosa, al principio. Tuve que asegurarme. Ya sabes. Pero cuando supe que te marchabas, bueno, tenía que oír tu voz por última vez. Y así escuché tu charla con tu abuelo. ¿Estás enfadado conmigo?

-¿Interviniste mi teléfono? ¿Lo oíste todo?

-Sí, querido. Estuviste magnífico. Creí que nunca lo harías.

-Bueno -dijo Turner-, yo tampoco pensaba que tú fueras a hacer una cosa así.

-Alguien tenía que hacer el gran gesto. Me correspondía a mí, ¿no? Pero si te lo expliqué todo en el mensaje.

-Entonces, ¿estás desertando? ¿Dejas a tu familia? -Turner se arrodilló junto a ella, aturdido. Mientras se debatía por hacer que todo encajara, sus ojos se posaron en una tuerca torcida en la base de la antena. Recogió ausente una llave inglesa-. Déjame echarte una mano con esto -dijo, por puro reflejo.

Seria se chupó un nudillo despellejado.

-No recibiste mi último mensaje, ¿verdad? ¡Viniste por tu cuenta!

-Bueno, sí. Decidí quedarme. Ya sabes. Contigo.

-¡Y ahora te estamos secuestrando! -rió ella-. ¡Qué romántico!

-¿Brooke y tú os marcháis juntos?

-No soy sólo yo, Turner. Mira.

Brooke se acercaba a ellos, y le acompañaba el doctor Moratuwa, vestido con unos bermudas de color azafrán y una camiseta.

-Oh, no -dijo Turner. Soltó la llave de golpe.

-Ahora ves por qué tuve que marcharme, ¿no? -dijo Seria-. Mi familia le encerró. Tuve que romper el adat y ayudar a Brooke a ponerle en libertad. Era mi obligación, mi dharma.

-Supongo que tiene sentido -dijo Turner-. Pero va a llevarme un rato encontrarlo, eso es todo. ¿No podías haberme avisado?

-¡Lo intenté! ¡Te escribí en la Red! -Ella vio que él estaba abatido, y le apretó la mano-. Supongo que los planes se deshicieron. Bueno, podemos improvisar.

-Buenos días, señor Choi -dijo Moratuwa-. Es muy valiente por su parte venir con nosotros. Fue un gesto galante.

-Gracias -respondió Turner. Inspiró profundamente. Así que se marchaban todos. Era un shock, pero podía enfrentarse a él. Tendría que empezar desde el principio y verlo todo desde un ángulo distinto. Al menos Seria estaba aquí.

Ahora se sintió un poco mejor. Empezaba a tenerlo todo bajo control.

Moratuwa suspiró.

-Y ojalá hubiera salido bien.

-Ahí viene tu hermano -le dijo Brooke sombríamente a Seria-. Recuerda que todo fue culpa mía.

Tenían buen viento de popa, pero el helicóptero del príncipe heredero era más rápido, y su zumbido se convirtió pronto en un rugido. Un gurka de palacio, montado sobre el ancho flotador naranja, acariciaba una metralleta. Los entorchados dorados de su uniforme se agitaban con el viento de los rotores.

El helicóptero circuló una vez el barco.

-Se acabó -dijo Brooke-. Bueno, al menos no es una patrullera con esos malditos misiles Exocet. Con la princesa a bordo, se trata de un asunto de familia. Lo silenciarán todo. Siempre se puede contar con el adat -Palmeó a Moratawa en el hombro-. Parece que conseguiste un compañero de celda después de todo, viejo.

Seria lo ignoró. Miraba hacia el cielo ansiosamente.

-Pobre Omar -dijo. Se hizo bocina con las manos-. ¡Hermano, ten cuidado! -gritó.

El copiloto del príncipe le tendió un altavoz al guardia. Éste lo cogió y empezó a gritar una advertencia.

El tono de los motores del helicóptero cambió súbitamente. Columnas de humo marrón brotaron de los escapes cromados. El príncipe viró bruscamente, luchando con los controles. El guardia, perdido el equilibrio, cayó de cabeza al océano. La tripulación dayak, que esperaba la orden de plegar velas, empezó a reírse estentóreamente.

-¿Qué demonios? -dijo Brooke.

El helicóptero se posó bruscamente en el agua, balanceándose con la estela del barco. Chisporroteando humo color caramelo, sus motores se apagaron con un chirrido horrible. El barco siguió navegando. Observaron en silencio cómo el empapado guardia nadaba lentamente y se agarraba al flotador del helicóptero.

Brooke alzó los ojos al cielo.

-Señor Buda, perdona mis dudas...

-Azúcar -dijo Seria tristemente-. Puse una bolsita de azúcar en el tanque de combustible. Estropeé su hermoso helicóptero. Pobre Omar, ama realmente esa máquina.

Brooke la miró, y luego estalló en una carcajada. Regiamente, Seria le ignoró. Contempló la costa, los ojos brillantes.

-Adiós, Brunei. Ahora no puedes retenernos.

-¿Adonde vamos? -preguntó Turner.

-A Occidente -respondió Moratuwa-. Las Arcas Oceánicas se extenderán durante muchos años. Debo dar ejemplo llevando la noticia al mayor centro global de industria insostenible.

Brooke hizo una mueca.

-Se refiere a Norteamérica.

-Empezaremos por Hawaii. También es tropical, y nuestra experiencia se aplicará allí rápidamente.

-Espere un momento -dijo Turner-. ¡Le he dado la espalda a todo eso! Mire, rechacé una fortuna para poder quedarme en Oriente.

Seria le cogió el brazo, sonriendo radiante.

-Eres un soñador, querido. Qué gesto tan maravilloso. Te quiero, Turner.

-Mira -dijo Brooke-. Yo he dejado atrás mi edificio, mi título de nobleza y todos mis viejos amigos. Soy mayor que tú, así que mis gestos románticos van primero.

-Pero todo estaba decidido. Iba a ayudarles en Brunei. Tenía ideas, planes. Ahora nada tiene sentido.

Moratuwa sonrió.

-El mundo no se construye con sus planos, joven.

-¿Con los de quién, entonces? -preguntó Turner-. ¿Con los suyos?

-En realidad, con los de nadie -dijo Brooke-. Tendremos que hacer lo mejor que podamos con lo que nos salga. Bricolage, ¿recuerdas? -Extendió los brazos-. Pero es un mundo de locos, chico. Te ganamos en número. Coches veloces y shock del futuro y ese caluroso viaje a Occidente..., eso es otro siglo. Nos gustan los días lentos al sol. Nos gusta un lugar al que pertenecer y cosas amables a nuestro alrededor. -Sonrió-. Bien, estás un poco liado ahora, pero para cuando lleguemos a Hawai ya te habrás calmado. Hay un montón de trabajo por hacer. ¡Serás uno de nosotros! -Señaló la antena parabólica-. Montaremos esta cosa, y lo primero que haremos será llamar a tu banco.

-Es un buen mundo para nosotros, Turner -dijo Seria urgentemente-. Ni del todo Oriente ni del todo Occidente..., como nosotros dos. Fue hecho para nosotros, es lo que hacemos mejor. -Le abrazó.

-Escapaste -dijo Turner. Nadie había contado jamás lo que sucedía después de que la Bella Durmiente despertase.

-Sí, me liberé -dijo ella, abrazándole con más fuerza-. Y te tengo conmigo.

Turner miró a Brunei, hundido en verdes mangles calientes y cálido barro. Lentamente, pudo sentir la verdad de todo aquello deslizarse junto a él como una especie de ambiguas arenas movedizas. Iba a encajar. Podía ver su futuro extenderse ante él, limpio y predestinado, como cincuenta años de feliz lenguaje máquina.

-Tal vez quería esto -dijo por fin-. Pero seguro que no era lo que había planeado.

Brooke se echó a reír.

-Mira, vas rumbo a Hawai, con una princesa y ocho millones de dólares. Tendrás que apañártelas de algún modo.

FANTASMA

Para Rudy Rucker

El fantasma salía de la órbita, con dirección; Washington, D.C., y se sentía magnífico. Se retorció convulsivamente en su asiento, haciendo muecas ante el alegre rojo vivo de las alas de la lanzadera.

Muy por debajo, el brillo innatural de los bosques alterados genéticamente mostraba las tenues cicatrices de antiguas carreteras y alambradas. El fantasma pasó sus largos dedos, estrechos y ágiles, por las raíces de su corto pelo, rizado y azul. No tomaba tierra desde hacía diez meses. La sensación volátil de la órbita zaibatserial se desprendía fría y crujiente como la piel de una serpiente.

La lanzadera deceleró cruzando los 4 mach con un débil y delicioso temblor. El fantasma se rebulló en su asiento y dirigió una larga mirada verde y oblicua, más allá del plutócrata que dormía en el asiento de al lado, a la mujer frente al pasillo. Ella tenía esa fría expresión ansiosa zaibatserial y aquellos ojos huecos y vidriosos..., parecía que la gravedad le daba ya problemas, había pasado demasiado tiempo flotando en aquellos ejes de rotación zaibatseriales de baja gravedad. Pagaría por ello cuando aterrizaran,

cuando tuviera que restregar toda esa belleza de cama de agua en cama de agua, como una presa indefensa... El fantasma se miró las manos, que se retorcieron inconscientemente en su regazo. Las alzó y combatió la tensión en ellas. Manos tontas...

Los bosques del Maryland Piedmont pasaban como vídeos verdes. Washington y los laboratorios de ADN recombinado de Rockville, Maryland, estaban a 1.080 limpios segundos de distancia. El fantasma no pudo recordar cuándo se había divertido tanto. Dentro de su oreja derecha el ordenador susurraba, susurraba...

La lanzadera se posó en la pista reforzada, y el servicio del aeropuerto la cubrió de fría espuma. El fantasma desembarcó, agarrando su maleta.

Un helicóptero del aparato de seguridad privada de la corporación Replicón le aguardaba. Mientras le transportaba al CG de Replicón en Rockville, el fantasma tomó una copa, temblando un poco ante el impacto intuitivo de los mudos paradigmas del interior del helicóptero. Las técnicas que había aprendido en el campamento de espionaje zaibatserial rezumaban en su cerebro como retrospectivas psicópatas. Bajo el impacto de la gravedad, el aire fresco y el cómodo asiento, secciones enteras de su personalidad se corrompían inmediatamente.

Era tan dulce y fluido como el corazón de un melón podrido. Esto era la fluidez, resbaladiza como la grasa, cierto... Actuando intuitivamente, abrió su maleta, sacó un peine mecánico de una funda y le pasó por encima la uña iridiscente de su pulgar derecho. El tinte negro de los vibrantes dientes del peine tranquilizó y oscureció su gorro azul zaibatserial.

Desenchufó el pequeño aparato inserto en el nervio auditivo de su oreja derecha y se quitó el pendiente ordenador. Tarareando para así cubrir las pausas de sus susurros, abrió un maletín plano unido a la maleta y colocó el pendiente minicomp en su sitio. Dentro del maletín había otros siete, pequeños globos enjovados con circuitos en microminiatura, repletos de avanzado software. Cogió otro y lo enganchó en su pálido lóbulo. El pendiente le susurró sobre sus capacidades, por si las había olvidado. Escuchó sin prestarle toda su atención.

El helicóptero aterrizó sobre el emblema de Replicón del edificio de cuatro plantas que componía la sede. El fantasma se dirigió al ascensor. Mordisqueó un trozo de piel junto a su uña y lo depositó en la ranura de un analizador de biopsias, luego se balanceó sobre sus nuevos talones, sonriendo, mientras era sopesado, estudiado y medido por medio de cámaras y sonar.

La puerta del ascensor se abrió. El fantasma entró en él, mirando tranquilamente hacia delante, feliz como una sombra. La puerta volvió a abrirse, y salió a un vestíbulo de ricos paneles y entró en la oficina del jefe de seguridad de Replicón.

Dio sus credenciales al secretario y se balanceó sobre sus talones mientras el joven los suministraba a su ordenador de la mesa. El fantasma entornó sus estrechos ojos verdes: el hilo musical de la corporación le empapaba como un baño caliente.

El jefe de seguridad era todo pelo gris acerado y arrugas bronceadas y grandes dientes de cerámica. El fantasma se sentó y se quedó flaccido como la cera mientras las vibraciones del hombre le rociaban. El hombre borboteaba con ambición y corrupción como un barril corroído lleno de residuos químicos.

-Bienvenido a Rockville, Eugene.

-Gracias, señor -dijo el fantasma. Se enderezó en su asiento, abarcando la coloración depredadora del hombre-. Es un placer.

El jefe de seguridad miró cuidadosamente una pantalla de datos cubierta.

-Viene usted muy bien recomendado, Eugene. Tengo aquí datos sobre dos de sus operaciones para otros miembros de la Síntesis. En el caso de los Piratas Gilí de Amsterdam destacó bajo una presión que habría destrozado a un agente normal.

-Fui el primero de mi clase -dijo el fantasma, sonriendo inocentemente. No recordaba nada del caso de Amsterdam. Había sido anulado, borrado por el Velo. El fantasma miró plácidamente un cuadro kakemono japonés.

-No es frecuente que aquí en Replicón reclutemos la ayuda de su aparato zaibatserial -dijo el jefe-. Pero nuestro cártel ha recibido autorización para una operación muy especial por parte de la junta coordinadora de la Síntesis. Aunque no es usted miembro de la Síntesis, su entrenamiento zaibatserial avanzado es crucial para el éxito de la misión.

El fantasma sonrió blandamente, agitando la punta de su zapato decorado. Hablar de lealtades e ideologías le aburría. Le preocupaba muy poco la Síntesis y sus ambiciosos esfuerzos para unir el planeta bajo una red cibernético-económica.

Incluso sus sentimientos sobre sus zaibatseries nativas no eran tanto «patriotismo» como la especie de cálido aprecio que el gusano siente por el corazón de la manzana. Esperó a que el hombre llegara al grano, sabiendo que su ordenador pendiente reproduciría más tarde la conversación si pasaba algo por alto.

El jefe jugueteó con un lápiz electrónico, reclinado en su silla.

-No ha sido fácil para nosotros enfrentarnos al fermento de los años postindustriales -dijo-, observar a un cerebro implacable entrar en las fábricas orbitales, mientras la superpoblación y la contaminación sacudían el planeta. Ahora nos encontramos con que no podemos unir las piezas sin la ayuda de ustedes, los orbitales. Espero que pueda apreciar nuestra postura.

-Perfectamente -dijo el fantasma. Usando su entrenamiento zaibatserial y las ventajas del Velo, no era difícil ponerse en la piel del hombre y ver a través de sus ojos. No le gustaba mucho, pero no era difícil.

-Las cosas se están apaciguando ahora, ya que la mayoría de los grupos locos se han matado entre sí o han emigrado al espacio. La Tierra no puede permitirse la variedad cultural que tienen ustedes en sus ciudades-estado orbitales. La Tierra debe unir sus fuerzas restantes bajo la égida de la Síntesis. Las guerras convencionales han acabado de una vez y para siempre. Ahora nos enfrentamos a una guerra de estados mentales.

El jefe empezó a jugar, ausente, con el lápiz óptico sobre una conveniente videopantalla.

-Una cosa es tratar con grupos criminales, como los Piratas Gilí, y otra completamente distinta enfrentarse a esos, hum, cultos y sectas que se niegan a unirse a la Síntesis. Desde la disminución de población del año 2000, grandes secciones del mundo subdesarrollado se han dedicado a procrear... Esto se cumple especialmente en América Central, al sur de la República Popular de México... Es ahí donde nos enfrentamos a un culto disidente que se autodenomina Resurgir Maya. Los sintéticos nos enfrentamos a un estado mental cultural, lo que su aparato, Eugene, llamaría un paradigma, que se opone directamente a todo lo que une la Síntesis. Si podemos detener a este grupo antes de que se solidifique, todo saldrá bien. Pero si su influencia continúa extendiéndose, puede provocar militancia entre la Síntesis. Y si nos vemos obligados a recurrir a las armas, nuestra frágil concordancia se hará pedazos. No podemos permitirnos una remilitarización, Eugene. No podemos permitirnos esas sospechas. Necesitamos todo lo que nos queda para continuar luchando contra el desastre ecológico. Los mares aún suben de nivel.

El fantasma asintió.

-Quiere que los desestabilice. Que haga insostenible su paradigma. Que provoque el tipo de disonancia cognitiva que haga que se desmoronen desde dentro.

-Sí -dijo el jefe de seguridad-. Es usted un agente probado. Hágalos pedazos.

-¿Y si es necesario utilizar armas prohibidas...? -dijo el fantasma delicadamente.

El jefe palideció, pero apretó los dientes y dijo valerosamente:

-Replicón no debe aparecer implicada.

El pequeño zepelín solar tardó cuatro días en recorrer la distancia entre los diques de Washington D.C. y el Golfo de Honduras. El fantasma viajaba solo, en un vuelo cerrado. Pasó la mayor parte del trayecto en estado semiparalizado, con el constante susurro de su ordenador tomando el lugar del pensamiento consciente.

Por fin, el programa del zepelín le llevó a una sección grisácea de bosques tropicales cerca del muelle de Nueva Belice. El fantasma bajó por un cable hasta una firme plataforma junto a la tierra calcinada de los muelles. Agitó los brazos alegremente a la tripulación de una goleta de tres mástiles, que habían sido despertados de su siesta por su silenciosa llegada.

Era bueno volver a ver a gente. Cuatro días con sólo su yo fragmentario por compañía habían hecho que el fantasma se sintiera ansioso.

El calor era sofocante. Cajas de madera llenas de plátanos se pudrían olorosamente en el muelle.

Nueva Belice era una ciudad pequeña y triste. Su progenitora, la Antigua Belice, estaba sumergida a varios kilómetros en el mar Caribe, y Nueva Belice había sido levantada rápidamente a partir de los residuos. El centro de la ciudad era uno de los geodomas prefabricados que la Síntesis usaba como sede en sus concesiones corporativas. El resto de la ciudad, incluso la iglesia, se agarraba al borde del domo como las chozas de los aldeanos en torno a una fortaleza medieval. Si el mar subía, el domo se movería fácilmente, y las estructuras nativas se hundirían con el resto.

A excepción de sus perros y sus moscas, la ciudad dormía. El fantasma se encaminó por una calle fangosa cubierta por un piso de troncos. Una mujer amerindia con un chal sucio le observó desde su carnicería junto a una de las compuertas del domo. Apartó las moscas del cadáver colgante de un cerdo con un abanico hecho con una hoja de palmera y, cuando los ojos del fantasma se clavaron en los suyos, éste sintió un destello paradigmático de su aturdida miseria e ignorancia, como si pisara una anguila eléctrica. Era algo extraño, intenso y nuevo, y su dolor estupefacto no significaba absolutamente nada para él, excepto su novedad; de hecho, apenas podía contenerse para no saltar por encima de su sucio mostrador y abrazarla. Quería meter las manos bajo su larga blusa de algodón y deslizar su lengua en su boca arrugada; quería meterse bajo su piel y desprenderla como una serpiente... ¡Huau! Se sacudió y entró en la compuerta.

Dentro olía a Síntesis, comprimida y sabrosa como el aire en una campana de buceo. No era una cúpula grande, pero no hacía falta mucho espacio para la información moderna. La planta inferior del domo estaba dividida en oficinas de trabajo con los teclados de costumbre, decodificadores vocales, traductores, videopantallas y canales de comunicación para satélites y correo eléctrico. El personal comía y dormía arriba. En esta estación en concreto, la mayoría eran japoneses.

El fantasma se secó el sudor de la frente y le preguntó en japonés a una secretaria dónde podría encontrar al doctor Emilio Flores.

Flores dirigía una clínica de salud semiindependiente que había escapado sospechosamente al control sintético. El fantasma fue obligado a tomar asiento en la sala de espera del doctor, donde jugó a antiguos videojuegos sobre una vieja pantalla gastada.

Flores tenía una interminable clientela de cojos, tartamudos, enfermos y descompuestos. Los habitantes de Belice parecían asombrados por el domo y se movían tentativamente, como temiendo romper las paredes o el suelo. El fantasma los encontró interesantes. Estudió sus enfermedades (la mayoría enfermedades de la piel, fiebres e infestaciones parasitarias, con un goteo de heridas sépticas y fracturas) con ojo analítico. Nunca había visto a gente tan enferma. Trató de encandilarlos con su habilidad con los videojuegos, pero ellos prefirieron murmurar entre sí en dialecto inglés o acurrucarse tiritando bajo el aire acondicionado.

Por fin permitieron al fantasma ver al doctor. Flores era un hispano bajo y calvo que llevaba la típica bata blanca de médico. Miró al fantasma de arriba abajo.

-Oh -dijo-. He visto su enfermedad antes, joven. Quiere viajar. Al interior.

-Sí -respondió el fantasma-. A Tikal.

-Tome asiento.

Se sentaron. Tras la silla de Flores, un resonador nuclear magnético hacía tic-tac y parpadeaba para sí.

-Déjeme adivinar -dijo el doctor, entrelazando los dedos-. El mundo le parece un callejón sin salida, joven. No pudo conseguir graduarse o pasar el entrenamiento para emigrar a las zaibatseries. Y no puede soportar la idea de malgastar su vida limpiando un mundo que sus antepasados arruinaron. Teme una vida bajo la bota de los grandes cárteles y corporaciones que vacían su alma para llenar sus bolsillos. Anhela una vida más simple. Una vida del espíritu.

-Sí, señor.

-Tengo aquí las instalaciones necesarias para cambiarle el pelo y el color de la piel. Incluso puedo conseguir los suministros que le darán una probabilidad decente de atravesar la jungla. ¿Tiene el dinero?

-Sí, señor. Banco de Zurich. -El fantasma sacó una tarjeta de crédito electrónica.

Flores insertó la tarjeta en una ranura de su escritorio, estudió la lectura y asintió.

-No le decepcionaré, joven. La vida entre los mayas es dura, especialmente al principio. Le romperán y le remodelarán exactamente como quieran. Ésta es una tierra amarga. El siglo pasado esta zona cayó en manos de los Santos Depredadores. Algunas de las enfermedades que los Depredadores liberaron aún están activas. El Resurgir es heredero del fanatismo depredador. Ellos también son asesinos.

El fantasma se encogió de hombros.

-No tengo miedo.

-Odio matar -dijo el doctor-. Al menos, los mayas son sinceros, mientras que la política de costes por beneficios de los sintéticos ha hecho presa en toda la población. Los sintéticos no me garantizarán fondos de ningún tipo para prolongar la vida de los llamados tipos no supervivientes. Así que comprometo mi honor aceptando el dinero de los desertores sintéticos, y financio mis caridades con traición. Soy de nacionalidad mexicana, pero aprendí mi profesión en una universidad de Replicón.

El fantasma se sorprendió. No sabía que aún hubiera una «nación» mexicana. Se preguntó quién sería el dueño de su gobierno.

Los preparativos requirieron ocho días. Las máquinas de la clínica, bajo la dirección de Flores, tiñeron la piel y los iris del fantasma y reestructuraron las arrugas bajo sus ojos. Lo vacunaron contra los brotes locales e inducidos artificialmente de malaria, fiebre amarilla, tifus y dengue. Nuevas formaciones de bacterias fueron introducidas en su vientre para evitar la disentería, y le dieron vacunas para prevenir reacciones alérgicas contra las inevitables mordeduras de garrapatas, pulgas, niguas y, sobre todo, carcomas parásitas.

Cuando llegó el momento de despedirse del doctor, el fantasma se echó a llorar. Mientras se frotaba los ojos, presionó con fuerza su pómulo izquierdo. Se produjo un chasquido dentro de su cabeza y su nariz empezó a moquear. Con cuidado, pero sin preocupación, se sonó en un pañuelo. Cuando le estrechó la mano a Flores al despedirse, presionó la tela húmeda contra la piel del médico. Dejó el pañuelo sobre la mesa.

Cuando el fantasma y sus mulas abandonaron los campos de trigo y entraron en la jungla, las toxinas esquizofrénicas habían hecho efecto y la mente del doctor se había hecho añicos como un vaso caído.

La jungla de Guatemala no era un lugar agradable para un orbital. Era un enorme cenagal de hierbas crecidas que conocía al hombre desde hacía mucho tiempo. En el siglo XII había sido cauterizada por los campos de trigo irrigados de los mayas originales. En los siglos xx y xxi había sido introducida a la siniestra lógica de los bulldozers,

lanzallamas, defoliadores y pesticidas. Cada vez, con la muerte de sus opresores, la jungla había regresado, más desagradable y más desesperada que antes.

La jungla había sido hollada por los senderos de leñadores y chicleros que buscaban caoba y gomorresina para el mercado internacional. Ahora no existían aquellos senderos, porque no quedaban ese tipo de árboles.

Éste no era el bosque primigenio. Era un artefacto humano, como los pavos de dióxido de carbono alterados genéticamente que se criaban en hileras industriales en los bosques sintéticos de Europa y Norteamérica. Estos árboles eran la avanzadilla de una sociedad ecológica arrasada y desordenada: estramonio, mesquite, coles, lianas serpenteantes. Se habían tragado ciudades enteras, e incluso, en ocasiones, refinerías petrolíferas enteras. Las hinchadas poblaciones de loros y monos, privados de sus depredadores naturales, hacían las noches imposibles.

El fantasma comprobaba constantemente suposición vía satélite y no corría peligro de perderse. No se estaba divirtiendo. Eliminar al pícaro humanitario había sido fácil de disfrutar. Su destino era la siniestra hacienda del millonario americano del siglo XX John Augustus Owens, no el cuartel general del trust cerebral de los mayas.

Los techos de estuco curvado de las pirámides de Tikal eran visibles desde la copa de los árboles a cuarenta kilómetros de distancia. El fantasma reconoció el trazado de la ciudad Resurgente por las fotografías tomadas desde los satélites. Viajó hasta que oscureció y pasó la noche en la iglesia derruida de una aldea comida por la vegetación. Por la mañana, mató sus dos mulas y continuó a pie.

La jungla que se extendía ante Tikal estaba llena de rastros de cazadores. A un kilómetro de la ciudad, el fantasma fue capturado por dos centinelas armados con porras claveteadas de obsidiana y rifles automáticos de finales del siglo XX.

Sus guardias eran demasiado altos para ser mayas auténticos. Probablemente eran reclutas exteriores y no los indios guatemaltecos nativos que componían el núcleo de la población de la ciudad. Sólo hablaban maya, mezclado con español distorsionado. Con la ayuda de su ordenador, el fantasma empezó a sorber ansiosamente su lenguaje, mientras se quejaba tentativamente en inglés. El Velo daba talento para los idiomas. Ya había aprendido y olvidado más de una docena.

Le ataron los brazos a la espalda y le registraron en busca de armas, pero por lo demás no le hicieron daño. Sus captores marcharon por un complejo suburbano de casas con techos de paja, campos de trigo y pequeños jardines. Los pavos revoloteaban y gorgoteaban entre sus piernas. Lo entregaron a los teócratas en una elaborada oficina de madera al pie de una de las pirámides secundarias.

Allí le interrogó un sacerdote, que se quitó un tocado y un plato de jade de los labios para asumir la pintoresca falta de vida del burócrata. El inglés del sacerdote era excelente, y sus modales tenían el tono remoto inculcado y la asunción casual del poder total que sólo puede producir la larga familiaridad con las estructuras de poder a escala industrial. Con éxito inmediato, el fantasma se hizo pasar por un desertor de la Síntesis, en busca de los llamados «valores humanos» que la Síntesis y las zaibatseries habían rechazado por obsoletos.

Fue escoltado hasta los escalones de piedra de la pirámide y encerrado cerca de la cima en una pequeña celda de piedra. Le dijeron que su integración en la sociedad maya se produciría solamente cuando se hubiera vaciado de viejas falsedades y se hubiera limpiado y renacido. Mientras tanto, le enseñarían el lenguaje. Le instruyeron que observara la vida diaria de la ciudad y esperara una visión.

Las ventanas de la celda proporcionaban una espléndida visión de Tikal. Cada día se llevaban a cabo ceremonias en la más grande de las pirámides; los sacerdotes subían como sonámbulos sus empinados escalones, y calderos de piedra lanzaban negras columnas de humo al implacable cielo guatemalteco. Tikal contenía casi a cincuenta mil personas, un número enorme para una ciudad preindustrial.

Al amanecer, el agua chispeaba en una reserva excavada a mano al este de la ciudad. Al atardecer, el sol se ponía en la jungla tras un cenote sagrado o pozo de los sacrificios. A unos cien metros del cenote había una pequeña pero elaborada pirámide de piedra, vigilada por hombres con rifles, que había sido erigida sobre el refugio a prueba de bombas del millonario americano, Owens.

Cuando el fantasma estiraba el cuello y se asomaba por entre los barrotes, podía ver las entradas y salidas de los sacerdotes de más alto rango de la ciudad.

La celda se puso a trabajar en él desde el primer día. La combinación de su entrenamiento fantasma, el Velo y su ordenador le protegieron, pero observó las técnicas con interés. Durante el día era golpeado con ocasionales estampidos subsónicos, que sobrepasaban el oído y se clavaban en el sistema nervioso, provocando desorientación y miedo. De noche, altavoces ocultos usaban técnicas de adoctrinamiento hipnogógicas, sobre todo a las tres de la madrugada, cuando la resistencia biorrítica era menor. Por la mañana y por la tarde, los sacerdotes cantaban en voz alta en la cima del templo, usando repeticiones tipo mantra tan viejas como la propia humanidad. Combinado con la leve privación sensorial de la cámara, su efecto era poderoso. Después de dos semanas de tratamiento, el fantasma se encontró cantando sus lecciones de lenguaje con una facilidad que parecía mágica.

A la tercera semana, empezaron a drogar su comida. Cuando las cosas empezaron a girar y a dibujar pautas unas dos horas después del almuerzo, el fantasma advirtió que no se enfrentaba a la habitual excitación vibratoria de los subsónicos sino a una poderosa dosis de psilocibina. Las drogas psicodélicas no eran las favoritas del fantasma, pero anuló la dosis sin mucha dificultad. El peyote del día siguiente fue considerablemente más difícil; pudo saborear sus amargos alcaloides en sus tortillas y judías negras, pero comió de todas formas, sospechando que estaban monitorizando sus movimientos. El día pasó lentamente, con espasmos de náuseas alternados con estados de júbilo que le hacían sentir que sus poros eran espinas sangrantes. Llegó a la cúspide después de la puesta de sol, cuando la ciudad se congregó a la luz de las antorchas para observar a dos mujeres jóvenes con túnicas blancas lanzarse sin temor desde un catafalco de piedra a las frías profundidades verdes del pozo sagrado. Casi pudo saborear en su propia boca las heladas aguas cenagosas mientras las muchachas drogadas se ahogaban en silencio.

La cuarta y quinta semanas cortaron su dieta de drogas psicodélicas nativas. Dos jóvenes sacerdotisas de su propia edad aparente le escoltaron por la ciudad. Sortearon las lecciones subliminales de lenguaje y empezaron a introducirle en la teología cuidadosamente fraguada de la Resurgencia. Un hombre normal se habría sentido ya suficientemente pulverizado como para agarrarse a ellas como un niño. Había sido una prueba severa incluso para el fantasma, y a veces tenía que debatirse contra la tentación de aplastar a las dos sacerdotisas como si fueran un par de mandarinas.

Hacia la mitad del segundo mes le hicieron trabajar a prueba en los campos de trigo, y le permitieron dormir en una hamaca en una casa con techo de paja. Otros dos reclutas compartían la choza, donde se debatían para reintegrar sus psiques destrozadas en las líneas culturales aprobadas. Al fantasma no le gustó estar con ellos: se hallaban tan destrozados que no les quedaba nada que pudiera recoger.

Le tentaba la idea de escapar de noche, emboscar a un par de sacerdotes y destrozarlos, sólo por mantener en marcha un sano flujo de paranoia desintegradora, pero se contuvo. Era una misión dura. Las drogas que consumía la élite del poder los había acostumbrado a estados psicomiméticos, y si usaba prematuramente su armamento esquizofrénico implantado podría reforzar el paradigma local. En cambio, empezó a planear un asalto al bunker del millonario. Presumiblemente, la mayor parte del arsenal del Santo Depredador estaba aún intacto: plagas cultivadas de gérmenes, agentes químicos, posiblemente incluso una o dos ojivas nucleares privadas. Cuanto más lo

pensaba, más le tentaba asesinar simplemente a toda la colonia. Le ahorraría un montón de pesar.

La noche de la siguiente luna llena le permitieron asistir a un sacrificio. La estación de las lluvias se acercaba, y era necesario sobornar a los dioses de la lluvia con la muerte de cuatro niños. Los drogaron con setas y los adornaron con pedernal y jade y túnicas bordadas. Les echaron pimienta en los ojos para evocar las lágrimas de lluvia de la magia, y los escoltaron al borde del catafalco. Los tambores, flautas y letanías se combinaron con la luz de la luna y las antorchas para producir un ambiente intensamente hipnótico sobre los adoradores. El aire apestaba a incienso de resina, que a los ojos empáticos del fantasma parecía denso como el queso. Se dejó empapar por la multitud, y le pareció maravilloso. Era la primera vez que se divertía desde hacía siglos.

Una alta sacerdotisa recubierta de brazaletes y un enorme penacho emplumado caminaba lentamente entre la multitud, repartiendo cucharadas de balche fermentado que sacaba de una vasija. El fantasma se adelantó para recibir su parte.

Había algo muy extraño en la sacerdotisa. Al principio pensó que estaba saturada de psicodélicos, pero sus ojos estaban despejados. Ella extendió el cucharón para que él bebiera, y cuando sus dedos tocaron los suyos, le miró a la cara y gritó.

De repente, él supo lo que pasaba.

-¡Eugenia! -jadeó. Ella era otra fantasma.

Se abalanzó contra él. No había nada elegante en las técnicas de combate cuerpo a cuerpo de los fantasmas. Las artes marciales, con su énfasis en la calma y el control, no funcionaban para agentes que sólo eran parcialmente conscientes. En cambio, el condicionamiento implantado los convertía en simples maníacos repletos de adrenalina que gritaban y arañaban, ajenos al dolor.

El fantasma sintió la histeria asesina brotando en su interior. Quedarse y pelear significaba la muerte segura; su única esperanza era escapar entre la multitud. Pero, mientras esquivaba la acometida de la mujer, fuertes manos le agarraron. Se debatió hasta liberarse, girando hacia el ancho borde del pozo sagrado; entonces se volvió y miró: antorchas, frío temor, una cara enloquecida, las plumas de los guerreros acercándose, el chasquido de los rifles automáticos, no había tiempo para tomar una decisión racional. Pura intuición, entonces. Se dio la vuelta y se arrojó de cabeza al ancho resplandor apestoso del pozo sagrado.

El agua fue un duro shock. Flotó de espaldas, frotándose el picoteo del impacto en la cara. El agua estaba cubierta de filamentos de algas. Un pez mordisqueó su pierna desnuda bajo su camisa de algodón. Él sabía bien lo que comía. Miró las paredes del cenote. No había ninguna esperanza: eran lisas como el cristal, como si hubieran sido fundidas con láseres o arrasadas con fuego. Pasó el tiempo. Una forma blanca cayó y chocó en el agua con un golpe letal. Estaban sacrificando a los niños.

Algo le agarró el pie y le sumergió.

El agua llenó su nariz. Estaba demasiado ocupado ahogándose para liberarse. Se sumergió en la negrura. El agua inundó sus pulmones, y se desmayó.

Despertó en una camisa de fuerza y contempló un techo de cremoso blanco antiséptico. Estaba en una cama de hospital. Movié la cabeza en la almohada y advirtió que le habían cortado el pelo.

A su izquierda, un viejo monitor registraba su pulso y su respiración. Se sentía fatal. Esperó a que su ordenador le susurrara algo, y advirtió que éste había desaparecido. Sin embargo, en vez de lamentar su pérdida, se sintió repulsivamente entero. El cerebro le dolía como un estómago atiborrado.

Oyó a su derecha una respiración ronca y dificultosa. Torció la cabeza para mirar. Tendido en una cama de agua había un viejo arrugado y desnudo, ciborgnectado a un complejo de maquinaria vital. Unos cuantos rizados de incoloro cabello colgaban del cráneo

moteado del viejo, y su cara aguileña tenía una expresión de crueldad largamente olvidada... Un EEG registraba unas cuantas sacudidas de comatosas ondas delta en el cerebelo. Era John Augustus Owens.

El sonido de unas sandalias sobre la piedra. Era la fantasma.

-Bienvenido a la Hacienda Maya, Eugene.

Se debatió débilmente en su camisa de fuerza, tratando de recoger sus vibraciones. Era como intentar nadar en el aire. Con creciente pánico, advirtió que su empatía paradigmática había desaparecido.

-¿Qué demonios...?

-Estás completo otra vez, Eugene. Te sientes extraño, ¿verdad?

-Después de todos esos años de ser el basurero de los sentimientos de otra gente... ¿Puedes recordar ya tu nombre auténtico? Es un primer paso importante. Inténtalo.

-Eres una traidora. -Su cabeza pesaba diez toneladas. Se hundió en la almohada, sintiéndose demasiado estúpido para lamentar siquiera su indiscreción. Restos fragmentados de su entrenamiento fantasma le decían que debería adularla...

-Mi nombre auténtico -dijo ella con precisión-, era Anatolya Zhukova, y fui sentenciada a educación correctiva por la Zibatseria Popular de Breznevgrado... Tú también eras un disidente o un criminal de algún tipo, antes de que el Velo te robara tu personalidad. La mayor parte de nuestra gente importante viene de las órbitas, Eugene. No somos los estúpidos cultistas terrestres que te hicieron creer. ¿Quién te contrató, por cierto? ¿La Corporación Yamato? ¿Fleisher S.A.?

-No pierdas el tiempo.

Ella sonrió.

-Ya entrarás en razones. Ahora eres humano, y el Resurgir es la esperanza más brillante de la humanidad. Mira.

Alzó un vaso. Dentro, algo parecido a una película difusa flotaba lentamente en un plasma amarillento. Pareció agitarse.

-Sacamos esto de tu cabeza, Eugene.

-El Velo -jadeó él.

-Sí, el Velo. Llevaba aferrado a la parte superior de tu corteza cerebral Dios sabe desde hace cuánto tiempo, rompiéndote, manteniéndote fluido. Privándote de tu personalidad. No eras nada más que un psicópata enjaezado.

Él cerró los ojos, aturdido.

-Aquí comprendemos la tecnología del Velo, Eugene -dijo ella-. Nosotros mismos la usamos a veces con las víctimas de los sacrificios. Así pueden surgir del pozo, tocados por los Dioses. Los agitadores se convierten en santos por intervención divina. Encaja bien con las viejas tradiciones mayas de trepanación; es todo un triunfo de la ingeniería social. Aquí son muy competentes. Consiguieron capturarme sin saber nada más que rumores del aparato fantasma.

-¿Intentaste sorprenderles?

-Sí. Me capturaron viva y me derrotaron. Aun sin el Velo, me queda la suficiente percepción como para reconocer a un fantasma cuando veo uno. -Volvió a sonreír-. Fingía cuando te atacué. Sólo sabía que tenías que ser detenido a toda costa.

-Podría haberte hecho pedazos.

-Entonces sí. Pero ahora has perdido tu fase maniática, y hemos anulado tus armas implantadas. Bacterias clonadas que producían toxinas esquizofrénicas en tus senos. Glándulas sudoríparas alteradas para rezumar hormonas emocionales. ¡Qué desagradable! Pero ahora estás a salvo. No eres ni más ni menos que un ser humano normal.

Él consultó su estado interior. Sentía el cerebro como el de un dinosaurio.

-¿Siente la gente realmente así?

Ella le acarició la mejilla.

-No has empezado a sentir todavía. Espera a que hayas vivido con nosotros una temporada, y veas los planes que hemos hecho, en la mejor tradición de los Santos Depredadores... -Miró reverentemente al cadáver bombeado por la máquina al otro lado de la habitación-. Superpoblación, Eugene..., eso es lo que nos echó a perder. Los Santos tomaron sobre sí el esfuerzo moral del genocidio. Ahora los Resurgentes han aceptado el desafío de construir una sociedad estable sin la tecnología deshumanizada que siempre, inevitablemente, se ha vuelto contra nosotros. Los mayas tenían razón: una civilización de estabilidad social, comunión estática con la Deidad, y una firme apreciación de la fragilidad de la vida humana. Simplemente, no fueron lo bastante lejos. No mataron a gente suficiente para mantener su población estable. Con unos pocos cambios en la teología maya hemos equilibrado todo el sistema. Es un equilibrio que sobrevivirá siglos a la Síntesis.

-¿Crees que seres primitivos armados con cuchillos de piedra pueden triunfar sobre el mundo industrializado?

Ella le miró, apenada.

-No seas ingenuo. La industria pertenece realmente al cosmos, donde hay espacio y materias primas, no a la biosfera. Las zaibatseries están ya a años por delante de la Tierra en todos los campos importantes. Los cárteles industriales terrestres están tan exhaustos de energía y fuentes intentando despejar el revoltijo que heredaron que ni siquiera son capaces de ejecutar su propio espionaje industrial. Y la élite resurgente está armada hasta los dientes con las armas y el legado espiritual de los Santos Depredadores. John Augustus Owens cavó el cenote de Tikal con una bomba de neutrones a baja escala. Y poseemos silos con gas binario nervioso del siglo xx que podemos llevar, si queremos, a Washington, o a Kyoto, o a Kiev... No, mientras exista la élite, los sintéticos no se atreverán a atacarnos de frente, y pretendemos seguir protegiendo a esta sociedad hasta que sus rivales se marchen al espacio, al que pertenecen. Y ahora tú y yo, juntos, podemos anular la amenaza de los ataques paradigmáticos.

-Habrá otros -dijo él.

-Hemos anulado todos los ataques que nos han hecho. La gente quiere vivir vidas reales, Eugene: sentir, respirar, amar y ser simples seres humanos. Quieren ser algo más que moscas en una telaraña cibernética. Quieren algo más real que los placeres vacíos en el lujo de un mundo-lata zaibatsu. Escucha, Eugene. Soy la única persona que ha llevado un Velo de fantasma y luego ha vuelto a la humanidad, a una vida genuina de pensamiento y sensación. Podemos comprendernos mutuamente.

El fantasma reflexionó. Era aterrador y extraño estar pensando racionalmente por su cuenta, sin un ordenador ayudándole a disponer su flujo de consciencia. No había advertido lo inflexible y doloroso que era pensar. El peso de la consciencia había aplastado los poderes intuitivos que el Velo había liberado.

-¿Crees que podemos comprendernos mutuamente? -dijo, incrédulo-. ¿Solos?

-Sí -respondió ella-. ¡No sabes cuánto lo he necesitado!

El fantasma se revolvió en su camisa de fuerza. Algo rugió en su cabeza. Segmentos medio anulados de su mente ardían, como carbones soplados, de vuelta a la vida.

-¡Espera! -gritó-. ¡Espera!

Había recordado su nombre y, por tanto, lo que era.

La nieve salpicaba los siempreverdes alterados ante la sede de Replicón en Washington. El jefe de seguridad se reclinó en su silla, jugueteando con su lápiz óptico.

-Ha cambiado, Eugene.

El fantasma se encogió de hombros.

-¿Se refiere a la piel? El aparato zaibatserial puede arreglarlo. De todos modos, estoy cansado de esta forma corporal.

-No, es algo más.

-Naturalmente, me despojaron del Velo. -Sonrió llanamente-. Continuemos. Una vez que la traidora y yo nos convertimos en amantes, pude descubrir la localización y los códigos de guardia del armamento de gas nervioso. Inmediatamente después, falsifiqué una emergencia, y liberé los agentes químicos dentro del bunker sellado. Todos habían buscado seguridad allí, así que su propio sistema de ventilación los destruyó a todos menos a dos. Los perseguí y los maté esa misma noche. Si el ciborg Owens «murió» o no es cuestión de definición.

-¿Se ganó la confianza de la mujer?

-No. Eso habría requerido demasiado tiempo. Simplemente la torturé hasta que se dobló. -Volvió a sonreír-. Ahora la Síntesis puede intervenir y dominar a la población maya, como haría con cualquier cultura preindustrial. Unas cuantos transistores derribarán toda su débil estructura como un castillo de naipes.

-Tiene nuestro agradecimiento -dijo el jefe-. Y mi felicitación personal.

-Ahórresela -dijo el fantasma-. Cuando haya vuelto a las sombras bajo el Velo, olvidaré todo esto. Olvidaré que mi nombre es Simpson. Olvidaré que soy el asesino de masas responsable de la explosión de la Zaibatseria Leyland y la muerte de ocho mil orbitales. Soy un peligro mortal para la sociedad que merece plenamente ser destruido físicamente. -Dirigió al hombre una mueca fría, controlada y fiera-. Y me enfrento felizmente a mi propia destrucción. Porque ahora he visto la vida desde ambos lados del Velo. Porque ahora sé con seguridad lo que siempre he sospechado. Ser humano no es divertido.

LO HERMOSO Y LO SUBLIME

30 de mayo de 2070

Mi querido MacLuhan:

Amigo mío, tú que tan bien conoces los problemas de un enamorado, comprenderás mi relación con Leona Hillis.

Desde mi última carta, he llegado a conocer el alma de Leona. Lentamente, casi a mi pesar, he abierto los depósitos de simpatía y sentimiento que convierten una simple relación en algo mucho más profundo. Algo que forma parte de lo sublime.

Es amor, mi querido MacLuhan. No el apetito del cuerpo, fácilmente combatido con pildoras. No, está más cerca del ágape, la ardiente unión espiritual de los griegos.

Sé que los griegos no están de moda últimamente, en especial Platón con su tendencia propia de ordenador hacia el intelecto abstracto.

Perdona si mis sentimientos adoptan esta expresión un poco occidentalizada. Sólo puedo expresar lo que siento, de forma simple y directa.

En otras palabras, me he liberado de aquella sensación de evanescencia que envenenó mis anteriores relaciones. Me siento como si siempre hubiera amado a Leona; ocupa un lugar en mi alma que nunca podrá ser ocupado por otra mujer.

Sé que me apresuré al dejar Seattle. Askyonov estaba ansioso por hacerme completar el diseño de los decorados de su nueva obra.

Pero me sentía exhausto y temía los días de agotador esfuerzo creativo. La inspiración viene de la naturaleza, y había pasado demasiado tiempo encerrado en la ciudad.

Así, cuando recibí la invitación de Leona a la fiesta de cumpleaños de su padre en el Gran Cañón, la atracción fue irresistible. Combinaba lo mejor de ambos mundos: la compañía de una mujer encantadora contra el fondo de una maravilla natural cuya sublimidad no tenía rival.

Dejé al pobre Askyonov tan sólo una nota en la red correo, y volé a Arizona.

¡Qué paisaje! ¡Grandes mesetas absolutas, largos panoramas arrasados en púrpura y rosa, puestas de sol deslumbrantes extendiendo dedos etéreos de pura radiación hasta el cénit! Es el polo opuesto a nuestra verde e introspectiva Seattle; un brillante yang al lluvioso yin de la Costa Oeste. El aire, henchido de artemisas y pinos, parece frotar el cerebro como una esponja. De inmediato sentí regresar mi apetito, y la alegría avivó mi paso.

Hablé con algunos habitantes de Arizona sobre su Parque Global. Descubrí que son gente sensible e incluso noble, conmovidos hasta el corazón por la deslumbrante belleza de su extraño paisaje. Son bastante modernos en sus sentimientos, a pesar del gran número de jubilados, excéntricas reliquias de la edad industrial. Desde que secaron el lago Powell, la antigua llanura de la reserva ha sido abierta a campings, instalaciones deportivas y desarrollos urbanísticos limitados. Esto reduce la masificación en el propio Gran Cañón, que, bajo sabios cuidados, regresa a un prístino estado natural.

Para la fiesta del padre de Leona, Industrias Hillis había contratado un moderno hogan en el borde norte del cañón. Era una amplia cúpula de dos pisos, forjada con cedro nativo y arenisca, que se fundía con el paisaje con admirable contención y gusto. Un ancho porche de cedro asomaba al río. Tras la cúpula, blancos pinos ponderosa bordeaban un gran jardín rocoso.

Libre de sus molestas presas del siglo XX, el Colorado primigenio corría gloriosamente bajo los acantilados, saltando y espumeando en grandes aluviones y oleajes, apartando rocas y madera a la deriva con el abandono de un tigre. En los días que siguieron, su siseante rugido nunca estaría lejos de mis pensamientos.

El largo asentamiento bajo el lago artificial había añadido un extraño abismo a los picos del gran cañón. Sus paredes de pizarra y arenisca estaban manchadas con un verde viridiano. Sus golfos y remolinos entre los sinuosos giros del cañón, viejos sedimentos del lago aún aferrados a las pendientes envolventes, moteaban las raíces de los álamos y los matorrales en flor.

En el porche del hogan, sobre los acantilados, conecté mi placa de muñeca con el sistema de la casa y di a conocer mi presencia. En el porche había también un par de viejos. Comprobé sus identidades con mi placa recién recargada. Pero, con la típica torpeza de su generación, no habían conectado con el sistema de la casa, y siguieron siéndome unos desconocidos.

Entonces, con cierto alivio, vi a nuestra vieja amiga Mari Kuniyoshi que salía a saludarme. Habíamos mantenido fiel correspondencia desde su regreso a Osaka; principalmente sobre moda y los últimos chismorreos en diseño gráfico japonés.

Confieso que nunca he comprendido la atracción magnética que Mari ejerce sobre tantos hombres. Mi interés se basa en su talento para el diseño, y de hecho encuentro sus romances bastante sosos. Mi placa identificó a la acompañante de Mari: su ingeniero de producción y jefe técnico, Claire Berger. Mari vestía un poco por delante de la última moda, con una brillante chaqueta de satén de cuello alto y una sutil falda ondulante hasta la rodilla. Claire Berger llevaba pantalones expedicionarios, una blusa de viaje de algodón y botas de caña. Era típico de Mari que usara a aquella joven zafia como contraste.

Pronto estuvimos los tres sorbiendo decorosamente zumo de fruta bajo uno de los parasoles del porche y admirando el paisaje. Intercambiamos piropos mientras esperaba a que la obvia aura de misterio de Mari se manifestara.

Resultó que el actual compañero de Mari, un modelo y aspirante a actor de diecinueve años, se había convertido en fuente de fricción. También se hallaba presente en la fiesta de cumpleaños de los Hillis uno de los antiguos romances de Mari, el excosmonauta y trotamundos Friedrik Solokov. Mari no esperaba su aparición, aunque él llevaba algún tiempo viajando con el doctor Hillis. El amigo modelo de Mari había detectado la relación reavivada entre Mari y Fred Solokov, y estaba extravagantemente celoso.

-Ya veo -dije-. Bueno, en el momento conveniente puedo atraer a tu joven amigo para dar un paseo. Es actor y tiene ambiciones, ¿no? Nuestra compañía siempre busca nuevos rostros.

-Mi querido Manfred, qué bien comprendes mis pequeños problemas -suspiró ella-. Estás deslumbrante. Admiro tu corbata. Qué efecto tan lindo. ¿Le hiciste tú el nudo, o tienes una máquina para hacerlo?

-Lo confieso: esta corbata tiene pliegues moleculares pretensos.

-Oh -dijo Claire Berger, distante-. Realmente impresionante.

Cambié de tema.

-¿Cómo está Leona?

-Ah. Pobre Leona -dijo Mari-. Ya sabes cuánto le atrae la soledad. Bueno, mientras continúan los preparativos, deambula por estos grandes cañones desolados..., escalando los riscos, contemplando las brumas de ese fiero río... Su padre no está nada bien. -Me miró significativamente.

-Ya. -Se sabía que las viejas excentricidades del doctor Hillis, incluso sus crueldades, habían aumentado con los años. Nunca comprendió la nueva sociedad que su propia gran labor había creado. Fue una de esas paradojas irónicas a las que eres tan aficionado, mi querido MacLuhan.

No obstante, mi Leona había pagado por su reaccionaria testarudez, así que no sonreí. La pobre Leona, hija tardía del viejo, había sido educada como su princesa industrial, y se esperaba que dominara beneficios, pérdidas e informes cuatrimestrales, la dolorosa disciplina del espantoso oficio de su padre. Con el mundo de hoy, el viejo bien podría haberla educado para ser un conquistador español. Es un tributo al espíritu de Leona que haya hecho tanto por nosotros.

-Alguien debería ir a buscarla -dijo Mari.

-Lleva su placa -repuso Claire bruscamente-. Le costaría perderse.

-Disculpadme -dije, levantándome-. Creo que es hora de que salude a nuestro anfitrión.

Entré en la cúpula, donde el agradable aroma resinoso de la hoguera de pino de la noche anterior aún se aferraba a las frías cenizas de la chimenea. Admiré el interior: pieles de búfalo y vigorosas mantas hopi con el aspecto ajado de los viejos gráficos de ordenador. Claraboyas hexagonales filtraban la luz sobre un suelo de áspera piedra arenisca.

Siguiendo las indicaciones de la placa, llevé mi equipaje a una encantadora habitación interior del primer piso, con grandes vigas de cedro entrecruzadas y paredes encaladas adornadas con primorosas herramientas agrícolas.

En el salón de abajo, el viejo se había reunido con dos de sus conocidos. Me sorprendí al ver cómo había envejecido aquel rostro famoso: El doctor Hillis se había convertido en un inválido cadavérico de mejillas chupadas. Estaba sentado en su silla de ruedas con una manta de piel de búfalo sobre las piernas. Sus amigos aún parecían lo suficientemente fuertes para ser peligrosos: restos cocodrilescos de una época perdida de violencia y carne. Ninguno de los dos se había registrado en el sistema de la casa, pero ignoré tácitamente esta descortesía anticuada.

Me reuní con ellos.

-Buenas tardes, doctor Hillis. Es un placer compartir con usted esta ocasión. Gracias por invitarme.

-Es uno de los amigos de mi hija -croó-. Manfred de Kooning, de Seattle. Es un artista.

-¿No lo son todos? -dijo Cocodrilo 1.

-Si es así -dije yo-, debemos nuestro feliz estado al doctor Hillis. Así que es un doble honor celebrar con él.

Cocodrilo 2 se metió la mano en su anticuado traje de negocios y sacó nada menos que un cigarrillo. Lo encendió y exhaló una bocanada de hedor cancerígeno contra nosotros. A mi pesar, tuve que dar un paso atrás.

-Estoy seguro de que volveremos a vernos -dije-. Mientras tanto, debería ir a saludar a nuestra anfitriona.

-¿Leona? -el doctor Hillis frunció el ceño-. No está aquí. Ha salido a dar un paseo privado. Con su prometido.

Sentí un súbito escalofrío helado. Pero no podía creer que Leona me hubiera engañado en Seattle; si hubiera tenido un compromiso formal, me lo habría dicho.

-¿Una propuesta repentina? -insinué-. ¿Los arrebató la pasión?

Cocodrilo 1 sonrió amargamente, y advertí que había tocado un punto flaco.

-Maldición -replicó Hillis-, no se trata de una pasión moderna con jadeos ridículos y tirones de pelo. Leona es una chica sensata con estándares a la vieja usanza. Y el doctor Soms los cumple todos. -Me miró, como desafiándome a contradecirle.

Naturalmente, no hice tal cosa. El doctor Hillis estaba gravemente enfermo; habría sido una crueldad trastornar a un hombre con un aspecto tan frágil. Murmuré unas cuantas cumplidos y me excusé.

Tras volver a salir, consulté rápidamente mi placa. Me dio los datos biográficos que el doctor Soms había insertado en el sistema de la casa, para que lo utilizaran los invitados.

Mi rival era un hombre de logros impresionantes. Había sido un niño prodigio poseedor de profundas dotes matemáticas. Ahora tenía veintinueve años, dos menos que yo, y era profesor de ingeniería aeronáutica en el Instituto Tsiolkovsky en Boulder, Colorado. Había pasado dos años en el espacio, como invitado de la estación rusa. Era autor de un libro sobre cinemática alada. Y un experto inigualable en simulaciones por ordenador de túneles eólicos, según los ejecutaba el Procesador Hillis Masivamente Paralelo.

Puedes imaginar mi profunda agitación al enterarme de esto, mi querido MacLuhan. Visualicé a Leona apoyando su cabeza rizada sobre el hombro de este suave hombre del espacio. Por un momento, sucumbí a la furia.

Entonces comprobé mi placa y advertí que el viejo me había mentido. El localizador de la placa me dijo que el doctor Soms estaba en una altiplanicie al oeste, y su acompañante no era Leona, sino su camarada cosmonauta Fred Solokov. ¡Leona estaba sola, explorando un arroyo a tres kilómetros corriente arriba, al este!

Mi corazón me dijo que me apresurara a su lado y, como siempre hago en estas cuestiones, le obedecí.

Fue una larga caminata, sorteando pendientes y deslizamientos de rocas, con el hosco rugido del poderoso Colorado a mi derecha. Ocasionales barcos cargados con individuos temerarios, chapoteando con poder y fuerza, aparecían entre la corriente del río, pero los senderos estaban casi desiertos.

Leona había escalado un promontorio en forma de colmillo que daba al río. No se la veía desde abajo, pero mi placa me ayudó a encontrarla. Lleno de ardor, ignoré el sendero y escalé por la pendiente. A cambio de unas cuantas espinas de cactus, tuve el placer de aparecer súbitamente, casi a su lado.

Me quité el sombrero de ala ancha.

-¡Mi querida señorita Hillis!

Leona estaba sentada sobre una manta tejida; llevaba una chaqueta ancha sobre una blusa de encaje, su blancura intrincadamente complementada por las simples líneas de una falda Serengeti que le llegaba a media pantorrilla. Sus ojos verdiazules, cuya leve protuberancia parece multiplicar sus otros encantos, estaban rojos de haber llorado.

-¡Manfred! -dijo, llevándose una mano a los labios-. ¡Me ha encontrado a mi pesar!

Me sorprendí.

-Me pidió que viniera. ¿Imaginaba que sería capaz de negarle nada?

Ella sonrió brevemente ante mi galantería, y luego se volvió para contemplar melancólicamente el salvaje río.

-Quería que esto fuera una simple celebración. Algo para sacar a papá de su malhumor... En cambio, mis problemas se han multiplicado. Oh, Manfred, si supiera.

Me senté en una esquina de la manta y le ofrecí mi cantimplora de agua Apollinaris.

-Debe contármelo todo.

-¿Cómo puedo presumir de nuestra amistad? -preguntó ella-. Un par de besos robados tras el escenario, unas cuantas palabras amables..., ¿qué recompensa es eso? Sería mejor si me dejara a mi destino.

Tuve que sonreír. La pobre muchacha igualaba nuestro nivel de intimidad física con mi sentido de la obligación; como si los simples favores físicos pudieran responder por mi devoción. Era extrañamente anticuada en ese aspecto, con la vieja mentalidad industrial de que las cosas se compran y se venden.

-Tonterías -dije-. Estoy decidido a no marcharme de su lado hasta que su mente se apacigüe.

-¿Sabe que estoy prometida?

-He oído el rumor.

-Le odio -dijo, para mi alivio-. Accedí en un momento de debilidad. Mi padre estaba tan furioso, y tan empeinado con la idea, que lo hice por su bien, para evitarle dolor. Está muy enfermo, y la quimioterapia le ha hecho empeorar. Ha escrito un libro lleno de cosas terribles y odiosas. Debe ser publicado bajo condiciones específicas..., después de que se demuestre su suicidio. Amenaza con matarse, para avergonzar públicamente a la familia.

-Qué horrible. ¿Y qué hay de ese caballero?

-Oh, Marvin Somps ha sido uno de los protegidos de papá durante años. Las simulaciones de vuelo fueron uno de los primeros usos de la Inteligencia Artificial. Es un campo que mi padre aprecia de corazón, y el doctor Somps es brillante en él.

-Supongo que a Somps le preocupan sus fondos -dije. Nunca he sido un devoto de las ciencias físicas, especialmente en su actual estado reducido, pero podía imaginar bastante bien que la agitación de Somps sería que su fuente de capital se secara. A excepción de excéntricos como Hillis, hay pocas personas dispuestas a pagar holgadamente a los seres humanos para pensar en esas cosas.

-Sí, supongo que se preocupa -dijo ella morosamente-. Después de todo, la ciencia es su vida. Ahora mismo está en la pista, en la meseta. Comprobando una máquina extraña.

Durante un momento sentí pena por Somps, pero descarté el sentimiento. El hombre era mi rival; ¡esto era amor y guerra! Comprobé mi placa.

-Creo que es conveniente tener una charla con el doctor Somps.

-¡No lo haga! Papá se pondrá furioso.

Sonreí.

-Siento el mayor respeto por el genio de su padre. Pero no le temo. -Cogí mi sombrero y alisé el ala con un rápido golpe-. Seré lo más amable que pueda, pero, si necesita que le abran los ojos, entonces soy el que tendrá que hacerlo.

-¡No! -gimió ella, agarrando mi mano-. Me desheredará.

-¿Qué es el simple dinero en la época moderna? -demandé-. ¡La fama, la gloria, lo hermoso y lo sublime, son los objetivos más ansiados! -La cogí por los hombros-. Leona, su padre la educó para dirigir sus riquezas abstractas. Pero es usted demasiado espiritual, demasiado íntegra y humana para una vida momificada.

-Me gusta pensarlo así -dijo ella, con los ojos llenos de dolor-. Pero Manfred, no tengo su talento ni la sofisticación de sus amigos. Me toleran por mi dinero. ¿Qué otra cosa tengo que ofrecer? No tengo el gusto, ni la gracia, ni el ingenio de una Mari Kuniyoshi.

Sentí el dolor abierto de sus inseguridades reveladas. Fue quizás en ese momento, mi querido MacLuhan, cuando me enamoré verdaderamente. Es fácil admirar a alguien gracioso y elegante, que tus ojos sean atraídos por el esbelto pliegue de una falda o por

una mirada de reojo desde el otro lado de la sala. En ciertos círculos, es posible vivir toda una relación que está compuesta solamente de frágiles agudezas. Pero el amor del espíritu surge cuando el oscuro yin del alma es revelado a la vista del enamorado; vanidades, inseguridades, esas tiernas grietas que contienen el potencial del dolor verdadero.

-Tonterías -dije amablemente-. Incluso el mejor arte es sólo un síntoma de una grandeza de alma interior. El arte más puro es la silenciosa apreciación de la belleza. Más tarde, los cálculos estropean la flor interior para crear una máscara externa de gusto sofisticado. Pero me adulo a mí mismo pensando que puedo ver más allá de eso.

Después de esto, las cosas progresaron rápidamente. Las intimidades físicas que siguieron fueron sólo un corolario de nuestra conexión interna. Quitando sólo piezas seleccionadas de ropa, seguimos la deliciosa práctica de la carezza, esos abrazos que inflaman el alma y el cuerpo, pero no estropean las cosas con satisfacción plena.

Pero había un espectro en nuestra fiesta amorosa: el doctor Soms. Leona insistió en que nuestra relación fuera mantenida en secreto; así que me marché, antes de que otros pudieran localizarnos con sus placas y sacaran conclusiones desagradables.

Tras haber llegado como admirador, me marchaba como amante, determinado a que nada enturbiara la felicidad de Leona. Cuando volví a ponerme en camino, examiné mi placa. El doctor Soms estaba aún en la meseta, al oeste del hogan.

Encaminé mis pasos en aquella dirección, pero antes de haber recorrido un kilómetro tuve un súbito encuentro inesperado. Desde lo alto, oí el fuerte agitar de alas de tela.

Consulté mi placa y alcé la cabeza. Era el actual acompañante de Mari Kuniyoshi, el joven modelo y actor, Percival Darrow. Tripulaba un ala delta; la máquina giraba con suavidad cibernética por encima de los acantilados. Se dio la vuelta y aterrizó en el sendero ante mí, con un salto atlético. Se quedó esperando.

Cuando le alcancé, el ala se había recogido sola, y sus pliegues pretensos se convertían en una ordenada mochila naranja. Darrow se apoyó contra la roca caldeada por el sol con la falsa despreocupación de un adolescente. Llevaba un traje de piloto color crema, con las mangas elásticas recogidas para revelar los brazos musculosos de un gimnasta. Sus ojos quedaban ocultos por unas gafas de piloto rosadas.

Fui amable.

-Buenas tardes, señor Darrow. ¿Viene de la pista?

-No directamente -dijo, con una mueca que arrugó sus rasgos demasiado perfectos-. Volé sobre ustedes hace media hora. Ninguno de los dos se dio cuenta.

-Ya veo -dije fríamente, y continué andando. Él me siguió apresuradamente.

-¿Dónde cree que va?

-Al aeródromo, y no es asunto suyo.

-Solokov y Soms están allí arriba. -Darrow pareció súbitamente desesperado-. Mire, lamento haber mencionado que le vi con la señorita Hillis. Fue un mal movimiento. Pero ambos tenemos rivales, señor de Kooning. Y están juntos. Así que usted y yo también deberíamos llegar a un acuerdo mutuo, ¿no cree?

Reduje un poco el paso. Mis zapatos eran mejores que los suyos; Darrow gemía mientras saltaba sobre las rocas con sus finas zapatillas de vuelo.

-¿Qué quiere exactamente de mí, señor Darrow?

No dijo nada; un lento sonrojo apareció bajo sus mejillas bronceadas.

-De usted nada -dijo por fin-. De Mari Kuniyoshi, todo.

Me aclaré la garganta.

-No lo diga. -Darrow alzó una mano-. Lo he oído todo. Me han advertido de que me aparte de ella una docena de veces. Piensa usted que soy un insensato. Bien, quizá lo sea. Pero entré en esto con los ojos abiertos. Y no soy un hombre que se aparte amablemente mientras un rival enturbia mi felicidad.

Sabía que era un error implicarme con Darrow, que carecía de discreción. Pero admiré su espíritu.

-Percival, su corazón siente como el mío -confesé-. Me gusta la valentía del hombre que se enfrenta a situaciones más desesperadas que la mía. -Le tendí la mano.

Nos dimos un apretón como camaradas.

-¿Me ayudará entonces? -dijo.

-Juntos pensaremos en algo. A decir verdad, iba a subir al aeródromo para aclarar nuestra postura. Son rivales formidables, y un aliado es siempre bienvenido. Mientras tanto, es mejor que no nos vean juntos.

-Muy bien -asintió Darrow-. Yo ya tengo un plan. ¿Nos reunimos esta noche a discutirlo?

Accedimos a vernos a las ocho en el pabellón, para planear confundir a los cosmonautas. Seguí recorriendo el sendero, mientras Darrow se subía a un escarpado para encontrar un lugar desde el que lanzarse.

Me detuve de nuevo en el hogar para rellenar mi cantimplora y tomar un té ligero. Una ducha fría y una pildora rápida aliviaron el estrés de la carezza. La excitación, la aventura, me estaban haciendo bien. Las telarañas del esfuerzo creativo sostenido habían sido barridas de mi cerebro. Puedes sonreír, mi querido MacLuhan; pero te aseguro que el arte se basa en la vida, y ahora estaba sumergido en el mismo meollo de la vida real.

Pronto me puse en camino, refrescado y acicalado. La caminata y una larga escalada me llevaron a los terrenos superiores, un aeródromo a lo largo de una meseta conocida ahora como el Trono de Adonis. Renacida de las profundidades del Lago Powell, la habían nombrado en consonancia con los diversos Osiris, Vishnus y Shivas del Parque Global del Gran Cañón. La dura superficie de piedra había sido limpiada de sedimentos y nivelada cerca de un borde, con un hangar para aviones ligeros, una torre de control de fibra de vidrio, vestuarios y una modesta casa de té. Había tal vez tres docenas de pilotos, charlando y alquilando alas delta y ultraligeros. Sólo dos de ellos, Soms y Solokov, eran de nuestra fiesta.

Solokov mostraba su habitual aspecto educado y fornido. Había perdido un poco de pelo desde la última vez que lo vi. Soms fue una sorpresa. Alto, cargado de hombros, larguirucho, de nariz afilada, tenía el pelo hirsuto y largas manos nerviosas. Los dos llevaban trajes de vuelo; el de Solokov era de pana marrón a la moda, pero el de Soms era un mono arrugado de la estación espacial de Kosmogrado, un naranja chillón con mangas manchadas de grasa y gastados emblemas en cirílico.

Murmuraban junto a un pequeño aparato experimental. Me dejé ver. Solokov me reconoció y me saludó con la cabeza; Soms comprobó su placa y sonrió distraído.

Estudiamos juntos el aparato. Era un ultraligero extraño y avanzado, con cuatro alas planas y parejas, como una libélula. Las alas transparentes eran largas y finas, hechas de brillante película liviana sobre entramados de duro plástico. Una cabina acolchada parecida a una jaula bajo las alas albergaría al piloto, que podía controlar el vuelo con un par de palancas. Tras las alas, un grueso torso y una larga cola equilibradora sostenían el motor del aparato.

La misión de las alas era vibrar. Era un ornitóptero tripulado por un hombre. Nunca había visto uno igual. A mi pesar, me impresionó la elegancia de su diseño. Necesitaba una mano de pintura y tenía el aspecto desordenado de un prototipo, pero la estructura básica era deliciosa.

-¿Dónde está el piloto? -pregunté.

Solokov se encogió de hombros.

-Soy yo -respondió-. Mi vuelo más largo duró veinte segundos.

-¿Por qué tan breve? -dije, mirando a mi alrededor-. Estoy seguro de que no faltarán voluntarios. A mí mismo me gustaría montarme en él.

-No tiene aviónicos -murmuró Soms.

Solokov sonrió.

-Mi colega quiere decir que la Libélula no tiene ordenador a bordo, señor de Kooning. - Agitó un brazo y señaló hacia los otros ultraligeros-. Esos otros aparatos son altamente inteligentes, y por eso cualquiera puede pilotarlos. Son amistosos, como suele decirse. Tienen sonar, detectores superiores e inferiores, control de la superficie de sustentación, control de viraje, y etcétera etcétera. Casi vuelan solos. La Libélula es diferente.

Como puedes imaginar, mi querido MacLuhan, esta noticia me sorprendió y me intrigó. ¡Intentar volar sin un ordenador! Casi lo mismo que intentar comer sin plato. Entonces se me ocurrió que el esfuerzo era seguramente muy peligroso.

-¿Por qué? -dije-. ¿Qué les pasó a los controles?

Somps sonrió por primera vez, revelando unos dientes largos y estrechos.

-No se han inventado todavía. Quiero decir que no hay algoritmos para su cinemática alada. Cuatro alas vibrando..., producen la ascensión a través de campos de flujo dominados por vórtices. Habrá visto las luciérnagas.

-¿Sí? -insté.

Solokov extendió los brazos.

-Es un logro. Las máquinas vuelan a través de cálculos con alas simples y fijas. Un ordenador puede pilotar cualquier tipo de aparato tradicional. Pero, verá, las matemáticas que determinan las interacciones de las cuatro alas móviles..., ninguna máquina puede tratar con ellas. No existen tales programas. Las máquinas no pueden escribirlos porque no conocen sus matemáticas. -Solokov se llevó la mano a la cabeza-. Sólo Marvin Somps las conoce.

-Las libélulas utilizan perturbaciones en el campo de flujo -dijo Somps-. La teoría de la aerodinámica fija no puede aplicarse a los valores de vuelo de la libélula. Quiero decir, considere sus principales modos de vuelo: gravitación estacionaria, gravitación lenta en cualquier dirección, alta velocidad hacia arriba y hacia abajo, además de planear. El diseño de la aerodinámica clásica no puede igualar eso. -Entornó los ojos-. El secreto está en flujos de vuelo inestables separados.

-Oh -dije. Me volví hacia Solokov-. No sabía que entendía de matemáticas, Fred.

Solokov se echó a reír.

-No. Pero hace años recibí cursos de entrenamiento como cosmonauta. Unas pocas veces pilotamos aparatos primitivos, sin aviónicos. ¡Por instinto, como montar en bicicleta! El cerebro no tiene que saber para pilotar. El sistema nervioso es el que siente. ¡Los ordenadores vuelan pensando, pero no sienten nada!

Sentí una creciente excitación. Somps y Solokov jugaban a partir del axioma central de la era moderna. Sentir: percepción, emoción, intuición y gusto, éstos son los elementos indefinibles que separan a la humanidad de la lógica de nuestro entorno inteligente moderno. La inteligencia es barata, pero la sensación de la maestría innata es preciosa. ¡Pilotar la Libélula no era una ciencia, sino un arte!

Me volví hacia Somps.

-¿La ha probado?

Somps parpadeó y asumió su habitual expresión servil.

-No me gustan las alturas.

Tomé nota mental de esto, y sonreí.

-¿Cómo puede resistirse? ¡Estaba pensando en alquilar un planeador común pero, después de haber visto este aparato, me siento estafado!

Somps asintió.

-Exactamente lo que yo pienso. A los modernos... les gusta la novedad. El relumbre y el glamour. Si conseguimos producirla en serie, tendrá éxito. Comercialmente, quiero decir. -Su tono cambió de la resignación al desafío. Asentí alentadoramente mientras varios epítetos pasaban por mi cabeza: pusilánime avaricioso, miserable viviseccionista, y etcétera...

La idea básica parecía sensata. Cualquier cosa que tuviera la innata elegancia del aparato de Soms exhibía un atractivo definitivo para la sociedad de ocio de hoy. Sin embargo, tendría que ser diseñado y promocionado adecuadamente, y Soms, que me parecía un sabio idiota, no era obviamente el hombre más adecuado para hacer el trabajo. Se notaba por la forma en que se movía en torno a la máquina que ésta era, a su extraño modo, una obra de amor. La grasa reciente de sus mangas mostraba que Soms había pasado horas preciosas en la altiplanicie, enfrascado en sus tornillos e interruptores, mientras su prometida desesperaba.

Tal dedicación técnica debió ser lógica en los días del motor de vapor. Pero en la era más humana de hoy en día, la conducta de Soms parecía cercana a lo criminal. Este sabio con la cabeza en las nubes veía a mi pobre Leona como un medio conveniente de financiar su insensata curiosidad intelectual.

Mi encuentro con los dos excosmonautas me dio mucho en qué pensar. Me retiré con amables cumplidos y alquilé uno de los planeadores locales. Sobrevolé unas cuantas veces el Trono de Adonis para establecer mi curso de acción, y luego regresé al hogan.

El efecto fue encantador. Acunado por las lentas y cuidadosas subidas y bajadas del aparato, sentía la majestuosidad de un arcángel. Sin embargo, me preguntaba cómo sería sin el manto protector del piloto ordenador. ¡Sería sudor frío y riesgo desnudo y una explosión de adrenalina, y los precipicios ensombrecidos bajo tus pies no supondrían un panorama asombroso, sino una caída a pico!

Admito que me alegré de enviar la máquina de vuelta a la meseta por su cuenta.

Dentro del hogan, disfruté del buffet frío, evitando cuidadosamente los platos hediondos de carne asada que servían a los mayores («Barbacoa», lo llamaban. Yo lo llamo asesinato). Me senté a la mesa con Claire Berger, Percival Darrow y varios de los amigos de Leona de la Costa Oeste. Mari no hizo acto de presencia.

Leona llegó más tarde, cuando las máquinas habían despejado la comida y los invitados más jóvenes se habían congregado en torno al fuego. Fingimos evitarnos mutuamente, pero intercambiamos miradas robadas a la luz de la chimenea. Bajo la influencia de la tenue iluminación y el paisaje, la conversación se dirigió a los polos de la existencia moderna: lo hermoso y lo sublime. Hicimos listas: la tierra es hermosa, el mar es sublime; el día es hermoso, la noche es sublime; la artesanía es hermosa, el arte es sublime, y así sucesivamente.

El postulado de que el varón es hermoso mientras la hembra es sublime provocó comentarios apasionados. Mientras la discusión se animaba, Darrow y yo nos quitamos nuestras placas de muñeca y las dejamos en el salón. Quien quisiera comprobar nuestra localización vería nuestras señales allí, mientras que nosotros conspirábamos entre las máquinas de la cocina.

Darrow reveló su plan. Pretendía acusar a Solokov de cobardía, y arrebatarse la gloria a su rival probando él mismo la Libélula. Si era necesario, robaría el aparato. Solokov no había hecho nada más que dar unos pocos revoloteos sobre la cima de la meseta. Darrow, por el contrario, pretendía lanzarse al espacio y doblar la máquina a su antojo.

-No creo que se dé cuenta del peligro que eso entraña -dije.

-He volado desde que era niño -replicó Darrow-. No me diga que también tiene miedo.

-Antes tenía la guía de un ordenador. Ésta es una máquina ciega. Podría matarle.

-En el Gran Sur solíamos trucarlas -dijo Darrow-. Desconectábamos el autopiloto. Es simple si se encuentra el sensor principal. Es ilegal, pero yo lo he hecho. De todas formas, así se lo pongo fácil, ¿no? Si me rompo el cuello, su Soms parecerá un criminal, ¿verdad? Quedará desacreditado.

-¡Es ultrajante! -dije, pero fui incapaz de contener una sonrisa de admiración. Hubo una época en que mi sangre era tan caliente como la de Darrow, y si bien ya no llevaba mi corazón en la manga, aún podía admirar aquel gran gesto.

-Voy a hacerlo de todas formas -insistió Darrow-. No necesita preocuparse por mí. No es mi tutor, y es decisión mía.

Lo pensé. Claramente, no se le podía disuadir. Podría denunciarle, pero una traición tan escuálida estaba completamente fuera de mi forma de ser.

-Muy bien -dije, palmeándole el hombro-. ¿Cómo puedo ayudarle?

Nuestros planes progresaron rápidamente. Luego regresamos al salón y nos colocamos en silencio nuestras placas de muñeca y nos sentamos junto al fuego. Para mi deleite, descubrí que Leona había dejado una nota privada en mi placa. Teníamos una cita a medianoche.

Después de que el grupo se disolviera, esperé su llegada en mi habitación. Por fin el brillo bienvenido de una lámpara recorrió el pasillo. Abrí la puerta en silencio.

Llevaba un largo camisón, que no se quitó, pero por lo demás no nos negamos nada, excepto el placer saciador final. Cuando se marchó una hora más tarde, con un último suave susurro, mis nervios cantaban como sintetizadores. Me obligué a tomar dos píldoras y esperé a que el dolor remitiera. Durante horas, incapaz de dormir, contemplé las vigas geodésicas del techo, pensando en pasar días, semanas, años, con esta mujer deliciosa.

Darrow y yo nos levantamos temprano a la mañana siguiente, con nuestras mentes aguzadas por la falta de sueño y la adrenalina amorosa. Esperamos emboscados a que el inconsciente Solokov regresara de su carrera matutina.

Lo atrapamos cuando se preparaba a tomar una necesaria ducha. Le detuve, entusiasmándole con mi vuelo en planeador. Darrow se unió entonces «accidentalmente» a nuestra conversación e hizo una serie de comentarios afilados. Solokov contestó al principio con evasivas, eludiendo las insinuaciones de Darrow. Pero mis inocentes preguntas empeoraron las cosas para el pobre Fred. Hizo lo posible por explicar el cuidadoso programa de pruebas de Soms. Pero cuando se vio obligado a admitir que sólo había estado en el aire con la Libélula durante veinte segundos, el grupo que nos rodeaba cuchicheó audiblemente.

Las cosas se agitaron con la llegada de Cocodrilo 1. Yo me había informado ya de que aquel viejo molesto era Craig Deakin, un doctor en medicina. ¡Había estado tratando al doctor Hillis! No era extraño que el padre de Leona estuviera cercano a la muerte.

Francamente, siempre he sentido un terror morboso hacia los médicos. La última vez que me tocó un doctor humano fue cuando era pequeño, y aún puedo recordar sus dedos exploradores y sus fríos ojos. Imagina, mi querido MacLuhan... ¡Poner tu salud, tu misma vida, en las manos de un ser humano falible, que puede estar borracho, o ser olvidadizo, o incluso corrupto! Gracias a Dios que los sistemas médicos expertos han vuelto casi obsoleta esa profesión.

Deakin entró en la refriega con una cortante observación hacia Darrow. Por entonces me hervía la sangre, y perdí toda paciencia con aquella reliquia amargada. Para abreviar, montamos una escena, y Darrow y yo nos llevamos la mejor parte. La fiera retórica de Darrow y mi helado sarcasmo eran una combinación ideal, y el pobre Solokov, gravemente aturdido y avergonzado, no pudo contraatacar. Y, en cuanto al doctor Deakin, simplemente quedó en evidencia. No hizo falta ninguna habilidad para demostrar que era un viejo fraude arrogante y sin gusto, completamente fuera de contacto con el mundo moderno.

Solokov huyó finalmente a las duchas, y la victoria fue nuestra. Deakin, aún filtrando veneno, se marchó poco después. Sonreí ante la reacción de nuestro pequeño público. Se apartaron del camino de Deakin como si temieran su contacto. ¡Y no es de extrañar! ¡Imagina, MacLuhan... tocar carne enferma, por dinero! Da escalofríos.

Enardecidos por el éxito, buscamos a Marvin Soms, que no sospechaba nada.

Para nuestra sorpresa, nuestras placas lo localizaron con Mari Kuniyoshi y su omnipresente Claire Berger. Los tres observaban los preparativos de las festividades de la

tarde: pantallas de proyección y un sistema de direcciones estaban siendo erigidos en el jardín de piedra tras el bogan.

Me reuní primero con ellos, mientras Darrow se quedaba en los árboles. Saludé a Soms con civilizada indiferencia, y luego aparté amablemente a Mari de los otros dos.

-¿Has visto últimamente al señor Darrow? -murmuré.

-Vaya, no -dijo ella, y sonrió-. Es cosa tuya, ¿sí?

Me encogí modestamente de hombros.

-Confío en que las cosas hayan ido bien con Fred. ¿Qué está haciendo aquí, por cierto?

-Oh, el viejo Hillis le pidió que ayudara a Soms. Ha inventado una máquina peligrosa que nadie puede controlar. Excepto Fred, naturalmente.

Mostré mi escepticismo.

-Dentro se rumorea que el aparato apenas se ha levantado del suelo. No tenía ni idea de que Fred fuera el piloto. Tanta timidez no parece su estilo.

-¡Fue cosmonauta! -dijo Mari apasionadamente.

-Lo fue -contesté, alzando una ceja hacia Soms. Con la suave brisa, el hirsuto pelo de Soms revoloteaba sobre su cabeza. Claire Berger y él estaban enzarzados en una charla técnica acerca de tornillos y tuercas, y las largas manos de Soms se agitaban como marionetas. Con su traje de negocios arrugado y carente de gusto, Soms parecía completamente opuesto al heroísmo espacial. Sonreí tranquilizadamente-. No es que dude ni por un momento de la valentía de Fred, por supuesto. Probablemente no se fía del diseño de Soms.

Mari entornó los ojos y miró a Soms.

-¿Eso crees?

Me encogí de hombros.

-Dicen que los vuelos sólo han durado diez segundos. La gente se reía. Pero está bien. No creo que nadie sepa que fue Fred.

Los ojos de Mari destellaron. Avanzó hacia Soms. Me quité el sombrero y me alisé el pelo, una señal para Darrow.

Soms se sintió muy feliz de discutir sobre su obsesión.

-¿Diez segundos? Oh, no, fueron veinte. Yo mismo lo cronometré.

Mari se rió desdeñosamente.

-¿Veinte? ¿Qué tiene estropeado?

-Estamos haciendo pruebas preliminares. Son métodos nuevos de producción de ascenso. Usa un tipo de dinámica de fluidos completamente nuevo -murmuró Soms-. Las pruebas son lentas, pero eso nos evita riesgos. -Sacó un libro manchado de tinta de su chaqueta arrugada-. Tengo algunos sumarios de ciclos aquí...

Mari pareció aturdida.

-Tengo entendido que la lentitud fue decisión de su piloto -intervine casualmente.

-¿Qué? ¿Fred? Oh, no, está bien. Quiero decir que cumple órdenes.

Darrow avanzó, con las manos en los bolsillos. Miraba a casi todo excepto a nosotros cuatro. Era tan elaboradamente casual que temí que Mari se diera cuenta. Pero la observación sobre la risa pública había picado el alma japonesa de Mari.

-¿Cumple órdenes? -dijo, tensa-. La gente se está riendo. Está poniendo en ridículo a su piloto de pruebas.

La cogí del brazo.

-Por el amor de Dios, Mari. Se trata de un desarrollo comercial. No puedes esperar que el doctor Soms ponga su avión en manos de un temerario.

Soms sonrió, agradecido. De repente, Claire Berger salió en su defensa.

-Hace falta entrenamiento y disciplina para pilotar la Libélula. ¡No se puede hacer que salte como el pan de una tostadora! No hay ordenadores para el piloto de Marvin.

Hice señas a Darrow. Se acercó.

-¿Piloto? -preguntó casualmente-. ¿Van también para el aeródromo?

-Estábamos discutiendo sobre el aparato del doctor Somps -dijo, sin gracia.

-Oh, ¿la Maravilla de los Diez Segundos? -Darrow sonrió. Cruzó sus musculosos brazos-. Me gustaría probarlo. ¡He oído decir que no tiene ordenador y que hay que pilotarlo por instinto! Todo un desafío, ¿eh?

Frunció el ceño.

-No sea tonto, Percival. Es demasiado arriesgado para un aficionado. Además, ése es el trabajo de Fred Solokov.

-No es su trabajo -murmuró Somps-. Está haciéndome un favor.

Pero Darrow le abrumó.

-Me parece que es algo que sobrepasa las habilidades del viejo. Necesita usted a alguien con reflejos al segundo, doctor Somps. He volado por instinto antes; con bastante frecuencia, por cierto. Si quiere que alguien la lleve hasta el límite, soy su hombre.

Somps pareció infeliz.

-La estrellaría. Necesito un técnico, no un loco temerario.

-Oh -dijo Darrow, con desdén-. Un técnico. Lo siento. Creía que necesitaba un piloto.

-Es cara -dijo dolorosamente Somps-. El dueño es el doctor Hillis. Él la financió.

-Ya veo -dijo Darrow-. Cuestión de dinero. -Se arremangó-. Bien, si alguien me necesita, estaré en el Trono de Adonis. O aún mejor, en los aires.

Se marchó. Lo vimos perderse.

-Tal vez debería dejar que lo intentara -le aconsejé a Somps-. Hemos volado juntos, y es realmente bueno.

Somps se sonrojó. Hasta cierto punto, creo que sospechaba que le habíamos tomado el pelo.

-No es uno de sus deslumbrantes juguetes -murmuró amargamente-. Todavía no, al menos. Es mi experimento, y estoy haciendo ciencia aeronáutica. No soy un cómico y no hago proezas para su beneficio, señor de Kooning.

Le miré.

-No tiene por qué enfadarse -dijo fríamente-. Le comprendo perfectamente. Sé que las cosas serían diferentes si fuera su propio jefe. -Me llevé la mano al sombrero-. Buenos días, señoras.

Volví a reunirme con Darrow sendero abajo, donde no podían vernos.

-Dijo usted que le haría ceder -indicó Darrow.

Me encogí de hombros.

-Mereció la pena intentarlo. Vacilé por un momento. No pensaba que fuera a estar tan empecinado.

-Bueno, ahora haremos las cosas a mi modo. Tenemos que robarla. -Se quitó su placa, la depositó encima de una piedra y la aplastó con una roca. La placa gimió, y su pantalla se cubrió de estática-. Creo que mi placa se ha roto -observó Darrow-. Cójala por mí y desconécteme del sistema de la casa, ¿quiere? No es conveniente que nadie intente localizarme con mi placa rota. Sena una descortesía.

-Sigo aconsejándole que no la robe -dijo-. Los dos hemos hecho parecer idiotas a nuestros rivales. No hay necesidad para grandes dramas.

-No sea iluso, Manfred. ¡El gran drama es la única forma de vivir!

Te pregunto, mi querido MacLuhan... ¿quién podría resistir un gesto como ése?

La tarde transcurrió lentamente. Mientras comenzaba la celebración, sirvieron vino. Yo estaba nervioso, así que tomé un vaso. Pero, después de unos cuantos sorbos, lo lamenté y lo rechacé. El alcohol es una droga que golpea como un martillo. ¡Y pensar que la gente solía beberlo tan tranquila!

Llegó el anochecer. Seguía sin haber ni rastro de Darrow, aunque no dejé de otear el cielo. Mientras se terminaban los preparativos para el banquete al aire libre, empezaron a llegar helicópteros corporados que descargaron a sus viejos peces gordos. Esto era,

después de todo, asunto de la compañía; y hordas enteras de jubilados y pioneros cibernéticos llegaron para rendir tributo a Hillis.

Ya que carecían de la relajada amabilidad de nosotros los modernos, su idea de un tributo era apresurada y breve. Engulleron sus raciones de carne asada, bebieron demasiado licor y escucharon los discursos..., y luego comprobaron sus marcapasos y se marcharon.

Un espectral aire de sofoco descendió sobre el hogan y sus inmediaciones. El contingente de beautiful people de Leona fue pronto superado; presionados por todas partes, se agruparon como pájaros rodeados por estegosaurios.

Después de un breve retraso, un homenaje retrospectivo al doctor Hillis apareció en la pantalla del jardín de piedra. Lo contemplamos amablemente. Aparecieron las escenas familiares, parte del folklore de nuestro siglo. El joven Hillis en el MIT, volcado en el trabajo de Marvin Minsky y los psicólogos cognitivos. Hillis en la Ciudad Científica de Tskuba, convirtiéndose en el corazón y el alma del Proyecto Sexta Generación. Hillis, el Hombre con una Misión, encerrándose en Singapur y convirtiendo el silicio en oro al contacto.

Y luego toda aquella cornucopia de riquezas que llegó al convertir la inteligencia en una utilidad. Es tan fácil olvidar, MacLuhan, que hubo una época en que la habilidad para razonar no era algo surgido de cables igual que la electricidad. ¡Cuando «fábrica» significaba un sitio donde la casta «obrera» iba a trabajar!

Por supuesto, Hillis fue sólo uno entre un poderoso grupo de pioneros. Pero, como ganador del Premio Nobel y autor del Proceso Inteligente Estructurado y Múltiple, fue siempre una gran figura para la industria. No, más que eso, fue el símbolo de su propia era. Hubo una época, antes de que diera la espalda al mundo moderno, en que la gente pronunciaba el nombre de Hillis con el mismo tono que el de Edison, Watt o Marconi.

No era una película mala del todo. No decía toda la verdad, naturalmente; guardaba sospechosamente silencio sobre la lamentable incursión de Hillis en política durante los años cuarenta, el escándalo por soborno del ÉEC, y aquel extraño incidente en el Centro de Lanzamiento de Tyuratam. Pero se puede leer sobre esas cosas en cualquier parte. De hecho, confieso que sentí la pérdida de aquellos días gloriosos, que ahora vemos, en retrospectiva, como el último ocaso del método analítico occidental. ¡Esos batallones perdidos de científicos, técnicos, ingenieros!

Naturalmente, para el temperamento moderno, tanto énfasis en el pensamiento racional parece sofocante. Es cierto que la inteligencia mecánica tiene sus limitaciones; no es capaz de esos estallidos humanos de inspiración que antaño hicieron avanzar el conocimiento científico a saltos y trompicones. La marcha de la ciencia es ahora el metódico reptar de los robots.

Pero, ¿quién la echa de menos? Por fin tenemos una sociedad estatal global que se acomoda a los más altos sentimientos del hombre. Un mundo de plenitud, paz y ocio, donde lo hermoso y lo sublime reinan supremos. Si la película me hizo sentir remordimientos, fue un crédito a nuestro moderno dominio de la propaganda y las relaciones públicas. Artes intuitivas suaves, tal vez; el oscuro yin del brillante yang del método científico. Pero artes poderosas en suma, y, nos guste o no, las que forman nuestra era moderna.

Habíamos pasado de la sopa al pescado cuando vi por primera vez a Darrow. La Libélula emergió de las profundidades del cañón trazando un breve arco frenético, agitando sus cuatro alas en el aire del ocaso. Extrañamente, mi primera impresión no fue la de un piloto esforzado sino la de un insecto envenenado. El aparato desapareció casi de inmediato.

Debí ponerme pálido, pues advertí que Mari Kuniyoshi me miraba con extrañeza. Pero me contuve.

El Cocodrilo 2 ocupó el atril. Este caballero era otro artefacto de la era desaparecida. Había sido una especie de pez gordo militar, un «jefe de estado mayor del Pentágono», creo que lo llamaron. Ahora era el «Jefe de Seguridad» de Industrias Hillis, como si necesitaran uno en esta época. Estaba claro que había bebido más de la cuenta. Hizo una larga y lacrimosa introducción a Hillis, repitiendo una y otra vez términos como «fuerzas aéreas» y «lanzamientos espaciales» y la contribución de Hillis a la «industria de defensa». Advertí que Fred Solokov, resplandeciente con su corbata y su chaqué, empezaba a parecer ostensiblemente ofendido. Y, ¿quién podría reprochárselo?

Hillis ocupó por fin el atril, erecto con la ayuda de un bastón. Lo aplaudieron con fuerza; todos estábamos locos de alegría por ver marchar al Cocodrilo 2. No es frecuente ver a alguien con el mal gusto de mencionar en público las armas atómicas. Como si notara el sofoco de nuestro amigo soviético, Hillis se desvió de su discurso preparado y empezó a hablar sobre su «último proyecto».

Imagina, mi querido MacLuhan, el exquisito embarazo del momento. Pues, mientras Hillis hablaba, su «último proyecto» apareció en la periferia del campamento. Darrow había dominado la máquina,

aprovechó una corriente ascendente en las profundidades del cañón, y ahora revoloteaba lentamente a nuestro alrededor. Los murmullos empezaron a extenderse entre la multitud; la gente empezó a señalar.

Hillis, que no era un orador dotado, fue dolorosamente lento en darse cuenta. Siguió hablando sobre el «heroico piloto» y cómo su Libélula estaría en el cielo «más pronto de lo que pensamos». El público pensó que el pobre Hillis estaba haciendo un chiste, y empezaron a reírse. La mayoría de la gente pensó que se trataba de una publicidad muy inteligente. Mientras tanto, Darrow se acercó. Sintiendo con intuición de modelo que era el centro de atención de todos los ojos, empezó a hacer piruetas.

Todavía evitando a la multitud, lanzó el aparato en picado. Las alas zumbaban audiblemente, y sus puntas se agitaban en complejos bucles y círculos. Lentamente, empezó a volar hacia atrás; la larga cola del aparato temblaba con inestabilidad apenas controlada. La multitud se sorprendió y aplaudió. Hillis, con el ceño fruncido, forzó la vista, su discurso convertido en un murmullo. Entonces advirtió lo que pasaba y dejó escapar un grito. Cocodrilo 2 lo cogió por el brazo, y Hillis se retiró a su silla cercana.

El doctor Somps, con la cara lívida, subió al atril. Extendió un brazo y señaló.

-¡Detengan a ese hombre! -chilló. Esto provocó una risita histérica que se acercó a la auténtica histeria cuando Darrow giró dos veces el aparato de cola y se contuvo en el último momento, con las alas levantando nubes de polvo. Los comensales, gritando, saltaron de sus sillas y corrieron en busca de protección. Darrow luchó por ganar altura, dando toda la energía a las alas y derribando dos mesas con gran estrépito de vajilla y cubertería. La Libélula se abalanzó hacia arriba como el cohete de juguete de un niño.

Darrow recuperó el control casi de inmediato, pero resultaba claro que el brusco tirón hacia arriba había dañado una de las alas. Tres de ellas golpeaban suavemente el aire, pero la cuarta, la trasera de la izquierda, estaba desincronizada. Darrow empezó a caer hacia la izquierda.

Darrow trató nuevamente de dar más energía a las alas, pero todo lo que oímos fue un doloroso revoloteo cuando el ala dañada se negó a funcionar. Al final, el aparato giró en redondo a unos pocos palmos del suelo, chocó contra un pino al borde del jardín y se estrelló.

Aquello acabó de una forma efectiva con las celebraciones. La multitud estaba horrorizada. Algunos de los asistentes más activos corrieron hacia el lugar de la colisión mientras otros balbuceaban sorprendidos. Cocodrilo 2 cogió el micrófono y empezó a gritar llamando al orden, pero naturalmente le ignoraron. Hillis, con la cara crispada, estaba acurrucado en su silla.

Darrow estaba pálido y ensangrentado, aún atrapado en el curvado costillar de la jaula del piloto. Tenía unos cuantos arañazos y había conseguido romperse el tobillo. Lo rescatamos. La Libélula no parecía demasiado dañada.

-El ala cedió -murmuraba Darrow tercamente-. Fue un fallo técnico. ¡Lo estaba haciendo bien!

Dos tipos fornidos cogieron en volandas a Darrow y lo llevaron al bogan. Mari Kuniyoshi corrió tras él, pálida, agitando las manos, anonadada. Tenía un aspecto dramático y paralizado.

Las luces se encendieron en el hogan, entre el excitado parloteo de la multitud. Las luces del jardín se apagaron bruscamente. Los helicópteros empezaron a despegar, perdiéndose casi silenciosamente en la fragante noche de Arizona.

La multitud en torno al aparato dañado se dispersó. Pronto advertí que sólo quedábamos tres: el doctor Soms, Claire Berger y yo. Claire sacudió la cabeza.

-Dios, es tan triste -dijo.

-Estoy seguro de que se recuperará.

-¿Quién, ese ladrón? Espero que no.

-Oh. Ya -dije. Examiné la Libélula con ojo crítico-. Está un poco abollada, es todo. Nada roto. Sólo necesita unos cuantos golpes con un martillo, o lo que sea.

Soms me miró.

-¿No comprende? El doctor Hillis ha sido humillado. Y mi trabajo fue la causa. Ahora no me atrevo a hablarle, y mucho menos a pedirle apoyo.

-Aún tienes a su hija -dijo Claire bruscamente. Los dos la miramos sorprendidos. Ella nos devolvió la mirada con atrevimiento, los brazos rígidos a los costados.

-Cierto -dijo Soms por fin-. No he atendido a Leona. Y está tan dedicada a su padre... Creo que será mejor que vaya con ella. Que le hable. Que haga lo que sea por enmendar esto.

-Ya habrá tiempo de sobra más tarde, cuando las cosas se calmen -dije-. ¡No puede dejar a la Libélula aquí! El rocío de la mañana la empapará. Y no querrá tener a los mirones tocándola, quizá riéndose. Le diré una cosa..., voy a ayudarle a llevarla al aeródromo.

Soms vaciló. No tardó mucho en decidirse, pues su devoción hacia su máquina era más fuerte que ninguna otra cosa. Con las largas alas plegadas, la Libélula fue fácil de cargar. Soms y yo nos echamos al hombro el pesado torso, y Claire Berger se encargó de la cola. Durante todo el camino hasta la meseta Soms mantuvo un pesado monólogo de autocompasión y desastre. Claire hizo todo lo posible por animarlo, pero el hombre estaba destrozado. Evidentemente, toda una vida de silenciosa tristeza se había ido acumulando, y sólo hacía falta una calamidad para destaparla. Aunque notaba que yo era un rival y no lo miraba con buenos ojos, Soms no podía refrenar del todo su necesidad de compasión.

Encontramos a algunos pilotos en la base del Trono de Adonis. Sentían curiosidad y estaban ansiosos por ayudar, así que regresé al campamento. Cuando metieran a la Libélula en su hangar y Soms tuviera las herramientas en la mano, seguro que estaría entretenido durante horas.

Hallé el campamento convertido en un clamor. Con sorprendente zafiedad, Cocodrilo 2, el hombre de seguridad de Hillis, quería arrestar a Darrow. Estalló una furiosa discusión, pues era brutalmente injusto tratar a Darrow como a un ladrón común cuando su único crimen había sido un gesto atrevido.

Para su crédito, Darrow se alzó por encima de esta fea alegación. Descansaba en un sillón de mimbre, con el tobillo vendado apoyado en un cojín de cuero y el pelo rubio apartado de un arañazo en la frente. El diseño del aparato era brillante, dijo; había sido el torpe trabajo de Industrias Hillis lo que había puesto su vida en peligro. En diversos momentos dramáticos, se echaba hacia atrás con un débil estremecimiento de dolor y

cogía la mano adoradora de Mari Kuniyoshi. Ningún jurado le habría tocado. A todo el mundo le encantan los enamorados, MacLuhan.

El viejo doctor Hillis se había retirado a sus habitaciones, destrozado por los acontecimientos del día. Finalmente, intervino Leona y apaciguó las cosas. Reprendió a Darrow y le echó, y Mari Kuniyoshi, que juró no abandonarlo, se fue con él. La mayor parte del contingente moderno se marchó también, en parte como un gesto de solidaridad con Darrow, en parte por escapar a la fuente de vergüenza y transmutarla, en algún otro lugar, en un chismorreo interminablemente entretenido.

El pobre Fred Solokov, convertido en blanco de los chistes aunque no tenía culpa de nada, se marchó también. Formé parte del grupito que acudió a despedirle a medianoche mientras arrojaba sus maletas a un helicóptero robot.

-A mí no se me trata así -insistió en voz alta-. Hillis está loco. Lo sé desde Tyratam. No sé por qué la gente admira a jóvenes vándalos como Darrow hoy en día.

Ciertamente, sentí lástima por él. Me adelanté para estrecharle la mano.

-Lamento verle marchar, Fred. Estoy seguro de que volveremos a encontrarnos en mejores circunstancias.

-Nunca se fíe de las mujeres -me dijo sombríamente. Se detuvo para ponerse el cinturón de su gabardina, y luego entró en el aparato y cerró la puerta hermética. Se fue con un zumbido de alas. Un hombre agradable y todo un caballero, MacLuhan. Tendré que pensar en cómo hacer las paces con él.

Entonces regresé rápidamente a mi habitación. Con tanta gente menos, ahora sería más fácil que Leona y yo cumpliéramos nuestra cita. Desgraciadamente, no había tenido tiempo de acordar con ella los detalles finales. Y sentía la ansiedad del enamorado de que no acudiera. El día había sido agotador, después de todo, y la carezza no es una práctica para los nervios molestos.

Con todo, esperé, sabiendo que sería un crimen si llegaba y me encontraba dormido.

A la una y media fui recompensado por el tenue destello de una lámpara bajo la puerta. Pero pasó de largo.

Abrí la puerta en silencio. Una figura vestida con un camisón blanco cruzaba descalza el salón circular de la cúpula. Era demasiado baja y ancha para ser la efervescente Leona, y su pelo suelto no era rubio, sino de un marrón irrelevante. Era Claire Berger.

Me anudé el pijama y corrí tras ella con el sigilo de un asesino medieval.

Se detuvo y arañó una puerta con un recatado dedo. No necesité mi placa para saber que se trataba de la habitación del doctor Somps. La puerta se abrió de inmediato, y me agazapé justo a tiempo de evitar la rápida mirada que Claire dirigió al pasillo.

Les di quince minutos a los pobres diablos. Me retiré a mi habitación, escribí una nota, y regresé a la puerta de Somps. Estaba cerrada, naturalmente, pero llamé suavemente y deslicé la nota por debajo.

La puerta se abrió después de un apresurado cóncave de susurros. Entré. Claire tenía la cara roja. Somps tenía los puños crispados.

-Muy bien -rechinó-. Nos ha descubierto. ¿Qué quiere?

-¿Qué quiere todo hombre? -dijo amablemente-. Un poco de compañía, un poco de simpatía abierta, el apoyo de un alma gemela. Quiero a Leona.

-Eso pensaba -dijo Somps, temblando-. Ha estado tan distinta desde Seattle... Nunca le gusté, pero antes no me odiaba. Sabía que había alguien detrás. Bien, tengo una sorpresa para usted, señor de Kooning. Leona no lo sabe, pero he hablado con Hillis y me he enterado. ¡Está casi arruinado! ¡Su firma está llena de deudas!

-¿Oh? -dijo, interesado-. ¿Y bien?

-Lo ha gastado todo intentando hacer volver el pasado -dijo Somps, con las palabras atrepellándose en su boca-. Ha pagado enormes salarios para sus viejos seguidores y financiado un centenar de ideas estúpidas. Dependía de mi éxito para restaurar su

fortuna. ¡Así que sin mí, sin la Libélula, todo su imperio se desmorona! -Me miró, desafiante.

-¿De veras? -dije-. ¡Es magnífico! Siempre he dicho que Leona estaba esclavizada por esta tontería. Un imperio, sí. No es más que un tigre de papel. ¡Viejo fraude! -Me reí con ganas-. Muy bien, Marvin. ¡Vamos a arreglar esto con él ahora mismo!

-¿Qué? -Soms palideció.

Le di un golpe en el hombro.

-¿Por qué continuar la farsa? Usted no quiere a Leona; yo sí. Hay dinero de por medio, bien. ¡Estamos hablando de amor, hombre! ¡De nuestra felicidad! ¿Quiere que un viejo idiota se interponga entre Claire y usted?

Soms se sonrojó.

-Sólo estábamos charlando.

-Conozco bien a Claire -dije galantemente-. Es amiga de Mari Kuniyoshi. No se habría quedado aquí sólo para intercambiar notas técnicas.

Claire alzó la cabeza, con los ojos enrojecidos.

-¿Cree que es gracioso? No nos lo estropee, por favor -suplicó-. No arruine las esperanzas de Marvin. Ya tenemos bastantes cosas en contra.

Saqué a Soms por la fuerza y cerré la puerta tras de mí. Él se zafó y pareció a punto de golpearme.

-Escuche -siseé-. Esa mujer está entregada a usted. ¿Cómo se atreve a jugar con sus más puros sentimientos? ¿Es que no tiene compasión ni intuición? Está poniendo sus planes por encima de su propia felicidad.

Soms pareció herido. Miró a la puerta tras él con el aspecto de un hombre dividido por la pasión.

-Nunca tuve tiempo para esto. Yo... no sabía que sería así.

-¡Maldición, Soms, sea un hombre! -dije-. Vamos a resolverlo con el viejo dragón ahora mismo.

Bajamos a la suite de Hillis. Las dobles puertas estaban abiertas.

Del dormitorio llegaban gemidos.

Mi querido MacLuhan, eres mi mejor y más antiguo amigo. A menudo nos hemos tenido por confesores mutuos. Recuerda el viejo juramento que hicimos, siendo niños, de nunca contar las travesuras del otro y mantener el secreto hasta la tumba. El pacto nos ha servido bien, y muchas veces nos ha tranquilizado a ambos. En veinte años de amistad nunca nos hemos dado ocasión de dudar. Sin embargo, ahora somos adultos, hombres avezados en la vida y sus complicaciones; y me temo que debes soportar conmigo la silenciosa carga de mi más grande pecado.

Sé que no me decepcionarás, pues la felicidad de mucha gente se basa en tu discreción. Pero alguien debe saberlo.

La puerta del dormitorio estaba cerrada. Soms, con habilidad de ingeniero, desatornilló sus bisagras. Nos abalanzamos al interior. El doctor Hillis se había caído de la cama. Una basura letal en la mesilla de noche nos contó de inmediato la horrible verdad. Hillis, que se había estado tratando con la ayuda del servil doctor humano, tenía acceso a las peligrosas drogas que están almacenadas a salvo en las máquinas. Usando una vieja hipodérmica manual, se había inyectado una sobredosis fatal de analgésico.

Devolvimos a la cama su frágil cuerpo.

-Déjenme morir -croó el anciano-. No hay nada por lo que vivir.

-¿Dónde está su médico? -dije.

Soms sudaba en su pijama de algodón.

-Le vi marcharse antes. Creo que el viejo lo echó.

-Todos chupasangres -dijo Hillis, con ojos vidriosos-. No pueden ayudarme. Me encargué de eso. Déjenme morir, me lo merezco.

-Tal vez podamos mantenerlo en movimiento -dijo Soms-. Lo vi en una vieja película.

Parecía una buena sugerencia, dado nuestro limitado conocimiento de medicina.

-Ignorantes -murmuró Hillis mientras nos pasábamos por encima de los hombros sus flaccidos brazos-. ¡Esclavos de las máquinas! Esas placas... ¡Esposas! Yo lo inventé todo..., yo maté la tradición científica. -Empezó a llorar abiertamente-. Dos mil seiscientos años desde Sócrates, y luego yo. -Nos miró, y su cabeza rodó como una flor en un tallo-. ¡Quítenme las manos de encima,

comadreja decadentes!

-Estamos intentando ayudarlo, doctor -dijo Soms, asustado y exasperado.

-Ni un céntimo de mí, Soms -amenazó el viejo débilmente-. Todo está en el libro.

Entonces recordé lo que me había dicho Leona sobre el libro del viejo, que sería publicado después de su suicidio.

-Oh, no -dije-. Va a desgraciarnos a todos y desgraciarse a sí mismo.

-Ni un penique, Soms. Me falló. Usted y sus estúpidos juguetes. ¡Suéltenme!

Lo devolvimos a la cama.

-Es horrible -dijo Soms, temblando-. Estamos perdidos.

Era típico de Soms que pensara en sí mismo en un momento como aquél. Cualquier persona de espíritu habría considerado los intereses superiores de la sociedad. Era impensable que este titán de la época muriera en circunstancias tan tristes. No produciría felicidad a nadie, y causaría dolor y desilusión a incontables millones de seres.

Me tengo por un hombre capaz de crecerme ante los desafíos. Mi cerebro rugió con súbita inspiración. Fue el momento más sublime de mi vida.

Soms y yo tuvimos una breve y feroz discusión. Tal vez la lógica no estaba de mi parte, pero le aplasté con la pura pasión de mi convicción.

Cuando regresé con nuestras ropas y zapatos, Soms había limpiado el suelo y acabado con las pruebas de las drogas. Nos vestimos a toda prisa.

Los labios del viejo estaban ya azulados y sus miembros parecían de cera. Lo sentamos en su silla de ruedas y le cubrimos con su manta de piel de búfalo. Me adelanté, comprobando que no nos vieran, mientras Soms empujaba la silla.

Afortunadamente, había luna. Nos ayudó a subir el sendero hasta el Trono de Adonis. Fue una escalada agotadora, pero Soms y yo éramos hombres poseídos.

El alba rosada del verano teñía el horizonte cuando terminamos de preparar la Libélula y atamos a ella al viejo. Todavía respiraba entrecortadamente, y sus párpados se agitaban. Engarfiamos sus manos retorcidas sobre los mandos.

Cuando los primeros rayos del sol tocaron el horizonte, Soms puso el motor en marcha. Me coloqué la estrecha cola del aparato bajo el brazo, como si fuera una lanza. ¡Entonces corrí hacia delante y la empujé al frío aire de la mañana!

MacLuhan, estoy casi seguro de que el frío azote del viento en la caída lo revivió brevemente. Mientras el aparato se precipitaba hacia las rugientes aguas, empezó a dar sacudidas y a alzarse como un ser vivo. Siento en mi corazón que Hillis, ese genio elemental de nuestra era, revivió y luchó por su vida en los últimos instantes. Creo que murió como un héroe. Algunos montañeros que habían acampado abajo lo vieron estrellarse. También ellos juraron que peleó hasta el fin.

Ya conoces el resto. Encontraron los restos varios kilómetros corriente abajo, en el Parque Global, al día siguiente. Puede que nos hayas visto a Soms y a mí en televisión. Te aseguro que mis lágrimas no eran fingidas; brotaban de mi corazón.

Contamos nuestra historia, la insistencia del doctor Hillis en pilotar el aparato, en restaurar el buen nombre de su industria. Le ayudamos contra nuestra voluntad, pero no pudimos negarnos a los deseos del gran hombre.

Admito el atisbo de escándalo. Su grave enfermedad era de dominio público, y en la autopsia las máquinas revelaron las drogas en su cuerpo. Afortunadamente, su médico admitió que las tomaba desde hacía meses para combatir el dolor.

Creo que hay poca duda en la mente de la mayoría de la gente de que quería estrellarse. Pero todo está en el espíritu de la época, mi querido MacLuhan. La gente es generosa hasta lo sublime. El doctor Hillis murió luchando, debatiéndose con una máquina en los extremos de la ciencia. Murió defendiendo su buen nombre.

En cuanto a Soms y a mí, la respuesta ha sido noble. La red correo ha estado llena de mensajes. Algunos me condenan por ceder ante el viejo. Pero la mayoría me da las gracias por ayudarlo a hacer hermosos sus últimos momentos.

Vi por última vez al pobre Soms cuando Claire Berger y él se marchaban a Osaka. Me temo que aún siente cierta amargura.

-Tal vez fue lo mejor -me dijo a regañadientes cuando nos estrechamos la mano-. La gente no cesa de decírmelo. Pero nunca olvidaré el horror de esos últimos momentos.

-Lamento lo del aparato -dije-. Cuando la notoriedad se desvanezca, estoy seguro de que será un gran éxito.

-Tendré que buscar otro financiador -dijo-. Y luego comenzar la producción. No será fácil. Probablemente requerirá años.

-Es el yin y el yang -le dije-. Hubo una época en que los poetas trabajaban en buhardillas mientras los ingenieros dirigían la tierra. Las cosas cambian, eso es todo. Si se va contra corriente, se paga el precio.

Mis palabras, que pretendían alegrarle, parecieron dañarle.

-Es tan condenadamente relamido -casi me replicó-. ¡Maldición, Claire y yo construimos cosas, damos forma al mundo, buscarnos una comprensión real! ¡No nos acariciamos el pelo y nos cogemos de la mano a la luz de la luna!

Es un tipo testarudo. Tal vez el péndulo oscile de nuevo hacia su lado, si vive tanto como vivió el doctor Hillis. Mientras tanto, tiene una mujer a su vera para asegurarse de perseguirlo. Tal vez encontrará, a la larga, un estrecho resquicio de sublimidad.

Así, mi querido MacLuhan, el amor ha triunfado. Leona y yo regresaremos en breve a mi amada Seattle, donde alquilaré la suite situada al lado de la mía. Siento que muy pronto daremos el gran paso de abandonar la carezza para enfrentarnos a la auténtica satisfacción física. ¡Si todo va bien entonces, le propondré matrimonio! Y luego, tal vez, incluso hijos.

En cualquier caso, te lo prometo, serás el primero en saberlo.

Como siempre, tuyo,

De K.

FANTASÍA

TELLIAMED

Monsieur Benoît de Maillet, antiguo gran cónsul de Su Majestad en Egipto, ahora retirado, bajó la pendiente hasta la playa del brazo de su criado, Torquetil. Cuando alcanzaron el lugar acostumbrado junto a la gran roca veteadada, de Maillet se apoyó en su bastón, respirando dificultosamente. El paseo era duro para un hombre de más de ochenta años. La peluca de de Maillet estaba ladeada, y su cara vieja y sabia pugnaba por ocultar su sufrimiento.

Torquetil desplegó la silla portátil. De Maillet se sentó con un breve suspiro de alivio. Torquetil emplazó la sombrilla. Era un enorme y chillón regalo de despedida del sultán de Egipto, y de Maillet estaba particularmente orgulloso de él. El criado colocó una cesta de mimbre con provisiones junto a las rodillas hinchadas del viejo filósofo.

-¿Algo más, monsieur?

-Cuando vuelvas, haz que el cochero venga y examine esas correas -dijo de Maillet firmemente. Abrió el cesto de mimbre y sacó un par de gafas de montura negra. Se enderezó de nuevo con esfuerzo y se colocó la mano en su sustanciosa panza-. Y dile al cocinero... que nada de salsas.

-Muy bien, monsieur. -El joven bretón subió la pendiente de regreso al carruaje.

De Maillet equilibró sus gafas sobre su gran y carnosa nariz. Sacó una carta de la cesta y rompió con el pulgar su sello de cera.

Pont Gardeau, Surinam

12 de febrero, 1737

Sieur Benoît de Maillet,

Gran Cónsul y Enviado Plenipotenciario,
retirado, en Marsella.

Cher Monsieur:

Por favor perdone esta letra execrable que, lo sé, es casi tan mala como la suya. Parece que mi secretario ha caído enfermo con una de las múltiples fiebres de esta pestilente región. Sin la ayuda de ese valioso muchacho, mis estudios de teología natural han caído en un estado lamentable. Yo mismo no me encuentro tan bien como debería; pero no es nada serio. Imagino que ninguno de nosotros puede presumir del vigor que teníamos en aquellos lejanos días en Egipto.

Lamento no poder enviarle los ejemplos de roca que me pidió; durante los últimos meses he estado río arriba, en el interior, esforzándome humildemente por propagar la más perfecta Fe de Su Católica Majestad. Durante ese tiempo he recolectado varios curiosos gusanos e insectos, con los que espero confundir al pedante Sistema del infiel Linneo.

Los nativos del interior se mantienen tercamente en sus errores paganos, aún llenos de historias notables de hombres con cola, gigantes ancestrales y similares, que espero relatarle cuando haya dominado mejor su lenguaje.

Y ahora debo reprenderle. Un amigo mío en la Royal Society de Londres, un colega en teología natural (aunque, lamentablemente, protestante), me ha dicho que ha leído cierto manuscrito que circula en secreto entre los sabios de Francia e Inglaterra, que llamó Telliamed; o Discursos sobre la disminución del mar. Estaba lleno de elogios hacia ese manuscrito, lo que, siendo un infiel, no dice nada de la santidad de su reputación. Y no necesita protestar por su inocencia, pues un niño podría ver que el supuesto sabio indio Telliamed, responsable de este nuevo Sistema Geológico, es simplemente su propio nombre deletreado al revés.

Quizás el mar haya disminuido realmente; encuentro difícil negarlo, ya que también yo he visto el desierto de barcos petrificados en el Bahar-Balaama, al oeste del Cairo. Pero esto no debería ser interpretado como contrario a la Revelación. Como su consejero espiritual, debo advertirle, viejo amigo: ya no es tan joven como para poder negar la acuciante cuestión de la salvación de su alma. Al final el Dogma debe triunfar, y ninguna sofisticada «evidencia», «hipótesis» o «deducción» le salvará cuando discuta ante el Trono del Juicio.

Odio pensar que las colecciones de rocas y fósiles que le he enviado hayan sido utilizadas para un propósito impío. Sin embargo, no puedo dejarle sin un regalo de algún tipo; y conociendo su afición al rapé, le envío un poco del alimento nasal de los aborígenes, que obtienen de diversos arbustos y parras. No es tabaco, pero con su uso reciben más fácilmente la palabra de la Fe, con excitación y gozo; así que no puedo pensar que sea malo. Incluyo la pequeña herramienta hecha de hueso de pájaro que emplean para inhalar la sustancia, para su colección.

A cambio, le pido que encienda unas velas por el eterno reposo del alma del pobre Bérard Procureur; y, por favor, intente confesarse regularmente. Rezo por usted,
Su viejo amigo, H.
Gérard le Bovier de Maillet, SJ.

De Maillet sonrió.

-No es mala cosa tener al consejero espiritual en otro país -musitó en voz alta. Sacó otro sobre más pequeño del interior del primero, lo abrió, y el tabaco en polvo del paquete liberó un aroma agradable y rico, ligeramente amargo, de exóticas especias.

El olor desató una cadena de recuerdos en la mente de de Maillet: columnas de negro incienso humeando en cuencos de plata perforados, café solo en una taza de porcelana china, las nalgas desnudas de una cortesana egipcia extendidas sobre una almohada de brocado. Con estos recuerdos inesperados y agradables vino una súbita relajación en las entrañas de de Maillet. Experimentó una breve sensación de bienestar animal, un cálido resurgir de las cenizas de la juventud.

Su médico le había prohibido el rapé. Habían pasado varios meses desde que se lo llevara a la nariz por última vez. Estudió cuidadosamente el paquete de papel. Las finas hojas parecían bastante inofensivas. Acarició el hueco hueso de pájaro, y luego lo metió en el paquete e inhaló implacablemente.

-¡Huaaaau! -gritó, poniéndose en pie de un salto. Las gafas se le cayeron a la arena. Maldiciendo, de Maillet caminó pesadamente alrededor de la sombrilla, con los ojos lagrimeando. El rapé pagano había picoteado sus tejidos como una avispa encolerizada, lastimándole tanto que ni siquiera pudo estornudar. Se agarró el pómulo y la nariz con una mano ajada por la edad.

Lentamente, el dolor remitió hasta convertirse en un extraño aturdimiento, no del todo desagradable. De Maillet enderezó la espalda, luego se inclinó para recoger su bastón de empuñadura de plata y sus gafas. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se inclinó con tanta facilidad. Se sentó en la silla plegable sin jadear en busca de aliento.

Advirtió con interés que su sensibilidad parecía haber aumentado. Cuando palpó el suave ébano de su bastón, fue como si lo hiciera por primera vez. Incluso su visión parecía haber mejorado: el cielo azul de verano sobre el cristalino Mediterráneo parecía tiritar como si acabara de ser creado. Incluso los granos de arena sobre sus botines parecían haber sido colocados cada uno en su sitio, formando una diminuta constelación contra el cuero negro.

Estaba pensando en inhalar de nuevo cuando vio a un joven de la ciudad corriendo hacia él desde una parte rocosa de la costa. Allí había varias calas y huecos apartados donde los jóvenes galanes de Marsella llevaban a sus damiselas, o a otras mujeres jóvenes a quienes deseaban persuadir para colmar sus fines. El desconocido era un apuesto muchacho de la clase comerciante con un rostro levemente marcado por la viruela.

-¿Habéis oído un grito de ayuda? -preguntó el joven, deteniéndose a la sombra del parasol de de Maillet.

-Fui yo -contestó de Maillet, avergonzado-. Me temo que fui yo quien gritó. Me perturba, hum, la gota. No me di cuenta de que había alguien cerca.

-No podéis haber sido vos, monsieur -razonó el joven, alisándose la camisa de lino-. Fue seguido por un exabrupto de las más horribles maldiciones, algunas en lenguaje extranjero. Mi acompañante se asustó tanto que huyó de inmediato.

-Oh -dijo de Maillet. Sonrió de repente-. Bueno, tal vez se tratara de un bote de marineros. Mis ojos no son tan buenos como antes. Podría haberlos pasado por alto completamente.

El joven sonrió.

-Todo va bien. Las mujeres siempre quieren prolongar un encuentro mucho después de su consumación natural. -Sus ojos se posaron sobre el bastón de de Maillet, un regalo de presentación de los poderes fácticos de Marsella-. Perdonadme -dijo-. Sois el señor de Maillet, el famoso sabio, ¿verdad?

De Maillet sonrió.

-Bien lo sabéis. Acabáis de leer mi nombre en el bastón.

-Tonterías -dijo vigorosamente el joven mercader-. Todo el mundo conoce quién es monsieur de Maillet. Marsella os debe su prosperidad. Mi padre es Jean Martine, de la Compañía Oriental de Importaciones-Exportaciones Martine. Soy su hijo mayor, Jean Martine el Joven. -Se inclinó-. Habla de vos con frecuencia. Mi familia mantiene con vos una larga deuda de gratitud.

-Sí, creo que conozco a vuestro padre -dijo generosamente de Maillet. Le encantaba la adulación-. Comercia con artículos egipcios, ¿no? Betún, antigüedades y cosas así. -De Maillet se encogió de hombros, con la adecuada indiferencia aristocrática hacia esos asuntos.

-El mismo -dijo Martine-. A veces hemos tenido el honor de suministrar a Vuestra Excelencia curiosidades para vuestro famoso gabinete de maravillas naturales. -Vaciló-, Sin querer inmiscuirme, Vuestra Excelencia, no puedo dejar de preguntarme por qué os encuentro solo en esta playa desierta.

De Maillet contempló la cara despejada e inocente del mercader y sintió la natural urgencia del viejo, culto y locuaz por instruir al joven.

-Tiene que ver con mi Sistema -dijo-. El trabajo de mi vida es la filosofía natural, sobre el que reposará mi fama futura. Durante muchos años, en mis viajes, he examinado las costas y estudiado la historia del mundo tal y como se revela en sus rocas. Sostengo que el nivel del mar está bajando, a un promedio que calculo en quizás un metro cada mil años. Durante mi vida he recopilado pruebas de esta disminución, y creo que puede demostrarse más allá de la sombra de cualquier duda.

-Muy notable -dijo lentamente Martine-. Pero seguro que no estáis aquí viendo cómo baja.

-No -respondió de Maillet-; pero, cuando hace buen día, vengo aquí a menudo, para pensar en los viejos tiempos, para examinar mis notas y diarios y ampliar mi cadena de deducciones.

»Por ejemplo. Si se acepta que el mar disminuye, entonces se desprende rigurosamente que debió haber una época, hace muchos miles de siglos, en los que toda la tierra estuvo cubierta por el mar. Y eso puede demostrarse con bastante facilidad. He examinado el estudio de Herr Scheuchzer en Zurich, que contiene gran cantidad de peces fosilizados que ese varón preclaro encontró en las piedras de las montañas suizas. En los escritos del sabio Fulgose encontramos la historia de un barco entero, con sus velas, cordaje y anclas, y los huesos de su tripulación, que fue hallado fosilizado a un centenar de brazas en una mina de hierro en el cantón de Bern. Herodoto escribe sobre argollas de amarre encontradas en las faldas de las montañas de Mokatan, cerca de Menfis. ¿Cómo pueden explicarse esos vestigios sino suponiendo que el mar fue una vez tan profundo que ahogaba esas montañas?

De Maillet hundió su bastón en la arena.

-Bien. Entonces se desprende que la vida debe de haber surgido del mar, y que criaturas como las serpientes marinas, los elefantes marinos, los perros marinos y los leones marinos deben de haber surcado las profundidades cuando no había tierra. Similarmente, las uvas marinas, las lechugas de mar, el moho marino y los árboles marinos deben de haber suministrado a la tierra todo su verdor.

-Esto es preocupante -admitió el joven-. ¿Qué hay de los hombres, entonces? ¿Creéis que los hombres surgen también del mar?

-Ciertamente, es preocupante -repuso de Maillet-. Pero la evidencia, joven; no podemos ignorar la evidencia. Admito que nunca he visto tritones. Pero he visto huesos de gigantes. Hace treinta años, en el muelle de Cabo Coronne, a unas millas de aquí, vi los huesos de un gigante, tendido de espaldas, enclaustrado en la arena. Cuando uno ha visto una maravilla así con sus propios ojos, puede descartar confiadamente sus dudas...
-Una extraña sensación subía y bajaba por la espalda de de Maillet. Cerró los ojos y notó un curioso temblor bajo la planta de los pies, como si las entrañas de la tierra se hubieran removido. Cuando los abrió, aturdido por el vértigo, vio un fenómeno tan extraño que lo rechazó casi de inmediato como un truco de la luz.

Era como si la mano de Dios hubiera dejado caer una hoja informe de cristal teñido sobre el horizonte. Luego, aquella poderosa hoja, o esa pared de esencia invisible, había arrancado de la distancia y había destellado junto a él. Era como si la pared sin forma hubiera rebullido las profundidades del mar y hubiera pasado a través de la misma sustancia de la tierra, sin dejar rastro de su paso, aunque cambiándolo todo sutilmente. El mismo se notaba distinto, algo perturbado, con una extraña sensación tintineante, como experimentaba a veces antes de una tormenta. Una extraña brisa fría empezó a soplar del mar. A de Maillet le pareció que la sospechosa brisa tenía un leve olor al turbio lodo de las profundidades subacuáticas del mundo.

Miró al muchacho sentado en la arena, a sus pies. Una sutil transformación había afectado también al joven mercader. Miraba a de Maillet con expresión atrevida y especulativa, como si estuviera a punto de comprar el mundo y se dispusiera a ofrecer a de Maillet como anticipo.

-¿No habéis visto...? -dijo de Maillet débilmente.

-¿Ver qué, Excelencia?

-¿Un cierto... destello, un cierto viento? ¿No? No, naturalmente que no. -De Maillet tiritó-. ¿Dónde estábamos?

-Su Excelencia estaba hablando de los tritones.

-Los tritones. -Aunque era uno de sus temas de conversación favoritos, la palabra le pareció extraña a de Maillet, como si en un solo instante la palabra hubiera envejecido un millar de años y fuera ahora una aparición polvorienta y totalmente desacreditada del pasado remoto. ¿Había creído realmente alguna vez en tritones y sirenas? Seguramente que sí, pues ocupaban un capítulo entero de su obra maestra-. Ah, sí, los tritones. Aunque nunca he visto uno, he recopilado muchas referencias de escritores sobre su incuestionada veracidad. Debemos omitir los relatos de los antiguos como Plinio, que habla de tritones jugueteros y demás; eran demasiado crédulos.

«Evitemos los chismorreos de las comadres, entonces, y ciñámonos enteramente a los hechos: He leído las obras de al-Qaswini, el reputado escritor árabe, en su original. En su narración de los viajes de Salim, enviado del califa Vathek de los abasidas, menciona una partida de pesca en el mar Caspio, donde se rescató a una sirena del vientre de un pez monstruoso. No era medio-pezuca medio-mujer, como se cree erróneamente, sino mujer entera. Tras ser separada del agua, lloró y se tiró del pelo, pero no pudo hablar ninguna palabra humana. Esto fue en el año 288 de la Hegira, o el 842 de nuestra era.

»En el año 1430, tras una gran riada en el Zuider Zee, se capturó a una sirena del lodo entre los diques. Las buenas mujeres de Edam la enseñaron a vestirse, a coser y a hacer el signo de la cruz, lo cual, debe suponerse, eran los logros totales de las mujeres de ese aburrido país... Posteriormente la sirena intentó regresar al agua en varias ocasiones, pero sus pulmones se habían acostumbrado a respirar aire y no pudo hacerlo. Sin duda, eso fue lo sucedido con nuestros antepasados más remotos, quienes, al emerger del mar a las primeras islas, descubrieron después de un tiempo que no podían regresar a él. Imagino que este proceso sucede incluso hoy en día. He leído informes sobre salvajes, los orangutanes de las Indias Orientales Holandesas, que están cubiertos de pelo y no

saben hablar ningún lenguaje humano. Obviamente, no hace mucho que han dejado de ser tritones.

»De vez en cuando se encuentran hombres con cola entre las razas europeas. Una cortesana que conocí en Pisa me habló de un amante suyo, cuyo pelo era negro y grueso, y que tenía la fuerza de diez hombres y cola. Sin duda existe una raza de tritones con cola en algún lugar de las profundidades insondables del mar. Nuevas especies de todo tipo deben de surgir del mar en cualquier ocasión; ¿cómo si no podemos explicar la flora y la fauna de las islas remotas? Nadie los ha visto surgir. Pero, ¿cuántos han contemplado pacientemente la línea de la costa, durante años seguidos, sabiendo qué mirar?

-Supongo que sólo Su Excelencia está tan cualificado -dijo Martine-. ¿Es ésa, entonces, la razón de vuestra vigilia? ¿Esperáis que algún prodigio emerja del mar?

De Maillet sonrió tristemente.

-No, por supuesto que no. Las probabilidades de que pueda ser testigo de un evento así son infinitésimas. Pero, ¿qué otra cosa puedo hacer? Mis piernas están demasiado debilitadas por la gota como para que pueda saltar entre las piedras, como hice en mi juventud. Ahora todo lo que tengo son mis ojos y mi cerebro. Aunque un tritón emergiera en este momento, no podría capturarlo o someterlo. Pero, si lo viera, estaría seguro de mi Sistema..., más seguro que ahora, después de recopilar evidencias durante años. Podría morir sabiendo que la Historia me reivindicará.

Miró tristemente las aguas.

-Supongamos que, en este momento, viéramos un extraño movimiento entre esas olas que en formas tan raras se encrespan con el viento. Supongamos que viéramos que ese parche de espuma empezara a retorcerse..., sí, como está haciendo ahora, sólo que más rápido. ¡Más rápido, haciéndose inconfundible! -De Maillet se puso en pie y señaló con el bastón-. ¡Dios mío, mirad!

El joven oteó el mar.

-No veo nada...

-¡Usad vuestros ojos, bobo! ¿No veis cómo ese remolino gira y se extiende? Su borde brilla con espuma como diamantes, y sus aguas tienen el verde del..., del bronce antiguo, del jade chino, o del lustre de un insecto en ámbar, o... o... -Las palabras se convirtieron en un murmullo en el súbito torrente de imágenes. De Maillet señaló aturdido con su bastón. El joven le miró, y luego al mar, y de nuevo a de Maillet. De repente se giró y echó a correr por la playa.

De Maillet ignoró la huida del joven y dio dos pasos vacilantes hacia la aparición. En torno a los bordes espumosos del remolino, fantasmas medio transparentes se perseguían en el viento, girando en el centro del remolino en medio de un tumulto de películas y velos. Algunos de los fantasmas se abrazaban; otros espíritus más oscuros se movían lentamente, como envenenados por las bilis de la tierra; y otros, con el pelo fluyendo y los ojos girando, abrían las bocas para tomar aire. Su aspecto y movimientos los convertían en cosas insensibles, meros criados y heraldos del prodigio por venir.

Más y más espíritus aéreos se desprendieron del frenético remolino del maelstrom verde jade; meras masas de espuma al principio, tomaron forma en su vuelo y trazaron espirales hacia arriba, formando ante los ojos asombrados de de Maillet una lenta torre de presencias sobrenaturales. Sobre ellas, un conjunto de nubes se formaba sobre el cielo vacío.

Una lanzada de luz verdosa se disparó desde las profundidades del maelstrom, y otra presencia, mucho mayor, empezó a emerger del corazón del remolino. Surgió con lenta majestuosidad del fondo del mar, girando como un derviche en trance: una Muchacha Oscura, con la piel del color de la pizarra y el pelo mojado y viscoso con el aspecto de algas marinas. Estaba desnuda, y cubría sus partes secretas con las manos sobre los pechos y la mata de vello entre sus caderas. Mientras sus rodillas y tobillos se alzaban

sobre la superficie del agua, el remolino se detuvo y desapareció, mostrando sus pies descalzos dentro de la concha de una enorme almeja.

Asombrado por la majestad de esta oscura gigante, de Maillet cayó dolorosamente sobre una rodilla. Los ojos de la Muchacha Oscura se abrieron; eran del color de las aguas del remolino, un arcaico verde oscuro.

Dos de los espíritus eólicos ofrecieron a la Muchacha Oscura una larga capa o velo, hecho de su propia esencia intangible. Mientras tocaba sus hombros oscuros, asumió de inmediato peso y sustancia y se convirtió en una capa milagrosa, arcanamente elaborada con símbolos bordados de mantícoras, rochos, krakens, gigantes de un solo ojo y otras monstruosas bestias y prodigios.

Los labios curvados de la Muchacha Oscura se abrieron levemente.

-Saludos, filósofo.

Al oír que ella le conocía, el asombro de de Maillet se mitigó, y su viejo y tenaz valor llenó de inmediato su anciano corazón. Se puso en pie con la ayuda de su bastón y se inclinó hacia delante, en una reverencia estirada y cortés.

-Buenos días, Vuestra Señoría.

La Muchacha Oscura sonrió con la extraña sonrisa hierática vista en las más antiguas estatuas de Grecia y Egipto.

-¿Conocéis mi nombre?

-Sé que sois la Muchacha Oscura del Mar; ése debe de ser título más que suficiente, pues no podría haber dos entidades iguales.

-Ah -dijo ella-, viejo filósofo, no habéis perdido vuestra astucia. Está bien que me aduléis ahora, después de haberme hecho tantas graves injurias durante vuestra carrera. Somos viejos enemigos, vos y yo. Me habéis desafiado muchas veces, y habéis robado vuestro conocimiento de mi oscuro reino. Construísteis vuestro Sistema para hacerme daño. Pero ahora me enfrentáis encarnada. -Los grandes párpados de la Muchacha Oscura se abrieron y se cerraron, y le dirigió una mirada de verde serpentino.

»¡Escuchad, filósofo! -exclamó-. Este es un Día de días, cuando una Gran Marea de Cambio barre el Mundo, y el Espíritu de la Era (es decir, la mente de los hombres) queda transformado para siempre. Durante este Momento preñado de asombro, las leyes de hierro de la necesidad y el destino que gobiernan este mundo son suspendidas, y las oscuras esencias y espíritus que gobernaban este plano del ser pueden caminar por última vez.

-He leído que en sus últimos días, los hombres pueden entrever verdades y tener visiones proféticas -dijo de Maillet-. ¿Estoy muriendo, entonces?

-Oh, mortal, el mundo entero está muriendo, y un nuevo mundo nace de él: un mundo que vos mismo, y los de vuestra especie, habéis formado. Será un mundo más desnudo, más brusco, donde una Iluminación ruda e implacable quemará en la mente de los hombres las viejas y cálidas leyendas, dogmas y romances.

-Pero mi Sistema -gimió de Maillet-. En este nuevo mundo de claridad y luz, ¿triunfará? ¿Sobrevivirá mi nombre? ¿Me apoyará la evidencia?

La Muchacha Oscura se echó a reír, revelando un gris puñado de dientes afilados y serrados.

-¿Me preguntáis profecías? Soy la Madre de las Fantasías, la Madre de la Fe, la Esperanza y la Iglesia.

De Maillet dio un respingo, sujetando su bastón de ébano contra su pecho.

-Sois la Ignorancia.

-Lo soy -respondió la Muchacha Oscura-. No me pidáis pues favores, vos que me habéis perseguido y acosado por todo este mundo; vos, que a través de vuestros cultos libros y el ejemplo de vuestra vida me seguiréis acosando, incluso después de muerto. Si preguntar debéis, preguntad a mis hijas.

La Muchacha Oscura hizo un gesto con su mano gris, y tres extrañas hermanas brotaron de la arena a los pies de de Maillet.

-Soy la Fe -dijo la primera de las Hermanas-. Soy la que entra en la mente del hombre cuando su poder de razonar se agota y él se aferra tenazmente a sus propios deseos y ambiciones, y cree en ellos, pues teme la locura de lo contrario. Me habéis perseguido con vuestra propia mente y con vuestros libros, a veces con las mentes de otros; pero persistiré mientras haya ignorancia y miedo.

-¿Por qué tembláis, entonces? -dijo de Maillet-. ¿Y por qué está tan pálido vuestro rostro?

-Oh, sabio, me habéis herido. En la nueva era que amanece será posible vivir sin mí, como vos habéis vivido. Vos y vuestros hermanos, con ojos que todo lo ven y nada temen, haréis de mí una cosa de catálogos y disertaciones y me despedazaréis con duros argumentos y lógicas escépticas. Por eso tiemblo y no puedo miraros a los ojos.

-¿Qué hay pues de mi Sistema, Espíritu? ¿Será revelado como verdad?

-Debéis creer que sí -dijo la Fe, y desapareció en la arena.

La segunda Hermana se plantó ante él.

-Soy la Esperanza -dijo acusadoramente-, y también seré gravemente herida. No seré ya la grande y ciega Esperanza de Salvación, sino sólo fragmentos triviales de esperanza: de poder, de riquezas, de gloria terrenal, o simplemente para poner fin al dolor. Esta era por venir no será una época de grandes esperanzas, sino de planes, predicciones, teorías e hipótesis, cuando el hombre agarre las riendas del destino con sus propias manos, y sólo se tendrá a sí mismo para reclamar la culpa o el crédito. No seré destruida totalmente; pero me privaréis de mi gloria.

-¿Qué hay pues de mi sistema, Espíritu, vos que siempre tenéis los ojos fijos en el futuro? ¿Persistirá mi trabajo?

-Debéis esperar que sí -dijo ella, y desapareció en la arena.

De Maillet se enfrentó al espectro de la Iglesia.

-¡Deberíais de haber sido mío! -dijo la última de las Hermanas, apuntándole con un brazo cercenado a la altura de la muñeca. Dentro de su velo encapuchado, los ojos de la anciana estaban fuertemente cerrados-. ¡Si no uno de mis teólogos, entonces mío para arder!

-Nunca me opuse a vos -dijo de Maillet-. No abiertamente.

-¡Pero vuestra lógica me ha cortado las manos! -gimió el Espíritu-. En los días por venir, vuestros sucesores exclamarán: «¡Aplastad a la cosa infame!», y harán mofa de mí, una cosa a esquivar por los hombres librepensadores.

«Vuestro corazón no fue mío, filósofo. Perteneció a la ciencia y a la fama terrenas. Cada vez que despreciasteis y dudasteis de las llamas del infierno, esas llamas ardieron un poco menos. Como habéis descubierto sus mecanismos terrenos, habéis reducido al Dios de los Profetas hasta convertirlo en un Dios relojero, un fantasma mecánico. ¡Los demonios que acechaban en los desiertos; los espíritus de los bosques y cañadas; las legiones de fantasmas y ángeles, todos se marchitarán con la luz implacable!

»Nunca más congregaré las almas de los creyentes para embelesarlos y castigarlos. Cuando acabe el gran Cambio, no habrá almas. Los hombres quedarán revelados como animales astutos, nacidos del vientre de los monos. Sus mentes aguzadas reducirán a pedazos mis hermosas ficciones. -Llorando, la Iglesia dio la espalda al filósofo.

De Maillet se apoyó en su bastón.

-No deberíais de haber ocultado la verdad -dijo.

-¡La Verdad! -exclamó la Ignorancia-. Oh, mortal, la verdad existe en la mente de los hombres. Sois vos quien ha propiciado este gran Cambio sobre el mundo. El firmamento redondo y acogedor era demasiado pequeño para vuestras ambiciones. ¡No, quisisteis tener estrellas en órbitas de Newton, y universos enteros doblegados a vuestras leyes! ¡Cada ley y dato arrancado al gran Misterio debilita a Dios, para poner al hombre en Su

lugar! Veo mi destino escrito en vuestra frente. Vendrá el día, en el futuro, en el que la mente del hombre lo abarque todo, y su omnisciencia me destruirá por completo. ¡Así, conoced mi odio!

De las profundidades del mar, un muro de turgente agua rugió sobre la tierra y derribó a de Maillat. Su bastón le fue arrancado de las manos y su nariz se llenó del olor a limo. Mientras flotaba en el agua oscura, cegado, agarró una piedra redonda y lisa de la playa. Se puso en pie, chapoteando.

Había perdido las gafas. Buscó salvajemente la aparición de la Muchacha Oscura.

-¡Esto! -gritó, blandiendo la piedra en su puño cerrado-. ¡Esto os derrotará, Espíritu Oscuro! Ésta es la evidencia; pongo en ella mi Fe y mi Esperanza, y en mí mismo...

Un sombrío rugido brotó del mar. Tenuemente, de Maillat vio las olas retroceder, y un gran muro se dirigió hacia tierra, brillando con luces. La tormenta descargó sobre él con sorprendente velocidad, chasqueando y rugiendo, con un sonido como los muros del propio Cielo derribados bajo un asedio.

Jadeando, tambaleándose, sosteniendo la piedra contra su corazón, Benoît de Maillat cayó a la oscuridad definitiva.

Una luz pura y ardiente golpeó los ojos del anciano. Gruñendo, de Maillat abrió los ojos y vio un brillante amanecer de verano.

De repente, la cara de su criado Torquetil apareció ante la suya. De Maillat se agarró a la librea del joven.

-¡Torquetil!

-¡Hurra! -exclamó Torquetil, soltándose y dando un salto de alegría-. ¡Se mueve, vive! ¡Mi señor me habla!

Resonó una ronca risa. De Maillat, aturdido, se sentó. Un grupo diverso de criados de la casa, pescadores y habitantes de la ciudad, se había congregado a su alrededor, algunos de ellos sosteniendo antorchas consumidas.

-Os hemos buscado toda la noche -dijo Torquetil-. ¡Traje el carruaje en cuanto el tiempo empeoró, pero os habíais marchado!

-Ayúdame a levantarme -dijo de Maillat. El joven bretón colocó su hombro bajo el brazo de de Maillat y le ayudó a ponerse en pie.

-Las ropas de monsieur están empapadas -dijo Torquetil.

Abriendo y cerrando miópicamente los ojos, de Maillat contempló la piedra que tenía en la mano.

-Fue el joven caballero quien pensó primero en buscar entre las Rocas de los Amantes -dijo Torquetil, señalando amablemente a la figura confiada y bien vestida de Jean Martine el Joven.

-No fue nada -dijo el joven mercader, acercándose-. Después de que, hum, me marchara, sentí preocupación por Vuestra Excelencia. El clima empeoró de repente, y pensé que Vuestra Excelencia podría haber buscado refugio aquí. -Sonrió condescendentemente a de Maillat, obviamente complacido por su astucia para localizar al viejo excéntrico-. Las rocas estaban muy altas; con el viento y la oscuridad, mis criados se perdieron. Espero que Vuestra Excelencia no esté herido.

-He perdido mis gafas -dijo de Maillat-. Torquetil, ¿tienes las de repuesto?

-Naturalmente, monsieur. -Las sacó. De Maillat se las puso rápidamente y estudió la piedra alisada por las olas-. Notable -dijo-. ¡Notable! ¿He permanecido junto a la costa de este gran océano tanto tiempo para no obtener más que esto? Sin embargo, lo tengo. Esto, al menos, es mío.

Torquetil miró suplicante a Jean Martine; el mercader forzó una sonrisa.

-Su Excelencia debe conseguir ropas secas -dijo-. Mi carruaje está en la carretera, no lejos de aquí. Está a vuestro servicio.

-Vamos, monsieur -dijo Torquetil con exagerada amabilidad. Bajó la voz-. No está bien que los plebeyos os vean así.

Hubo una súbita agitación tras la multitud, y tres muchachos harapientos se adelantaron.

-¡Lo encontramos, lo encontramos! -exclamaron. Uno de ellos traía el bastón de ébano de de Maillet.

-¡Espléndido! Dales algo, Torquetil.

El criado les lanzó unas cuantas monedas; los muchachos se abalanzaron tras ellas salvajemente.

-¿Y qué hay de mi sombrilla? -preguntó de Maillet.

Torquetil pareció entristecerse.

-¡Ay, monsieur, vuestra hermosa sombrilla, tan extraña y pintoresca! Los vientos, los terribles vientos, la han hecho pedazos; está toda rota.

-Ya veo -dijo de Maillet. Guardó silencio un instante, y luego suspiró pesadamente.

Martine carraspeó.

-Si Vuestra Excelencia quisiera visitar la tienda de mi padre en la ciudad, tal vez podríamos encontraros otra.

-No importa -dijo de Maillet estoicamente. Frotó la piedra contra su ajada casaca y se la metió en el bolsillo. Al verlo, los niños le señalaron y se echaron a reír, ocultándose la boca con las manos.

-Se ríen -observó de Maillet-, La posteridad se reirá. Ésa es su respuesta. -Se apoyó pesadamente en su bastón y se dio la vuelta para marcharse. Torquetil le ayudó a subir la cuesta.

De repente, de Maillet se detuvo y se irguió.

-¿Y si lo hacen, qué? -preguntó-. ¡Al menos, si se ríen de ti, entonces sabes que aún estás vivo! ¿Eh, Torquetil?

Torquetil sonrió.

-Como vos digáis, monsieur. -Limpió la arena de los hombros de su señor-. Volvamos a casa. El cocinero lo ha prometido: no más salsas.

LA TIENDECITA DE MAGIA

Los primeros años de vida de James Abernathy estuvieron llenos de ominosos portentos.

Su padre, un inspector de aduanas de Nueva Inglaterra, tenía ambiciones artísticas; llenaba sus cuadernos de dibujo con viejas tumbas puritanas cubiertas de yedra y veloces balleneros de Nantucket. Durante el día, calificaba los fardos de té y calicó importados; por las noches llevaba a James a reuniones con sus amigos intelectuales, que bebían oporto, maldecían a sus esposas y editores y le daban a James caramelos.

El padre de James desapareció durante una expedición para hacer dibujos de la Gran Cara de Piedra de Vermont; no encontraron de él más que sus zapatos.

La madre de James, viuda y con un niño pequeño, se casó finalmente con un hombre grande y velludo que vivía en una vieja mansión en el estado de Nueva York.

De noche, la familia socializaba en la ciudad vecina de Albany. Allí, el padrastro de James hablaba de política con sus amigos del Partido Nacional Antimasón; en el piso de arriba, su madre y las otras mujeres charlaban con prominentes personajes muertos a través de su mesa de espiritismo.

Finalmente, el padrastro de James se fue volviendo cada vez más y más ansioso con respecto a los planes de los masones. La familia dejó de aparecer en sociedad. Corrieron las cortinas y se ordenó a la familia mantener una férrea vigilancia hacia los forasteros

vestidos de negro. La madre de James enflaqueció y palideció, y con frecuencia no llevaba encima más que su bata de estar por casa durante días seguidos.

Un día, el padrastro de James les leyó las noticias sobre el ángel Moroni, que había descubierto tabletas enterradas de oro que detallaban la historia bíblica de los indios de Mound Builder. Cuando llegó al final del artículo, su voz temblaba y sus ojos ardían. Esa noche, oyeron gritos sofocados y frenéticos martillazos.

Por la mañana, el joven James encontró a su padrastro junto a la chimenea, aún vestido con su bata, sorbiendo una taza de brandy tras otra y curvando y enderezando ausente el atizador.

James le dio los buenos días con su habitual cordialidad. Los ojos de su padrastro se agitaron frenéticamente bajo sus tupidas cejas. Informó a James que su madre estaba en misión piadosa atendiendo a unos familiares lejanos atacados por la fiebre escarlata. La conversación pasó pronto a cierta habitación del primer piso cuya puerta estaba ahora cerrada con clavos. El padrastro de James le ordenó estrictamente que evitara aquel portal prohibido.

Pasaron los días. La ausencia de su madre se amplió a semanas. A pesar de las repetidas advertencias cada vez más estridentes de su padrastro, James no mostró ningún interés en la habitación del primer piso. Finalmente, una arteria reventó en el cerebro del anciano, por pura frustración.

Durante el funeral de su padrastro, el hogar familiar fue alcanzado por un rayo y ardió. El dinero del seguro, y el destino de James, pasaron a las manos de un pariente lejano, un hombre tembloroso que hablaba en murmullos y hacía campaña contra el licor y bebía varias botellas del Elixir de Láudano del Doctor Rifkin cada semana.

James fue enviado a un internado dirigido por un fanático diácono calvinista. James prosperó allí, gracias a los estudios intensos de las escrituras y su temperamento equilibrado y razonable. Creció y se convirtió en un joven alto y estudioso de tranquila disposición y rostro solemne completamente ajeno al destino.

Dos días después de su graduación, el diácono y su esposa fueron encontrados descuartizados, sus cuerpos medio desnudos dentro de su carricoche. James se quedó el tiempo suficiente para consolar a la hija solterona de la pareja, que estaba sentada en su mecedora, rompiendo metódicamente en pedazos un pañuelo.

James se dirigió entonces a la ciudad de Nueva York para completar su educación superior.

Fue allí donde James Abernathy descubrió la tiendecita que vendía magia.

James entró por un impulso en la tienda sin rótulos, empujado por los gritos apagados de agonía que surgían del dentista al otro lado de la calle.

El interior de la tienda olía a aceite de ballena y latón caliente. Profundos estantes de madera, cubiertos de telarañas, alineaban las paredes. Aquí y allá, amarillentos pasquines políticos pedían ayuda militar para los rebeldes de Texas. James depositó sus textos sagrados sobre un expositor, donde una banda de ranas barnizadas tocaba trompetas y guitarras. El propietario apareció detrás de una cortina roja.

-¿Puedo ayudarle, señor? -dijo, frotándose las manos. Era un irlandés pequeño y vivaracho. Sus orejas terminaban en puntas ligeramente cubiertas de pelo; llevaba lentes bifocales y zapatos con puntera de latón.

-Me interesa esa bandeja que está debajo del jarrón -señaló James.

-Apuesto a que podemos encontrar algo mejor para un joven como usted -dijo el propietario, con una sonrisa picaresca-. Tan fresco, tan lleno de vida.

James sopló la densa capa de polvo acumulada sobre la jarra.

-¿Van bien los negocios, hoy en día?

-Tenemos una clientela bastante especializada -dijo el hombrecillo, y se presentó. Se llamaba O'Beronne, y había huido de su país a causa de la devastadora hambre de la patata. James estrechó la frágil manilla del señor O'Beronne.

-Querrá una poción amorosa -dijo el señor O'Beronne con expresión lasciva-. Los jóvenes de su edad la piden frecuentemente.

James se encogió de hombros.

-No, la verdad es que no.

-¿Problemas monetarios, entonces? Puede que le interese una cartera siempre llena - el viejo desapareció detrás del mostrador y sacó una gran capa de piel de oso.

-¿Dinero? -dijo James, con distante interés.

-La fama, entonces. Tenemos cepillos mágicos..., o, si prefiere nuevas artes científicas, tenemos una cámara que perteneció al propio Montavarde.

-No, no -dijo James, con aspecto intranquilo-. ¿Puede decirme el precio de esta bandeja? -La estudió críticamente. No parecía en muy buen estado.

-Podemos restaurar la juventud -dijo el señor O'Beronne con repentina desesperación.

-Cuénteme -dijo James, enderezándose.

-Tenemos un cargamento de las Aguas Rejuvenecedoras Patentadas por el Doctor Heidegger -dijo el señor O'Beronne. Apartó una piel de cuaga de un cofre cercano y sacó una botellita cuadrada. La descorchó. Las aguas borbotearon levemente, y el olor de mayo llenó la habitación-. Una botella bebida -dijo el señor O'Beronne-, restaura la juventud a hombre o bestia.

James frunció el entrecejo, pensativo.

-Si eso es un hecho..., ¿cuántas cucharadas hay por botella?

-No tengo ni idea -admitió O'Beronne-. Nunca las he medido a cucharadas. Le advierto que es un artículo para viejos. Los jóvenes de su edad se dedican normalmente a las pociones amorosas.

-¿Cuánto por una botella?

-Es un poco cara -dijo O'Beronne a regañadientes-. El precio es todo lo que usted posea.

-Parece razonable -dijo James-. ¿Cuánto por dos botellas?

El señor O'Beronne se envaró.

-No se adelante, joven. -Volvió a tapar la botella cuidadosamente-. Todavía tiene que darme todo lo que posee, se lo advierto.

-¿Cómo sé que aún tendrá las aguas cuando necesite más?

Los ojos de O'Beronne se agitaron incómodamente bajo sus bifocales.

-Deje que yo me preocupe por eso -sonrió, pero sin la misma convicción que había mostrado antes-. No cerraré esta tienda..., no mientras haya gente de su tipo.

-Muy bien -dijo James, y cerraron el trato con un apretón de manos. James regresó dos días más tarde, después de haber vendido cuanto poseía. Entregó una bolsita de polvo de oro y un recibo bancario que contenía los restos de su patrimonio. Se marchó con lo puesto y la botella.

Pasaron veinte años.

Los Estados Unidos sufrieron una guerra civil. Cientos de miles de hombres murieron bajo los disparos, volados por las minas o la artillería, o perecieron miserablemente en los sépticos campamentos del ejército. En las aceras de Nueva York, cientos de manifestantes antirreclutamiento cayeron bajo la metralla, y la calle ante la tiendecita de magia se cubrió de muertos hediondos. Por fin, tras una terca resistencia y agonías inenarrables, la Confederación fue derrotada. La guerra se convirtió en historia.

James Abernathy regresó.

-He estado en California -anunció al asombrado señor O'Beronne. James lucía un sano bronceado y llevaba una chaqueta de terciopelo, botas con espuelas y un sombrero plateado. Tenía un gran reloj de oro y sus dedos brillaban con joyas.

-Se ha hecho rico buscando oro -dedujo el señor O'Beronne.

-La verdad es que no -dijo James-. Me he dedicado al negocio de la alimentación. En Sacramento. Se puede vender una docena de huevos por casi su peso en oro, ¿sabe? - Sonrió y señaló sus elaboradas ropas-. Me ha ido bastante bien, pero normalmente no visto de forma tan extravagante. Verá, llevo encima todos mis bienes terrenales. Pensé que simplificaría nuestra transacción. -Sacó la botella vacía.

-Muy previsor por su parte -dijo O'Beronne. Examinó a James críticamente, como buscando grietas psíquicas o signos de corrupción moral-. No parece haber envejecido ni un solo día.

-Oh, eso no es del todo cierto. Tenía veinte años la primera vez que vine aquí; ahora aparento fácilmente veintiuno, incluso veintidós. -Colocó la botella sobre el mostrador-. Le interesará saber que contiene exactamente veinte cucharadas.

-¿No derramó nada?

-Oh, no -dijo James, sonriendo ante la idea-. Sólo la he abierto una vez al año.

-¿Y no se le ocurrió tomar dos cucharadas? ¿O vaciar la botella de un trago?

-¿Y eso de qué serviría? -dijo James. Empezó a quitarse los anillos y a depositarlos sobre el mostrador con un suave tintineo-. Supongo que aún conservará usted su stock de Aguas Rejuvenecedoras.

-Un trato es un trato -refunfuñó O'Beronne. Sacó otra botella. James se marchó descalzo, vestido sólo con una camisa y los pantalones, pero con la botella.

La década de 1870 pasó, y la nación celebró su centenario. Las líneas del ferrocarril cruzaron el continente. En las calles de Nueva York se instalaron luces de gas. Edificios más altos que nada visto hasta entonces empezaron a aparecer, aunque el barrio de la tienda de magia siguió a oscuras.

James Abernathy regresó. Ahora parecía tener al menos veinticuatro años. Entregó los títulos de varias propiedades en Chicago y se marchó con otra botella.

Poco después del cambio de siglo, James regresó de nuevo, conduciendo un automóvil de vapor, silbando el tema de la Exposición de St. Louis y frotándose el engominado bigote. Entregó los papeles del coche, que era bastante bueno, pero el señor O'Beronne mostró poco entusiasmo. El viejo irlandés había encogido con los años, y sus manitas temblaron mientras recogía sus propiedades.

En el siguiente período tuvo lugar una gran guerra de imperios mundiales, pero América escapó a la devastación. Llegaron los años veinte, y James volvió cargado con una maleta llena de bonos y acciones en alza.

-Parece que siempre le van muy bien las cosas -observó el señor O'Beronne con voz temblorosa.

-La clave está en la moderación -dijo James-. Y en el optimismo.

Miró la tienda con ojo crítico. La calidad del establecimiento había bajado. Viejos componentes de motor cubiertos de grasa se acumulaban junto a montones de revistas populares mohosas y carretes de negros cables telefónicos. Las pieles exóticas, los paquetes de especias y ámbar, piezas de marfil talladas por caníbales y ese tipo de cosas habían desaparecido por completo.

-Espero que no le importen estas nuevas botellas -croó el señor O'Beronne, tendiéndole una. La botella tenía lados curvos y un tapón de corcho y lata colocado por medios mecánicos.

-¿Algún problema con los suministros? -preguntó James delicadamente.

-¡Deje que yo me preocupe por eso! -gruñó el señor O'Beronne, alzando el labio con una débil mueca de desafío.

La siguiente visita de James se produjo después de otra guerra, ésta de un salvajismo inédito y casi inimaginable. La tienda de O'Beronne estaba ahora repleta de artículos militares sobrantes. Bombillas desnudas colgaban sobre un reino caqui y de goma podrida.

James parecía tener ahora casi treinta años. Era un poco bajo para los modernos estándares norteamericanos, pero esto apenas se notaba. Llevaba pantalones muy por encima de la cintura y una chaqueta de lino blanco con hombreras.

-Supongo que nunca se le habrá ocurrido compartir esto -murmuró O'Beronne a través de sus falsos dientes-. ¿Qué pasa con sus esposas, amantes, hijos?

James se encogió de hombros.

-¿Qué pasa con ellos?

-¿Se contenta con verlos envejecer y morir?

-Nunca los veo envejecer tanto -observó James-. Después de todo, cada veinte años tengo que regresar aquí y perder todo lo que poseo. Es más simple empezar otra vez de nuevo.

-Ningún sentimiento humano -murmuró amargamente O'Beronne.

-Oh, vamos -dijo James-. Después de todo, no le veo distribuir el elixir para todo el mundo.

-Pero yo estoy en el negocio de las tiendas de magia -repuso O'Beronne débilmente-. Hay ciertas leyes no escritas.

-¿Sí? -dijo James, apoyándose en el mostrador con la tranquila paciencia de un joven centenario-. Nunca las había mencionado antes. Leyes sobrenaturales..., debe de ser un campo de estudio interesante.

-No se meta en eso -replicó O'Beronne-. Usted es un cliente y un ser humano. Dedicúese a sus asuntos, que yo me dedicaré a los míos.

-No hay por qué ser tan cascarrabias -dijo James. Vaciló-. ¿Sabe?, tengo buenas noticias sobre la nueva industria del plástico. Imagino que podría ganar mucho más dinero que de costumbre. Es decir, si está interesado en vender este lugar. -Sonrió-. Dicen que un irlandés nunca olvida el Viejo País. Podría volver a lo suyo..., ollas de oro, cuencos de leche en la puerta...

-Coja su botella y márchese -gritó O'Beronne, colocándosela en las manos.

Pasaron otras dos décadas. James llegó en un Mustang descapotable y entró en la tienda. El lugar apestaba a incienso de pachulí, y pósters fosforescentes cubrían las paredes. Pilas de desquiciados libros de comics asomaban bajo las mesas cubiertas de pipas de barro y otros utensilios para fumar.

El señor O'Beronne apareció tras una cortina de cuentas.

-Otra vez usted -croó.

-Cierto -dijo James, mirando a su alrededor-. Me gusta la forma en que ha puesto la tienda al día. Colosal.

O'Beronne le dirigió una mirada venenosa.

-Tiene ciento cuarenta años. ¿No se le ha hecho insoportable la carga de la vida innatural?

James le miró, sorprendido.

-¿Está de guasa?

-¿No ha aprendido la lección sobre la bendición de la mortalidad? ¿Sobre cómo es mejor no sobrepasar su tiempo predestinado?

-¿Eh? -dijo James. Se encogió de hombros-. He aprendido algo sobre las posesiones materiales, eso sí... Las cosas materiales sólo te amarran. Esta vez no puede quedarse con el coche, es alquilado.

Sacó una cartera de cuero hecha a mano de sus vaqueros acampanados-. Tengo unos cuantos carnets de identidad y tarjetas de crédito falsas. -Las dejó caer sobre el mostrador.

El señor O'Beronne observó incrédulo el escaso lote.

-¿Es ésta su idea de un chiste?

-Eh, es todo lo que poseo -dijo James mansamente-. Podría haber comprado Xerox a quince, allá en los cincuenta. Pero, la última vez que hablé con usted, no pareció

interesado. Y supuse, bueno, ya sabe, que no era la pasta lo que cuenta, sino el espíritu de la cosa.

El señor O'Beronne se llevó una manchada mano al corazón.

-¿Es que esto no va a terminar nunca? ¿Por qué salí de Europa? Allí saben respetar las tradiciones... -Se detuvo-. ¡Mire este lugar! ¡Es un insulto! ¿Llama a esto una tienda de magia? -Agarró una gruesa vela en forma de seta y la tiró al suelo.

-Está usted sonado -dijo James-. Mire, fue usted quien dijo que un trato es un trato. No hay necesidad de continuar con esto. Veo que su corazón no está al loro. ¿Por qué no me pone en contacto con el colega que le suministra el lío?

-¡Jamás! -juró O'Beronne-. No me dejaré derrotar por un... contable de sangre fría.

-Nunca había pensado en esto como una competición -dijo James con dignidad-. Lamento ver que se lo toma de esta forma, tronco. -Cogió su botella y se marchó.

El tiempo asignado pasó, y James repitió su peregrinación a la tienda de magia. El barrio se había venido abajo. Mujeres con camisetas escotadas y medias de malla ocupaban las aceras, vigiladas desde la esquina por hombres con sombreros de ala ancha y zapatos pulidos. James cerró cuidadosamente las puertas de su BMW.

Las ventanas de la tienda de magia habían sido pintadas de negro. Un cartel de neón sobre la puerta anunciaba PELÍCULAS PARA ADULTOS, 25 c.

El espacio interior de la tienda había sido despejado. Revistas envueltas en plástico cubrían las paredes, y sus carnosas portadas brillaban bajo la luz azulina de los fluorescentes del techo. El viejo mostrador había sido reemplazado por un largo expositor de cristal que mostraba látigos nudosos y lubricantes de distintos sabores. El desnudo suelo se pegaba a las suelas de los zapatos Gucci de James.

Un joven salió de detrás de una cortina. Era alto y huesudo, con un bigotito recortado. Su piel tenía un aspecto subterráneo, como de cera. Hizo un gesto.

-Las pelis están atrás -dijo con voz aguda, sin mirar a James a los ojos-. Hay que comprar fichas. Tres pavos.

-¿Perdón? -dijo James.

-¡Tres pavos, tío!

-Oh -James sacó el dinero. El hombre le tendió una docena de fichas de plástico y desapareció de inmediato tras las cortinas.

-¿Disculpe? -dijo James. No hubo respuesta- ¿Oiga?

Los vídeos estaban al fondo, en una serie de cabinas cubiertas por cortinas. Los cojines de vinilo de su interior olían a sudor y nitrato de butilo. James insertó una ficha y observó.

Luego se trasladó a las otras máquinas y las examinó también.

Regresó a la parte delantera de la tienda. El encargado estaba sentado en un taburete, arrancando las portadas de las revistas no vendidas y viendo un pequeño televisor bajo el mostrador.

-Esas películas -dijo James-. Eran Charlie Chaplin. Y Douglas Fairbanks. Y Gloria Swanson...

El hombre alzó la cabeza y se alisó el pelo.

-¿Y qué? ¿No le gustan las películas mudas?

James hizo una pausa.

-No puedo creer que Charlie Chaplin hiciera porno.

-Odio estropear un truco de magia -dijo el encargado, bostezando-. Pero son películas reales, amigo. ¿Ha oído hablar de la Mansión Hearst? ¿En San Simeón? Al viejo Hearst le gustaba filmar a escondidas a sus invitados de Hollywood. Todos los dormitorios tenían mirillas ocultas.

-Oh -dijo James-. Ya veo. Ah..., ¿está el señor O'Beronne?

El hombre mostró interés por primera vez.

-¿Conoce al viejo? Hoy ya no viene mucha gente que lo conozca. Tengo entendido que su clientela tenía gustos muy especiales.

James asintió.

-Debía de guardar una botella para mí.

-Bueno, miraré en la parte de atrás. Tal vez esté despierto. -El encargado volvió a desaparecer. Regresó unos minutos después, con un frasco marrón-. Aquí tiene, poción amorosa.

James sacudió la cabeza.

-Lo siento, no es eso.

-¡Es auténtica, tío! ¡No podrá creerse cómo funciona! -El encargado se sorprendió-. A los jóvenes como usted les van las pociones amorosas. Bueno, supongo que tendré que despertar al viejo para que le atienda. Aunque odio molestarlo.

Pasaron largos minutos, con distantes rumores y chirridos. Finalmente, el encargado atravesó de espaldas las cortinas, tirando de una silla de ruedas. El señor O'Beronne estaba sentado en ella, envuelto en vendas, su arrugada cabeza cubierta con un sucio gorro de dormir.

-Oh -dijo por fin-. Es usted otra vez.

-Sí, he vuelto a por mi...

-Lo sé, lo sé. -El señor O'Beronne se agitó en sus cojines-. Veo que ya conoce a mi... socio, el señor Ferry.

-Me encargo de este sitio ahora -dijo Ferry. Le hizo un guiño a James, a espaldas de O'Beronne.

-Soy James Abernathy. -Tendió la mano.

Ferry se cruzó de brazos, indolente.

-Lo siento, nunca hago eso.

O'Beronne se rió débilmente y empezó a toser.

-Bien, muchacho -dijo por fin-. Esperaba durar lo suficiente para verle una vez más... ¡Señor Ferry! Hay una caja, al fondo, bajo esos sucios pósters de películas suyos...

-Claro, claro -dijo Ferry, indulgente. Se marchó.

-Déjeme echarle un vistazo -dijo O'Beronne. Sus ojos, en sus cuencas secas y plomizas, parecían los de un lagarto-. Bien, ¿qué piensa del lugar? Sea sincero.

-Ha tenido mejor aspecto -respondió James-. Igual que usted.

-Y el mundo también, ¿eh? El joven Ferry hace negocios al margen. Tendría que verle manejar los libros... -Agitó una mano, mostrando sus diminutos nudillos artríticos-. Es una bendición no tener que preocuparme ya.

Ferry reapareció, cargado con una caja de madera llena de paquetes de seis latas de aluminio. La colocó suavemente sobre el mostrador.

El Agua Rejuvenecedora podía aparecer en todo tipo de formatos.

-Gracias -dijo James, con los ojos muy abiertos. Alzó reverentemente un paquete y retiró una lata.

-No -dijo O'Beronne-. Es para usted, todo. Disfrútelo, hijo. Espero que esté satisfecho.

James bajó lentamente las latas.

-¿Qué hay de nuestro trato?

O'Beronne bajó los ojos, en un éxtasis de humillación.

-Le pido humildemente disculpas. Pero ya no puedo continuar con el trato. No tengo fuerzas, ya ve. Ahora es suyo. Todo lo que pude encontrar.

-Sí, debe de ser lo último que queda -asintió Ferry, inspeccionando sus uñas-. No se ha movido bien desde hace tiempo..., supongo que la envasadora cerró.

-Pero hay tantas latas... -dijo James, pensativo. Sacó su cartera-. Le he traído un hermoso coche...

-Nada de eso importa ya -dijo O'Beronne-. Quédeselo todo, considérelolo mi pérdida por no cumplir con mis obligaciones. -Su voz se apagó-. Nunca pensé que llegaría a esto, pero me ha derrotado, lo admito. Estoy acabado. -Su cabeza colgó, flaccida.

Ferry cogió la silla.

-Está cansado -dijo tranquilizadamente-. Lo retiraré... -Abrió las cortinas y empujó la silla con el pie. Se volvió hacia James-. Puede coger esa caja y marcharse. Ha sido un placer..., adiós. -Hizo un ademán con la cabeza, cortante.

-¡Adiós, señor! -exclamó James. No hubo respuesta.

James arrastró la caja hasta su coche y la colocó en el asiento trasero. Luego permaneció sentado al frente durante un rato, tamborileando con los dedos sobre el volante.

Finalmente, volvió a entrar en la tienda.

El señor Ferry había sacado un teléfono de debajo de su caja registradora. Cuando vio a James, colgó.

-¿Olvidó algo, amigo?

-Estoy preocupado. Sigo preguntándome..., ¿qué hay de las reglas no escritas?

El encargado le miró, sorprendido.

-Ah, el viejo siempre hablaba de cosas así. Reglas, niveles, calidad, -Miró su stock, meditabundo, y luego a los ojos de James-. ¿Qué reglas, amigo?

Hubo un momento de silencio.

-Nunca he estado seguro del todo. Pero me gustaría preguntárselo al señor O'Beronne.

-Ya le ha molestado bastante -dijo el encargado-. ¿No puede ver que se está muriendo? Tiene lo que quería, así que largúese, pegúese el piro. -Cruzó los brazos. James se negó a moverse.

El encargado suspiró.

-Mire, no estoy en esto por gusto. Si quiere merodear por aquí, tendrá que comprar fichas.

-Ya he visto todas las películas -dijo James-. ¿Qué más vende?

-Oh, las máquinas no son suficientemente buenas para usted, ¿eh? -El señor Ferry se frotó la barbilla-. Bueno, no es estrictamente mi línea de trabajo, pero podría conseguirle un gramo o dos del Auténtico Polvo Mágico Colombiano del Señor Buendía. La primera vez es gratis. ¿No? Es usted un tipo difícil de complacer, amigo.

Ferry se sentó. Parecía aburrido.

-No veo por qué debería cambiar mis productos, sólo porque es usted tan exigente. Un tipo listo como usted debería encontrar peces más gordos que freír en otro sitio que no sea una tienda de magia. Tal vez no encaje aquí, amigo.

-No, siempre me ha gustado este sitio -dijo James-. Yo solía..., incluso quise poseerlo.

Ferry se rió entre dientes.

-¿Usted? Venga ya... -Su cara se endureció-. Si no le gusta como llevo las cosas, largúese.

-No, no, estoy seguro de que puedo encontrar algo -dijo James rápidamente. Señaló al azar un grueso libro de tapas duras al pie del estante, bajo el mostrador-. Déjeme ver eso.

El señor Ferry se encogió de hombros con desgana y lo cogió.

-Le gustará -dijo, sin convicción-. Marilyn Monroe y Jack Kennedy en una casa en la playa.

James echó un vistazo a las brillantes páginas.

-¿Cuánto?

-¿Lo quiere? -dijo el encargado. Examinó la encuadernación y volvió a soltarlo-. Vale cincuenta pavos.

-¿Sólo dinero? -dijo James, sorprendido-. ¿Nada mágico?

-El dinero es mágico, amigo. -El encargado se encogió de hombros-. Vale, cuarenta pavos, y además tendrá que besar a un perro en la boca.

-Pagaré los cincuenta -dijo James. Sacó la cartera-, ¡Ooops! -Se le cayó de las manos, al otro lado del mostrador.

Ferry se agachó para recogerla. Cuando se levantaba, James le golpeó en la cabeza con el grueso libro. El encargado cayó con un gruñido.

James pasó por encima del mostrador y apartó las cortinas. Agarró la silla de ruedas y tiró de ella. Las ruedas tropezaron dos veces con las piernas tendidas de Ferry. Sobresaltado, O'Beronne se despertó con un grito.

James le empujó hacia las ventanas pintadas de negro.

-Viejo -jadeó-. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que respiró aire fresco por última vez? -Abrió la puerta de una patada.

-¡No! -chilló O'Beronne. Se protegió los ojos con ambas manos-. ¡Tengo que quedarme aquí dentro! ¡Son las reglas!

James le sacó a la calle. Cuando la luz del sol le golpeó, O'Beronne aulló de temor y se agitó salvajemente. Nubes de polvo brotaron de sus cojines, y sus vendas ondearon. James abrió la puerta del coche, alzó atrevidamente a O'Beronne y lo sentó en el asiento del pasajero.

-¡No puede hacer esto! -gritó O'Beronne. Su gorro de dormir voló-. Tengo que estar entre paredes, no puedo salir al mundo...

James cerró la puerta. Dio la vuelta y se puso al volante.

-Es peligroso estar ahí fuera -gimió O'Beronne mientras el motor cobraba vida-. Estaba a salvo dentro...

James pisó a fondo el acelerador. Los neumáticos chirriaron. Miró por el retrovisor y vio un público de putas que se reían y aplaudían.

-¿Adonde vamos? -dijo O'Beronne mansamente.

James se saltó un semáforo en ámbar. Extendió la mano y cogió una lata del paquete de seis.

-¿Dónde estaba la planta de envasado?

O'Beronne parpadeó, dubitativo.

-Ha pasado tanto tiempo... En Florida, creo.

-Florida parece buen sitio. Sol, aire fresco... -James sorteó diestramente el tráfico y abrió la lata con el pulgar. Dio un largo trago y luego le pasó la lata a O'Beronne-. Tenga, viejo. Acábela.

O'Beronne la miró, lamiéndose los resecos labios.

-No puedo. Soy propietario, no cliente. No se me permiten este tipo de cosas. Soy el dueño de la tienda de magia.

James sacudió la cabeza y se echó a reír.

O'Beronne tembló. Alzó la lata con las dos manos y empezó a beber, sediento. Se detuvo una vez para eructar, y siguió bebiendo.

El olor de mayo llenó el coche.

O'Beronne se secó la boca y aplastó la lata vacía. La lanzó por encima de su hombro.

-Ahí atrás también hay sitio para esas vendas -le dijo James-, Vamos a la autopista.

FLORES DE EDO

Otoño. La luna llena flotaba sobre Edo, tras un finísimo halo de altas nubes. Brillaba como la lámpara de una geisha a través de una vieja mosquitera. El cielo era vieja seda quemada.

Dos sudorosos corredores tiraban de un rickshaw con ruedas de hierro en dirección al sur, hacia la Ginza. Esto era el Distrito Kabukiza, y sus calles estaban flanqueadas por

bajas tiendas de madera. Eran lugares modestos: tonelerías, tabaquerías, telares baratos donde el caro hedor del tinte escapaba a través de las persianas de junco y las ventanas de papel. Tras las tiendas acechaba un laberinto de callejones, repletos de barracones de madera, con las paredes festoneadas de las glorias de la mañana y los tejados cubiertos de pulgas.

Era tarde. Kabukiza no era un distrito de geishas, y los trabajadores honrados estaban durmiendo. Las calles fangosas no tenían más iluminación que la luna y las raras lámparas de los pisos superiores. Los corredores llevaban su propia linterna, que se bamboleaba precariamente en las varas del rickshaw. Trotaban rápidamente, esquivando los peores socavones y charcos. Pero, con cada sacudida, las cadenas de campanas de latón del rickshaw saltaban y resonaban.

De repente, las ruedas de hierro rechinaron sobre el liso pavimento rojo. Habían llegado a la Nueva Ginza. Aquí, el aire tenía el fresco aroma extraño de la argamasa y el ladrillo.

La sorprendente Nueva Ginza había enterrado a su antigua predecesora. Pues las Flores de Edo habían matado a la Vieja Ginza. Hasta la fecha, este gran desastre había sido el incendio peor y más excitante de la Era Meiji. Edo siempre se había enorgullecido de sus incendios, y el de la Vieja Ginza había sido una auténtica maravilla. Había ardido durante tres días y había llegado hasta el río.

Después de llorar a sus muertos, los edokko se prepararon a reconstruir. Siempre lo estaban. Los incendios, incluso los terremotos, no eran nada nuevo para ellos. Era raro que un edificio en la Ciudad Baja escapara a las Flores de Edo más de veinte años.

Pero esto era ahora el Tokio Imperial, y no la vieja Edo del Shogun. El gobernador había venido de la Ciudad Alta con su coche de caballos a examinar las humeantes cenizas de Ginza. Los habitantes de la Ciudad Baja aún hablaban de ello, de cómo el gobernador había cruzado los brazos, así, con las muñecas asomando de su casaca occidental. Y de cómo había fruncido poderosamente el ceño. Los ciudadanos de Edo se estaban acostumbrando ya a aquellas expresiones. Ceños fruncidos, duros y serios, con las cejas unidas sobre fríos ojos que brillaban con Civilización e Iluminación.

Y, así, el gobernador, con un poderoso gesto de su brazo envuelto en una moderna casaca, mandó llamar a sus arquitectos extranjeros. Y los ingleses habían asediado el distrito con sus planos y sus motores chasqueantes y sus tinajas llenas de ladrillos y argamasa. Los mismos cielos habían llovido ladrillos sobre las ruinas negras y aplanadas. Grandes colinas rojas de ladrillos emergieron: ¿Eran casas, se preguntaba la gente, eran edificios de verdad? Brotaron historias en torno a los extranjeros y sus peculiares hogares. Las largas narices, naturalmente, necesarias para sorber aire a través de las sofocantes paredes de ladrillo. La piel pálida, porque los ladrillos, según se decía, chupaban la vida y el color de un hombre...

El rickshaw se detuvo en seco con un último tintineo de latón. El cochero más viejo habló, jadeando.

-¿Está bien aquí, gobernador?

-Sí, aquí valdrá -dijo uno de los pasajeros, asomándose. Se llamaba Encho Sanyutei. Era el hijo y sucesor de un famoso cómico de vodevil y, a los treinta y cinco años, era ahora un actor bien conocido por sus propios méritos. Había estado hablando a su compañero de la Ciudad de Ladrillo de Ginza, y sus brazos doblados y su labio inferior sobresaliente imitaban cruelmente al gobernador de Tokio.

Encho, que había estado bebiendo, tendió generosamente al cochero una bolsita de tintineantes monedas de cobre.

-Toma, amigo -dijo-, Y haz algo con esa tos, ¿quieres?

Los portadores se inclinaron, sin molestarse en contar el dinero. Se marcharon corriendo en dirección a la cercana Ginza, buscando otro servicio.

Había partes de Tokio que no dormían nunca. El Distrito Yoshiwara, la famosa Ciudad sin Noche de las geishas y los libertinos, era una de ellas. Los viajeros acaban de llegar del Distrito Asakusa, otro lugar donde no se dormía: una agitada y vibrante zona de bares, teatros kabuki y antros de vodevil.

La Ciudad de Ladrillo de Ginza tampoco dormía nunca. Pero aquí el aire era diferente. Carecía de ese brillo terrenal de sexo y diversión de la Ciudad Baja. Algo más, algo nuevo y extraño y poderoso, atraía a los edokko hacia las duras calles de la Ginza.

Luces de gas. Se alzaban siseando sobre sus negros pilares extranjeros, lanzando un implacable brillo lunar sobre la multitud. Había ochenta y cinco de aquellas sorprendentes maravillas, estirándose rectas como flechas por toda la Ginza, desde Shiba hasta Kyobashi.

La muchedumbre de los edokko, bajo las luces, permanecía curiosamente silenciosa. Drogados con la implacable iluminación, recorrían las duras calles con sus altos chanclos de madera o sus bajos zapatos de cuero. Algunos llevaban camisas hakama y chaquetas jinbibaori, otros modernos pantalones de tubo, con sombreros de copa y hongos.

El comediante Encho y su gran compañero caminaron tambaleándose hacia las luces. Sus pulidos zapatos de cuero chirriaban alegremente. Para los modernistas de Tokio, chirriar era menos divertido con aquellos zapatos extranjeros. Ambos llevaban insertos de «cuero cantarín» para ampliar el efecto.

-No me gustan sus actitudes -gruñó el compañero de Encho. Se llamaba Onogawa y, hasta la Restauración del Emperador, había sido samurai. Pero un decreto imperial había abolido el empleo de las espadas, y Onogawa tenía ahora un empleo en una compañía de comercio. Frunció el ceño y se tocó la nariz, que hacía poco había estado sangrando-. Todo es tan fácil con esos rickshaws modernos. ¿Viste a esos dos corredores? Nos miraron a la cara, osados como gatos salvajes.

-Relájate, ¿quieres? -dijo Encho-. No son más que un par de corredores callejeros. ¿A quién le importa lo que piensen? Por la forma en que actúas, parece que piensas que son Supervisores del Shogun. -Encho se echó a reír y se frotó las manos en un gesto rápido y teatral. Aquellos sombríos Supervisores espías, con sus implacables cánones de la ley de Confucio, eran ahora un mal sueño. Como el Shogun, se habían quedado sin trabajo.

-Pero conocen tu rostro por toda la ciudad -se quejó Onogawa-. ¿Ysi critican de nosotros? Todo el mundo sabrá lo que pasó allá atrás.

-Es lo menos que podía hacer por un admirador devoto -dijo alegremente Encho.

Onogawa se había recuperado un poco desde su pelea callejera en Asakusa. Estalló una refriega en el público después de la actuación de Encho..., una pelea centrada en Onogawa, que tenía viejos conocidos a quienes habría preferido no ver. Pero Encho, que apareció de pronto entre la multitud, había distraído a los perseguidores de Onogawa y le había sacado de allí.

No era una situación feliz para Onogawa, que valoraba mucho su propia dignidad y tendía a amargarse. Había nacido en Satsuma, una provincia de samurais radicales con estándares duros e inflexibles. Pero diez años en la capital habían cambiado a Onogawa y le habían dado el notorio amor de los edokko hacia el espectáculo. Un poco vergonzantemente, Onogawa se había vuelto un completo adicto a las personificaciones y burlas de Encho.

De hecho, Onogawa había frecuentado los antros de vodevil de Asakusa al menos dos veces por semana desde hacía meses. Tenía una esposa y un hijo pequeño en una modesta casa en Nihombashi, un distrito bastante decoroso de la Ciudad Alta lleno de jóvenes banqueros y funcionarios en su camino de ascenso. Gracias a viejos amigos de sus días radicales, Onogawa era oficial en una próspera compañía de comercio. Habría preferido estar en el ejército, naturalmente, pero el ejército era muy pequeño hoy día, y era difícil conseguir recomendaciones.

Esto supuso una decepción importante en su vida, y le había llevado a comportarse de manera extraña. Los pesados parientes de Onogawa siempre le habían advertido de que sus vagabundeos no reportarían nada bueno. Pero lo de esta noche ni siquiera había sido un escándalo de geishas, del tipo que los hombres pasan por alto o incluso admiran. En cambio, se había enzarzado en una pelea a puñetazos con plebeyos de clase baja.

Y había sido rescatado por otro famoso plebeyo, lo cual era aún peor. Onogawa no podía permitirse pasar vergüenza mostrando su gratitud. Miró a Encho por debajo del borde de su sombrero.

-¿Dónde está ese tipo con la bebida extranjera que prometiste?

-Paciencia -dijo Encho, ausente-. Mi amigo tiene una casita aquí, en la Ciudad de Ladrillo. Es privada, apartada de la calle. -Recorrieron la Ginza, y Encho se cubrió los ojos con su sombrero alto, para evitar ser reconocido.

Retuvieron el paso al encontrarse con un grupo de cuatro mujeres jóvenes reunidas ante el moderno escaparate de cristal de una tienda de telas. Estaba cerrada, pero las mujeres admiraban los maniqués. Como ellos, las mujeres iban vestidas con osada modernidad, con pequeños parasoles occidentales, chaquetas de montar de color púrpura brillante y ondulantes faldas extranjeras sobre grandes polisones.

-¿Qué te parece eso, eh? -dijo Encho mientras se acercaban-. A esos extranjeros les gustan las mujeres con buenas nalgas, ¿verdad?

-Las mujeres son capaces de ponerse cualquier cosa -dijo Onogawa, esforzándose por sacar un pie dolorido de su chirriante zapato-. El kimono y el obi son muy superiores.

-Pero es más fácil meterse dentro de esa ropa -musitó Encho.

Se detuvo bruscamente junto a la mujer más hermosa, una muchacha que había dejado crecer sus cejas naturales y cuyos dientes, sin manchar por los anticuados tintes negros, brillaban como marfil a la luz de gas-. Madame, perdone mi osadía -dijo-. Pero creo que he visto a un gatito meterse debajo de su falda.

-¿Cómo dice? -preguntó la muchacha, con acento de la Ciudad Baja.

Encho frunció los labios. Un maullido lastimero brotó del pavimento. La muchacha miró hacia abajo, sorprendida, y se subió rápidamente la falda casi hasta las rodillas.

-Déjeme ayudarla -dijo Encho, inclinándose para ver mejor-. ¡Ya lo veo! ¡Está subiendo por dentro de la falda! -se dio la vuelta-. ¡Será mejor que me ayudes, hermano! Echa un vistazo a esto.

Onogawa, avergonzado, vaciló. Se produjeron más maullidos. Encho metió toda la cabeza bajo la falda de la mujer.

-¡Allá va! ¡Quiere esconderse en su falso trasero! -el gatito maulló salvajemente-. ¡Lo tengo! -exclamó el comediante. Sacó las manos, cruzándolas por delante-, ¡Ahí está el picaro ahora, en la pared!

A la áspera luz de gas, las manos retorcidas de Encho arrojaron la figura en sombras de la cabeza de un gatito.

Onogawa soltó una carcajada. Se dobló contra la pared, buscando aliento. Las mujeres vacilaron por un momento. Luego todas echaron a correr, riendo históricamente. Excepto la víctima de la broma de Encho, que estalló en lágrimas mientras corría.

-Wah -dijo Encho, alerta-. Su marido.

Ladeó la cabeza, apoyó el canto de la mano contra los labios y sopló. La calle resonó con un brusco toque de trompeta. Sonó tan exactamente igual que la trompeta del ómnibus de Tokio que el propio Onogawa se dejó engañar por un momento. Miró salvajemente calle arriba y calle abajo, esperando ver al conductor del ómnibus, la trompeta en los labios, refrenando a su tiro de caballos.

Encho cogió a Onogawa por la manga y se lo llevó antes de que el resto de la multitud que llenaba la calle pudiera recuperarse.

-¡Por aquí! -Recorrieron una calleja mal iluminada hasta internarse en las profundidades de la Ciudad de Ladrillo. Onogawa no paraba de reírse. Cubrieron otra manzana hasta que Onogawa se soltó, jadeando.

-Ya no más -resopló, secándose las lágrimas de risa-. ¡No puedo dar... ja ja ja... otro paso!

-Muy bien -razonó Encho-, pero aquí no. -Señaló hacia arriba-. ¿No se te ocurre otra cosa que pararte debajo de una de esas cosas? -Los negros cables del telégrafo oscilaban suavemente sobre ellos.

Onogawa, que no los había advertido, se apartó apresuradamente de debajo.

-Kuwabara, kuwabara -murmuró, un rápido conjuro para evitar los rayos. Los siniestros cables mágicos estaban por toda la Ciudad de Ladrillo, colgando alrededor de los gruesos y olorosos edificios.

Todo el mundo sabía por qué los extranjeros colocaban sus cables telegráficos en lo alto de postes. Así, los mensajeros demoníacos de su interior no podían escapar para causar destrucción entre la gente decente. Se decía que aquellos espíritus invisibles y fantasmales volaban entre los cables rápidos como golondrinas, llevando sus hechizos secretos de magia negra cristiana. Plantarse simplemente bajo una influencia tan maligna era invitar al desastre.

Encho le sonrió a Onogawa.

-No hay peligro mientras sigamos moviéndonos -dijo confiadamente-. Un poco de exposición es inofensiva. No te preocupes.

Onogawa se recuperó.

-¿Preocuparme? Ni pizca. -Siguió a Encho calle abajo.

Los edificios de piedra parecían brutales y sin rasgos. No había persianas de junco o toldos sobre las ventanas, cuyas hojas de vidrio extranjero brillaban como los ojos de un animal. No había porches acogedores, ni campanitas de bambú o jaulas de grillos. Ni siquiera un ramillete de gloria de la mañana de Edo, que adornaba incluso las chozas peores y más baratas de la ciudad. Los edificios se encontraban simplemente allí, mudos y amenazadores como balas de cañón. La mayoría estaban desiertos. A pesar de sus cualidades a prueba de incendios y el gran coste de su construcción, eran difíciles de alquilar. En la calle se decía que aquellos ladrillos rojos chupaban la vida a los hombres, les producían beriberi, tal vez incluso tuberculosis.

Los ladrillos pavimentaban la calle bajo sus zapatos. Había ladrillos a su derecha, ladrillos a su izquierda, ladrillos delante, ladrillos detrás. Cientos, miles de ellos.

-Dime -murmuró Onogawa-. ¿Qué son exactamente los ladrillos? Quiero decir, ¿de qué están hechos?

-Los extranjeros los fabrican -dijo Encho, encogiéndose de hombros-. Creo que son una especie de cacharros de alfarería.

-¿Son malignos?

-Eso dice la gente, pero los extranjeros viven en ellos, y no he advertido que falte ninguno últimamente. -Encho se detuvo en seco-. Oh, ésa es la casa de mi amigo. Vamos a la parte delantera. Vive arriba.

Dieron la vuelta al edificio de dos plantas y miraron hacia arriba. Una honesta luz a la vieja usanza, procedente de una lámpara de aceite, brillaba contra las cortinas de una ventana del primer piso.

-Parece que tu amigo está aún despierto -dijo Onogawa, la voz más alegre ahora.

Encho asintió.

-Taiso Yoshitoshi no duerme mucho. Es un poco raro. Ya sabes, peculiar. -Encho se acercó a la pesada y adornada puerta principal, que colgaba al estilo extranjero sobre grandes bisagras de bronce. Tiró de una campana.

-Peculiar -dijo Onogawa-. No me extraña, si vive en un sitio como éste.

Esperaron.

La puerta se abrió hacia dentro, con un fuerte chirrido de bisagras. La cabeza despeinada de un hombre se asomó. Su anfitrión llevaba una vela en un barato portalámparas de lata.

-¿Quién es?

-Vamos, Taiso -dijo Encho, impaciente. Volvió a fruncir los labios. Los patos cloquearon en torno a sus pies.

-¡Oh! Es Encho-san, Encho Sanyutei. Mi viejo amigo. Pasa, ven.

Entraron en un oscuro recibidor. Los dos visitantes se detuvieron y se quitaron los zapatos de cuero. En el taller de la planta baja, más allá del recibidor, los invitados pudieron ver tenuemente fardos de papel, un desorden de herramientas y bandejas. Un aprendiz roncaba tras una prensa de madera cubierta. El aire húmedo olía a tinta y a virutas de fresno.

-Te presento a Onogawa Azusa -dijo Encho-. Es un fan mío, de la Ciudad Alta. Onogawa, éste es Taiso Yoshitoshi. El popular artista, uno de los mejores de Edo.

-¡Oh, Yoshitoshi el artista! -dijo Onogawa, reconociendo el nombre-. ¡Por supuesto! El impresor buhonero. Vaya, compré toda una serie suya, una vez. Veintiocho asesinatos infames, con sus versos correspondientes.

-Oh -dijo Yoshitoshi-. Qué amable por su parte recordar mis escuálidos primeros esfuerzos. -El artista impresor de uyiko era un hombre pequeño y algo rollizo cargado de hombros. La carne en torno a sus ojos parecía hinchada y descolorida. Tenía el pelo muy corto dividido por la mitad, y labios anchos y carnosos. Llevaba una bata casera de algodón estampado, con gastados soles azulinos, o tal vez margaritas, contra un fondo blanco-. ¿Subimos al piso de arriba, caballeros? Mi aprendiz necesita dormir.

Subieron las chirriantes escaleras de madera hasta un estudio iluminado por lámparas de aceite baratas. Las paredes estaban cubiertas de tapices, mientras que había docenas más enrollados, o apilados en las esquinas, o sobre viejas estanterías. Las ventanas tenían gruesas cortinas y estaban fuertemente cerradas. Las desnudas paredes de ladrillo parecían sudar, y un vago olor a levadura y tabaco rancio gravitaba en el aire húmedo y cerrado.

La ventana de la pared más lejana tenía un juego de postigos exteriores clavado al alféizar interior. Los postigos tenían corridos los cerrojos.

-Cables de telégrafo fuera -explicó Yoshitoshi, advirtiendo las miradas de sus invitados. El artista hizo un vago gesto hacia un par de ajados cojines-. Por favor.

Los dos visitantes se sentaron, debatiéndose amablemente por arrancar un poco de comodidad de los aplastados y gastados cojines. Yoshitoshi se arrodilló en un cojín más grueso junto a su mesa de trabajo, un bajo banco de pino con un tintero, un esmeril y una taza de agua. En la esquina de la mesita había una jarrita de bambú repleta de pinceles, así como un compás y una regla. Yoshitoshi había estado trabajando: una hoja de papel de arroz transparente estaba clavada a la mesa, cubierta de precisos rasgos de liviana tinta.

-Bien -dijo Encho, sonriendo y agitando una mano para abarcar el pobre hogar del artista-. He oído decir que te ha ido muy bien últimamente. Esta casa ha mejorado desde la última vez que la vi. Vuelves a tener estanterías de verdad. Apuesto a que pronto habrás recuperado tus libros.

Yoshitoshi sonrió dulcemente.

-Oh, tengo tantas deudas..., los libros serán lo último. Pero sí, las cosas me van ahora mucho mejor. He recuperado mi salud. Y un estudio. Y un aprendiz, Toshimitsu, volvió conmigo. No es el mejor de los que perdí, pero al menos es honrado.

Encho extrajo una pipa extranjera de entre sus ropas. Abrió la adornada bolsa de tabaco que llevaba en el cinturón, un trabajo que era el orgullo de todos los hombres de Edo. Alzó casualmente la cabeza, mientras rellenaba su pipa.

-¿Llegó a algo ese trabajo para el kabuki?

-Oh, sí -dijo Yoshitoshi, enderezándose-. Pinté manchas de sangre en la armadura de Onoe Kikuguro Quinto. Para su papel en Isla Kawanakajima. Te estoy muy agradecido por conseguírmelo.

-Espere, vi esa obra -dijo Onogawa, sorprendido y feliz-. Vaya, aquellas manchas de sangre eran maravillosas. Aún mejores que las de aquella lámina de asesinatos, Kasamori Osen descuartizada viva por su padraastro. Hizo usted también esa lámina, ¿me equivoco? -Onogawa había estado estudiando las láminas de las paredes, y el estilo familiar había sacudido su memoria-. Una muchacha joven sujeta por un maníaco con un cuchillo, grandes marcas de manos ensangrentadas por todo su cuello y piernas...

Yoshitoshi sonrió.

-¿Le gustó ésa, señor Onogawa?

-Bueno, no estaba mal para ser lo que era. -No resultaba fácil para un hombre de la posición de Onogawa confesar su aprecio por un simple arte plebeyo de la Ciudad Baja. Bajó un poco la voz-. La verdad es que tenía varias pinturas suyas, cuando era joven. Hace diez años, justo antes de la Restauración. -Sonrió al recordar-. Tenía los Veintiocho asesinatos, por supuesto. Y algunas de las Cien historias de fantasmas. Y unas pocas ediciones especiales, ahora que lo pienso. Como Tamigoro volándose la cabeza con un rifle. En ésa había chorros de sangre especialmente buenos.

-Oh, la recuerdo -intervino Encho-. Ésa fue en los viejos tiempos, cuando solías espolvorear la tinta escarlata con mica en polvo. ¡Para conseguir aquel efecto de sangre brillante!

-Demasiado caro ahora -dijo Yoshitoshi tristemente.

Encho se encogió de hombros.

-¿Recuerdas Naousuke Gombei asesina a su amo! ¿Con el criado maníaco pisando el pecho de su señor, arrancándole la cabeza sólo con las manos? -El comediante imitó los esfuerzos del asesino, junto con fuertes sonidos de succión y pelea.

-¡Oh, sí! -dijo Onogawa-. Me pregunto qué habrá pasado con mi copias. -Se agitó-. Bueno, no es el tipo de cosa que se puede tener en casa, con mi edad y posición. Podría provocar pesadillas a los niños. O dar ideas a los criados. -Se rió.

Encho había terminado de llenar su pipa corta; la encendió en una lámpara. Onogawa, preparándose a imitarle, sacó su larga pipa reforzada de hierro de la manga de su chaqueta.

-Qué lástima -gimió-. He roto mi buena pipa en mi refriega con esos rufianes. Mira, está estropeada.

-Oh, ¿es una pipa? -dijo Encho-. Por la forma en que la usaste con tus atacantes, pensé que era una simple porra.

-Desde luego que no voy a ir a la Ciudad Baja sin poder defenderme -dijo Onogawa, estirado-. Y ya que el nuevo gobierno se ha encargado de quitarnos nuestras espadas, me veo obligado a improvisar. Una pipa es un arma innoble. Pero, como has visto esta noche, tiene sus usos.

-Oh, no pretendía ofenderte -dijo Encho rápidamente- No hay necesidad de ser formal, estamos entre amigos. ¡Si soy un poco deslenguado, espero que me perdone, pues es mi forma de vida! ¡Bien! ¿Por qué no tomamos un trago y nos relajamos, eh?

Yoshitoshi estaba distraído contemplando la pintura incompleta sobre su mesa de dibujo. La contempló embelesado unos segundos más, luego dio un respingo.

-¡Un trago! ¡Oh! -Se enderezó-. Vaya, ahora que lo pienso, tengo algo muy especial para caballeros como nosotros. Vino de Yokohama, de la zona de comercio extranjero.

Yoshitoshi se arrastró rápidamente por el suelo, las rodillas deslizándose dentro de su bata de algodón, y abrió un ajado arcón de madera. Desenvolvió una botella de cristal y la llevó a su asiento, junto con tres polvorientas tazas de sake.

La botella tenía la simétrica fealdad sin tacha de las cosas extranjeras. Estaba llena de un líquido ámbar y tapada por un corcho. Una etiqueta de papel mostraba la grotesca cara barbuda de un americano, rodeado por grandes letras extranjeras.

-¿Quién es éste? -preguntó Onogawa, intrigado-. ¿Su rey?

-No, es la cara del mercader que la embotelló -le aseguró Yoshitoshi-. En América, los mercaderes son famosos. Y un hombre de la clase comerciante puede incluso convertirse en soldado. O en granjero, sacerdote o lo que quiera.

-Hummm -dijo Onogawa, que había vivido una transición similar él mismo y no se sentía muy feliz al respecto-. Déjeme ver. -Examinó la etiqueta con atención-. Mire cómo sobresalen los ojos de este extranjero. ¡Parece un lunático furioso!

Yoshitoshi se envaró al oír el término. Un molesto momento de silencio congelado cubrió la habitación. La metedura de pata de Onogawa flotó en el aire entre ellos, hasta que su naturaleza quedó clara para todos. Yoshitoshi había recobrado la salud recientemente, pero su enfermedad no había sido física. Nadie tuvo que decir nada, pero la verdad se abrió lentamente paso hasta los huesos y el hígado de todos. Por fin, Onogawa carraspeó.

-Quiero decir, por supuesto, que es muy raro el aspecto que tienen los extranjeros.

Yoshitoshi se lamió los carnosos labios, y el súbito brillo de desesperación se borró lentamente de sus ojos. Habló en voz baja.

-Bien, mis amigos en el Partido Liberal me han hablado de ellos. Varios han estado en América y han vuelto, y hablan su lengua, e incluso pueden leerla. Si quiere saber más, puede leer su periódico nacional, la Lámpara de la Libertad, para el que estoy haciendo ilustraciones.

Onogawa miró rápidamente a Encho. Onogawa, que no era un hombre culto, sólo tenía vagas nociones de lo que podían ser un «partido liberal» o un «periódico nacional». Se preguntó si Encho lo sabría. Aparentemente así era, pues el comediante se puso súbitamente serio.

Yoshitoshi continuó.

-Uno de mis amigos políticos me dio esta botella, que compró en Yokohama a los americanos. Los americanos tienen muchas botellas allí..., todo un almacén. Porque el Shogun americano, el generalísimo Guranto, llegará el año que viene para rendir homenaje a nuestro Emperador. ¡Y el Guranto, el «puresidente», es especialmente aficionado a esta clase de bebida! Se llama bombona, de la prefectura americana de Kentukki.

Yoshitoshi retorció el corcho hasta soltarlo y sirvió el bourbon en las tres tacitas.

-¿No deberíamos calentarlo primero? -dijo Encho.

-No es sake, amigo mío. ¡A veces incluso le ponen hielo!

Onogawa sorbió cuidadosamente y jadeó.

-¡Qué fuerza tiene! Quema la lengua como la pimienta china. -Vaciló-. Pero es interesante.

-¡Está bueno! -dijo Encho, sorprendido-. ¡Si el sake fuera una vieja linterna de piedra, entonces este bombona sería luz de gas! ¡Cálido y fiero! -Engulló el resto de su taza-. Es una lástima que no haya ninguna muchacha hermosa para servirnos una segunda ronda.

Yoshitoshí hizo los honores y volvió a llenar las tazas.

-Esa muchacha tendría que ser cálida y fiera también -dijo Onogawa-, como una tigresa.

Encho alzó las cejas.

-Me sorprendes. Pensaba que eras un hombre de familia, amigo mío.

Un cálido nudo de bourbon en el estómago de Onogawa despertaba toda una noche de sake.

-Oh, supongo que ya he sentado la cabeza. Pero tendrías que haberme conocido hace diez años, antes de la Restauración. Entonces era un joven duro y bastante radical. Ya sabes, realmente pensábamos que podríamos cambiar el mundo. ¡Y quizá lo hicimos!

Encho sonrió, divertido.

-¡Vaya! ¿Eras un shishi?

Onogawa tomó otro sorbo.

-¡Oh, sí! -Se llevó la mano a la mitad de la espalda-. ¡Llevaba el pelo hasta aquí, y nunca me lavaba! ¿Tocar dinero? ¡Ninguno de nosotros! ¡Habríamos muerto primero! No, vivíamos con harapos y comíamos simple arroz no pulimentado en cuencos de madera. Sólo íbamos a nuestras escuelas de kendo, practicábamos esgrima, decidíamos a qué viejo idiota deberíamos matar a continuación... Onogawa sacudió tristemente la cabeza. Los otros dos le escuchaban con grave atención.

El bourbon y los recuerdos habían roto el hielo de Onogawa. Los ideales perdidos de la Restauración se alzaron irresistiblemente en su interior.

-Fui la vergüenza de mi familia -confesó-. Abandoné mi clan y mi daimyo. Los radicales shishi creíamos sólo en nuestras espadas y en el Emperador. ¡Sonno joi! ¿Recordáis aquel grito? -Onogawa sonrió, despiertas las lágrimas del recuerdo, lo patético de las cosas perdidas asomando a sus ojos.

-¡Sonno joi! Las mismas calles resonaban con él. «¡Adorad al Emperador, destruid a los extranjeros!» ¡Queríamos al Emperador restaurado con poder pleno e incondicional! ¡Lo demandábamos en las calles! Porque los hombres del Shogun actuaban como viejas asustadas. Temían los barcos negros, los barcos de guerra americanos con su vapor y sus cañones. Los barcos del almirante Perry.

-Se pronuncia «Peruri» -corrigió amablemente Encho.

-Peruri, entonces... Lo admito, los shishi fuimos un poco lejos. Teníamos algunas malas costumbres. Como amenazar con hacernos el hara-kiri a menos que nos dieran comida. Ése era uno de los problemas que teníamos al negarnos a tocar el dinero. Algunos de los comerciantes aún lamentan la forma en que los shishi solíamos obligarlos. De hecho, ésa fue la causa de los incidentes de esta noche después de tu actuación, Encho. Unos tipos rudos con buena memoria.

-Así que eso era -dijo Encho-. Me tenía intrigado.

-Fueron tiempos especiales -dijo Onogawa-. Me cambiaron, lo cambiaron todo. Supongo que todo el mundo de esta generación sabe dónde estaba, y lo que hacía, cuando llegaron los extranjeros a la Bahía de Edo.

-Lo recuerdo -dijo Yoshitoshi-. Yo tenía catorce años y era aprendiz en el estudio de Kuniyoshi. Y había hecho mi primera lámina. El Clan Helke se hundió a su horrible destino en el mar.

-Los vi bailar una vez -dijo Encho-. A los marineros americanos, me refiero.

-¿De veras? -preguntó Onogawa.

Encho asumió el papel de narrador de historias con un gesto irresistible.

-Sí; mi padre, Entaro, me llevó. La representación estaba dedicada sólo a los oficiales de la corte del Shogun y sus amigos, pero conseguimos colarnos. Los extranjeros se pintaron la cara y las manos de negro. Parecían avergonzados de su habitual color rosado, pues también se pintaron anchas líneas blancas alrededor de sus labios. Luego se sentaron en filas, y se levantaban uno a uno y gritaban su diálogo. Un segundo extranjero respondía, y todos se reían. Más tarde, dos de ellos tocaron extraños samisens de cuerpo redondo y largos cuellos delgados. Y cantaron canciones tristes, muy mal. Luego tocaron canciones más rápidas e hicieron cabriolas y bailaron, extendiendo las piernas de una forma rarísima y empujándose mutuamente. Algunos de los consejeros del Shogun bailaron con ellos. -Encho se encogió de hombros-. Todo fue muy extraño. Todavía me pregunto qué significaba.

-Bueno -dijo Onogawa-. Es evidente que intentaban cambiar su forma y aspecto, como los zorros o los tejones. Eso parece bastante claro.

-Eso es tanto como decir que son mágicos -dijo Encho, sacudiendo la cabeza-. Sólo porque tengan narices largas no significa que sean duendes de la montaña. Son hombres: comen, duermen, les gustan las mujeres. Pregúntales a las geishas de Yokohama si no es así. -Encho sonrió maliciosamente-. Su poder real está en los espíritus de los cables de cobre y el hierro negro y el carbón ardiente. Como nuestro tren Tokio-Yokohama que los ingleses nos construyeron. Habrás viajado en él, por supuesto.

-¡Por supuesto! -dijo orgullosamente Onogawa-. Soy un tipo moderno.

-Ese es el tipo de poder que necesitamos hoy. Civilización e Iluminación. Cuando viajaste en ese tren, ¿viste cómo los aldeanos de Omori acudieron a echar agua al motor? ¡Para enfriarlo, como si un motor de ferrocarril fuera un caballo cansado! -Encho sacudió la cabeza, desdeñoso.

Onogawa aceptó otra tacita de bourbon.

-Así que le echan agua -dijo juiciosamente-. Bueno, no veo qué tiene de malo.

-¡Es una superstición apestosa! -dijo Encho-. ¿No lo ves? Tenemos que aprender a tratar con esos espíritus-máquinas como hacen los extranjeros. Tratarlos como a caballos sólo puede insultarlos. ¿No es así, Taiso?

Con expresión culpable, Yoshitoshi alzó la cabeza de su distraído estudio de su último dibujo.

-Lo siento, Encho-san, ¿qué decías?

-¿En qué estás trabajando? ¿Puedo verlo? -Encho se acercó.

Yoshitoshi soltó rápidamente los alfileres y enrolló su papel.

-Oh, no, no, no te gustará verlo todavía. Pero puedo mostrarte otra lámina reciente... - Extendió la mano hacia un fajo cercano y sacó con maestría una hoja impresa de la inestable pila-. He llamado a esta serie Bellezas de las Siete Noches.

Encho tendió educadamente la lámina para que Onogawa pudiera verla también. Mostraba a una mujer en ropa interior; había lanzado su kimono escarlata sobre una pantalla cercana. Tenía cejas naturales y artificiales, lo que provocaba una doble seducción en su alta frente. Su cabellera negra mostraba un pequeño rizo en la nuca; parecía gritar que la mordieran. Se encontraba en la puerta de algún hombre afortunado, y se inclinaba para apagar la luz de una linterna. Y su boca diminuta pero poderosamente roja estaba apretada sobre un rollo de toallas de papel.

-¡Lo entiendo! -dijo Onogawa-. ¡Esa hermosa puta está apagando la luz para poder meterse en la cama de alguien en la oscuridad! Y lleva esas toallas de papel para limpiarse cuando terminen de chuparse mutuamente.

Encho examinó la lámina con más atención.

-Espera un momento -dijo-. El texto dice «Su Señoría Yanagihara Aiko». ¡Es una concubina imperial!

-Mis amigos del periódico me dieron la idea -asintió Yoshitoshi-, ¿Por qué hacer siempre láminas de viejos actores rancios, guerreros y geishas? ¡Estamos en una época moderna!

-Pero esta lámina, Taiso..., implica claramente que el Emperador duerme con concubinas.

-No, sólo con Dama Yanagihara Aiko -razonó Yoshitoshi-. Después de todo, es bien sabido que es su favorita. El resto de las Siete Bellezas de la Corte Imperial aparecen, oh, maquillándose, arreglando flores y cosas así -sonrió-. Espero grandes ventas para esta serie. Es muy interesante, ¿no crees?

Onogawa estaba anonadado.

-¡Pero esto es una provocación! ¿Qué pasó con los viejos tiempos, con los hermosos borbotones de sangre y todo eso?

-¡Nadie los compra ya! -protestó Yoshitoshi-. ¡Créame, lo he intentado todo! Hice una Miscelánea Yoshitoshi de figuras de la literatura. Figuras clásicas muy edificantes, hermosamente dibujadas, las mejores. Se murió en los puestos. Luego hice Bellezas ardientes en los restaurantes de Tokio. Muchachas realmente atractivas, pero geishas pasadas de moda hechas al estilo antiguo. Otra pérdida de tiempo total. ¡Nos arruinamos, ni una pieza de cobre! ¡Tuve que arrancar las tablas del suelo de mi casa para calentarme! Tuve que trabajar en diseños de telas..., dos yens por una semana de trabajo. ¡Mi esposa me abandonó! ¡Mis aprendices se marcharon! Y luego mi salud..., mi cerebro empezó a... No tenía nada que comer... Pero..., pero todo eso ha acabado ya.

Yoshitoshi se contuvo, se secó el sudor del labio superior y sirvió otra taza de bourbon con mano insegura.

-He cambiado con los tiempos, eso es todo. Fue una dura lección, pero la aprendí. Ahora me hago llamar Taiso, que significa «Gran Renacimiento». ¡Periódicos! ¡Ahí está la excitación hoy! El Tokyo Illustrated News paga bastante por caricaturas políticas e ilustraciones de asesinatos. Tiran diez mil ejemplares de una sola vez. Mi trabajo llega a todas partes..., no sólo a Edo, sino a toda la nación. ¡La nación, amigos! -Alzó su taza y bebió-. Y eso es sólo el principio. ¡La Lámpara de la Libertad los está superando! El comité del Partido Liberal me ha prometido un aumento el año que viene, y mi propio rickshaw.

-Pero me gustan las viejas pinturas -dijo Onogawa.

-Tal vez a usted sí, pero no las compra -insistió Yoshitoshi-. ¡La gente moderna quiere ver lo que pasa ahora! Cojamos un tema antiguo... Yorimitsu cortando los brazos de un ogro, por ejemplo. Dibujas una cosa así hoy en día, y no te lleva a ninguna parte. Los gustos de la gente son más refinados. Quieren ver a auténticas balas de cañón arrancando brazos reales. Como mis ilustraciones de la Batalla de Ueno, de la que fui testigo. ¡Una sensación! La gente ya no quiere a impresores buhoneros. «Periodista Ilustrador»..., así me llaman ahora.

-No te rías -dijo Encho, asintiendo con ebria profundidad-. Deberías oír lo que dicen de mí. Me refiero a los escritores modernos, los de la Universidad. Vienen con sus novelas francesas bajo el brazo, y sus gafas y su pelo engominado, y se sientan juntos en primera fila. Así que les cuento un relato de vodevil o dos. ¿Estoy «tejiendo una buena historia»? Ya no. Dicen que estoy «creando prosa naturalista en una vigorosa lengua vernácula popular». Quieren sacarme en un libro. -Suspiró y tomó otro trago-. Esta bebida es veneno, Taiso. La cabeza me da vueltas.

-La mía también -dijo Onogawa. Un viento de otoño se había alzado fuera. Permanecieron sentados en silencio durante un rato. Estaban mucho más borrachos de lo que advertían. El licor extranjero parecía borbotear en sus estómagos como tofu fermentando en una tina.

Los espíritus extranjeros se les habían subido a la cabeza. La propia habitación parecía borracha. El viento canturreó entre los cables del telégrafo ante la ventana cerrada de Yoshitoshi. Un bajo gemido fantasmal.

El gemido creció en intensidad. Pareció entrar en la habitación con ellos. Las paredes canturrearon con él. A los tres se les erizó el vello de los brazos.

-¡Basta! -dijo Yoshitoshi de repente. Encho detuvo su gemido de ventríloco y se echó a reír-. Está tratando de asustarnos. Le encantan las historias de fantasmas.

Onogawa se puso en pie de un salto.

-El demonio está en los cables -dijo pastosamente-. Lo oí gemir. -Parpadeó, con la cara roja, y avanzó tambaleándose hacia la ventana cerrada. Forcejeó con el cerrojo, ignorando las protestas de Yoshitoshi, y la abrió.

En lo alto del poste de madera, apenas a unos metros de distancia, se agrupaban un puñado de cables iluminados por la luna, y restos de alambres colgaban del travesano

como pequeñas tripas negras. Onogawa abrió la ventana de par en par. Una helada ráfaga de viento inundó la habitación, y las láminas bailaron en las paredes.

-¡Eh, tú, demonio extranjero! -gritó Onogawa-. ¡Deja en paz a los hombres honrados! El artista y el actor intercambiaron miradas tristes.

-Hemos bebido demasiado -dijo Encho. Se puso de rodillas y consiguió apoyarse sobre un pie, tambaleándose-. Déjalo estar, amigo. Lo que necesitamos ahora... -eructó-. Mujeres, eso es.

Pero el aire ante la ventana parecía haber excitado a Onogawa.

-¡No te llamamos! -gritó-. ¡No te necesitamos! ¡Las cosas iban bien antes de que vinieras, demonio! Tú y tus sirvientes extranjeros... -Se dio media vuelta y miró a la habitación con los ojos enrojecidos-. ¿Dónde está mi pipa? Voy a darles una buena paliza a esos cables.

Localizó la pipa, atravesó tambaleándose la habitación y la cogió. Perdió el equilibrio por un momento, luego blandió la pipa amenazadoramente.

-No lo hagas -dijo Encho, incorporándose-. Sé razonable. Conozco a algunas muchachas en Asakusa, tienen un piano... -Extendió la mano.

Onogawa lo apartó.

-¡Ya he tenido suficiente! -anunció-. ¡Cuando me hiere la sangre, soy un hombre diferente! ¡Córtalos antes de que te ataquen, ése es mi lema! ¡Sonno joi!

Saltó hacia la ventana abierta. Antes de que pudiera alcanzarla se produjo un repentino siseo de vapor, como el aliento de una locomotora. El demonio, agotada su paciencia por los desafíos de Onogawa, borboteó en su cable. Atravesó la ventana, una cosa gris y gaseosa, con la cabeza hinchada y deforme brillando furiosamente. Emitió un rugido vaporoso, y sus grandes ojos de linterna resplandecieron.

Los tres hombres gritaron. El monstruo sin brazos y sin piernas, como una nube gris en una correa, dirigió sus ojos vidriosos hacia ellos. Sus dientes de acero chasquearon, y corrieron chispas por su garganta. Silbó de nuevo, y se abalanzó hacia Onogawa.

Pero el viejo entrenamiento de Onogawa en la esgrima había calado profundamente en sus huesos. Saltó a un lado por reflejo, tan sólo tambaleándose levemente, y golpeó a la cosa con su pipa. La cabeza, del demonio resonó como una cafetera de hierro. Empezó a chasquear furiosamente, y de su nariz brotó vapor caliente. Onogawa le golpeó de nuevo. La cabeza se abolló. El demonio retrocedió y miró a los otros hombres.

Los ciudadanos se colocaron rápidamente detrás de su campeón.

-¡A por él! -chilló Encho. Onogawa esquivó una dentellada y golpeó al monstruo en el ojo. Hubo un sonido a cristal roto, y la pipa de Onogawa se rompió.

Pero el demonio había tenido suficiente. Rugiendo y rechinando como engranajes moribundos, se retiró hacia sus cables y entró en ellos, como un pulpo en su agujero. Desapareció, pero chispas siseantes siguieron goteando de los cables.

-¡Lo has humillado! -dijo Encho, la voz llena de asombro y admiración-. ¡Sorprendente!

-¡Ha tenido suficiente, eh! -gritó Onogawa, furioso, apoyándose en el alféizar-. ¡Es fácil murmurar tus sucios conjuros a nuestras espaldas! ¡Pero enfréntate a un guerrero imperial cara a cara, y verás que es una historia diferente! ¡Ja!

-¡Qué hazaña! -dijo Yoshitoshi, con su cara regordeta resplandeciente-. Haré una lámina. Onogawa humilla a un espectro. ¡Maravilloso!

Las chispas empezaron a correr por el cable, alejándose de la ventana.

-¡Se escapa! -gritó Onogawa-. ¡Seguidme!

Se apartó de la ventana y corrió por el estudio. Tropezó en lo alto de las escaleras, pero hizo una inspirada pirueta y aterrizó de pie ante la puerta. La abrió.

Encho le siguió. No tenían tiempo de anudarse los zapatos de cuero, así que se calzaron los chanclos de madera de Yosítoshi y su aprendiz y salieron a la calle. Pronto estuvieron bajo los cables, donde aún colgaban pequeños nidos de chispas.

-¡Baja aquí, rufián! -exigió Onogawa-. ¡Muestra honor y lucha, vil cobarde!

La cosa se movió de un lado a otro sobre el cable, siseando. Gotearon más chispas. Se movía adelante y atrás, como una rata acorralada en un callejón. Entonces echó a correr.

-¡Se dirige hacia el sur! -dijo Onogawa-. ¡Sigúeme!

Corrieron apresuradamente, Encho detrás, pues se había puesto los chanclos del aprendiz y le estaban demasiado grandes.

Persiguieron a la cosa por la Ginza. Ahora corría de frente, y soltaba menos chispas.

-Me pregunto qué mensaje llevará -jadeó Encho.

-Nada bueno, te lo garantizo -dijo Onogawa sombríamente. Tuvieron que esforzarse por seguir el ritmo de la cosa. Dejaron atrás la periferia de la Ciudad de Ladrillo de Ginza y entraron en la oscuridad de las calles sin pavimentar. Era el Distrito Shiba, hogar del mercado de ladrones y el gran Templo Zojoji. Siguieron los cables-, ¡Aja! -exclamó Onogawa-. ¡Se dirige a la estación de Shinbashi y sus amigas las locomotoras!

Con un decidido acelerón, Onogawa adelantó a la cosa y se colocó bajo el sendero de los cables, agitando frenéticamente su pipa rota.

-¡Eh! ¡Vuelve!

La cosa se refrenó un poco, muy por encima de su cabeza. Picoteantes copos de ceniza y chispas brotaban de ella, lloviendo inofensivos sobre el ex-samurai. Onogawa se apartó disgustado, limpiándose la ropa de suciedad.

-¡Puaf!

La cosa siguió avanzando. Encho alcanzó al otro hombre.

-Las locomotoras no -jadeó el comediante-. No podemos enfrentarnos a ellas.

Onogawa se enderezó. Trató de limpiar su chaqueta de las vetas de sucia ceniza.

-Bueno, creo que de todas formas le hemos enseñado una lección.

-Sin duda -dijo Encho, respirando con dificultad. De repente se puso verde, y se apoyó en una cercana verja de madera, cubierta de hierba de otoño. Se sentía profundamente mareado.

Miraron a su alrededor. Otoño. Oscuridad. Y la luna. Una pareja de gatos maullaba con fuerza en un callejón adyacente.

Onogawa advirtió de repente que no blandía una espada, sino una vara rota de bambú recubierto de acero. Empezó a temblar. Entonces arrojó la pipa con un grito de disgusto.

-Nos quitaron nuestras espadas. Que nos devuelvan las espadas a los soldados honrados. Nos encargaremos en seguida de esos fantasmas extranjeros. Mira lo que le ha hecho a mi ropa, esa criatura repugnante. Me humilló.

-No, no -dijo Encho, limpiándose la boca-. ¡Estuviste increíble! Como Shoki el Sometedor de Demonios.

-Shoki -dijo Onogawa. Se limpió el sombrero contra la rodilla-. He visto pinturas de Shoki. Es el semidiós guerrero, con la cara roja y una gran espada. Siempre cazando demonios, ¿verdad? Pero no sabe que tiene un pequeño demonio oculto en lo alto de su cabeza.

-Bueno, pues como Yoshitune entonces -dijo Encho, buscando rápidamente un cumplido mejor. Yoshitune era un legendario maestro espadachín. Un héroe nacional sin paralelo.

Desgraciadamente, el valeroso Yoshitune había terminado atravesado por las flechas de los agentes de su traicionero medio hermano, que había acabado gobernando el Japón. Mientras que Yoshitune y sus altos ideales acabaron con una existencia de sombras en el folklore. Ni Encho ni Onogawa tuvieron que mencionarlo en voz alta, pero la melancolía asociada con el viejo relato caló en su estado de ánimo. Su mundo se volvió heroico y fatal. Naturalmente, todo el bourbon ayudó.

-Será mejor que vayamos a la Ciudad de Ladrillo a recoger nuestros zapatos -dijo Onogawa.

-Muy bien -respondió Encho. Se habían magullado los pies con los duros chanclos, y regresaron caminando despacio y con cuidado.

Yoshitoshi se reunió con ellos en el recibidor.

-¿Lo capturasteis?

-Huyó hacia la estación de tren -dijo Encho-. No pudimos detenerlo, corría por encima de nuestras cabezas. -Vaciló-. Oye, no pensarás que irá a volver aquí, ¿no?

-Probablemente -dijo Yoshitoshi-. Vive en ese manojito de cables ante la ventana. Por eso puse los postigos.

-¿Quieres decir que lo habías visto antes?

-Claro que lo he visto -murmuró Yoshitoshi-. De hecho, he visto montones de cosas. Mi negocio es ver cosas. No importa lo que la gente diga de mí.

Los otros dos hombres le miraron, aturcidos. Yoshitoshi se encogió de hombros, irritado.

-El lugar tiene ambiente. Se está tranquilo, y nadie me molesta. Además, es barato.

-¿No teme la venganza del demonio? -dijo Onogawa.

-Me llevo bien con él. Tenemos un mutuo acuerdo. Como los vecinos en todas partes.

-Oh -dijo Encho. Se aclaró la garganta-. Bueno, ah, nos marchamos, Taiso. Fuiste muy amable al ofrecernos el bombón. -Onogawa y él se pusieron rápidamente los zapatos chirriantes-. Sigue trabajando bien, amigo, y no dejes que esos políticos te digan lo que tienes que hacer. Francamente, sus ideas son extrañas. No creo que el gobierno vaya a consentir su charla.

-Algún día tendrá que hacerlo.

-Vamonos -dijo Onogawa, mirando de reojo a Yoshitoshi. Los dos hombres se marcharon.

Onogawa esperó hasta que estuvieron lejos. Miró a los cables.

-Tu amigo es raro de veras -le dijo al comediante-. ¡Vaya noche!

Encho frunció el ceño.

-Se meterá en problemas con esos visionarios. El clavo que sobresale recibe el martillazo, ya sabes. -Caminaron bajo el resplandor de la luz de gas. La multitud de la Ginza se había reducido considerablemente.

-¿Dijiste que conocías a unas muchachas con un piano? -dijo Onogawa.

-¡Oh, sí! -respondió Encho. Silbó estridentemente y llamó a un lejano rickshaw de dos portadores-. Un piano. No te lo podrás creer; hace sonidos sorprendentes. Y qué gran cambio después de los pesados samisen de las geishas. ¡Siempre gimiendo tristemente! Siempre: «¡Oh, qué pesados es la vida de la geisha», y: «Vamos a apuñalarnos para demostrar que realmente me amas». ¿Quién necesita esas cosas pasadas de moda? Espera a que oigas a esas chicas tocando «ópera» y «valeses» con su nueva máquina.

El rickshaw se detuvo con un tintinear de campanas.

-¿Adonde, caballeros?

-Akasuka -dijo Encho, entrando.

-Se hace tarde -comentó Onogawa, reluciente-. Debería volver con mi esposa.

-Vamos -dijo Encho, poniendo los ojos en blanco-. Vive un poco. No es que vayas a engañar a la pobre mujer. Son muchachas modernas de clase alta. Es una experiencia cultural.

-Bueno, muy bien. Si es cultural...

-Aprenderás mucho -prometió Encho.

Pero apenas habían cubierto una manzana cuando oyeron el súbito resonar de las campanas anunciando un incendio al sur.

-¡Un incendio! -chilló Encho, lleno de alegría-. ¡Eh, corredores, parad! ¡Cincuenta sen si nos lleváis allí!

Los corredores viraron sobre la marcha y echaron a correr en la dirección solicitada. El rickshaw se balanceó sobre su eje y se sacudió salvajemente.

-¡Magnífico! -dijo Onogawa, agarrándose el sombrero-. Es agradable conocerte, Encho. ¡Contigo no hay más que excitación!

-¡Así es la vida moderna! -gritó Encho-. Una aventura después de otra.

Recorrieron dando tumbos las calles oscuras hasta que el cielo se encendió. Una enorme muchedumbre se había congregado bajo la Línea Férrea Shinagawa. Eran principalmente gente de la clase baja, muchos a medio vestir. Era un barrio de clase obrera en el Distrito Shiba, al oeste de la colina Atago. El fuego saltaba alegremente de un tejado a otro.

Los dos hombres bajaron del rickshaw. Encho se abrió paso mediatamente a través de la multitud. Onogawa contó cuidadosamente la tarifa.

-¡Pero si dijo cincuenta sen! -se quejó el porteador mayor. Onogawa cerró el puño, y los dos hombres guardaron silencio.

Los bomberos habían reaccionado con su habitual rapidez. Tres compañías habían rodeado el barrio. Merodeaban como hormigas sobre los tejados de las casas intactas más cercanas a las llamas. Como siempre, no intentaban combatir las llamas directamente. En cualquier caso, aquélla era una tarea sin esperanza, pues la ajada madera, los postigos de papel y las persianas de junco ardían como yesca, en grandes gotas florecientes.

En cambio, confiaban sensatamente en los cortafuegos. Sus martillos, hachas y barras volaban mientras destruían cada casa situada en el camino de las llamas. Su habilidad era algo natural en ellos, pues, como todos los bomberos de Edo, también eran carpinteros. Portaestandartes especiales se alzaban en las vigas desnudas de las casas desintegradas, sosteniendo la insignia de su compañía lo más cerca posible de las llamas. Esto era algo más que una bravata: era un buen negocio. Sus reputaciones, y sus recompensas por parte del barrio agradecido, dependían de esta exhibición de espíritu y nervio.

En la multitud, aquellos que habían perdido sus casas lloraban y contaban a sus hijos. Pero la mayoría de los curiosos estaban de buen humor, aplaudiendo a sus equipos favoritos de bomberos y cruzando apuestas.

Onogawa divisó el sombrero de Encho y le siguió. Encho se abrió paso a codazos entre la gente, con Onogawa detrás. Llegaron al borde interior de la multitud, donde el fiero resplandor del calor y la ocasional caída de las maderas ardientes habían establecido una frontera.

Había un bombero cerca. Llevaba un chaquetón acolchado a prueba de fuego hasta la rodilla, con un dibujo de bloques estampados. Un grueso gorro protector le caía tieso sobre los hombros, y largos guanteletes protegían sus brazos hasta los nudillos. Un aprendiz ataviado de forma similar le empapaba con un chorrillo de agua fino como un lápiz de una bomba de mano de bambú.

-Atrás, atrás -dijo automáticamente el bombero, luego alzó la cabeza-. Oiga, ¿no es usted Encho el comediante? Le vi la semana pasada.

-Ése soy yo -gritó Encho alegremente por encima del rugido del fuego-. Me alegro de verles a ustedes actuando por una vez.

El bombero examinó la ropa manchada de ceniza de Onogawa.

-¿Vive usted por aquí, hombretón? Señáleme cuál es su casa, y haremos lo que podamos.

Onogawa frunció el ceño.

-¡Mi amigo es de la ciudad superior! -intervino Encho apresuradamente-. ¡Pertenece a una compañía de la ciudad!

-Oh -dijo el bombero, poniendo los ojos en blanco.

Onogawa señaló un almacén cercano a las llamas.

-¿Por qué no hacen nada con ese lugar? El fuego va directo hacia allá.

-Es uno de los almacenes del mercader Shinichi -dijo el bombero, entornando los ojos-. ¡Le salvamos otro en el Distrito Kanda el mes pasado! Y sólo nos dio cinco yens.

-Qué vergüenza para él -dijo Encho, sonriendo.

-Está lleno de tejidos de algodón -dijo el bombero con satisfacción-. El fuego subirá como un cohete.

-¿Cómo empezó?

-Un rayo, según he oído -dijo el bombero-. Una especie de bola de fuego saltó de los cables telegráficos.

-¿De veras? -preguntó Encho, con voz apagada.

-Eso es lo que dicen. -El bombero se encogió de hombros-. Ya sabe cómo son esas cosas. Siempre historias raras. Probablemente algún borracho derramó su marmita de sake, y luego dijo que había visto algo. Nadie quiere cargar con la culpa.

-Cierto -dijo Onogawa cuidadosamente.

Los equipos de bomberos habían hecho un buen progreso. No quedaba mucho que hacer excepto admirar la destrucción.

-Es hermoso, ¿verdad? -dijo el bombero-. Miren cómo ese humo oscurece la luna de otoño. -Suspiró, feliz-. Es bueno para el negocio, también. Me refiero al negocio de la carpintería, por supuesto. -Señaló las chisporroteantes llamas-. Quitaremos los escombros y construiremos algo digno de una ciudad moderna. Algo grande y caro con contratos de construcción a largo plazo.

-¿Por eso tiene ladrillos impresos en el uniforme? -preguntó Onogawa.

El bombero miró los bloques estampados de su goteante armadura de algodón.

-Parecen ladrillos, ¿verdad? -se rió-. Ésa sí que es buena. Espere a que se lo cuente a los demás.

El amanecer se alzó sobre la vieja Edo. Con los ojos enrojecidos, el artista Yoshitoshi se asomó, suspirando, a su ventana abierta. Tras los cables del telégrafo, el humo ascendía tras los tejados de la Ciudad de Ladrillo. Otra Flor de Edo alcanzando el final de su evanescente vida.

Los cables telegráficos zumbaron. El demonio había regresado a su nido ante la ventana.

-No lo digas, Yoshitoshi -borboteó con su voz grave y cantarína.

-Yo no -dijo Yoshitoshi-. ¿Crees que quiero que vuelvan a encerrarme?

-Yo hago correr las prensas -silbó el demonio-. Trata conmigo. Te haré famoso, te haré rico. No habrá más lentas sombras oscuras donde los ciudadanos tengan que arrastrarse con la cabeza baja. Todo será brillo y velocidad conmigo, Yoshitoshi. Puedo cambiar las cosas.

-Quemarlas, querrás decir.

-Hay poder en el fuego -murmuró el demonio-. Hay belleza en las llamas. Cuando dejes de intentar salvar el viejo estilo, verás la belleza. Quiero que me sirvas, japonés. Lo haréis mejor que los torpes extranjeros cuando me aceptéis como vuestro. Os haré ricos a todos. Edo será la ciudad más grande del mundo. Tendréis luz y música con sólo el toque de un dedo. Cruzaréis océanos. Seréis como dioses.

-¿Y si no te aceptamos?

-¡Lo haréis! ¡Tenéis que hacerlo! Os quemaré hasta que lo hagáis. Te lo digo, Yoshitoshi. Cuando sea más fuerte, haré cosas mayores que esas Flores de Edo. Plantaré sobre vuestras ciudades las semillas del Infierno. ¡Flores infernales más altas que montañas! Capullos rojos que devorarán una ciudad en un instante.

Yoshitoshi alzó su última lámina y la desenrolló ante la ventana. Había trabajado en ella toda la noche; por fin estaba terminada. Era un paisaje de pura locura. Rayos de luz frenética taladraban un cielo ardiente. Locomotoras aladas, con los vientres engordados por los huevos de la muerte al rojo blanco, flotaban como moscardones enloquecidos sobre una ciudad blanca como un cadáver.

-Como esto -dijo.

El demonio emitió un zumbido alegre.

-¡Sí! Como te dije. Ahora muéstraselo a ellos. Hazles comprender que no pueden derrotarme. ¡Muéstraselo a todos!

-Lo pensaré. Ahora déjame -dijo Yoshitoshi, y cerró los pesados postigos.

Enrolló cuidadosamente el dibujo y lo convirtió en un tubo. Volvió a sentarse ante su mesa de trabajo, y acercó una lámpara de aceite. Se acercaba el amanecer. Era hora de dormir un poco.

Acercó a la lámpara el extremo del tubo de papel. Al principio éste se volvió marrón, lentamente, y el flamante papel adquirió el intenso tinte antiguo de una vieja lámina, una lámina de los tiempos pretéritos en los que las cosas eran más simples. Luego un anillo rojo encendido envolvió su borde, y brotó una llama azul. Yoshitoshi alzó el papel, y las llamas devoraron lentamente su longitud, lanzando sombras humeantes.

Yoshitoshi sopló y observó arder su trabajo, blanco y rojo como una cereza. Le dolió perderlo, y le pareció bien. Saboreó las dos sensaciones todo cuanto pudo. Luego dejó caer los últimos centímetros llameantes de papel en un cenicero. Lo observó arder y humear hasta que se convirtió en un gris rizo fantasmal.

-Nunca se venderá -dijo. Ausente, sabiendo que los necesitaría mañana, limpió sus pinceles. Luego vació el agua manchada de tinta sobre las oscuras cenizas.

CENA EN AUDOGHAST

Luego uno llega a Audoghost, una gran y muy populosa ciudad edificada en una arenosa llanura... Los habitantes viven cómodamente y poseen grandes riquezas. El mercado está siempre atestado; la multitud en él es tan grande y las charlas tan intensas que uno apenas puede oír sus propias palabras... La ciudad contiene hermosos edificios y moradas muy elegantes.

DESCRIPCIÓN DEL NORTE DE ÁFRICA, por
Abu Ubayd al-Bakri (1040-1094 D.C.)

¡Deliciosa Audoghost! Renombrada en todo el mundo civilizado, desde Córdoba a Bagdad, la ciudad extiende su esplendor bajo el cielo crepuscular sahariano. El sol poniente tiñe de rosa y ámbar los domos de adobe, las casas de manipostería, las altas mezquitas de ladrillo de adobe y las amplias plazas llenas de cimbreantes palmeras datileras. Las melodiosas llamadas de los vendedores del mercado se mezclan con el remoto y suave reír de las hienas del Sahara.

Cuatro caballeros estaban sentados sobre alfombras en un atrio embaldosado y encalado, bebiendo café a la brisa vespertina. El anfitrión era el afable y culto mercader de esclavos, Manimenesh. Sus tres invitados eran Ibn Watunan, el maestro caravanero; Khayali, el poeta y músico; y Bagayoko, médico y asesino de la corte.

El hogar de Manimenesh se alzaba en la ladera de una colina en pleno barrio aristocrático, desde donde dominaba la amplia plaza del mercado y las casas de ladrillo de adobe de los barrios bajos. La brisa barría los olores de la ciudad y arrastraba desde el interior de la casa los deliciosos aromas del cordero al estragón y la perdiz asada con limón y berenjenas. Los cuatro hombres estaban confortablemente reclinados en torno a una baja mesa taraceada, bebiendo café de especias en tazas chinas y observando el fluir y refluir de la vida del mercado.

La escena a sus pies animaba un elevado desapego filosófico. Manimenesh, que poseía no menos de quince libros, era un bien conocido mecenas del conocimiento. Las joyas resplandecían en sus oscuras y gordezuelas manos, que mantenía cómodamente

cruzadas sobre su estómago. Llevaba una larga túnica de terciopelo rojo bordado y en la cabeza un casquete trenzado con hilo de oro.

Khayali, el joven poeta, había estudiado arquitectura y métrica en las escuelas de Tombuctú. Vivía en casa de Manimenesh como su poeta y cantor de loas, y sus sonetos, cuartetos y odas eran recitados por toda la ciudad. Apoyaba un codo sobre el redondeado fondo de su guitarra guimbri de dos cuerdas, de ébano taraceado con cuerdas de tripa de leopardo.

Ibn Watunan poseía una sombría mirada de águila y las manos encallecidas por las riendas de los camellos. Llevaba un turbante índigo y una larga chilaba a rayas. En treinta años de marino y caravanero, había comprado y vendido marfil de Zanzíbar, pimienta de Sumatra, seda de Ferghana y cuero cordobés. Ahora, su afición al oro lo había traído hasta Audoghast, porque los lingotes africanos de Audoghast eran conocidos en todo el Islam por su estándar de calidad.

La piel de ébano del doctor Bagayoko estaba cruzada por las cicatrices de la iniciación, y su largo pelo teñido con cal festoneado con adornos de hueso ciselado. Llevaba una túnica de algodón egipcio blanco, sobre la que colgaban collares de amuletos, y sus amplias mangas abultaban con hierbas y encantamientos. Era un nativo de Audoghast de creencias animistas, el médico personal del príncipe de la ciudad.

La habilidad de Bagayoko con polvos, pociones y ungüentos lo convertían en un amigo íntimo de la Muerte. A menudo emprendía misiones diplomáticas al imperio vecino de Ghana. Durante su última visita allí, la facción anti-Audoghast sufrió una letal y oportuna epidemia de sífilis.

Entre los cuatro hombres reinaba el aire de camaradería común a los caballeros y eruditos.

Terminaron el café y un esclavo retiró la vacía jarra. Una segunda esclava, una muchacha del personal de cocina, llegó con una bandeja de mimbre llena de olivas, queso de cabra y huevos duros espolvoreados con bermellón. En aquel momento, un almuecín entonó la llamada vespertina para la plegaria.

-Ah -dijo Ibn Watunan, dudando-. Justo cuando íbamos a empezar.

-No importa -dijo Manimenesh, tomando un puñado de olivas-. Rezaremos el doble la próxima vez.

-¿Por qué no ha habido hoy la plegaria del mediodía? -preguntó Watunan.

-Nuestro almuecín la olvidó -dijo el poeta.

Watunan alzó sus colgantes cejas.

-Eso parece un descuido imperdonable.

-Se trata de un almuecín nuevo -dijo el doctor Bagayoko-. El anterior era más puntual, pero, bueno, se puso enfermo. -Bagayoko sonrió educadamente y dio un mordisco a su queso.

-A nosotros, los audoghastianos, nos gusta más nuestro nuevo almuecín -dijo el poeta, Khayali-. Es uno de los nuestros, no como el otro tipo, que era de Fez. Nuestro almuecín duerme con una esposa cristiana. Es muy divertido.

-¿Tenéis cristianos aquí? -preguntó Watunan.

-Un clan de coptos etíopes -dijo Manimenesh-. Y una pareja de nestorianos.

-Oh -dijo Watunan, y se relajó-. Por un momento pensé que te referías a auténticos cristianos feringhee, de Europa.

-¿De dónde? -Manimenesh se mostró sorprendido.

-De muy lejos -dijo Ibn Watunan, sonriendo-. Pequeños y feos países, sin el menor provecho.

-Hubo un tiempo en el que había imperios en Europa -dijo Khayali, exhibiendo su erudición-. El imperio de Roma era casi tan grande como el mundo civilizado moderno.

Watunan asintió.

-He visto la Nueva Roma, llamada Bizancio. Poseen jinetes con armaduras, como vuestros vecinos en Ghana. Unos guerreros salvajes.

Bagayoko asintió y saló un huevo.

-Los cristianos se comen a los niños.

Watunan sonrió.

-Puedo aseguraros que los bizantinos no hacen tal cosa.

-¿De veras? -dijo Bagayoko-. Bueno, nuestros cristianos sí.

-Eso es sólo un pequeño chiste del doctor -dijo Manimenesh-. A veces corren extraños rumores entre nosotros, debido a que obtenemos nuestros esclavos de las tribus caníbales nyam-nyam de la costa. Pero vigilamos estrechamente su dieta, puedo asegurároslo.

Watunan sonrió, incómodo.

-Siempre hay algo nuevo aquí en África. Uno oye las historias más extrañas. Hombres peludos, por ejemplo.

-Ah -dijo Manimenesh-. Te refieres a los gorilas de las junglas del sur. Lamento estropear la historia, pero no son más que animales.

-Entiendo -dijo Watunan-. Qué lástima.

-Mi abuelo fue propietario de un gorila una vez -dijo Manimenesh-. Incluso después de diez años, apenas sabía hablar árabe.

Terminaron el aperitivo. Los esclavos limpiaron la mesa y trajeron una bandeja de cebadas perdiceras, rellenas con limón y berenjenas, sobre un fondo de menta y lechuga. Los cuatro comensales se acercaron a la bandeja y arrancaron diestramente patas y alas.

Watunan dio cuenta de la carne de un muslo y eructó educadamente.

-Audoghast es famosa por sus cocineros -dijo-. Me complace ver que esta leyenda, al menos, resulta confirmada.

-Nosotros, los audoghastianos, nos enorgullecemos de dedicar gran atención a los placeres de la mesa y de la cama -dijo Manimenesh, complacido-. He pedido a Elfelilet, una de nuestras principales cortesanas, que nos honre con una visita esta noche. Traerá a su grupo de bailarinas.

Watunan sonrió.

-Espléndido. Uno empieza a estar cansado ya de los muchachos. Vuestras mujeres son notables. He observado que no llevan velo.

Khayali alzó su voz en una canción:

-Cuando aparece una mujer de Audoghast, / las muchachas de Fez se muerden los labios, / las damas de Trípoli se ocultan en los armarios, / y las mujeres de Ghana se ahorcan.

-Nos sentimos orgullosos de la gran consideración que tienen nuestras mujeres -dijo Manimenesh-. ¡No es por nada que siempre consiguen el precio máximo en el mercado!

En la plaza del mercado, al pie de la colina, los vendedores estaban encendiendo pequeñas lámparas de aceite, que arrojaban un parpadeante resplandor por entre las paredes de las tiendas y los abrevaderos. Un pelotón de los hombres del príncipe, con lanzas de hierro, escudos y cotas de malla, cruzaron la plaza para iniciar su guardia nocturna en la Puerta del Este. Esclavos cargados con grandes jarras para el agua chis morreaban junto al pozo.

-Se ha reunido una auténtica multitud en torno a uno de los puestos -dijo Bagayoko.

-Eso veo -admitió Watunan-. ¿De qué se trata? ¿Alguna noticia que puede afectar el mercado?

Bagayoko recogió un poco de salsa del asado con una ramita de menta y una hoja de lechuga.

-Los rumores dicen que ha llegado a la ciudad un nuevo adivino. Los nuevos profetas siempre están de moda.

-Oh, sí -dijo Khayali, sentándose erguido-. Le llaman «El Sufridor». Se dice que pronuncia las más sorprendentes y divertidas predicciones.

-Yo nunca he confiado en las palabras de ningún adivino de mercado -dijo Manimenesh-. Si quieres conocer el mercado tienes que conocer el corazón de la gente, y para eso necesitas un buen poeta.

Khayali inclinó la cabeza en asentimiento.

-Señor, que vivas eternamente -dijo.

Estaba haciéndose oscuro. Acudieron los esclavos de la casa con lámparas de cerámica a base de aceite de sésamo, que colgaron de los soportes del atrio. Otros retiraron los huesos de las perdices y trajeron una pierna y una cabeza de cordero con un plato de acompañamiento de tripas a la canela.

En un gesto de estima, el anfitrión ofreció los ojos a Watunan, y después de las tres negativas rituales el maestro caravanero los aceptó con agrado.

-Yo confío mucho en lo que dicen los adivinos -dijo, masticando-. A menudo son depositarios de extraños secretos. No del tipo oculto, sino de las habladurías de los supersticiosos. Esclavas ansiosas sobre algún escándalo doméstico, u oficiales de baja graduación preocupados acerca de promociones..., noticias interesantes de aquellos que acuden a consultarles. Puede ser útil.

-Si es ése el caso -murmuró Manimenesh-, entonces quizá debiéramos llamarle.

-Dicen que es grotescamente feo -advirtió Khayali-. Le llaman «El Sufridor» porque está abrumadoramente afligido por las enfermedades.

Bagayoko se secó elegantemente la barbilla con una manga.

-¡Ahora empiezas a interesarme!

-Entonces queda decidido. -Manimenesh dio unas palmadas-. ¡Traed al joven Sidi, mi chico de los recados!

Sidi llegó de inmediato, sacudiéndose harina de las manos. Era el hijo de la cocinera, poco más de diez años, alto y muy negro y vestido con una chilaba de lana teñida. Sus mejillas lucían toda una serie de elegantes cicatrices, y llevaba trozos de hilo de cobre entretejido en su denso pelo rizado. Manimenesh le dio sus órdenes: Sidi partió a toda prisa del atrio, cruzó corriendo el jardín y desapareció colina abajo a través de la puerta de entrada.

El tratante de esclavos suspiró.

-Éste es uno de los problemas de mi negocio. Cuando compré mi cocinera era una muchacha ágil y esbelta, y gocé libremente de ella. Ahora, años de dedicación a sus tareas han incrementado veinte veces su valor de mercado, y la han vuelto también tan gorda como un hipopótamo, aunque esto es secundario. Siempre ha afirmado que Sidi es mi hijo y, puesto que no deseo venderla, tengo que transigir. Le he convertido en un hombre libre; me temo que le he malcriado. A mi muerte, mis hijos legítimos van a luchar cruelmente contra él.

El maestro caravanero captó las implicaciones de aquellas palabras y sonrió educadamente.

-¿Sabe montar? ¿Sabe hacer negocios? ¿Sabe sumar?

-Oh -dijo Manimenesh con fingida indiferencia-, puede arreglárselas bastante bien con esa curiosa novedad de los ceros.

-Ya sabes que me dirijo a China -dijo Watunan-. Es un camino difícil, que conduce o a la riqueza o a la muerte.

-Es un riesgo en cualquier caso -dijo filosóficamente el tratante de esclavos-. La riqueza es decisión de Alá.

-Eso es cierto -admitió el maestro caravanero. Hizo un signo secreto debajo de la mesa, allá donde los demás no pudieran verlo. Su anfitrión se lo devolvió, y Sidi fue propuesto, y aceptado, para la Hermandad.

Rematados los negocios de la noche, Manimenesh se relajó y partió la cabeza guisada del cordero con un martillito de plata. Dieron cuenta de los sesos con sendas cucharillas, luego atacaron las tripas, que estaban rellenas con cebolla, repollo, canela, cilantro, clavo, jengibre, pimienta, y ligeramente espolvoreadas con ámbar gris. Acabaron la mostaza y pidieron más, comiendo ahora un poco más lentamente, porque estaban acercándose al límite de la capacidad humana.

Luego se reclinaron hacia atrás, apartando bandejas de grasa semicoagulada y sintiendo una profunda satisfacción hacia el estado del mundo. Allá en la plaza del mercado, los murciélagos de una mezquita abandonada cazaban polillas en torno a las linternas de los vendedores.

El poeta eructó suavemente y tomó su guitarra de dos cuerdas.

-Querido Dios -dijo-, éste es un espléndido lugar. Observa, maestro caravanero, cómo sonríen las estrellas allá en nuestro bienamado sudoeste. -Hizo sonar una nota cantarína en sus cuerdas de tripa de leopardo-. Me siento unido a la Eternidad.

Watunan sonrió.

-Cuando encuentro un hombre así, tengo que enterrarlo.

-Aquí habla el hombre de negocios -dijo el médico. Espolvoreó discretamente una pequeña pulgarada de veneno en el último bocado de tripa y lo comió. Estaba acostumbrando poco a poco su cuerpo al veneno. Era una precaución profesional.

Oyeron, procedente de la calle más allá de la puerta de entrada, el resonar de anillos de cobre acercándose. El guardia de la puerta indicó:

-¡Dama Elfelilet y sus escoltas, señor!

-Démosles la bienvenida -dijo Manimenesh. Los esclavos se llevaron las bandejas y trajeron un diván de terciopelo al espacioso atrio. Los comensales extendieron sus manos; los esclavos las lavaron y secaron cuidadosamente.

El grupo de Elfelilet cruzó las higueras que poblaban el jardín: ios escoltas con varas rematadas en oro y repletas de tintineantes cascabeles de cobre; tres danzarinas, aprendices de cortesanas vestidas con capas de lana azul sobre unos pantalones de gasa de algodón y blusas bordadas; y cuatro palanqueros, robustos esclavos de aceitados torsos y encallecidos hombros. Los palanqueros depositaron su palanquín en el suelo con sofocados gruñidos de alivio y abrieron las cortinas doradas que lo cubrían.

Salió Elfelilet, una mujer de cobriza piel, ojos espolvoreados con alcohol cosmético y colirio y pelo color alheña recogido con hilo de oro. Las palmas y uñas de sus manos estaban teñidas de rosa; llevaba una capa azul bordada sobre una intrincada chaquetilla sin mangas y unos pantalones de seda atados a los tobillos almidonados y pulidos con laca de mirobálano. Un ligero salpicar de cicatrices de viruela en una de sus mejillas acentuaba deliciosamente su amplio rostro lunar.

-Elfelilet, querida -dijo Manimenesh-, llegas justo a tiempo para el postre.

Elfelilet avanzó graciosamente por el embaldosado suelo y se reclinó en el diván de terciopelo, en una postura que resaltaba de forma sugestiva su bien conocido posterior.

-Saludo a mi amigo y patrón, el noble Manimenesh. ¡Que vivas eternamente! Erudito doctor Bagayoko, soy tu servidora. Hola, poeta.

-Hola, querida -dijo Khayali, sonriendo con la camaradería natural de poetas y cortesanas-. Tú eres la luna, y tu grupo de bellezas los cometas que realzan tu visión.

-Aquí tienes a nuestro estimado invitado, el maestro caravanero, Abou Bekr Ahmed Ibn Watunan -dijo el anfitrión.

Watunan, que se había quedado con la boca abierta, arrebatado por la sorpresa, consiguió recuperarse con un sobresalto.

-Soy un simple hombre del desierto -dijo-. No poseo el don de la palabra de un poeta. Pero soy tu más ferviente servidor.

Elfelilet sonrió y agitó la cabeza; los distendidos lóbulos de sus orejas resonaron con el fuerte golpear de la filigrana de oro de sus pendientes.

-Bienvenido a Audoghost.

Llegaron los postres.

-Bien -dijo Manimenesh-. Nuestros platos anteriores fueron sencillos y no muy elaborados, pero en eso sí somos espléndidos. Dejadme tentaros con esos pastelillos de frutos secos djouzinkat. Y probad nuestros almendrados de miel..., creo que hay suficientes para todos.

Todo el mundo, excepto por supuesto los esclavos, disfrutaron de los ligeros y hojaldrados cataif, liberalmente espolvoreados con azúcar kairwan. Los pastelillos de frutos secos estaban simplemente más allá de toda comparación: de trigo, sorprendentemente molidos a mano, deliciosamente azucarados y con abundante mantequilla, y artísticamente rellenos con pasas, dátiles y almendras.

-Comemos pastelillos djouzinkat durante las sequías -dijo el poeta-, porque los ángeles lloran de envidia cuando los probamos.

Manimenesh eructó estruendosamente y se reajustó el casquete sobre su cabeza.

-Ahora -dijo- disfrutaremos de un poco de vino dulce. Sólo un pequeño sorbo, no os preocupéis, porque el pecado de beber es un pecado menor, y apenas carga las almas. Tras lo cual nuestro poeta nos recitará una oda que ha compuesto para la ocasión.

Khayali empezó a afinar su guitarra de dos cuerdas.

-También, puesto que me lo han pedido, improvisaré ghazals de doce versos, en modo lírico, sobre los temas que me sugiráis.

-Y, después de que nuestra digestión se haya visto dulcificada con epigramas -dijo su anfitrión-, disfrutaremos de las justamente famosas danzas del grupo de nuestra querida dama. Tras lo cual nos retiraremos al interior de la mansión y gozaremos de sus otras e igualmente alabadas habilidades.

El guardia de la puerta gritó:

-¡Vuestro recadero, señor! ¡Aguarda vuestra venia, con el adivino!

-Oh -dijo Manimenesh-. Lo había olvidado.

-No importa, señor -dijo Watunan, cuya imaginación se había visto prendida por la agenda de la noche.

-Echémosle una mirada -accedió Bagayoko-. Su fealdad realzará, con su contraste, la belleza de estas mujeres.

-Cosa que sería imposible de otro modo -añadió el poeta.

-Muy bien -dijo Manimenesh-. Traedlo aquí.

Sidi, el muchacho de los recados, cruzó el jardín, seguido con espectral lentitud por el adivino, que andaba apoyado en unas muletas.

A la luz de las lámparas, el hombre parecía un insecto tullido. Su voluminosa capa, gris y polvorienta, estaba manchada de sudor y de innumbrables exudaciones. Era albino. Sus rosados ojos estaban cubiertos de cataratas, y había perdido un pie, y varios dedos, a causa de la lepra. Un hombro era mucho más bajo que el otro, sugiriendo una joroba, y el muñón de su tobillo estaba estriado por las mordeduras de los gusanos.

-¡Por las barbas del profeta! -exclamó el poeta-. Su fealdad es realmente insuperable.

Efelilet frunció la nariz.

-¡La supera su pestilencia!

-¡Hemos venido tan aprisa como nos ha sido posible, señor! -exclamó Sidi.

-Ve adentro, muchacho -dijo Watunan-, sumerge diez varillas de canela en un cubo de agua, luego vuelve y derrámalo sobre él.

Sidi partió de inmediato.

Watunan observó al horrible hombre, que permanecía de pie, tambaleándose sobre una pierna, al borde del círculo de luz.

-¿Cómo es, hombre, que todavía vives?

-He retirado mi mirada de este mundo -dijo el Sufridor-. He vuelto mi mirada hacia Dios, y Él ha derramado copiosamente el conocimiento sobre mí. He heredado un conocimiento que ningún cuerpo mortal puede soportar.

-Pero Dios es misericordioso -dijo Watunan-. ¿Cómo puedes afirmar que esto es obra Suya?

-Si no temes a Dios -dijo el adivino-, entonces témele después de haberme visto. -El horrible albino se sentó, con artrítica y dolorosa lentitud, en el polvo de la parte exterior del atrio. Prosiguió:- Tienes razón, maestro caravanero, al pensar que la muerte hubiera sido más piadosa conmigo. Pero la muerte viene cuando ella quiere, como lo hará sobre cada uno de vosotros.

Manimenesh carraspeó.

-¿Puedes ver nuestros destinos, entonces?

-Veo el mundo -dijo el Sufridor-. Ver el destino de un solo hombre es seguir a una sola hormiga en un hormiguero.

Sidi apareció de nuevo y arrojó un cubo de agua perfumada sobre el tullido. El adivino colocó su impedida mano formando copa y bebió.

-Gracias, muchacho -dijo. Volvió sus nublados ojos hacia él-. Tus hijos serán rubios.

Sidi, sorprendido, se echó a reír.

-¿Rubios? ¿Por qué?

-Tus esposas serán rubias.

Las danzarinas, que se habían retirado al extremo más alejado de la mesa, dejaron escapar al unísono sendas risitas. Bagayoko extrajo una moneda de oro de su manga.

-Te daré este dirham de oro si me muestras tu cuerpo.

Elfelilet frunció el ceño y agitó sus pestañas empapadas de alcohol cosmético.

-Oh, querido doctor, por favor, ahórranos eso.

-Verás mi cuerpo, señor, si tienes paciencia -dijo el Sufridor-. Y, sin embargo, la gente de Audoghast se ríe de mis profecías. Estoy condenado a decir la verdad, que es dura y cruel, y en consecuencia absurda. Cuando mi fama crezca, sin embargo, llegará a oídos del príncipe, el cual ordenará que sea detenido como una amenaza al orden público. Entonces tú espolvorearás tu veneno preferido, veneno de áspid en polvo, en un bol de sopa de garbanzos que recibiré como comida. No te guardaré rencor por eso, puesto que es tu deber cívico, y además me aliviará de mis dolores.

-Qué extraña idea -dijo Bagayoko, frunciendo el ceño-. No veo ninguna necesidad para que el príncipe reclame mis servicios. Uno de sus espadachines puede traspasarte como si fueras un odre de agua.

-Por entonces -dijo el profeta-, mis ocultos poderes habrán despertado tanta intranquilidad que parecerá mejor tomar medidas extremas.

-Bueno -dijo Bagayoko-, parece lógico, aunque excesivamente grotesco.

-Al contrario que otros profetas -dijo el Sufridor-, veo el futuro no como uno desearía verlo, sino en toda su cataclísmica y ciega futilidad. Por eso he venido aquí, a vuestra hermosa ciudad. Mis numerosas y totalmente exactas profecías se desvanecerán cuando lo haga la ciudad. Eso ahorrará al mundo cualquier problemático conflicto de predestinación y libre albedrío.

-¡Es un teólogo! -exclamó el poeta-. Un teólogo leproso..., ¡es una lástima que mis profesores de Tombuctú no estén aquí para debatir con él!

-¿Profetizas el destino de nuestra ciudad? -dijo Manimenesh.

-Sí. Seré específico. Éste es el año 406 de la hégira del profeta, y mil catorce años después del nacimiento de Cristo. Dentro de cuarenta años surgirá un culto fanático y puritano de musulmanes, conocido como los almorávides. En aquel tiempo, Audoghast será un aliado del imperio de Ghana, que son adoradores de ídolos. Ibn Yasin, el guerrero santo de los almorávides, condenará Audoghast como un nido de paganos. Enviará a sus hordas de merodeadores del desierto contra la ciudad; estarán inflamados por la rectitud y

la codicia. Masacrarán a los hombres y violarán y esclavizarán a las mujeres. Audoghast será saqueada, los pozos envenenados y los campos cultivados se marchitarán y desaparecerán. Dentro de cien años, las dunas de arena enterrarán las ruinas. Dentro de quinientos años, Audoghast sobrevivirá sólo como una docena escasa de líneas de narrativa en los libros de viajes de los eruditos árabes.

Khayali agitó su guitarra.

-Pero las bibliotecas de Tombuctú están llenas de libros sobre Audoghast, incluida, si me permites decirlo, nuestra inmortal tradición poética.

-Todavía no he mencionado Tombuctú -dijo el profeta-, que será saqueada por los invasores moriscos capitaneados por un rubio eunuco español. Arrojarán los libros a las cabras para que se los coman.

La concurrencia estalló en incrédulas risas. Imperturbable, el profeta dijo:

-La ruina será tan general, tan completa y tan extendida, que en los siglos futuros se afirmará, y se creará, que el África Occidental siempre fue un país de salvajes.

-¿Quién en el mundo podría cometer tamaña difamación? -dijo el poeta.

-Serán los europeos, que emergerán de su actual y escuálido declive y se armarán con poderosas ciencias.

-¿Qué ocurrirá entonces? -quiso saber Bagayoko, sonriendo.

-Puedo mirar a esas épocas futuras -dijo el profeta-, pero prefiero no hacerlo, pues hace que me duela el corazón.

-Entonces -dijo Manimenesh-, profetizas que nuestra famosa metrópoli, con sus altivas mezquitas y su milicia armada, se verá reducida a una completa desolación.

-Ésa es la verdad, por lamentable que parezca. Tú, y todos aquellos a los que amas, no dejaréis el menor rastro en este mundo, excepto unas pocas líneas en los escritos de algunos extranjeros.

-¿Y nuestra ciudad se verá reducida a unas pocas tribus salvajes?

-Nadie de los de aquí será testigo de ese desastre futuro -dijo el Sufridor-. Viviréis vuestras vidas, año tras año, gozando de la comodidad y del lujo, no porque os lo merezcáis, sino simplemente debido a que el destino es ciego. Con el tiempo olvidaréis esta noche; olvidaréis todo lo que he dicho aquí, del mismo modo que el mundo os olvidará a vosotros y vuestra ciudad. Cuando Audoghast caiga, este muchacho, Sidi, este hijo de una esclava, será el único superviviente de la reunión de esta noche. Por aquel entonces él también habrá olvidado Audoghast, que no posee ninguna razón para ser amada. Será un viejo y rico mercader en Ch'ang-an, que es una ciudad china con unas riquezas tan fantásticas que podrían comprar diez Audoghasts, y que no será saqueada y aniquilada hasta una fecha considerablemente posterior.

-Todo esto es una locura -dijo Watunan.

Bagayoko enrolló un mechón de apelmazados cabellos entre sus flexibles dedos.

-El guardia de tu puerta es un hombre robusto, amigo Manimenesh. ¿Qué te parece si le decimos que retuerza un poco la cabeza de este cuervo de mal agüero y arroje su cuerpo como alimento a las hienas?

-Por eso que has dicho, doctor -dijo el Sufridor-, te contaré la forma en que vas a morir. Serás muerto por la guardia real de Ghana en el momento en que intentes asesinar a su príncipe coronado introduciendo un veneno sutil en su ano mediante una caña hueca.

Bagayoko se sobresaltó.

-Idiota, no hay ningún príncipe coronado en Ghana.

-Fue concebido ayer.

Bagayoko se volvió impaciente hacia su anfitrión.

-¡Librémonos de este prodigio!

Manimenesh asintió firmemente.

-Sufridor, has insultado a mis invitados y a mi ciudad. Eres afortunado abandonando mi casa con vida.

El Sufridor se alzó con agónica lentitud sobre su único pie.

-Tu muchacho me habló de tu generosidad.

-¿Qué? Ni una moneda de cobre por tus estupideces.

-Dame uno de los dirhams de oro que tienes en tu bolsa. De otro modo me veré obligado a seguir profetizando, y a un nivel mucho más personal.

Manimenesh consideró aquello.

-Quizá sea lo mejor -murmuró. Arrojó a Sidi una moneda-. Dale esto a ese loco y escóltalo de vuelta a su madriguera.

Aguardaron con atormentada paciencia mientras el adivino se alejaba con dolorida lentitud, apoyándose en sus muletas, hasta desaparecer en la oscuridad.

Manimenesh se subió bruscamente las mangas de su traje de terciopelo rojo y dio unas palmadas pidiendo más vino.

-Cántanos una canción, Khayali.

El poeta se echó la capucha de su capa sobre su cabeza.

-Mi cabeza resuena con un horrible silencio -dijo-. Veo todas las huellas de nuestra ciudad borradas, los alegres edificios convertidos en un árido desierto donde merodean los chacales, gimen los fantasmas y se regocijan los demonios; los graciosos salones, los elegantes dormitorios, que brillaron tan esplendorosos como el sol, abrumados ahora por la desolación, parecen como las fauces abiertas de animales salvajes. -Miró a las danzarinas, con los ojos anegados en lágrimas-. Imagino a esas doncellas yaciendo bajo el polvo, o dispersas en lugares distantes y remotas regiones, alejadas por la mano del exilio, desgarradas por los dedos de la expatriación.

Manimenesh le dirigió una amable sonrisa.

-Muchacho -dijo-, si otros no van a poder oír tus canciones, o abrazar a estas mujeres, o beber este vino, la pérdida no será nuestra, sino suya. Gocemos pues nosotros, y dejemos que esos aún no nacidos se lamenten.

-Tu patrón es sabio -dijo Ibn Watunan, palmeando el hombro del poeta-. Aquí lo tienes, favorecido por Alá con todos los lujos posibles; y has visto a ese asqueroso loco, carcomido por las plagas. Ese lunático, que pretende poseer tan gran sabiduría, no hace mas que crujir con su propia ruina; mientras que nuestro industrial amigo hace del mundo un lugar mejor, reuniendo en torno suyo nobleza y conocimiento. ¿Puede Dios olvidar una ciudad como ésta, con todos sus encantos, para cumplir con las profecías de ese horrible estúpido? -Alzó su copa hacia Efelilet, y apuró su contenido de un trago.

-Pero la deliciosa Audoghast -dijo el poeta, con los ojos llenos de lágrimas-. Todo lo que más amamos, perdido en la arena.

-El mundo es amplio -dijo Bagayoko-, y los años son largos. No nos corresponde a nosotros reclamar la inmortalidad, ni siquiera aunque seamos poetas. Pero consuélate, amigo. ¡Aunque estas paredes y edificios se derrumben, siempre existirá un lugar como Audoghast, en tanto que los hombres amen el lucro! Mis amores son inagotables, y los elefantes son tan numerosos como las moscas. Madre África siempre nos proporcionará su oro y su marfil.

-¿Siempre? -dijo esperanzado el poeta, secándose los ojos.

-Bueno, seguro que siempre habrá esclavos -dijo Manimenesh, y sonrió, y guiñó un ojo. Los otros rieron con él, y de nuevo hubo alegría.

FIN